VEGA FOUNTAIN

Maniáticamente enamorada

Selecta

Maniáticamente enamorada

Vega Fountain

Selecta

Capítulo 1

Como todos los días

Como todos los días, Nuria iba a trabajar al centro comercial. Ella trabajaba en una boutique muy exclusiva tras varios años haciéndolo en otra tienda situada en el centro de la ciudad. Los dos locales pertenecían a los mismos dueños, contaban con el mismo tipo de ropa, pero ni la ubicación, ni la decoración ni el público que acudía a estos era el mismo. Cuando sus jefes le propusieron que sería ella, siempre y cuando quisiera, por supuesto, la encargada de la nueva tienda, no le gustó nada la idea. El ascenso estaba bien, pero los cambios no le gustaban en absoluto. Era reticente a todo lo nuevo, lo desconocido; los cambios porque sí, no los encajaba bien. Además pensaba que el abrir un nuevo local en un centro comercial mermaba la imagen sofisticada que tenía el establecimiento y la marca del centro de la ciudad. Ella consideraba que los centros comerciales eran para personas de un rango de edad que variaba desde los recién nacidos hasta los cuarenta años aproximadamente, y que lo que su tienda ofertaba no encajaba allí para nada. Un centro comercial era un lugar enorme en el que los adolescentes se pasaban horas y horas seguidos por sus abnegadas madres para al final considerar que nada de lo que

allí existía les gustaba o les sentaba bien, todo eso tras recorrer las numerosas tiendas e incluso repetir en alguna de estas. El producto que ofertaba la boutique donde trabajaba era elitista, porque esa era la realidad. No estaba al alcance de cualquiera. Los diseños eran casi exclusivos, y el precio, prohibitivo para según qué bolsillos; sin embargo, y para sorpresa de Nuria, tenía su público.

Ella se equivocó, porque desde que había abierto la boutique allí meses atrás, las ventas eran buenas. Daban un servicio para personas de más edad y con una relación calidad-precio muy buena.

La tienda era moderna, escaparate a ambos lados de la puerta de cristal. Soportes para las perchas a cada lado de la tienda, estanterías para las prendas de punto y camisetas más informales, y en el centro, el mostrador con el ordenador, tras él un murete hecho de ladrillos de cristal que dejaba pasar la luz, pero que impedía que se viera con nitidez lo que ocurría detrás; además, no llegaba al techo, creando una sensación de amplitud. Este murete servía como separación para la zona de probadores, tres para ser exactos, y otra puerta que era un pequeño almacén para guardar el *stock* de lo que era la tienda en sí. Grandes focos en el techo y un espejo enorme en la parte de atrás del murete para que las clientas pudieran verse mejor fuera del cubículo del vestuario. El suelo era de parqué de madera de color muy claro que daba sensación de limpieza y amplitud. Había un espacio diáfano en el centro del local, aunque a veces, para alguna promoción, se ponía una pequeña mesa o un potro con ciertas prendas a precios muy apetecibles.

Nuria llevaba desde su apertura trabajando allí, al principio le costó acostumbrarse a los turnos. Ella dedicaba prácticamente su vida a trabajar cuando lo hacía en la tienda del centro, turno partido, unas horas por la mañana y unas horas por la tarde. Ahora era diferente, o de mañana o de tarde, así disponía de una parte del día para hacer otras cosas, en ese aspecto había mejorado bastante. Su gran pasión era el diseño de moda; cuando terminó sus estudios de Diseño, comenzó a trabajar en la boutique con la esperanza de obtener conocimientos adicionales. Y fue un poco decepcionante para ella, pero el mundo de la moda le gustaba tanto que hacía su trabajo con entusiasmo. Desde hacía años le rondaba en la cabeza montar algo por su cuenta, ser ella su propia jefa y que sus diseños los llevaran

personas que confiaban en su buen hacer. Se centraba ante todo en diseños femeninos, más concretamente en trajes de novia, aunque también se atrevía con otras prendas. Era una soñadora y una entusiasta de todo lo que tuviera que ver con ese día tan importante. Incluso tenía la vista puesta más allá, en algo mucho más a largo plazo, y era tener su propia empresa de organización de eventos. Encargarse en persona de todo, desde el vestido de la novia, las flores, el peinado, maquillaje, fotógrafo, coche, lugar del enlace, restaurante, invitaciones, regalos, anillos, viaje de novios... todo era absolutamente todo. No entendía cómo los futuros cónyuges se agobiaban por esto, para ella sería maravilloso sumergirse en los preparativos. Todos esos castillos en el aire tendrían que esperar hasta que consiguiera el dinero suficiente para empezar por algo sencillo al principio e ir ampliando, poco a poco, si la cosa iba bien. Sabía que no era fácil, pero estaba convencida de que lo lograría antes o después. Tenía todo planeado en su cabeza al milímetro. Sabía el tipo de local que quería, en qué zona de la ciudad, quiénes serían sus colaboradores... lo tenía todo más que pensado. Y es que además de maniática era milimetrada, para ella la rutina y la disciplina era lo mejor que le podía pasar. Era muy metódica, y cuando algo se salía de lo planeado, se enfadaba porque no le gustaban, en absoluto, los cambios inesperados ni de última hora.

A media mañana, tras haber colocado la tienda mientras daba conversación a la mujer que iba a limpiar a diario, comprobado que la caja estaba en orden y revisado algún pedido pendiente, salió de la tienda accionando el mando que bajaba la verja, era una rutina que solía hacer todos los días a eso de las doce menos cuarto, llegaba hasta una cafetería que tenía el centro comercial, allí dejaba a la camarera o al camarero de turno su taza y ellos, con amabilidad, se lo llenaban de café con leche o de agua para hacerse una infusión, dependiendo del día. Llevaba su propia taza por comodidad, por no contaminar con un envase de cartón y, tercero y último, porque era un poco maniática con la higiene. Pensaba en cuántas personas más habrían bebido del mismo recipiente que el camarero usaría para ella y no le gustaba esa sensación, era obvio que se lavaban, pero si lo podía evitar, mucho mejor. Por eso había decidido tener su propia taza, raras veces había bebido de una que le hubieran puesto en la cafetería, y si eso había

ocurrido, solo de pensarlo le entraba una desazón en el estómago que hacía que no probara bocado el resto del día. Tras cinco minutos cronometrados, volvía a la tienda con su tazón lleno, se tomaría su tentempié tranquilamente, ninguna novedad. Siempre colocaba un cartelito, diciendo «AHORA VUELVO», más que nada por si algún cliente quería entrar, y si no leía aquello pensaba que la tienda estaba cerrada. Por las mañanas, a partir de las doce y media era cuando empezaba un poco el movimiento, sobre todo entresemana, los fines de semana eran otro cantar; desde primera hora se veía a gente, incluso a veces no habían abierto y ya estaban esperando para entrar en según qué tiendas. En la de Nuria eso no solía pasar, no había aglomeraciones, la atención era exclusiva y personalizada, como tenía que ser. No concebía otra forma, o las cosas se hacían bien o no se hacían. Se tomó su café y se puso a cambiar el escaparate, lo hacía a menudo, para mostrar lo nuevo que había llegado y captar el interés de los viandantes y, sobre todo, para impulsar las ventas. Tenía carta blanca en ese aspecto. No tenía problema para hacer y deshacer.

—Buenos días, Nuria —dijo Raúl, el dependiente de la tienda de al lado.

—Buenos días, Raúl —contestó ella.

—¿Me puedes cambiar este billete, por favor? —pidió el chico que tenía enfrente.

—Sí, claro —expresó amablemente. Nuria dejó lo que estaba haciendo para atender a Raúl—. Aquí tienes. —Le tendió varios billetes de menor valor.

—Gracias —dijo mientras salía corriendo de la tienda.

Raúl era el vecino del local de al lado. El contraste entre una tienda y otra era abismal. Así como la tienda de Nuria era amplia, luminosa y en tonos claros, la que estaba al lado era mucho más pequeña, con colores oscuros, música estridente y estaba repleta de género. A Nuria le daba la impresión de que nada estaba ordenado, que se habían colocado las diferentes prendas sin pensar, en el hueco libre que existiera en ese momento. Era una tienda peculiar, en principio era una tienda de camisetas «diferentes», pero también vendían discos de vinilo y CD, complementos, parafernalia de grupos musicales alternativos, cómics y libros, era una amalgama de cosas que tenía su público, como era obvio; si no, no seguiría funcionando.

Su clientela estaba formada por adolescentes más bien raritos que les gustaba ese tipo de música y que vestían de una forma bastante alejada de lo que Nuria consideraba «normal».

Ella continuó con lo suyo. Estaba teniendo problemas con el brazo de una maniquí, se le había desencajado de su lugar, y la chaqueta que llevaba no sentaba nada bien. Estaba luchando con esta cuando Raúl volvió a entrar.

—Hola, otra vez, ¿me puedes dar unas monedillas? —dijo con una sonrisa en la cara.

A Nuria, el tener que dejar lo que estaba haciendo cuando casi lo tenía conseguido le molestó, como pudo apoyó a la maniquí en la pared, salió del escaparate y se acercó hasta la caja. Raúl cantaba distraído una canción desconocida para ella mientras hacía un ruidito bastante fastidioso al chocar el billete contra el cristal del mostrador.

—Toma —dijo Nuria tendiéndole los rulos de monedas—. Deberías tener una mejor previsión de cambio. Siempre estás igual —comentó un poco molesta.

—¡Ya! —espetó él haciendo caso omiso al tono—. Es que tú estás acostumbrada a cobrar con tarjeta; yo, en efectivo; y mis clientes, si les sobran cinco céntimos quieren sus cinco céntimos, no como aquí —explicó él.

—En cualquier caso —añadió ella—, haz una mejor previsión.

Raúl salió de la tienda y ella consiguió poner el maniquí en su sitio con todas sus extremidades en el lugar correcto.

Ese trabajo le había llevado más tiempo de la cuenta, por las continuas interrupciones de Raúl y porque el maniquí no estaba por la labor de colaborar. Realmente la molestaba bastante que nada saliera como ella tenía previsto.

Capítulo 2

Tarde inspiradora

Cuando Nuria salió de trabajar, volvió a casa. Vivía sola, se había independizado cuando le habían ofrecido el nuevo empleo. Se podía decir que estaba disfrutando de su libertad. Vivía relativamente cerca de su nuevo lugar de trabajo y podía ir en autobús hasta el centro comercial, o incluso andando. Residía en un bajo de un bloque de pisos. Era un sitio pequeño, pero en el que se encontraba feliz. La cocina era americana y estaba comunicada con el salón. Tenía una única habitación y el baño. Para ella era más que suficiente. Lo que peor llevaba era lo de cocinar, más que nada los olores que luego se extendían por el salón, eso era lo peor para ella. Pero como buena maniática que era, se aseguraba bien de abrir la puerta que daba al patio interior, o de poner el extractor incluso antes de empezar a cocinar. Ese día no tuvo que hacerlo, tenía comida del día anterior, así que dispuso todo en el salón. Mantel individual, vaso de agua mineral, un trozo de pan integral y, para comer, una sopa de verdura y una pechuga de pavo. Se cuidaba mucho. En su casa siempre había llevado una dieta equilibrada; sin embargo, desde hacía algún tiempo había declarado la guerra a los azúcares, grasas saturadas, comida

prefabricada y todo lo que no fuera natural, además de a los plásticos y al exceso de embalaje. Reciclaba a conciencia todo lo que podía. Toda su comida la compraba en un supermercado alemán cercano a su casa que tenía otra cultura diferente con respecto a lo ecológico y al cuidado del medio ambiente. Allí, prácticamente todo provenía de cultura ecológica, comercio justo y de proveedores locales. En ese supermercado compraba casi todo, excepto los productos frescos. Ella ponía mucho interés sobre todo en la fruta y la verdura, que la compraba en la frutería de Julián. Ese negocio estaba cercano a su casa. Julián era un hombre entrado en carnes y de pelo canoso que siempre la atendía con una sonrisa en la cara. Desde el primer día habían hecho buenas migas, y siempre que tenía algo nuevo que ofrecer al público Nuria compraba para probar. Frutas exóticas, las mejores verduras de temporada...

En cuanto terminó de comer, recogió todo. Lo dejó impoluto y, con una taza de infusión de regaliz negro, se sentó cómodamente en el sofá. Era su momento preferido del día. Estiró la mano, dejó la taza sobre un posavasos encima de la mesa y cogió su bloc. Allí iba esbozando sus diseños. El día que estaba inspirada podía llegar a hacer varios. Y ese era uno de ellos. Tenía en su cabeza el diseño, el tipo de tela, para quién sería ideal ese vestido; y cuando eso ocurría, dejaba su mano flotar sobre el papel como si no formara parte de su cuerpo, parecía que era independiente dejándola a su aire para que plasmara todo lo que tenía grabado en su imaginación.

Fue una tarde muy productiva para ella, había conseguido realizar tres diseños prácticamente sin esfuerzo. Uno de ellos, corte tipo princesa, el vestido de novia que toda romántica quiere para su día, falda pomposa y cuerpo ceñido. Algo de verdad mágico. Parecía un vestido salido de alguna película de Disney, y eso que nada más estaba dibujado con lapicero. Los otros dos fueron algo que surgió de la nada, un diseño tipo años veinte, vestido con cadera baja, con mucha caída, recto y serio. Para todos los gustos había un traje de novia. Ella estaba convencida de ello. Y eso era lo que pretendía, intentar captar el estilo de cada mujer para poderle hacer lo que mejor se adaptara a sus deseos. El último era un vestido tipo lencero, muy romántico también, tirantes de flores, corte al pecho y resto del atuendo con un plisado minúsculo. Parecía más un camisón que un vestido, pero era una pieza

muy delicada y femenina.

A última hora de la tarde recibió la visita de sus padres y de su hermana. No le gustaba que no avisaran con antelación, pero ellos eran así. Su madre iba cargada con paquetes de carne y pescado. Había ido al mercado, y con las indicaciones de Nuria le había hecho la compra. También había llevado unas torrijas que todos degustaron. Nuria también, sabía que tenían miel y eso las hacía más sanas, aunque el aporte calórico era mucho, intentaría equilibrarlo cenando menos. Su hermana también llegó como un torbellino. Era total y absolutamente diferente a Nuria. Nada meticulosa, todo parecía un caos en su vida, nada tenía orden, y eso a Nuria le sacaba de quicio. No entendía cómo podía vivir así. Su hermana trabajaba como comercial, no tenía horarios, igual un día trabajaba dieciséis horas y otro cuatro. Eso para Nuria era inconcebible, no tenía una rutina ni un hábito para nada, pero ella era feliz de ese modo, o al menos eso parecía. En cuanto a la forma de vestir tampoco se parecían. Nuria casi siempre llevaba ropa de la boutique en la que trabajaba, no tenía uniforme, pero tenía que llevar ropa de la marca que representaba, como era lógico. Su hermana María era un desastre, igual combinaba una camiseta de rayas horizontales con unos pantalones de flores. Nuria podía llegar a entender las tendencias, ella misma había estudiado Diseño de moda, pero había combinaciones que eran imposibles y que hacían daño a los ojos con solo mirar. Aparte de la estética clásica de Nuria versus la estética indescriptible de María, en cuanto a la apariencia general tampoco parecían hermanas. Nuria era clásica, llevaba una melena más o menos larga, color avellana y lisa, María igual llevaba el pelo rojo, que se había rapado parte de la cabeza, o aparecía con una permanente que parecía que le habían frito el pelo. Ella era así. Le gustaba experimentar, parecía que nunca se conformaba con nada, empezando por su aspecto físico. Siempre estaba cambiando. María era comercial de productos cosméticos profesionales. Se conocía todas las peluquerías, salones de belleza, tiendas especializadas y almacenes profesionales de la ciudad y parte de la provincia. Al conocer a tantas personas, ella se prestaba a cualquier prueba o experimento con su pelo. En cuanto a lo que sí tenían en común era el maquillaje, las dos lo hacían de forma magistral. Nuria siempre discreto y natural, y María un poco más

atrevido, pero igual de bien realizado.

María había estudiado Diseño de interiores, había conseguido trabajar en algún sitio desempeñando su labor, pero no había logrado mantener ese puesto de trabajo, básicamente porque le dictaban lo que tenía que incluir en el mobiliario y la decoración. Eso no iba con ella, ella era la diseñadora y como tal debería de tener carta blanca para poder hacer su propia composición. A partir de ahí, hablaría con los clientes y entre ambas partes podrían limar asperezas, hasta ahí estaba dispuesta a llegar, pero no quería ser el mero trámite entre sus jefes y el cliente final. Ella no tenía ni voz ni voto y no estaba dispuesta a asumirlo, así que sin más buscó otro camino. De momento estaba contenta con su trabajo de comercial, más adelante ya se vería. No se preocupaba por ello, las cosas eran como eran, si no había encajado allí sería por algo. En eso también era muy diferente a su hermana. Nuria buscaba respuestas a todo, daba vueltas una y otra vez al asunto que tuviera entre manos buscando el porqué de las cosas; María, no. Aceptaba lo que le venía sin preocuparse mucho más.

—Hermanita, ¿vas a salir este fin de semana? —preguntó María mientras se chupaba los dedos que estaban pringados de miel de las torrijas.

—No creo, ya está todo visto —dijo Nuria limpiándose en una servilleta.

—No me extraña nada que te aburras con las amigas que tienes —comentó su hermana como si tal cosa.

—¿Qué tienen que ver mis amigas en esto? —preguntó Nuria a la defensiva.

—Todo, bonita, son tan elitistas y clasistas como tú. Nada os parece suficiente... —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Elitistas? ¿Clasistas? ¿Nada es suficiente? —preguntó incrédula Nuria.

—Parece mentira que seas tan lista y te lo tenga que explicar. Verás —contestó María con intención de hacer ver a su hermana el tipo de gente con el que se movía y el grupo al que pertenecía—, desde vuestra forma de vestir, vuestra forma de comportaros, el tipo de chicos que os gustan..., igual... tanto elegir, al final acabaréis con el peor. ¡Te lo digo yo! —sentenció riendo a carcajadas.

—¡Qué sabrás tú! —espetó Nuria dolida por el concepto que tenía su propia hermana de ella.

—No hace falta saber, con observaros es suficiente. Deberías cambiar un poquito, nena —aconsejó en tono cariñoso.

—Chicas, dejadlo ya —intervino su madre en tono conciliador—. Nunca os pondréis de acuerdo, asumidlo, cada una sois como sois.

—Exacto —dijo Nuria en tono ganador. Sabía que por el momento le había ganado a su hermana.

—Mejor dejarlo —contestó María levantándose rápidamente—. Si no os importa me voy, he quedado.

—¿Hoy? —preguntó su madre extrañada—. Mañana tienes que trabajar.

—Lo sé, mamá, no te preocupes, voy a ir a un bar en el que van a hacer una clase de improvisación. Me encantan todas esas cosas, igual me animo y todo.

—¡No tienes sentido del ridículo! —dijo Nuria, a la que todas esas pequeñas locuras que hacía su hermana le daban vergüenza ajena.

—¡Os quieroooo! —concluyó, cerrando tras de sí la puerta.

El torbellino María había desaparecido dejando el ambiente mucho más tranquilo y cordial. Los padres de Nuria estuvieron un rato más en su casa, pero no tardaron en irse. En cuanto lo hicieron, ella respiró aliviada. Le gustaba estar rodeada de los suyos, pero necesitaba su espacio. Estar a solas y sin imprevistos. Esa era la vida perfecta para ella.

Capítulo 3

Planes

Los sábados había bastante jaleo en el centro comercial. Mes de abril, muchas de las mujeres que acudían a su boutique querían encontrar algo bonito para los eventos que se avecinaban, comuniones y bodas, sobre todo. Nuria, servicial como siempre, intentaba captar la idea de la clienta, y mostrarle, dentro de su variedad, lo que más le podía encajar. Los retos eran motivadores para ella, cuanto más difícil, mayor indecisión por parte de la clienta y más pegas, más en serio se lo tomaba y más hincapié ponía en que esa mujer saliera con una bolsa llena de ropa para su celebración. Ese era un día duro. La primera clienta que tuvo estaba esperando a que abriera. Iba con el hacha de guerra en alto. Era muy intercadente, nada le cuadraba, veía pegas en todas las prendas que Nuria le mostraba. Con tesón y mucha paciencia, ella consiguió convencerla para que se probara algo y al final sucumbió ante el buen gusto de la dependienta. Tuvo la ayuda de las dos hijas de la clienta, que desesperadas y algo avergonzadas por el comportamiento de su progenitora, se pusieron de parte de Nuria y consiguieron que aquella mujer saliera satisfecha.

Durante toda la jornada Nuria no tuvo tregua, y eso que captaba

las intenciones de las personas que entraban en la tienda a la primera. Distinguía a las que iban a revolver, a las que querían algo concreto, a las que nada más iban a perder el tiempo y, por consiguiente, hacérselo perder a ella, y a las que llevaban la cartera llena con intención de gastar la billetada que tenían, ya fuera allí o en otro lugar. El caso era que no tuvo ni tiempo para tomar un café a media mañana. A las doce y media Raúl, el vecino de la tienda de al lado, le dejó una bolsita de papel sobre el mostrador. Entró como si tal cosa ante la atenta mirada de las mujeres que curioseaban la ropa que ofrecía la boutique. Era difícil no mirar a Raúl, llamaba la atención y mucho más allí, en esa tienda no pegaba nada de nada.

—Preciosa, te dejo un regalito, que hoy parece que tienes lío —dijo ignorando a las mujeres que fruncían el ceño al verlo con esas pintas y tan resuelto.

—Gracias, Raúl —contestó ella un poco cortada.

Nuria siguió atendiendo a sus clientas, hizo una venta bastante buena con una de ellas y con las otras dos un par de prendas menos caras. Cuando pudo abrir la bolsa de papel que había escondido bajo el mostrador, comprobó que el café estaba frío. Al lado había un dónut con pepitas de chocolate por fuera. No solía comer ese tipo de bollería industrial, pero el detalle de Raúl le pareció tan bueno que no pudo evitar hincarle el diente. Decidió agradecerle el gesto asomándose a su tienda.

—Gracias por el café y el dónut —dijo sin atreverse a entrar. Era como si una barrera invisible le impidiera sobrepasar aquella puerta.

—¿Qué? —preguntó Raúl asomándose debajo de unas cajas de madera en la que solían tener restos de saldo.

—Que gracias por el café y el dónut —reiteró Nuria alzando la voz para que pudiera oírle.

—¡Ah! Nada, mujer, es que me he dado cuenta de que hoy no has podido ni escaparte un momento —afirmó él con una sonrisa en los labios—. Pasa, si quieres —dijo, invitándola.

—No. No puedo —contestó nerviosa.

—Como quieras —aceptó él levantando los hombros.

Nuria fue hasta su tienda agitada, perdida. Más bien era incómoda. Ese local no era lo que ella podía considerar un lugar hostil, pero tampoco le era un sitio agradable. La oscuridad, la música,

el tipo de prendas que vendía... nada de eso le gustaba. No entendía cómo alguien podía ponerse semejantes trapos. Raúl el primero. Él vestía de un modo muy informal. Zapatillas, pantalones más bien anchos o bermudas hasta en invierno, que solía combinar con sudaderas con capucha o chaquetas de lana. La antítesis de lo que a Nuria le parecía lo correcto.

A las cuatro de la tarde, la tienda estaba más que perfecta, la caja hecha y todo listo para ser relevada. Nuria esperaba a su compañera Esther. Era una chica más joven que ella, pero muy resuelta. El modo de trabajo era muy diferente al suyo, aunque se compenetraban bien. No coincidían demasiado, pero los ratos juntas eran agradables para ambas.

—Hola, Nuri, ¿qué tal la mañana? —preguntó guardando su bolso.

—Bien, muy bien. He tenido bastante jaleo y he vendido de lo lindo —confirmó Nuria entusiasmada.

—Vale, vale, así que esta tarde tendré poco que hacer, si ya has vendido todo... no tengo muchas posibilidades para superarte —se lamentó. Tenían un pique sano entre ellas. Sabían que no era comparable el volumen de ventas hecho por la mañana que por las tardes. Las dos eran conscientes de ello.

—Ya sabes que luego viene la siguiente oleada, seguro que no te aburres —dijo Nuria poniéndose su americana.

—Eso espero.

Nuria le dio unas cuantas indicaciones a Esther y, como siempre, le dijo que si tenía algún problema no dudara en llamar para intentar resolver el inconveniente.

La muchacha llegó a casa, apenas tenía hambre. El dónut a última hora y el café habían mitigado su apetito. Nada más descalzarse y ponerse cómoda, su teléfono empezó a sonar. Eran sus amigas, estaban intentando ponerse de acuerdo para quedar para esa misma noche. Nuria no estaba mucho por la labor, estaba cansada y no le apetecía demasiado alternar. Sus amigas eran como ella, bastante tranquilas y sosegadas. Su rutina de sábado solía ser siempre la misma. Ir a cenar a un sitio tranquilo y después iban a algún bar a tomar unas copas. Nuria no bebía alcohol y a veces se sentía algo desplazada. Le costaba arrancarse a bailar y desinhibirse, por ello a veces se aburría.

Al final cedió ante la insistencia de sus amigas, iban a ir a cenar a

un nuevo restaurante en el que Cecilia había reservado sin saber a ciencia cierta si irían. A Nuria, ese modus operandi no le gustaba. Prefería tener todo planeado y bien organizado, no reservar a lo loco, aunque por lo menos tenían reserva.

Después de una tarde sin hacer absolutamente nada, se arregló para ir con sus amigas. Se hizo unas ondas en su pelo, se puso unos pantalones tobilleros negros, sandalias y una camisa vaporosa de color celeste. Quedaron en el restaurante; en cuanto Nuria llegó allí, Cecilia estaba esperando. Había pedido un vino blanco para abrir boca. Cecilia trabajaba en una notaría desde hacía años, era muy valorada y se conocía al dedillo todos los entresijos de su profesión. Matilde era funcionaria, llegó tras los pasos de Nuria, trabajaba en la administración tras varios años preparándose unas oposiciones. Las tres tenían sus vidas resueltas. Estaban solteras, no daban explicaciones a nadie y estaban esperando a su príncipe azul. Su hombre perfecto. El ser más maravilloso y espectacular del mundo, y como suele pasar, no abundaban; eran muy exquisitas, y pocos, por no decir ninguno, encajaban en el perfil buscado. Tampoco era algo que las obsesionara demasiado. Vivían bien así, valoraban su independencia y no buscaban desesperadamente pareja. Coincidían casi en todo lo referente a su hombre ideal.

La noche fue amena, cenaron y hablaron de forma distendida. Cuando terminaron, salieron a tomar una copa al bar de moda. Estaba hasta la bandera, aunque ninguna de las tres encontró nada motivador. Muchos se acercaban, pero a los pocos minutos cesaban en su empeño de conseguir algo.

Eran bastante ariscas en según qué situaciones, y cuando algo no las interesaba, cortaban por lo sano. No mareaban al chico de turno para que al final este no consiguiera su objetivo. Se podría decir que se defendían de los moscones impertinentes. Como bien decía María, la hermana de Nuria, eran muy elitistas; y si a simple vista no les cuadraba algún chico, directamente lo eliminaban, no les daban tregua. María pensaba que así iba a ser imposible que encontraran a su príncipe azul. Igual tenían la esperanza de que apareciera montado en un corcel precioso, vestido de azul y con una sonrisa que cegara... eso solo ocurría en los cuentos de princesas. Si estaban esperando que eso sucediera en la realidad, podían esperar toda la vida.

Capítulo 4

Nueva semana

El lunes comenzó, esa semana Nuria tenía turno de tarde, así que aprovechó la mañana para dejar todo preparado para el resto de la semana. Sobre todo comidas, su casa impecable y todo colocado y ordenado al milímetro. Entre el domingo y el lunes por la mañana había dejado todo como a ella le gustaba. A las cuatro de la tarde estaba en la boutique hablando con Esther. La mañana había sido tranquila, siempre pasaba igual; después de un fin de semana de infarto, el lunes era un día muy relajado. Nuria aprovechaba para cambiar escaparates, sacar género nuevo y colocarlo. Se entretenía bien. A las diez de la noche cerró la verja de la tienda, iba a hacer caja y a irse a casa. Estaba orgullosa de su trabajo, había dejado la tienda impoluta y ordenada. Incluso en un rato de no tener nada que hacer había logrado armar un boceto de un vestido de novia. Tendría que perfeccionarlo, pero estaba contenta con los primeros esbozos.

—Nuria, vamos a tomar una cerveza, ¿te animas? —preguntó Raúl, que en ese instante salía también de su tienda.

—Hola, Raúl, pues no me apetece mucho, estoy cansada y quiero irme a casa —dijo ella, que no entendía el porqué de aquella

invitación.

—Como quieras, cuando estamos de tarde nos solemos juntar unos cuantos en la cervecería de arriba, tomamos una cervecita y para casa —añadió Raúl explicando un poco el plan.

—No lo sabía, quizá en otra ocasión —afirmó ella.

—Seguro que sí —dijo Raúl, que se encaminaba hacia las escaleras —. Hasta mañana, Nuria.

—Hasta mañana —contestó ella.

Nuria era bastante distante cuando no tenía confianza. Llevaba meses trabajando en el centro comercial y apenas tenía trato con nadie de allí. Conocía a casi todos de vista, se saludaban, pero de ahí no pasaba. Con el que más trato tenía era con Raúl, su vecino de al lado, y no demasiado. Y sobre todo por la forma de ser de él, a ella jamás se le hubiera ocurrido asomarse a su tienda ni por equivocación. Había sido él quien había empezado a hablar con ella, con la excusa de pedir cambio o alguna cosa habían comenzado a tener algo de confianza.

Nuria llegó a casa, se cambió de ropa, cenó algo ligero y se puso con el boceto. No le gustaba dejar las cosas inacabadas, hasta que no lo terminó y estuvo a su gusto no se fue a la cama. Eran más de las doce cuando lo hizo.

A la mañana siguiente estaba muy creativa. Había soñado con algo la noche anterior y tenía que plasmarlo. Así lo hizo, otros dos bocetos salieron de su mano. Cuando todo fluía así era maravilloso para ella. El tiempo pasaba rápido sumergida en sus diseños, telas, cortes y sus patrones. Casi con el tiempo justo comió, se arregló y fue a trabajar. Sin novedades en el turno de la mañana. A media tarde aparecieron los jefes de Nuria, la pillaron haciendo un diseño de un cinturón para un vestido de novia. Era una filigrana finísima que entrelazaba flores y algo parecido a una cuerda. Mezclaba lo rústico de la soga con lo delicado de las diminutas flores y unos pequeños brillantitos. Era una pieza exquisita. No pudieron evitar fijarse en aquello. Nuria estaba algo incómoda, lo primero porque la habían pillado dibujando, tenía la tienda perfectamente, pero ese no era su cometido, y lo segundo por los halagos recibidos. Sus jefes la felicitaron, y ella, agradecida, sonrió guardando de forma atropellada su bloc y sus pinturas. De vez en cuando sus jefes se pasaban por allí

para comprobar el funcionamiento de la tienda y para ver cómo estaba todo. No tenían problema con Nuria y con Esther, lo llevaban todo al milímetro y muy ordenado. Sus jefes le entregaron parte de la nueva colección, así que el resto de la tarde la tuvo entretenida. Colocó, reubicó alguna cosa y dejó todo prácticamente ordenado. A la salida volvió a coincidir con Raúl. Nunca antes había coincidido tanto con él.

—¿Hoy te animas, Nuria? —preguntó sin un saludo previo.

—No lo sé. Creo que no tengo mucho que ver con vosotros —admitió Nuria algo cortada e incómoda.

—Y eso, ¿por qué lo dices? —preguntó él extrañado por tal aseveración.

—No lo sé, mírame, mírate, con seguridad que todos los que os reunís sois del mismo rollo al tuyo —dijo Nuria queriendo irse de allí cuanto antes.

—No sé qué es lo que quieres decir, pero nos reunimos compañeros de trabajo, cada uno con sus particularidades, no siempre los mismos, no sé qué idea tienes, Nuria, pero si vienes podrás comprobar que tu prejuicios son solo eso, prejuicios —explicó Raúl serio.

—No son prejuicios. Seguramente seréis todos los de las tiendas de videojuegos, el del estudio de tatuajes, la barbería..., no sé —añadió ella incómoda.

Nuria quería dejar claro que la idea que tenía era que se reunían personas que tenían intereses comunes, pero estaba claro que no se estaba explicando en condiciones, o, por lo menos, le estaba dando esa sensación.

—Y los de telefonía, y los de la librería, y el señor que hace zapatos a medida y la señora de la tienda de decoración... somos una mezcla —enumeró él intentando que entendiera que no tenía mucho sentido lo que ella insinuaba.

—Quizá mañana —concluyó Nuria deseando salir de allí.

—Mañana no te escapas —dijo Raúl dando una risotada que retumbó en el centro comercial vacío.

Nuria llegó azorada a casa. No entendía cómo esa conversación había derivado en algo tan desagradable. ¿Era ella una persona prejuiciosa? Su hermana la llamaba elitista y otras cosas, pero

prejuiciosa nunca. ¿Qué imagen tenían los demás de ella? ¿De una persona estirada y prepotente? No tenía ni idea. Cenó y se metió a la cama. Necesitaba dormir. A la mañana siguiente quería ir a hacer unas pequeñas compras.

El miércoles fue entretenido para Nuria. Por la mañana, como había planeado, fue a hacer unas compras. Aprovechó para quedar con su hermana, que estaba visitando a algún cliente por el centro. Tomaron algo a media mañana en un bar y se fue a casa. Comió, se arregló y fue a trabajar.

Esther había dejado la tienda manga por hombro, y es que había tenido una avalancha de gente dispuesta a comprar. Eso, unido a las novedades que había colocado Nuria estratégicamente en el local, hizo que el interés creciera. En cuanto se quedó sola se dispuso a colocar toda la tienda. Eso lo intercalaba con la atención personalizada que siempre daba a sus clientas. La tarde pasó rápida. Hizo caja, y en cuanto apagó todas las luces y salió de la tienda, encontró a Raúl apoyado en uno de los pilares que estaban frente al negocio, esperándola.

—Hoy si que sí, preciosa, no te libras de tomar una cerveza conmigo —dijo con una sonrisa en la cara.

—Bueno, no me queda otra alternativa —contestó Nuria, que sabía que tenía que cumplir con lo que había prometido.

—Cualquiera que te oiga pensará que te estoy obligando a ello —añadió un poco dolido Raúl.

—No. No es eso, pero antes o después tendré que ceder, así que cuanto antes mejor —afirmó ella, que era muy práctica para según qué cosas.

—Lo estás arreglando —dijo Raúl riendo.

Un calor subió por la cara de Nuria, sentía arder sus mejillas y sus orejas, y es que Raúl tenía razón. Cada vez que decía algo, empeoraba las cosas. Estaba allí porque quería, aunque el plan no era el mejor que le habían propuesto en su vida, pero no estaba coaccionada ni obligada por nadie, aunque esa era la sensación que daba.

Nuria reconoció a algunos de los que allí estaban, no intimaba mucho con los compañeros, pero los reconocía. Estaba un señor que trabajaba en un estanco y que estaba especializado en tabaco de liar y en pipas. Era muy peculiar en su forma de vestir y nunca hubiera

pensado que él era uno de los asiduos a esas reuniones extralaborales. Como dijo Raúl, también estaba la mujer de la tienda de decoración hablando muy efusivamente con otra más joven de la tienda de bebés. Chicos más o menos jóvenes con personas de más edad. Todos mezclados en buena sintonía. Seguramente, poco o nada tenían unos que ver con los otros más allá del vínculo del centro comercial, pero parecía que lo pasaban bien. Nuria se sentó en una silla vacía, y al instante la chica de la tienda de juguetes empezó a hablar con ella, era muy dicharachera y simpática. Raúl dejó delante de Nuria una cerveza fresquita con su espuma a punto de resbalar por el húmedo cristal, no se atrevió a decirle que no bebía alcohol, así que tendría que beber al menos un poco del vaso, que por otro lado tenía un aspecto muy apetecible. El primer trago fue desagradable en cuanto al sabor, pero el frescor era muy agradable y calmaba la sed. Había bebido cerveza antes, aunque nunca le había encontrado el punto que le gustaba a la gente. El caso era que, después del primero, fue el segundo trago. Nuria hablaba con la chica que estaba a su lado de forma distendida, guardaba las distancias y la compostura, pero estaba a gusto. Raúl estaba sentado a su lado; quitando alguna pregunta lanzada al aire, no había intercambiado muchas palabras con él. En cuanto los vasos se iban vaciando, la gente se iba levantando, se despedían y se iban. Nuria estaba a gusto y se hubiera tomado otra, pero iba llegando el tiempo de irse a casa. Se despidió de todos y salió a la calle. El aire le dio en la cara despejando un poco el mareo que tenía.

Capítulo 5

Prácticas habituales

Al día siguiente, Nuria se levantó con la boca pastosa y un leve dolor de cabeza. En cuanto lo hizo supo a qué se debía, sin duda la cerveza le había provocado aquellos síntomas. Con razón no bebía, no era agradable levantarse así al día siguiente de haberlo hecho. Si estaba así con nada más que una cerveza, no se imaginaba cómo podía estar con unas cuantas o con algún que otro licor. Se recompuso, se duchó y se hizo un tratamiento desintoxicante, mascarilla, batido *detox*, todo para intentar paliar semejante resaca. Bebió más de dos litros de agua solo por la mañana. Al llegar a trabajar, Esther la esperaba ansiosa por contarle las novedades acaecidas durante la mañana. En cuanto se quedó sola se puso a hacer su rutina diaria, colocar, ordenar, revisar albaranes y atender a las personas que entraban en su tienda. Ese día no tuvo tiempo de esbozar nada en su bloc, pero en su cabeza nuevas ideas aparecían. En cuanto pudiera lo plasmaría. Hacía trazos imaginarios en su cabeza, rectificaba, borraba una y otra vez hasta dar con lo que realmente quería. A las diez estaba fuera de la tienda, llevaba más de media hora con la caja hecha, esperó hasta que la hora del ordenador cambió y cerró.

—Ha estado la tarde floja —dijo Raúl esperando, como el día anterior, apoyado de forma desenfadada en el pilar.

—Sí —contestó Nuria.

—¿Otra cervecita? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—No sé —respondió dudando.

—Será rápido, lo prometo —dijo irguiéndose y poniéndose serio como si estuviera jurando ante un tribunal americano.

—Vale. —Nuria aceptó sin pensarlo mucho.

Llegaron a la misma cervecería del día anterior. No había ninguno de los compañeros con los que habían compartido cerveza la noche pasada.

—¿Qué ha pasado hoy? —preguntó incrédulo Raúl.

—Hay fútbol —confirmó la camarera—, han huido todos.

—¡Vaya!, ya veo —asintió Raúl—. Pues tú y yo solos, Nuria —añadió girándose hacia Nuria, que miraba incómoda de un lado a otro.

—Bueno —expresó temerosa de meter más la pata.

Sin preguntar más, Raúl cogió las dos cervezas y las puso en una mesa que estaba apartada. El lugar estaba poco concurrido esa noche.

—Y bien, Nuria, cuéntame algo —pidió dando un sorbo largo.

—No sé qué contarte —dijo ella cortada.

—Pues no sé, algo de ti, de tu trabajo, ¿te gusta? O no, no sé —enumeraba Raúl moviendo las manos.

—Pues sí, me gusta, no puedo decir que no sea así... —dijo manteniendo en suspenso la frase.

—Pero... —añadió él, que se había percatado de que se había controlado en su discurso y no decía todo lo que tenía dentro.

—Pero, bueno, me gustaría hacer otras cosas —admitió ella.

—¿Como cuáles? —volvió a preguntar Raúl.

—Diseño de moda —contestó segura de sí misma.

—¡Apuntas alto! Eso es muy difícil —afirmó él.

—Lo sé, pero no imposible, sé que lo conseguiré antes o después. Lo tengo claro —sentenció ella convencida de que así iba a ser.

—Con esa actitud, estoy seguro de ello —contestó Raúl volviendo a beber mientras pensaba en la respuesta de Nuria.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Yo, pues, no sé. Ahora estoy aquí, más adelante ya veré. No me planteo demasiado el futuro —dijo él.

—¿Cómo que no? —cuestionó Nuria irritada por la afirmación—. Es muy importante ponerse unas metas y saber lo que se quiere en la vida.

—Yo eso lo sé, pero nunca se sabe. La vida da muchas vueltas, y normalmente, todo lo que planeas no se cumple —confesó él.

—Pues yo lo tengo claro. Mi futuro lo tengo más que pensado —afirmó Nuria con rotundidad.

—¿En serio? ¿Y puedes vivir así? —preguntó sorprendido.

—¡Claro! Lo que no entiendo es cómo tú puedes vivir así, sin saber —decía alucinada.

—Creo que es más interesante, la incertidumbre de no saber, el riesgo que se corre, la adrenalina de lo desconocido... es algo motivador —respondió Raúl con una sonrisa maquiavélica en la cara.

—Nada de eso —dijo seria Nuria—. Lo mejor es tenerlo planeado e ir dando pasos hasta conseguirlo —añadió plasmando en voz alta sus milimetrados pensamientos.

—A veces no siempre se consigue, el destino te juega malas pasadas y tienes que reconducir tu camino —rebatió Raúl.

—Pero mientras pueda evitarlo, creo que es mejor tenerlo planeado.

—Está claro que no nos vamos a poner de acuerdo —sentenció Raúl riendo y dando el último trago a su cerveza.

—Creo que no —dijo Nuria haciendo lo mismo. No estaba acostumbrada a beber y menos tan rápido. Sentía que ya iba algo mareada.

Llegó a casa como ida. No le disgustaba esa sensación de ingravidez; sin embargo, el notarse más desinhibida y controlar menos sus actos no acababa de encajarlo bien.

Al día siguiente la resaca era menor, pero aun así tenía una sed atroz. Fue a trabajar, y a media tarde Raúl entró como siempre en su tienda.

—¿Me puedes cambiar? —preguntó sin otro saludo.

—Espera un minuto —dijo Nuria seca.

Estaba atendiendo a una señora y no iba a dejarla porque Raúl quisiera cambio.

—Sin problema —contestó Raúl mirando alguna prenda que colgaba de las perchas.

—Aquí tienes —dijo Nuria llamando su atención.

Quería que se fuera, no pintaba nada allí. Incluso el ver cómo miraba las prendas de su boutique la molestaba.

—¡Gracias, preciosa! —se despidió yéndose sin más.

Nuria resoplaba, no sabía cómo consentía esas confianzas por parte de Raúl. Ella no le había dado pie a que la llamara «preciosa» y había comprobado que lo hacía a menudo.

A las diez de la noche, de nuevo Raúl estaba esperando.

—Hoy no hay cerveza —espetó ella en tono cortante.

—Mal día, ¿eh? —contestó Raúl ante la actitud de Nuria.

—No. Creo que no es buena idea, simplemente eso —explicó sin más.

—Ayer lo pasamos bien. Porque tengamos diferentes puntos de vista no tenemos que dejar de tomar algo, ¿no crees? —dijo él en tono pacífico.

—No. No creo. No tenemos nada en común —afirmó ella encaminándose hacia la salida, estaba cortando a Raúl. No quería ningún tipo de confianza más que la que habían tenido hasta el momento.

—Deberías dejarte llevar más, Nuria. No todo es milimétrico, cuadriculado ni está medido —aconsejó él sin mirarla.

—¡Qué sabrás tú! —respondió rápidamente, estaba dolida.

—Yo no sé nada, digo lo que veo, nada más —contestó él, y por un instante Nuria se percató de que su hermana le había dicho algo parecido no hacía demasiado tiempo—. Hasta mañana, que descanses —dijo Raúl que, a modo de saludo, golpeó en el hombro al señor del estanco que salía de su tienda y se encaminaba hacia la cervecería. Raúl hacía muestras de cariño a cualquier persona con la que tuviera cierta conexión.

Nuria llegó a casa enfadada. No entendía cómo Raúl se tomaba tantas confianzas con ella, era más, ¿cómo se atrevía a decirle lo que pensaba de ella? Él no tenía ni el derecho, ni la más mínima idea de cómo era ella, de sus circunstancias, de cómo era su vida. Igual podía ser que no le gustaba que le dijeran cómo era. De sobra lo sabía. Sin embargo, no se avergonzaba de ser como era. Su vida funcionaba bien así, y no iba a cambiar.

Capítulo 6

Viernes para olvidar

Era viernes, se notaba el paso de la semana. Nuria estaba cansada, además no solía salir, y esa semana se había quedado dos noches tomando cervezas después del trabajo. No se había alargado la velada demasiado, pero eso no solía entrar en sus planes y hacía que todo modificara su rutina. Tenía claro que no iba a volver a repetir. No había sido una mala experiencia, pero prefería mantener las distancias como siempre. Volver a ser la persona anónima que no se relacionaba con nadie. En realidad no se había sentido desplazada en ningún momento cuando había compartido la cerveza con sus compañeros, era más, la habían aceptado sin problema. El ser aceptada era bueno, pero Nuria no quería abrirse a nadie. Permanecería hermética como había hecho hasta ese momento. Era mucho mejor así.

Tuvo una tarde muy ajetreada, clientas satisfechas, otras no tanto. Aunque la tarde se le estaba haciendo larga. Quería que terminara para irse a casa cuanto antes. Pero como solía pasar, cuanta más prisa tenía, más se ralentizaba todo. A última hora de la noche entró una clienta bastante exigente. En otras circunstancias, Nuria estaría encantada, pero ese día en particular no. Era muy pesada y no tenía la

más mínima prisa. A las diez cerró la tienda, pero aun así seguía con la clienta. Apagó la música para que la mujer se diera por aludida y entendiera que su tiempo allí había terminado, pero la jugada le salió al revés a Nuria. La mujer agradeció que la música dejara de sonar. Estuvo con ella hasta las diez y veinte. En uno de los paseos de Nuria para ir a buscar una nueva prenda, vio a Raúl que esperaba apoyado en la columna que estaba frente a su tienda. Ella hizo como que no lo vio, pero su vecino de tienda estaba esperándola a ella. Era evidente. Al final la clienta se fue sin nada, Nuria estaba cabreada y cansada. Salió de la tienda, Raúl ya no estaba allí, mucho mejor. Caminó fuera del centro comercial, y al llegar a la parada del autobús que la llevaría a casa, unas luces la deslumbraron. Una furgoneta más o menos grande y algo antigua paró en el lugar habilitado para el autobús.

—Nuria, te acerco a casa —dijo Raúl con una sonrisa en la cara. Nuria apenas oía nada. Una música estridente salía de los altavoces de su furgoneta.

—No te preocupes, el autobús ya está aquí —negó ella mirando a lo lejos.

—Como quieras —contestó él—. He estado esperándote y no has salido.

—He tenido una clienta hasta las tantas; además, creo que no volveré a tomar nada con vosotros. No es nada personal. Es solo que no me encuentro en mi lugar —explicó ella.

—Es lo que pasa cuando uno sale de su zona de confort. Deberías salir con gente diferente, así eso no te volverá a pasar, te irías acostumbrando a adaptarte a nuevas situaciones —dijo Raúl—. No puedo estar aquí más tiempo, llega el bus —contestó a modo de despedida.

Con un fuerte acelerón, la furgoneta de Raúl se puso en marcha. Nuria se quedó mirando sin fijar la vista en ningún punto determinado hasta que el vehículo desapareció de su vista. Se había quedado pensando en lo que Raúl le había dicho. Su zona de confort..., salir con gente diferente..., adaptarse a nuevas situaciones... De nuevo, ¿quién era él para decirle lo que tenía que hacer? Nadie. Pero el caso era que sus afirmaciones la hacían reflexionar. ¿Realmente era una persona tan cerrada? ¿Era antisocial? Nunca se había considerado como tal. Ella más bien lo achacaba a su timidez, no a la falta de

empatía con otras personas.

Llegó a casa sin apenas energía. En cuanto encendió la luz del portal, encontró a su hermana en la puerta de su casa.

—¡¿Se puede saber qué haces tú aquí?! —preguntó enfadada.

—Buenas noches, hermanita. ¡A mí también me alegra verte! —dijo María con sorna.

—Mmmmm —expresó Nuria a modo de saludo mientras abría la puerta de su casa.

—He venido con Edu, un amigo —afirmó María que hasta el momento no había presentado al chico que estaba a su lado—, y también te traigo la cena —añadió para allanar el camino con su hermana.

María sabía de sobra que esas visitas inesperadas, y menos aún a esas horas, no eran bien recibidas por su hermana.

—No tengo hambre, y no es buena idea que vengáis. No he tenido buen día —espetó dejándolos en la puerta. Estaba siendo maleducada, pero no estaba de humor. No podía evitarlo.

—Pues, ¡deberías habérmelo dicho antes! Me he tomado muchas molestias para encontrar algo de cena que se ajuste a tus necesidades —sentenció María dolida y enfadada.

—¿Cómo iba a decírtelo si no sabía que venías? —preguntó Nuria irritadísima.

Edu, el amigo de María, miraba alternativamente a las dos hermanas sin decir nada. Era como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Te lo he dicho. Llevo toda la tarde llamándote y mandándote mensajes. En el último te puse que si no decías lo contrario, que venía, ¡míralo! —dijo María ofuscada.

—¡Imposible! Mi teléfono no ha sonado —afirmó Nuria más cabreada todavía.

—¡Que lo mires! —insistió María.

Con desgana, Nuria cogió su móvil. Su cara cambió por completo. Su hermana tenía razón.

—Lo tenía en silencio —afirmó en un susurro.

—¿Ves? Eres una cabezota. Así que, venga, se enfría la comida —dijo María irrumpiendo en casa de Nuria con total autoridad.

Nuria no pudo hacer otra cosa. Lo que más le apetecía era quitarse

los zapatos y la ropa y meterse en la cama, pero con su hermana era imposible. Sabía que no tenía nada más que hacer que aguantar.

Cenaron los tres juntos. El ambiente se calmó, y Nuria se relajó un poco. En cuanto terminaron de cenar, esta pidió disculpas. Se iba a dormir. María, con su habitual desparpajo, le dijo a su hermana que ellos dos se quedarían un poco más de tiempo. Nuria sabía lo que eso significaba. No lo quería ni imaginar. No era la primera vez que María se presentaba en su casa con el amiguito de turno. Nuria se fue a su habitación, se puso sus tapones para los oídos y se metió en la cama. Daba vueltas de un lado a otro. No conseguía conciliar el sueño. Los tapones le molestaban. Decidió quitárselos. Al hacerlo no pudo evitar escuchar los jadeos de su hermana. Eso la hizo pensar, ¿desde cuándo no tenía ella un encuentro con un hombre? Demasiado. ¿Alguna vez había gemido de esa manera? Seguramente no. ¿Realmente disfrutaba tanto del sexo como parecía que lo estaba haciendo su hermana? Seguramente tampoco. No era algo que le quitara el sueño. El sexo estaba bien, pero según su opinión, estaba sobrevalorado. Quizá fuera una persona con poco apetito sexual o directamente asexual. Su hermana seguía gimiendo, y Edu emitía un sonido que indicaba que lo estaban pasando muy bien. Nuria no quería escuchar aquello, se estaba poniendo nerviosa. El solo hecho de escuchar e imaginar a su hermana en plena acción le daba vergüenza, pero parecía que a ella le importaba más bien poco el incomodarla de esa manera. Nuria metió la cabeza bajo la almohada, apretó fuerte contra sus oídos aún a riesgo de morir asfixiada. ¡Quería dormir! ¿Tan difícil era de entender?

Capítulo 7

Déjate llevar

Era sábado, el último día de la semana laboral. Necesitaba que todo acabara para poder descansar. Lo cierto era que cuando salía un sábado a las diez de la noche del trabajo, su fin de semana se veía reducido al domingo nada más. Nuria no solía quedar con sus amigas cuando así era, prefería aprovechar la mañana del domingo para tener todo listo en su casa y hacer los preparativos para la semana venidera. Si salía con ellas, a poco que trasnochara, el domingo se vería reducido aún más.

Hizo el cambio de turno con Esther. Pocas novedades, todo en orden. Otro día más. A veces pensaba que cómo podía estar malgastando su tiempo metida en un centro comercial, sobre todo los sábados por la tarde, inmediatamente sopesaba los pros y los contras y se percataba de que realmente le gustaba su trabajo. No era algo definitivo, y en un periodo de tiempo lograría su sueño, pero hasta entonces tenía que llevarlo lo mejor posible.

La tarde no estaba siendo muy movida, había momentos en los que la tienda se le llenaba, y en otros en los que estaba sola. No quería eso. Quería atender a sus clientas bien, y cuando se acumulaban tenía

que estar muy pendiente de todas al mismo tiempo.

—Hola, Nuria, voy a por un café, ¿te apetece algo? —dijo Raúl entrando en la tienda como si tal cosa.

—Hola, pues, mejor una infusión, si no te importa —contestó ella.

No quería dar confianza a su vecino, pero realmente le apetecía tomar algo.

—Vale, ¿qué tipo de infusión? —preguntó él.

—Un té verde, toma la taza, ellas ya saben que siempre llevo mi propio recipiente —dijo Nuria sintiéndose un poco estúpida.

Raúl miró extrañado la taza, la cogió y se fue a por las consumiciones.

A los pocos minutos, él volvió a aparecer en la tienda de Nuria, llevaba su taza humeante y una bolsita de papel con su café, el azúcar y las cucharillas.

—Aquí tienes —dijo él.

—Gracias. Tengo aquí estevia y una cucharilla metálica —contestó Nuria mostrándole lo que tenía bajo el mostrador.

—¿Qué es eso? —preguntó él extrañado.

—Un edulcorante natural, más sano que el azúcar y menos perjudicial que la sacarina —explicó.

—Vale, vale. Pues yo le echaré el azúcar de toda la vida, en mi vasito de cartón, a mi café con cafeína y leche entera, si no te importa —dijo riendo.

—No. No me importa. Me gusta cuidarme, nada más —admitió.

—Me parece muy bien. Pero me da la sensación de que eres demasiado milimetrada, lo tienes todo muy planeado y eso... pues no siempre es bueno —argumentó Raúl sin ánimo de ofender. Nada más daba su opinión.

—No estoy de acuerdo contigo. Simplemente, me gusta cuidarme, no contaminar y tener las cosas claras —contestó Nuria queriendo que entendiera su postura.

—¡Déjate llevar, Nuria! No pienses tanto las cosas, a veces las mejores situaciones pasan cuando no se planean —decía Raúl con entusiasmo.

Nuria se quedó pensando en las palabras de Raúl mientras bebía de su taza humeante. Veía al chico que tenía frente a ella a través del vapor de agua. Siempre que él decía algo, ella reflexionaba.

Un cliente entró en la tienda de Raúl, dejó su café sobre el cristal impoluto del mostrador de la tienda de Nuria y desapareció. Ella seguía con su infusión, dando pequeños sorbos. Realmente le estaba sentando muy bien el té. A los pocos minutos apareció Raúl con una sonrisa en la cara.

—Así da gusto. He hecho una venta sin currármelo.

—Eso no tiene mérito, pero de vez en cuando... no está mal —admitió Nuria recogiendo su taza, la limpió con papel y la guardó donde siempre.

—Pues no, pero tenía muy claro lo que quería y ha sido fácil —dijo Raúl apurando su café.

—¿Ves? —preguntó Nuria de forma triunfal—, cuando se sabe lo que se quiere es mucho más fácil —aseveró ella llevándolo a su terreno.

—Me voy, entran clientes —cortó Raúl yéndose de la tienda de Nuria.

—Gracias por la infusión —contestó ella en un tono más alto.

Raúl ni siquiera respondió, movió la mano y desapareció de su vista. La tarde para ella había terminado. Tenía poca clientela para ser un día de ocio para casi todo el mundo. Decidió entonces, cansada de colocar y recolocar las prendas, ponerse con sus diseños. Sacó su bloc, su caja de pinturas y sus lápices. La caja era metálica, con todas sus pinturas colocadas por tonos, con la punta justa para que no se rompiera al presionar el papel y lo suficientemente fina para hacer un trazo ligero. Estaban gastadas, pero parecían nuevas, todas tenían casi la misma longitud y la punta igual de fina. Nuria era muy maniática y repasaba de vez en cuando que todo su material estuviera en perfecto estado. Con la goma de borrar le ocurría lo mismo, procuraba que estuviera limpia para no emborronar nada cuando borraba. Si era demasiado pequeña, la desechaba. Tenía varias manías con su material de trabajo que rozaban la obsesión. En realidad, con casi todas las cosas tenía manías: trabajo, material, casa, limpieza...

Nuria recibió una llamada, era su jefe desde la otra tienda. Dejó su lápiz para descolgar el teléfono. Aún no había empezado a dibujar, se enfrentaba a una hoja en blanco. El primer trazo siempre era el más difícil. Su jefe le pedía que mirara algo del *stock* existente en el pequeño almacén que tenían en la parte de atrás de la tienda, al lado

de los vestuarios.

Raúl se asomó a la tienda, le extrañó no ver a Nuria, quizá estuviera con alguna clienta en la parte de los probadores. Ella hablaba, pero nadie contestaba. Decidió esperar a que saliera. Estaba más que satisfecho con sus ventas de la tarde, así que no le importaba demasiado no vender más. Además, desde el lugar que se encontraba controlaba la puerta de su tienda, vería si alguien entraba. Se aproximó curioso hasta el mostrador. Allí vio un bloc en blanco, las pinturas en su caja y un pequeño estuche abierto en el que asomaban lápices y un sacapuntas metálico. No pudo evitarlo, cogió un lápiz y empezó a dibujar. Se dejó llevar e hizo un dibujo estilo manga en la que la protagonista era Nuria. Se podría decir que era algo así como una caricatura de ella, pero sin resaltar sus defectos, era un dibujo bastante bonito.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —preguntó Nuria tras colgar. Solo el ver que estaba tocando su material de trabajo la sacaba de sus casillas.

—Nada, he visto una hoja en blanco y no he podido evitarlo —dijo él mostrándole con inocencia su pequeño dibujo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella irritada.

—¿El qué? —preguntó él incrédulo por el tono y la dirección que estaba tomando la conversación.

—Coger las cosas ajenas sin permiso —dijo ella, que miraba alternativamente a su bloc y a Raúl.

—Lo siento —se excusó él—. Es un dibujo, si no te gusta lo rompes y ya está —dijo dolido.

—No. No está. Mi bloc es mi bloc, no me gusta que nadie toque mis cosas y mucho menos sin mi permiso, ¿te queda claro? —bramó ella furiosa.

—Claro y meridiano —contestó Raúl agachando la cabeza y saliendo de la tienda.

Raúl realmente no entendía cómo se había puesto así. No era tan grave. Era un simple dibujo en un bloc. No debería haberlo hecho, podía llegar a entenderlo, pero la solución era fácil. Arrancar la hoja, hacerla una bola y tirarla. Fin del asunto, pero lo cierto era que se sentía bastante mal. Nuria había sido muy dura con él, no se merecía ese trato y lo peor de todo había sido el tono. Estaba muy rabiosa,

irascible y furiosa por algo inocente. Un simple dibujo que no iba a ningún lado. Raúl no entendía nada. El comportamiento de Nuria era desmesurado para lo que en realidad había sucedido. Esa mujer era muy difícil de llevar.

Nuria miró el dibujo, de verdad era bueno. No tenía nada que ver con el resto de dibujos que contenía el bloc, pero no estaba mal. Además, era ella; agarró el papel con el firme propósito de arrancarlo, pero en el último momento desistió. Recordó por un instante la cara de decepción de Raúl, ella se había pasado con su reacción. No debería de haberlo tratado así. Él se había inmiscuido en sus asuntos, era cierto, pero eso no le daba derecho a chillarle como lo había hecho.

Se disculparía cuando salieran de trabajar. Había hecho las cosas mal y tenía que rectificar. Intentaba ser consecuente con sus actos, aunque a veces el genio que se gastaba le impedía ver más allá. No podía controlarlo.

Las diez llegaron. Esta vez Nuria se quedó esperando a que Raúl saliera de la tienda, se le había llenado en el último momento y estaba terminando de recoger.

—¿Cerveza? —preguntó Raúl extrañado de que Nuria estuviera esperando fuera.

—No. Quería hablar contigo —dijo ella.

—Adelante —contestó Raúl cogiendo un montón de bolsas y encaminándose hacia ella tras cerrar la tienda.

—Siento lo de antes, te he chillado y no debería haberlo hecho. Es que con mis cosas soy muy maniática y... —explicó Nuria avergonzada.

—Ya lo he notado, simplemente he visto un papel en blanco y no he podido evitarlo —afirmó él, que había aceptado de buen grado las disculpas de Nuria.

—Si quieres, para pedirte perdón, te invito a una cerveza —dijo Nuria sin saber muy bien lo que hacía. Raúl había sido tan comprensivo que le costaba admitir que fuera tan bueno y pensaba que debía resarcirle por sus malas maneras.

—Prefiero otra cosa —contestó él sonriendo.

—¿Otra cosa? —preguntó Nuria extrañada.

—Sí. ¿Te fías de mí? —preguntó él.

—Sí, bueno —dijo ella algo confundida.

—Vale. Pues, déjate llevar ¿de acuerdo? —pidió Raúl con una sonrisa amplia y sincera.

—Bueno... sabes que yo... —empezó a decir Nuria.

—Déjate llevar, Nuria, nada malo va a pasarte —aseguró él serio —, lo prometo.

—De acuerdo —dijo ella más tranquila.

Capítulo 8

Comienzo de algo

Salieron del centro comercial. Raúl iba cargado con un montón de bolsas de plástico.

—¿Se puede saber qué hacemos? ¿A dónde vamos? —preguntaba Nuria cada vez más arrepentida de haber cedido a los deseos de Raúl.

—De momento a mi furgo. Necesito dejar la compra, pesa bastante —admitió este como si tal cosa.

—¿Y después? —Quiso saber ella.

—Después iremos a un lugar estupendo, pero está un poco lejos —confirmó Raúl.

—Vale, pero ¿dónde es?, ¿cuánto de lejos?, ¿por qué ahí y no a otro sitio? —preguntaba Nuria cada vez más nerviosa.

Raúl se paró en seco, volvió a dejar las bolsas en el suelo y miró a Nuria fijamente antes de hablar.

—Nuria, no preguntes tanto. Te va a encantar; además, si te lo cuento perderá la magia —dijo él con una sonrisa sincera en la cara.

Sabía que era difícil para Nuria encajar todo aquello. La conocía poco, pero con lo ocurrido con el bloc esa misma tarde se había hecho a la idea de cómo era.

—Es que no me gustan las sorpresas y el no saber, pues... me inquieta —explicó ella, que cada vez estaba más confusa.

—Ese es tu problema, no sabes enfrentarte a lo desconocido —contestó él.

—Me gusta tenerlo todo controlado, soy muy maniática —admitió.

—¡Déjate llevar! —dijo Raúl emprendiendo la marcha.

Llegaron hasta la furgoneta, era un modelo antiguo, de color rojo y estaba bastante cuidada. Era el típico vehículo que usaban los surferos para llevar sus tablas hasta la playa en cuestión. El tema era que allí no había mar. Se montaron después de dejar la compra. Raúl arrancó y emprendió la marcha. Salió a la autovía ante la mirada fija de Nuria.

—Antes de que digas nada, te voy a adelantar algo —dijo Raúl al ver a Nuria algo inquieta.

—Vale —asintió ella.

—El camino dura más o menos dos horas. Vamos a un lugar donde está prohibido acampar, pero siendo las horas que son y la época del año en la que estamos, no tendremos problemas —dijo él tan tranquilo.

—¡¿Cómo?! Dos horas de camino, a un lugar prohibido. ¡Para ahora mismo! Yo me bajo —gritó Nuria fuera de sí.

—De eso nada, me has dicho que te fiabas de mí. Nada malo va a pasarte. Es inútil que te enfades, solo vas a conseguir estar peor. Relájate y disfruta —afirmó Raúl imperturbable.

—¡Esto es increíble! —dijo ella cruzando los brazos.

Tras unos cuantos minutos sin articular palabra, Raúl comenzó a hablar.

—¿Vas a estar sin hablarme todo el camino? Mira que son dos horas... —dijo él con malicia.

—No tengo nada que decir —sentenció ella.

—¡Venga! No te enfades, Nuria, ya verás cómo esta experiencia te va a gustar —indicó él en tono cariñoso.

—No me gusta ahora y no me gustará más adelante. No sé por qué me he prestado a esto —afirmó más enfadada con ella misma que con Raúl.

—No seas así. Háblame de ti, de tu familia, de lo que te apetezca,

así será más ameno —pidió Raúl.

—No me apetece. Habla tú si quieres —dijo ella seria.

—Vale. Me llamo Raúl, trabajo en una tienda al lado de la tuya. Vivo con mi padre y su pareja. Mi madre murió cuando yo tenía doce años. En cuanto pueda me independizo, pero hasta el momento vivo con ellos. Tengo una hermana más pequeña que vive fuera. Pretendo trabajar en otra cosa en breve, pero hasta el momento el sueldo de la tienda me permite vivir —dijo Raúl de corrido—. ¿Y tú?

—Yo, pues ya sabes. No tengo mucho que contar. Vivo sola, mi padre está jubilado y mi madre es modista. Hace arreglos para la otra boutique en la que yo trabajaba hasta que me trasladaron al centro comercial. Mi hermana está loca y vive con ellos —resumió ella de forma telegráfica.

—Pues sí que es interesante tu vida —afirmó él riendo.

—No sé si interesante, pero ordenada sí —dijo ella orgullosa de ser como era.

—La mía nada de nada. Este es el trabajo más estable que he tenido en mucho tiempo, pero ya me estoy empezando a cansar... —admitió él.

—No me extraña —contestó Nuria entre dientes.

—¿Por qué dices eso? —Quiso saber él picado por la curiosidad.

—Porque lo que vendéis en tu tienda es horroroso —sentenció ella.

—A ti te lo parecerá, pero también tengo mi público, público al que, por cierto, no le gustará nada de lo que vendes tú en tu boutique —dijo él pagándole con la misma moneda.

—¡Ni falta que hace! —sentenció ella en tono algo soberbio.

—¿Por qué te mueves tanto por las apariencias? No es oro todo lo que reluce... —agregó él, y como solía ocurrir, Nuria se quedó pensativa.

—No lo sé. Me gustan las cosas bonitas, lo que está bien hecho, el orden... —admitió ella queriendo justificar su comportamiento.

—Lo que a mí me resulta bonito puede que a ti no, o viceversa, y eso no tiene por qué ser malo, ¿no crees?

—Puede ser. Pero tengo mis ideas muy claras y mis gustos —confirmó.

—Te voy a hacer cambiar de opinión —dijo él riendo.

—No lo creo —afirmó ella segura de sí misma.

Las dos horas pasaron, era de noche ciega, pero Raúl manejaba aquella furgoneta sabiendo muy bien dónde iba. El tiempo había pasado más rápido de lo que Nuria en un principio había pensado. Se había relajado a medida que el camino transcurría, y es que Raúl era muy amable con ella, llevaba una conversación amena y era fácil hablar con él. Llegaron a un parque natural. Raúl aparcó allí la furgoneta, llegó hasta la puerta de Nuria y abrió.

—Venga, baja, la noche es estupenda —dijo él.

—Tengo frío —admitió Nuria al sentir el frescor de la noche, la humedad del río que se oía y la leve brisa que hacía mover algunas hojas de los árboles.

—Espera —dijo Raúl. Fue hasta la parte trasera de la furgoneta, sacó una manta y se la puso por encima.

Luego agarró a Nuria de la mano. No se veía prácticamente nada. Llegaron hasta una zona despejada donde no había árboles altos.

—Mira hacia arriba, ¿ves las estrellas? —preguntó Raúl.

—Sí —dijo ella.

—No me digas que no es bonito —dijo entusiasmado.

—Es muy bonito —admitió Nuria.

Raúl se ubicó tras ella, puso sus brazos alrededor de Nuria, y ella, inconscientemente, apoyó su cabeza en el hombro de su vecino de tienda. El abrazo era reconfortante, más incluso que el suave tacto de la manta. Estuvieron un tiempo más o menos largo mirando las estrellas, en silencio. Ninguno de los dos hablaba, ese silencio era roto por el ruido de algún animal que merodeaba por la zona o por el sonido de las ramas al moverse. Nuria se sobresaltó al oír un ruido tras de sí.

—Ven, vamos, no quiero que te asustes —dijo Raúl solícito.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella temerosa.

—No lo sé, puede que un jabalí, o un oso, o un ratón, no tengo ni idea.

Oír a Raúl enumerar todos esos animales metió el miedo en el cuerpo de Nuria. Raúl abrió el portón del lateral de la furgoneta e invitó a Nuria a entrar.

La furgoneta estaba preparada para vivir en ella. Raúl tenía unas colchonetas, sacos de dormir, varias cosas colgadas en las paredes.

Todo lo necesario. Ella se sorprendió al ver aquello.

—Vamos a cenar, ya es hora —dijo él.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? —preguntó.

—Sí, no hay problema. Te dije que te dejaras llevar, la experiencia es estupenda. Podríamos acampar fuera, pero creo que ya es demasiado para ti —aseguró riendo.

—Mejor dentro —afirmó Nuria sin explicarse cómo se había prestado a ello.

Raúl sacó de las bolsas algo de pan y jamón serrano, abrió el pan con una navaja, metió en este el embutido, cortó unas rodajas de tomate y las colocó dentro. Tendió el bocadillo a Nuria, que miraba alucinada cómo se desenvolvía Raúl.

—¡Que aproveche! —dijo él.

—Gracias —contestó Nuria hincándole el diente al bocadillo.

Raúl sacó de una nevera portátil un par de latas de cerveza, dio una a Nuria, quedándose él con la otra. Cenaron hablando de sus cosas, todo era más o menos fluido, aunque Nuria no llegaba a estar relajada del todo.

Cuando terminaron de cenar, Raúl salió de nuevo. Quería dar intimidad a Nuria.

—Tengo una vieja camiseta, la puedes usar de pijama, está limpia —dijo él de forma atropellada, mientras rebuscaba en una de las bolsas que tenía colgada en un lateral.

—No es necesario —dijo Nuria cortada.

—Estarás mejor con eso que con los pantalones —añadió saliendo del todo.

Cuando Raúl oyó a Nuria decir algo, entró. Ella estaba tumbada en la colchoneta y tapada hasta prácticamente la cabeza. Él sonrió al verla así. Entendía que todos esos cambios e imprevistos de última hora no los tenía que llevar muy bien conociéndola lo poco que la conocía. Él se quitó las botas, los pantalones y se metió con su camiseta al otro lado de la colchoneta. No había apenas luz, nada más el poco resplandor que entraba por los cristales tintados de la furgoneta y por el techo solar. Aun así se veían las estrellas.

—Si miras hacia arriba, verás las estrellas brillar —dijo Raúl.

Nuria cambió de posición y se puso boca arriba. Realmente era maravilloso todo aquello.

—Es precioso de verdad —admitió ella maravillada por lo que veía.

—Sí, sí lo es —confirmó Raúl—. Nuria... —dijo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nunca antes te he tenido tan cerca, y lo que más me apetece en estos momentos es besarte —dijo él.

—¿Por qué me dices todo esto? —preguntó ella descolocada.

—Porque no te gusta lo inesperado, quieres tenerlo todo bajo control y saber lo que va a pasar. Por eso te aviso.

Raúl se giró, haciendo lo mismo con Nuria que cedió ante la presión de sus manos. Se enfrentaron el uno al otro. Raúl se aproximó más a ella y comenzó a besarla.

Capítulo 9

Sin planearlo... magia

Raúl besaba a Nuria de forma lenta. No quería que ella se sintiera forzada. Sus manos acariciaban el cuerpo cálido de ella. Su espalda, sus brazos... Ella tenía los ojos cerrados. Por un instante pasó por su cabeza la última vez que había besado a un hombre, no lo recordaba con claridad, de lo que sí estaba segura era de que hacía demasiado tiempo de aquello. Raúl era muy cuidadoso, incluso dulce. No tenía prisa, se tomaba su tiempo, y eso a Nuria le gustaba. Acariciaba con mimo su cuerpo, que cada vez se iba encendiendo más y más. Raúl dejó de besarla, se movió un poco para enterrarse en su cuello. Esa era una zona muy erógena para ella, él depositaba pequeños besos que la hacían estremecer, era tal el placer que sentía que no pudo evitar jadear e incluso agarrar a Raúl por el pelo. Aquel gesto lo hizo sonreír. Aunque hubiera sido durante un momento infinitamente pequeño, Nuria se había dejado llevar. Los besos prosiguieron, Raúl levantó la camiseta que llevaba Nuria, era demasiado grande para ella y parecía un camisón más que una camiseta; además, el dibujo que llevaba tampoco era de su estilo, pero eso no importaba. Ante él apareció el torso desnudo de ella. Tenía una piel muy suave y cálida, incluso

desprendía un aroma dulce que agudizó más aún el deseo que iba creciendo dentro de Raúl. Con suavidad y mucho cariño, él comenzó a acariciar sus pechos. Eran suaves y tersos, a excepción de sus pezones, que eran rugosos y oscuros, estaban erectos y dispuestos para ser acariciados. Nuria gemía a medida que Raúl le amasaba sus pechos, sus manos se deslizaban por ellos de forma suave y delicada. Acariciaba también sus glúteos y muslos. Todo ello sin dejar de besarse. La erección de Raúl amenazaba con salirse de su bóxer. Ella notaba aquella dureza rozando su cuerpo, realmente quería tenerlo dentro, pero no se atrevía muy bien a acariciar aquella protuberancia. Su instinto le dictaba que debía acariciar a Raúl, devolverle de alguna manera lo que él le estaba haciendo sentir, pero se contuvo. Por lo menos en ese momento. Las manos de Raúl tentaron la parte baja de Nuria, estaba húmeda, lo sabía porque la tela de su braguita desprendía un calor húmedo. Como pudo apartó el pedazo de algodón que separaba los dedos de Raúl del sexo de Nuria. En cuanto estuvieron en contacto, un calor infinito abrasó por dentro a Nuria. El sexo de ella era suave, estaba lubricado, estaba caliente, un calor que mostraba a Raúl el camino que tenía que seguir para hacer que Nuria se deshiciera entre sus dedos. Exploró la zona hinchada, parecía un volcán en erupción, los labios estaban inflamados de puro deseo, el clítoris demandaba atenciones henchido de pasión, Raúl se adentraba con sus dedos en su sexo, como si fuera un ciego que usa sus manos a modo de ojos, tocando cada rincón, cada recoveco y trozo de piel para poder llegar a su destino. En realidad, Raúl estaba leyendo en braille el sexo de Nuria. Y esa lectura estaba llevando a Nuria al éxtasis más absoluto. Finalmente Raúl encontró el sendero, la entrada hacia la parte más interna, en cuanto lo hizo comenzó a entrar y salir de ella arrastrando tras de sí oleadas de placer que la hacían retorcerse. La palma de la mano de Raúl tocaba el órgano más sensible de Nuria, haciendo que el placer aumentara por momentos. Presionaba y se introducía en ella cada vez con más brío, con un dedo, con dos, con tres, hasta que se vieron succionados por los músculos internos de ella, haciendo que fuera prácticamente imposible salir de esa cueva, las vibraciones y espasmos de Nuria hacían que los dedos se vieran aprisionados, coyuntura que aprovechaba Raúl para moverlos y multiplicar por mil el placer de Nuria. Ella jadeaba en el oído de Raúl,

estaba pegada a él, moviéndose de forma torpe, temblando por la ausencia de voluntad, buscando oxígeno para sus pulmones. En cuanto la presión que sentía Raúl en los dedos bajó, los sacó del cuerpo de Nuria. La abrazó. En realidad no habían dejado de hacerlo. Ella se dejaba mecer con sus propios jadeos y los brazos de Raúl.

En cuanto ella recobró el aliento, miró a Raúl, le sonrió. Había poca luz, pero la suficiente como para ver su cara, él devolvió el gesto. Nuria se aproximó a él y depositó un beso limpio sobre sus labios. Era, de alguna manera, la forma de agradecerle todo lo que le había hecho sentir. Esa sensación no era suficiente para ella, llevaba tanto tiempo sin disfrutar de un momento así que su cuerpo pedía más y más. Nuria volvió a acercarse, comenzando a besar a Raúl. Él se dejaba, era ella la que estaba imponiendo su ritmo y su forma de besar. Las manos de Raúl de nuevo volvieron a acariciar el cuerpo cálido de ella. Sin pensárselo mucho, Nuria se colocó a horcajadas sobre él. Era evidente que lo que tenía bajo sus glúteos pugnaba por entrar en ella y realmente lo estaban deseando los dos. Como pudo, Nuria bajó el bóxer de Raúl, apartó parte de la braguita dirigiendo la erección hacia el camino cálido y acogedor que hacía tan solo unos minutos había sido explorado por los dedos de él. Raúl gimió de gusto al notar en su pene tanto calor y suavidad, pero antes de pasar a la acción, paró en seco.

—Nuria, un condón, espera —dijo rompiendo el momento.

—Es verdad —contestó ella avergonzada. Se había dejado llevar por la excitación y se había olvidado de algo muy importante.

Raúl se incorporó, sacó de su cartera un condón, se lo colocó y se quitó el bóxer del todo. Nuria hizo lo mismo con su braguita. Volvieron a retomar la posición anterior, Nuria, a horcajadas sobre él, empezaba a cabalgarlo. Raúl estaba encantado con lo que veía, estaba muy excitado, y la sensación tan placentera que sentía al estar dentro de Nuria haría que se corriera en breve. Nuria jadeaba en su oído a medida que se movía de forma acompasada. Él recorría su cuerpo acariciando su espalda, sus glúteos, sus pechos... todo era perfecto para él. Era inminente que estallara de pura pasión, pero antes de que eso ocurriera, paró.

—Espera, Nuria —dijo jadeante y haciendo verdaderos esfuerzos para no sucumbir.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella descolocada. Tantas interrupciones estaban posponiendo más y más el magnífico desenlace, cosa que hacía que lo deseara aún más.

—Como sigas así, me correré ya —explicó casi avergonzado.

—De eso se trata, ¿no? —contestó ella sin entender muy bien.

Estaba claro. El final lo sabían los dos, era cuestión de tiempo que sucediera. El objetivo final de ese acto era explotar, y eso iba a ocurrir. ¿Qué era lo que quería Raúl? Nuria no entendía absolutamente nada.

—Quiero que tú también lo hagas —dijo Raúl con una sonrisa cálida.

—Yo... ya —comentó Nuria tímidamente. Sentía una profunda vergüenza al hablar de sexo.

—Otra vez, déjame a mí —dijo Raúl cambiando de posición.

Tumbó con delicadeza a Nuria sobre la colchoneta, la penetró recobrando miles de sensaciones y empezó a embestirla, así controlaba más la situación y podía llegar al orgasmo casi cuando él quisiera. Pero eso solo sería cuando ella hubiera estallado otra vez. Raúl estimulaba el clítoris de Nuria a medida que se insertaba en ella, Nuria jadeaba, estaba a punto de correrse como quería Raúl. En cuanto este notó que su polla estaba siendo apretada, aceleró sus embestidas y el movimiento de sus dedos para estimular más rápido el clítoris, haciendo que Nuria se desmadejara de nuevo. El verla desencajada, por una vez ausente, sin pensar en nada y presa del más puro placer hizo que Raúl se dejara llevar para conseguir lo mismo. Se corrió dentro de ella, y en cuanto lo hizo, se salió de su interior, se puso a su lado y se abrazó a ella. No quería que su cuerpo se separara del de ella. Quería mantener ese calor, ese vínculo y esa magia que por unos minutos los había unido.

Capítulo 10

Muy considerado

Los cuerpos se enfriaban, Nuria estaba empezando a tiritar. Raúl se percató de eso, se separó de ella, le tendió de nuevo su camiseta, se retiró el condón y se limpió.

—Toma, Nuria, vístete, te quedarás fría —dijo solícito.

—Gracias —contestó ella somnolienta.

—Tápate bien, ahora, sentirás frío —confirmó él.

La temperatura estaba empezando a bajar. El calor que había hecho empañarse los cristales de la furgoneta se estaba disipando.

—Un poco sí, la verdad —admitió ella, que sentía que su piel estaba congelada.

—Acércate a mí, así nos daremos calor —dijo él en tono cariñoso.

—Vale —contestó ella.

Había algo en su cabeza que le rondaba, no quería pensar en ello, pero era algo recurrente que volvía una y otra vez a sus pensamientos. Había sentido una conexión especial con Raúl, pero quizá eran imaginaciones suyas, hacía tanto tiempo que no se sentía así que todo podía ser fruto de ese deseo.

Raúl abrazaba a Nuria, posaba pequeños besos en su cabeza. Era

muy cariñoso, y ella se estaba dejando acariciar y abrazar por él, pero no pudo evitar hablar.

—Raúl, gracias —dijo ella.

—¿Por qué me las das? —preguntó él extrañado y somnoliento.

—Por lo de antes, ya sabes..., bueno, porque has tenido la delicadeza de esperar a que... para después hacerlo tú —explicó Nuria atropelladamente, y es que no solía hablar de sexo de forma abierta.

De hecho no había dicho nada en realidad, había dejado las frases a medias. Solo había esbozado una idea para que Raúl captara lo que quería decir.

—Nuria —dijo él serio—. No sé qué experiencias habrás tenido, pero se supone que en el sexo lo pasan bien las partes implicadas, en este caso, tú y yo —manifestó en tono cariñoso.

—Ya. Bueno. No siempre —dijo ella recordando alguna experiencia no demasiado satisfactoria.

—Eso es cierto —afirmó él—. Me alegro mucho de que hayas disfrutado tanto como yo —dijo riendo para quitar importancia al asunto.

Ella ya no contestó. Estaba adormilada, era muy tarde. No estaba acostumbrada a trasnochar tanto; además, a eso se unía el cansancio de la semana y el estado de relax que le habían proporcionado los dos orgasmos provocados por Raúl.

Nuria se despertó entumecida, no sabía muy bien dónde estaba. Abrió los ojos y vio encima de ella el techo solar de color gris ahumado que, aunque no de forma muy clara, dejaba pasar la luz del día. Recordó al instante, estaba en la furgoneta de Raúl. Había pasado la noche allí con él, pero él no estaba. Sintió un poco de miedo. Podría estar allí sola en medio de la nada. Se armó de valor, como pudo se desperezó, ya que estaba realmente agarrotada, se vistió y salió por la puerta trasera. Necesitaba hacer pis. Se agachó allí mismo, cerciorándose de que no había nadie cerca. Si alguien la veía se moriría de vergüenza. Pero, por otro lado, pensó: ¿quién iba a estar cerca? Estaban perdidos en medio de una naturaleza increíble. Parecía que los únicos habitantes de esa zona eran ellos, además de los animales salvajes, por supuesto. Estaban en un mundo aparte. No parecería que la civilización hubiera estado allí nunca de no ser por los puentes de madera que atravesaban el río, unas mesas de madera

diseminadas por allí y unos pequeños carteles que servían para indicar el comienzo del camino de alguna ruta dirigida. El resto estaba prácticamente en estado salvaje.

Nuria se subió la ropa y salió de detrás de la furgoneta. En una mesa de madera con bancos, un poco apartado de donde estaba ella, vio a Raúl. Estaba de pie, de espaldas a ella, manipulaba algo con sus manos, lo sabía por sus movimientos, aunque Nuria no sabía muy bien qué era lo que hacía. Se aproximó hasta allí con sigilo, pero el ruido de sus pasos la delató. Sin volverse, Raúl habló.

—Buenos días, dormilona —dijo él.

—Buenos días, ¿cómo sabes que era yo? —contestó Nuria.

—Por el sonido de tus pasos y el de la puerta de la furgo —confirmó sonriéndole abiertamente.

—Ya —dijo ella pensativa—. ¿Qué haces?

—El desayuno. Estoy calentando la leche —confirmó Raúl.

Nuria vio cómo sobre la mesa de madera Raúl tenía una hornillo portátil y, encima de este, una cazuela con leche. Salía humo del recipiente, en breve comenzaría a hervir. Sobre la mesa había también un pequeño mantel con unas tazas metálicas encima. Parecía como que todo ese dispositivo hubiera salido de una película de soldados americanos que estaban en un campamento en plena guerra. Nuria observaba a Raúl. No era la primera vez que estaba haciendo aquello, eso se notaba. Cogió con un trapo la cazuela y vertió en las dos tazas todo el contenido.

—Ten cuidado o te quemarás —dijo él avisándola.

—Sí, sí, ya veo que está muy caliente —admitió ella.

—No tengo café, soy más de cacao —afirmó levantando los hombros.

—No importa, de vez en cuando no está mal cambiar —dijo Nuria distraída.

—Viniendo de ti, eso es todo un cumplido, ¡doña todo milimetrado! —contestó él riéndose abiertamente.

—No soy tan maniática como quieres creer —replicó ella un poco a la defensiva.

—Yo creo que sí, pero no quiero discutir contigo —dijo a continuación—. Disfrutemos del desayuno —sugirió invitando a Nuria a que se sentara en el banco.

Comenzaron a desayunar. Raúl se echó dos cucharadas colmadas de cacao; Nuria, con media se conformó. Además, él añadió azúcar. Ella, no. Raúl había comprado unas galletas y bollería industrial. Ofreció a Nuria, pero ella, reacia como era a todo lo excesivamente elaborado, declinó la oferta.

—Deberías de comer algo —dijo Raúl en tono cariñoso.

—Es que... —contestó ella sin saber muy bien cómo argumentar lo que pensaba de la bollería industrial y todo lo demás.

—Unas galletas —ofreció Raúl sonriendo.

—Dos nada más —dijo ella cediendo.

Después del desayuno recogieron, lavaron las tazas y la cazuela en unas pequeñas fuentes que estaban diseminadas por la zona. El agua estaba helada, pero Nuria se prestó a fregar. Era lo menos que podía hacer.

Después de organizar todo en la furgoneta, se montaron y siguieron por el parque natural. Raúl quería enseñar a Nuria un lugar donde las vistas eran maravillosas. Ambos estaban sin duchar, sin lavarse y sin cambiar de ropa, y por raro que pareciera, Nuria no se sentía incómoda, al contrario, estaba muy a gusto con Raúl. No tenía que guardar las apariencias ni estar impecablemente vestida y arreglada. Parecía que a él eso no le impresionaba ni le importaba en exceso. Si por Raúl hubiera sido, se habrían pasado el resto de la mañana paseando por los senderos o por la orilla del río. Pero la vestimenta de Nuria no era la más adecuada, empezando por el calzado y siguiendo por la ropa de abrigo. No hacía mal tiempo, pero lo que ella tenía no abrigaba.

Las vistas no decepcionaron a Nuria, era todo espectacular, los árboles, el color verde de sus hojas, el frescor, el aroma que se respiraba... era por completo maravilloso. Permanecieron allí durante un rato largo. En silencio, observando. Nuria se giró para observar a Raúl, realmente estaba disfrutando de aquellas vistas, tenía la vista fija en un punto muy lejano, pero se notaba que su mente y sus pensamientos estaban mucho más lejos aún. Se había relajado tanto y entrado en un estado de calma absoluta que a Nuria no le sorprendió para nada. Se notaba que estaba en paz consigo mismo y con el entorno. Ella consiguió algo parecido, observaba e intentaba no pensar en nada. Lo consiguió durante unos pocos segundos, eso para ella ya

era un logro.

Iba llegando la hora de comer, así que decidieron bajar a uno de los pueblos cercanos. Era una villa pequeña, pero estaba muy concurrida, se había juntado la hora de la salida de misa, con el mercado dominical y las terracitas de los bares que, aprovechando el buen tiempo, se llenaban de gente ávida de captar los rayos del sol. Había personas de todo tipo y condición. Artesanos y hortelanos vendiendo sus productos, mujeres arregladas que salían del rezo semanal. Parroquianos que iban de bar en bar, turistas, una amalgama de gente que hacía el lugar muy acogedor y colorido. Raúl miraba los puestecillos, preguntaba el origen de algún producto, degustaba lo que le ofrecían, comparaba, e incluso se animó y compró queso y miel. Nuria permanecía un poco cohibida. No le agobiaban las aglomeraciones, pero no estaba acostumbrada a eso. Con su frutero Julián tenía un trato parecido al que dispensaba Raúl, la diferencia era que Raúl no conocía de nada a esas personas, y a Nuria le había costado meses crear esa complicidad con Julián. Eran hasta diferentes en eso. Tomaron algo por los bares y reservaron en un pequeño restaurante. Estaba todo lleno de gente y sería difícil comer si no tenían reserva. La previsión por parte de Raúl gustó a Nuria. Era mejor así, ser precavido y tener un lugar en el que comer. Así no habría problema ninguno.

Almorzaron en buena sintonía. La comida era contundente, pero tenía todo tan buen aspecto y olía tan bien que Nuria se saltó un poco su protocolo alimentario. Además sabía que eran alimentos caseros y que estaban elaborados con mucho cariño. Si la cocinera cocinaba con la mitad de amor que lo hacía su madre, el guiso tenía que estar delicioso sí o sí.

Después de comer tenían que volver. El fin de semana corto había terminado. Nuria había comprobado, con su propia experiencia, que el no tener todo planeado a veces resultaba bien, pero algo en su interior le decía que cuanto más organizado y planeado estuviera todo, mucho mejor. Era realmente maniática para casi todo, pero no sabía ser de otra manera.

Capítulo 11

Fin de la improvisación

Llegaron a última hora de la tarde a la casa de Nuria. Ella había conseguido dormir un poco durante el trayecto, había sido el efecto de las cervezas que habían tomado en la comida, el sol que atravesaba el cristal de la ventana y calentaba su rostro y el traqueteo del viaje. No solía dormir siesta, pero esa le había sentado realmente bien.

Comenzaba el momento de las despedidas. Había sido un fin de semana con Raúl muy especial y muy diferente al que tenía planeado. No se había sentido incómoda para nada, él era muy considerado y atento; todo, a excepción de algunas situaciones no controladas por ella, había sido mágico.

—Se acabó su no saber, señorita —dijo Raúl cachondeándose de ella.

—No me vaciles —contestó Nuria.

—No entiendo cómo no te ha salido urticaria o te ha dado un ataque de pánico. Este fin de semana ha sido para ti caótico —añadió Raúl, queriendo provocar a Nuria.

—Pues ya lo ves. ¡No soy tan maniática como piensas! —argumentó Nuria un poco a la defensiva.

—Mañana nos vemos —dijo Raúl a modo de despedida.

Nuria se bajó de la furgoneta, no sabía muy bien cómo despedirse. Se habían acostado, pero nada más. ¿Nada más?, eso era bastante, demasiado para ella, en realidad. Nunca antes se había acostado con un hombre en la primera cita. Era como era. Además para Nuria el sexo estaba sobrevalorado, era una necesidad, pero podía vivir en una abstinencia prolongada sin problema. Por un instante pensó en lo ocurrido con Raúl. Quizá opinaba así porque los pocos hombres con los que había estado no habían sido tan considerados nunca antes y no se habían preocupado de ella, de si disfrutaba o de si quedaba satisfecha. Raúl había sido el único que lo había hecho. Él se había preocupado en todo momento de que así fuera. Eso era de agradecer. El sexo era algo más que meter y sacar un trozo de carne del cuerpo de una persona, pero lo cierto era que para Nuria, en toda su experiencia vital, se había limitado prácticamente a eso. No era una persona con problemas para llegar al orgasmo. No tenía nada que ver con eso. Quizá fuera que no había encontrado a la persona idónea que se lo supiera provocar. Nuria pensaba en todo ello, además se cercioró de que había otra cosa más. Había sentido cierta conexión especial con Raúl. No sabía a qué se debía o cómo definirlo, solo la constancia de que así había sido. No podría explicárselo a nadie, primero, porque no hablaba de forma abierta de sexo, y segundo, porque quería proteger de alguna manera ese sentimiento. Podían ser imaginaciones suyas, no lo descartaba, pero esas imaginaciones la hacían sentir bien.

Raúl siempre la hacía reflexionar con sus palabras. Llegó a casa en una nube, cerró la puerta y, nada más hacerlo, se tiró en el sofá. Estaba cansada y excitada al mismo tiempo. Raúl era un chico maravilloso. Se desnudó, necesitaba una ducha con urgencia. Ella estaba acostumbrada a sus rutinas diarias, y durante un día y medio nada de eso se había cumplido.

Se dedicó tiempo a ella, una ducha más larga de lo habitual. Con según qué movimientos le venían ráfagas del aroma de Raúl, era una mezcla así como de perfume, o quizá fuera el detergente de la ropa o su propio olor corporal, que mezclados entre sí provocaban en Nuria una risa floja. Debía ducharse, lo sabía, pero no quería que desapareciera por completo ese aroma. En cuanto salió de la ducha, se secó, se hidrató la piel y se puso el pijama. Era demasiado temprano

para dormir, eso sí, necesitaría preparar algo de cena, aunque no tenía demasiado hambre, y planificar la comida para la semana siguiente. No tenía ganas de hacer nada de eso, pero sabía que lo tenía que hacer. Con más fuerza de voluntad que ganas, abrió el frigorífico, empezó a cocinar sin mucho afán lo que encontró; mientras picaba la cebolla o removía en la cazuela los ingredientes, no paraba de sonreír. Le venían a la mente momentos vividos con Raúl. Había sido algo no planificado que había tenido un muy buen resultado. Cerca de las nueve de la noche había terminado de preparar todo, recibió la llamada de su madre. Era extraño cómo no había echado de menos el teléfono durante el fin de semana. La cobertura no era buena, pero aun así, no lo había necesitado para nada. Habló con ella y con su hermana y en cuanto colgó, después de haber mentido sobre su fin de semana, cenó una tortilla francesa. Iba a meterse en la cama, quería dormir. Antes de eso se lavó los dientes y se cambió de pijama. El que tenía puesto olía a comida. No era un olor demasiado fuerte, pero no iba a conseguir dormir así. Directamente lo echó a lavar. Se puso otro y se metió en la cama. Quería madrugar, y lo mejor sería dormirse cuanto antes. Daba vueltas de un lado a otro, no conseguía conciliar el sueño. Iba a intentar leer, quizá de esa manera sus párpados empezaran a cerrarse, en otras ocasiones lo conseguía así. Nada, ni siquiera entendía lo que leía. Pasaba sus ojos una y otra vez por la misma línea y no conseguía comprender lo que decía, incluso ponía su dedo por debajo de esta para intentar seguir, aunque fuera físicamente, la frase y discernir el resultado de las letras que estaban allí impresas. No había manera.

Se incorporó, fue al salón, cogió su bloc de dibujo y se dispuso a dibujar algo. Eso la ayudaría. Estuvo dibujando durante horas. Hizo más dibujos que en su vida. Todos los diseños tenían algo en común. Eran las estrellas. Recuerdo de su fin de semana con Raúl. Hizo una colección entera prácticamente en horas. Tenía una inspiración brutal. Varios modelos y estilos con el nexo común de las estrellas. Se acostó tardísimo. A las tres de la mañana en punto, a pesar de su cansancio estaba muy satisfecha con lo que había conseguido.

Capítulo 12

Esto no me lo esperaba (I)

El despertador sonó. No podía creerlo. Era demasiado temprano hasta para ella. Nunca remoloneaba en la cama, y en cuanto sonaba el despertador, o incluso antes, se levantaba como un resorte. No era perezosa, y el madrugar nunca había supuesto para ella un trauma. Pero esta vez sí. Se había acostado demasiado tarde, aunque cuando pensaba en la verdadera razón de tal hecho sonreía. No podía dormir, eso era así, principalmente por el influjo que había provocado Raúl en su ordenada vida; sin embargo, el hecho de haber conseguido la inspiración para crear una colección casi del tirón era maravilloso. De hecho, en cuanto se levantó fue hasta donde estaba su bloc, quería cerciorarse de que en verdad había ocurrido, que no era un sueño. Pasaba las hojas, allí estaban, muchas de estas estaban dibujadas, diseños maravillosos de vestidos, diseños de complementos, hasta el más mínimo detalle plasmado en una hoja de papel. Estaba orgullosísima de su trabajo. Era perfecto. Con esa adrenalina extra empezó el día.

Se duchó y se arregló. Tenía que ir a trabajar. Iba expectante ya que vería de nuevo a Raúl. Necesitaba comprobar en sus propias

carnes cómo iba a reaccionar. No lo sabía muy bien, pero incomprensiblemente ese no saber no le provocaba desasosiego. Además, era algo que deseaba. Quería verlo, hablar con él... no sabía explicarlo, pero así era.

Llegó temprano como todos los días, a pesar de que el tiempo se le había echado encima. Abrió la tienda y comenzó a organizar todo. Había sido ella la última en irse de allí el sábado por la tarde, todo estaba tal cual lo había dejado, y eso era en perfectas condiciones, pero le parecía que habían pasado meses y no un día y medio. La tienda de Raúl estaba cerrada aún. Siempre iba con el tiempo justo. Eso fue algo que no la extrañó en absoluto, aunque hiciera que los nervios que se habían instalado en su estómago crecieran y crecieran.

Entretenida como estaba llegó Luisa, la mujer que limpiaba la boutique. Hablaban mientras hacían sus cosas, sin prisa pero sin pausa. Se preveía una mañana tranquila, aunque nunca se sabía a ciencia cierta lo que iba a deparar el día. A primera hora, casi con el suelo húmedo, aparecieron los jefes de Nuria. Era extraño, normalmente avisaban. Iban cargados de género, para reponer en la tienda o para implantarlo. Nuevas prendas que se unirían a lo que ya tenían. Cambiaban a menudo y no disponían de un gran *stock*. Era una boutique, no consistía en vender muchas prendas del mismo modelo, sino de tener modelos prácticamente únicos. Jaime iba acompañado de su hermano Iván, juntos llevaban las dos boutiques, siempre bajo la supervisión de su padre que había mamado el negocio desde el inicio.

—Buenos días, Nuria —dijeron los dos a la vez.

—Buenos días —contestó ella acercándose para echarles una mano.

—Traemos lo nuevo que te prometimos. Es espectacular —afirmó Jaime.

—Perfecto, estoy deseando de ponerme con ello —admitió Nuria entusiasmada. Cada vez que veía prendas nuevas, sentía una alegría difícil de ocultar; y es que la moda era su pasión.

—Antes de nada queríamos hablar contigo —cortó Iván.

—Vale —dijo ella extrañada. Sus alarmas se habían activado. Nunca antes había visto a sus jefes tan serios.

—Esta tarde, cuando salgas de trabajar y hayas comido, pásate por el centro y hablamos —resumió Jaime.

—De acuerdo —asintió Nuria un poco desconcertada. Tanto misterio no podía ser bueno, pensó.

Sus jefes se fueron, pero ella no estaba tranquila. Iba a estar toda la mañana dándole vueltas a la conversación pendiente con ellos. No pintaban bien las cosas. Pensaba y pensaba. Barajaba varias opciones, y ninguna parecía tener un final feliz. Tendría que asimilarlo si así era, pero el estar todo el día sin saber iba a matarla. La suerte era que tenía trabajo por delante y eso era motivador para ella, además de un remedio muy eficaz para distraer la atención, sobre todo de su cabeza. Si estaba centrada en las nuevas prendas que habían llevado los dos hermanos, no pensaría demasiado en la conversación pendiente. Por otro lado, estaba el tema «Raúl», este también ocupaba parte de sus pensamientos. Nuria tenía su cabeza dividida, tenía que pensar en tres temas diferentes, dos de ellos comprometidos. Su actividad cerebral era máxima.

Seguía sin tener noticias de Raúl. Vio que la tienda estaba abierta, pero tenía demasiado lío como para parar un minuto. Mientras estaba poniendo en un lugar preferente las nuevas prendas, vio a Raúl. Su corazón dio un vuelco. Sonrió. Lo vio en el pasillo, caminaba despacio, Nuria no entendía nada. Pensaba que iba a entrar en su boutique, pero nada de eso ocurrió. Giró la cabeza y vio a una chica correr hacia él, él la esperaba sonriendo. Ella llevaba una mochila al hombro, sonreía mientras aceleraba el paso. Raúl también lo hacía. Tenía una cara de absoluta felicidad. La chica se tiró sobre él, Raúl la agarró, ella puso sus piernas por detrás de la espalda de Raúl, se abrazaba con fuerza a él. Y Raúl hacía lo mismo con ella. Giraba sobre sí mismo, riendo como dos adolescentes. Parecía la escena de una película. Una película en la que ella no era la protagonista en absoluto. Eso hizo que el humor de Nuria cambiara por momentos. Sintió celos, los celos más enfermizos que jamás antes había sentido. Decepción. Esa era otra de las palabras que definían su estado. Se había sentido especial en los brazos de Raúl, quizá se había ilusionado con algo que no era, pero en su interior pensaba que era importante en la vida de él o al menos así lo había percibido durante el fin de semana. Se había equivocado. Envidia. Ese era otro sentimiento que también había acudido a ella. Veía la conexión entre ellos, la complicidad, el poco pudor que les provocaba ser observados por los clientes del centro comercial a la

muestra de amor tan grande que se profesaban. Porque estaba claro que eso era amor verdadero. No era la única que lo había interpretado así, algunos de los que pasaban a su lado silbaban o incluso aplaudían, haciendo que sobre todo la chica que seguía abrazada a Raúl riera encantada de la vida. Ira. Se sentía furiosa por ser tan inocente y pensar que lo que había sucedido entre ellos era importante para él. ¿Qué pensaba? ¿Que por acostarse una noche todo había cambiado entre ellos? Era evidente que el mismo acto había supuesto cosas totalmente diferentes para él y para ella. Su sentimiento distaba bastante de lo que había supuesto para Raúl. Nuria estaba enfadada consigo misma mucho más que con Raúl. Los cuentos de hadas no existen, ni los príncipes azules, ni el «vivieron felices y comieron perdices», se repetía a modo de reprimenda a sí misma.

Nuria observaba estática cómo se metían en la tienda de Raúl, reían, se miraban desprendiendo un amor infinito. Si Raúl era capaz de mirar así a aquella chica, ¿qué suponía él que era lo que había pasado entre ellos? No lograba entender. Era cierto que no se conocían apenas, y quizá él era de aprovechar el momento, las circunstancias, la situación. No desaprovechaba nada de lo que le venía y eso mismo era lo que había pasado con ella. Se había servido de las circunstancias. Se sentía utilizada. No le gustaba nada esa sensación.

Entraron varias personas en la tienda y eso hizo que por un momento se olvidara de su mal humor. La vida seguía, tenía trabajo y lo desempeñaría como siempre, de forma profesional.

Las horas pasaban lentamente. Más despacio que otros días y eso que tenía suficiente trabajo como para estar entretenida. A media mañana vio a Raúl irse de la tienda muy bien acompañado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Llevaban todo ese rato juntos? A ella se le estaba haciendo la mañana larguísima, en cambio, parecía que ellos habían aprovechado muy bien el tiempo. Nuria seguía observando sin ser vista desde el interior de la boutique, no disimulaba, sabía que Raúl no miraría hacia donde estaba ella. Lo que Nuria veía lo decía todo: la chica a la que había recibido Raúl tan efusivamente iba agarrándolo por la cintura, él tenía su brazo sobre los hombros de ella y le dio un beso en la sien. Al ver aquello, Nuria creyó morir de rabia y celos. Los veía en tan buena sintonía que los odiaba por momentos.

No conocía a esa chica, pero ya la odiaba, y a Raúl, por supuesto. El sentirse traicionada sacaba de su interior los peores sentimientos. En el fondo, le hubiera gustado ser ella la destinataria de tantas atenciones, de tantos besos... pero se había equivocado. No era ella para nada, además se había percatado de que era algo recíproco, mutuo, tanto él como ella daban y recibían amor. Era algo obvio, se veía.

Llegaron las cuatro de la tarde, hizo el cambio de turno con Esther, su compañera alucinaba con la nueva colección. Era estupenda, y como siempre, Nuria había conseguido un impacto visual increíble al entrar en la tienda.

Nuria llegó a casa, comió sin hambre y fue al centro. Tenía algo en su estómago que no auguraba nada bueno. Presentía algo extraño. Todo eso, unido a la decepción del no encuentro con Raúl y todo lo que había visto, hacía que estuviera con un estado de ánimo bastante peculiar. Estaba decaída, se notaba sin fuerzas.

Capítulo 13

Esto no me lo esperaba (II)

A las cinco en punto estaba en la boutique que hasta hacía escasos meses había sido su lugar de trabajo. Allí saludó a sus antiguas compañeras, Eva y Cristina, y por supuesto a su madre, que era la modista, la que hacía los arreglos desde hacía años. De hecho, Nuria había conseguido su trabajo gracias a ella. Desde siempre, su madre le había inculcado el amor por la moda, y aquella obsesión había hecho que Nuria estudiara Diseño y, posteriormente, se pusiera a trabajar en la tienda donde su madre llevaba años haciéndolo. Leonor era igual de entusiasta que su hija con su trabajo. Eso lo había heredado Nuria de su madre, al igual que había heredado de su padre la meticulosidad, la vida ordenada y la planificación. Se podía decir que tenía un poco de los dos.

Después de los saludos, llamó a la puerta de la oficina; el lugar donde Iván y Jaime compartían su trabajo. La hicieron entrar. Nuria estaba nerviosa. Se esperaba lo peor.

—Buenas tardes, Nuria —dijo Iván.

—Buenas tardes —contestó ella.

—No te pongas nerviosa —dijo Jaime, que veía cómo Nuria tenía

la cara descompuesta.

—La verdad es que sí que lo estoy, no sé qué significa todo esto, y por más que intento averiguarlo, no consigo saber —confesó frustrada.

—Nuria, estamos muy contentos con tu trabajo y cómo llevas la boutique del centro comercial —empezó a decir Iván. Esos halagos tenían un «pero», pensó Nuria.

—Pero también creemos que tu tiempo allí ha terminado. —En cuanto oyó eso, Nuria se desinfló. Había sido un jarro de agua fría. Jaime continuó—: Creemos que te queda pequeño, que necesitas evolucionar y dar un salto —dijo sonriendo.

Jaime e Iván no eran mucho mayores que Nuria. Estaban en la misma sintonía, sabían cómo estaba el mercado y habían mamado el negocio como lo hiciera su padre hacía años.

Nuria estaba alucinada. No entendía nada. Estaba en una montaña rusa de emociones. No podía reaccionar.

—No sé a qué os referís —dijo ella cortada.

—Queremos proponerte algo —confirmó Iván.

—Os escucho —respondió Nuria un poco recompuesta.

—Sabemos que diseñas, que aún no te has lanzado, pero que eres buena —afirmó Iván de nuevo. Nuria sentía sus mejillas arder.

—Bueno, hago mis cositas, pero no creo que sean tan buenas. A mí me gustan, pero evidentemente porque son mis creaciones, lo que opine el público es otra cosa —explicó con modestia.

—Hemos visto algo, el otro día en la boutique; además, Leonor nos ha enseñado algún bloc tuyo que tenía por casa —dijo Jaime.

Nuria, en ese momento, tenía un objetivo claro: iba a asesinar a su madre por tal osadía. Estaba segura de que lo que les había enseñado no era demasiado bueno. Eran diseños antiguos, toscos e imprecisos. No había sido la mejor elección por parte de su madre, aunque si se lo hubiera pedido, seguro que Nuria se habría negado a dejarle nada. Quería conseguir las cosas por sus propios méritos.

—Ya —dijo ella maquinando la forma más limpia de matar a su madre.

—La idea es la siguiente —dijo Jaime—. Eso sí, queremos que lo pienses tranquila, no es algo inmediato —aclaró—. Queremos tener nuestro propio atelier de novias —concluyó con voz y semblante serio.

Los ojos de Nuria se salían de las órbitas. Su sueño parecía que

tomaba forma. No era como lo había planeado, pero a pesar de todo era maravilloso.

—Nosotros invertiremos en él, pero serás tú la que lo gestione. Queremos que el *feedback* entre la boutique y la tienda sea recíproco. Es decir, que los clientes que tengamos aquí puedan ir allí y viceversa. Una sinergia entre ambas tiendas —explicó Iván.

—Entiendo —afirmó Nuria.

—Queremos estar en conexión, pero con diferentes nombres, allí se venderá un tipo de prendas y aquí otro. Independientes.

—Ya lo capto —dijo Nuria entendiendo la posición de sus jefes.

—Piénsalo y dinos algo —pidió Iván.

—Sí —dijo segura de sí misma.

—No te precipites, mujer —añadió Iván riendo.

—Lo tengo pensado desde hace años —dijo Nuria seria—. De hecho, no sé si tendréis mirado algo o pensado en un local. Tal vez pueda ayudaros, yo lo tengo todo en mente —prosiguió.

—Tu madre no nos engañaba cuando nos decía que tenías las ideas claras —dijo Jaime mirando a su hermano. Los dos asintieron.

—No. Este proyecto llevo planeándolo durante demasiado tiempo —admitió de forma sincera—. Yo también tengo mis condiciones —añadió. Quería dejarlo todo claro, sería lo mejor para todos—. Yo os las propongo, lo pensáis y me decís —dijo Nuria cambiando las tornas de la negociación.

Jaime e Iván se miraron incrédulos. Estaba claro que Nuria lo tenía muy meditado. No era una decisión instantánea. Nuria les propuso que la nueva tienda se llamara como ella, Nuria Noriega, que el logotipo sería las dos «enes» de su nombre y apellido juntas, NN; en realidad, Noriega era el segundo apellido, el primero era Ortiz, pero ella quería hacer un guiño a su madre, por lo de la moda y todo lo demás. Ella se encargaría de los diseños. Tendría parte de la colección en la tienda, y serían diseños prácticamente exclusivos, se podría decir que a la carta. Al gusto de la consumidora, aunque también podían elegir entre la colección que tuviera vigente en ese momento. La tienda sería amplia, sin mucha parafernalia, con un lugar donde dispusiera de todo lo necesario para diseñar y un pequeño taller. El local lo tenía visto desde hacía tiempo. Estaba situado en la parte baja de un edificio antiguo. Estaba rehabilitado, de hecho, durante la

rehabilitación aparecieron piedras antiguas que Patrimonio no dejó tapar, por eso el local tenía piedra, ladrillo y cristal, un diseño que a Nuria se le antojaba perfecto. Se sumaba lo moderno con lo antiguo. Era el sitio adecuado para lo que Nuria quería. Iván y Jaime alucinaban con la previsión y la anticipación que veían en Nuria. Ella pondría también su capital, no disponía de mucho, pero el suficiente. No quería ser una mera espectadora. Era un proyecto suyo, y aunque el montante sería mínimo en comparación con el que aportarían Iván y su hermano, quería tener presencia. Los dos hermanos no dudaron y aceptaron. Al día siguiente comenzarían con todo. Iba a ser algo a largo plazo, pero ella no quería perder ni un momento. Todo lo que había pensado durante años se iba a cumplir. Cada vez estaba más cerca. No podía desaprovechar la oportunidad. A partir de ese momento, empezaba una nueva vida para ella.

Capítulo 14

Nuevo proyecto

Las negociaciones entre Nuria y sus nuevos socios se alargaron hasta prácticamente las nueve de la noche. Había muchos asuntos que tratar, y como Nuria quería empezar cuanto antes, tenían que tener todo claro.

Al día siguiente, Nuria no fue a trabajar. A primera hora estaba con Iván y Jaime buscando locales. Ella sabía el que quería, pero pretendían tener más opciones por si acaso ese no servía. Nuria nada más lo había visto por fuera; sin embargo, tenía que cerciorarse de que era el adecuado, de que estaba disponible, se adaptaba a sus necesidades y no tenía un precio desorbitado. No se conformaría con cualquier cosa.

La mañana fue dura, el tiempo se les echaba encima. Vieron varios locales, querían algo muy concreto. Situado en una zona de paso, con buen acceso, en el centro de la ciudad, a medio camino de cualquier parte y lo suficientemente cerca de la boutique de los dos hermanos. Esa misma tarde irían a ver el lugar que les había propuesto Nuria desde el principio. Hasta ese momento no se decidirían, si es que llegaban a un acuerdo. Tenían otro local que podría ser idóneo, pero

Nuria tenía el de siempre entre ceja y ceja. Tendría que tener un inconveniente muy grande para que al final no se decantaran por ese.

La adrenalina de verse involucrada en un nuevo proyecto había hecho que su enfado con Raúl se le olvidara por momentos. Había pensado en él, pero no como algo prioritario. En esos instantes había centrado y puesto toda su energía en sacar a la luz su nueva vida, su nuevo proyecto empresarial. Sus jefes, y ahora socios, habían liberado a Nuria de sus cometidos en la boutique del centro comercial. Querían que se involucrara en todo como lo estaba haciendo. Esa misma tarde fueron a ver el local en cuestión. Era simplemente perfecto. Nuria ya estaba creando en su cabeza el lugar que ocuparían sus diseños, dónde iría un espejo, dónde pondría los complementos... tenía una memoria fotográfica; y como si fueran instantáneas, iba apareciendo en su mente el resultado final.

Después de ver con detenimiento todo, los tres socios fueron a una cafetería cercana, era conveniente ver el paso de gente, el tipo de personas que se movían por allí, en definitiva, el ambiente de la zona. Ella estaba entusiasmada con el local, pero no diría nada. La última palabra la tendrían Iván y Jaime. Comenzaron a hablar y se entendieron a la perfección. En cuanto tuvo el sí, comenzó a decirles qué era lo que quería, dónde y cómo. Una vez más, su previsión y planificación encantó a los hermanos. Así era mucho más fácil.

Al día siguiente irían a hablar con la inmobiliaria, firmarían el contrato y se pondrían con la obra. En realidad era cosa de poco, algún pequeño cambio necesario para lo que ella quería. Separación de ambientes, básicamente. El lugar era diáfano, y necesitaría unos tabiques para separar estancias, nada más.

Estaba agotada cuando llegó a casa. El estar todo el día maquinando y pensando en lo que iba a ser su proyecto en realidad la traía loca. Sin embargo, estaba feliz.

La jornada siguiente, y con una energía que desbordaba por todas las partes de su cuerpo, firmaron el contrato con la inmobiliaria. El próximo paso era ver a un arquitecto para que rediseñara el lugar. Nuria sabía de sobra cómo lo quería, era cuestión de que la persona elegida lo entendiera. Llamó a María, su hermana tenía muchos contactos, tal vez conocería a algún profesional que trabajara en estudios de arquitectura o en empresas de decoración, alguien perfecto

para ese proyecto en cuestión. Nuria no se había equivocado, tras unas cuantas llamadas, María le dio el número de teléfono de un arquitecto. Nuria se puso en contacto con él. Tenía que ser algo rápido. Lo tenía maniáticamente estructurado y necesitaba dar con la persona adecuada para empezar cuanto antes. Concertó una cita con Arturo a media mañana. Él era un conocido de su hermana, y como bien le había dicho ella, era justo lo que necesitaba. María sabía de la meticulosidad de su hermana, por ello, cuando le recomendó a Arturo, sabía que él era el profesional idóneo para lo que tenía entre manos.

A las doce en punto, Nuria estaba esperando en el estudio de arquitectura. Cuando entró, observó con detenimiento la estancia y vio a una chica que trabajaba en la recepción. Nuria se dio a conocer, y la joven la acompañó, con mucha amabilidad, a una sala de espera. A los pocos minutos la puerta se volvió a abrir. Eran exactamente las doce cuando un chico alto, moreno, muy bien vestido y educado entró en la sala. A Nuria le impactó la presencia del arquitecto.

—Buenos días, debes de ser Nuria, la hermana de María —dijo Arturo tendiéndole la mano.

—En efecto —contestó ella impactada por el hombre que tenía delante de sí.

—Soy Arturo, pasa a mi despacho y cuéntame un poco qué es lo que tienes en mente —pidió serio, pero de forma amable.

—De acuerdo —aceptó Nuria siguiendo los pasos del profesional.

Entraron en el despacho de Arturo. Era un lugar diáfano, con mucha luz, pocos adornos y muy ordenado. Se notaba que estaba tal y como el arquitecto quería. Nuria no sabía por qué, pero ese hombre era un poco parecido a ella. Notaba cómo ese despacho se asemejaba a su propia casa. Un lugar para cada cosa y una cosa para cada lugar.

—Toma asiento —pidió él, sentándose en frente de Nuria.

—Gracias —dijo ella algo cortada por la seguridad que emanaba ese hombre.

—Me ha contado tu hermana que tienes un local que quieres remodelar para abrir una tienda de ropa de novia —afirmó Arturo buscando algo en un cajón.

—Es un atelier, y sí, esa es la idea. No hay que hacer muchos cambios porque el local está bastante bien, pero necesito modificar algunas cosas.

—De acuerdo —dijo Arturo sacando un bloc.

En este tenía anotadas varias cosas, desde la posición de Nuria no era capaz de distinguir qué ponía, pero veía una letra equilibrada, ni grande ni pequeña. Sin ningún tachón. Datos milimétricamente colocados, líneas rectas... todo muy ordenado. Las manos de Arturo, al escribir, eran fuertes, tenía las uñas cortas y muy cuidadas. Era meticuloso en sus anotaciones y en su aspecto. Eso gustó mucho a Nuria.

Ella explicaba, en concreto, la idea que tenía. Al tenerlo todo tan pensado, era fácil expresar a viva voz lo que quería. Él iba haciendo sus bocetos a la vez que ella hablaba, y enseguida captó lo que ella quería. En un simple trozo de papel estaba dibujada la planta del local de Nuria. Era casi magia, e inexplicablemente él había plasmado cada detalle explicado por Nuria de forma magistral. Todo era a mano alzada, no había medidas exactas, pero a pesar de eso, lo que veía Nuria era un fiel retrato de la realidad.

Ella estaba más que satisfecha con lo que veía. Había encontrado al arquitecto ideal para su proyecto. Había captado la esencia de lo que quería a la perfección. Quedaron para verse a la mañana siguiente. Arturo tenía que observar el local, hacer mediciones y ponerse con el proyecto de inmediato.

Se despidieron hasta el próximo día. Nada más cerrarse la puerta tras de sí, llamó a su hermana.

—Hola, María —dijo Nuria.

—Hola, hermanita, ¿has visto a Arturo? —preguntó ella.

—Sí. Ahora mismo salgo del estudio —confirmó ella.

—Y ¿qué tal? —Quiso saber María. A veces se desesperaba, su hermana era tan hermética que la costaba abrirse y contar su vida, pequeños detalles, algo. Tenía que tirarle de la lengua.

—Bien. Ha entendido a la perfección lo que buscaba. La verdad es que has acertado de pleno —dijo contenta.

—Ya lo sabía yo —admitió con suficiencia María—. Tenía varias opciones, pero el mejor para este caso era Arturo.

—¿Tenías más candidatos? —preguntó Nuria extrañada.

—Sí, claro, pero para lo que tú buscabas, Arturo es el mejor. Se parece mucho a ti, ¿sabes? Es maniáticamente ordenado y pulcro, así que... —dijo María riendo.

—Ya entiendo, no sé por qué os empeñáis en decir que soy una maniática —afirmó algo dolida.

—Porque lo eres, hermanita, estoy segura de que llevabas todo pensado en tu cabeza, hasta el más mínimo detalle, le has explicado a Arturo lo que querías sin dejar paso a la improvisación.

—Bueno, tampoco te pases —refunfuñó Nuria, queriendo justificar su actitud—, sabes que este proyecto lleva años creándose en mi cabeza.

—Lo sé, hermanita, lo sé —dijo María, que sabía de sobra lo que significaba para su hermana todo lo que le estaba pasando.

—Por cierto, necesitaré de tu ayuda más adelante —añadió Nuria.

—La tendrás, yo también tengo mis ideas, ¿sabes? Pero ya hablaremos —dijo María.

—Vale —contestó Nuria más tranquila.

María conocía perfectamente a su hermana. Sabía qué tipo de decoración quería, eso sí, iba a hacerla rabiar de lo lindo, proponiéndole una decoración nada convencional, estrambótica e incluso soez, pero eso sería solo al principio, para hacerla enfadar. El concepto que buscaba Nuria era bien distinto, y María lo sabía. Entre las dos encontrarían lo mejor para la tienda.

Capítulo 15

Planificación

A las nueve de la mañana, Nuria estaba en el local. Refrescaba todavía, así que se decantó por unos vaqueros y una chaqueta de punto un poco más gruesa de lo que solía usar. No estaba tan arreglada como cuando iba a trabajar, pero eso no era impedimento para que le gustara ir en condiciones. A los pocos segundos llegó Arturo. Iba vestido con una camisa de cuadros pequeños y, sobre esta, un jersey azul marino. Pantalones vaqueros y zapatos náuticos. Era bastante clásico, y eso a Nuria le gustaba. Era el prototipo de hombre en el que se fijaba, para qué negarlo.

—Buenos días, Nuria —dijo Arturo con educación.

—Buenos días, Arturo —contestó ella asomándose. Estaba inspeccionando el local mientras esperaba al arquitecto.

—Así que este es el local, la verdad es que es tal y como me lo has descrito —dijo él sonriendo.

—Sí, creo que me supe explicar —admitió ella tímida.

—Ya veo. Tengo alguna idea que luego te mostraré; si no te importa, me ayudas a tomar las medidas y luego vemos —pidió Arturo serio.

Que Arturo le dijera a Nuria los pasos a seguir era fantástico para ella. Todo ordenado y planificado. El arquitecto sacó un metro de su mochila, el bloc en el que tenía todo anotado y un bolígrafo. Hicieron las medidas oportunas, y él las anotó, hasta el trazo de los números era impecablemente perfecto.

Después de todo eso, Arturo le enseñó unos pequeños bocetos que tenía hechos. No eran definitivos, pero como había captado a la perfección la idea de Nuria, los hizo con facilidad. Ella se sentía pletórica, estaba viendo en un papel todo lo que llevaba años dibujado en su cabeza. Arturo le comentó que con Patrimonio tendrían que tener cuidado, la piedra no se podía tocar ni tapar, pero ese detalle le confería al lugar un ingrediente extra de sofisticación, además de una imagen impactante. Nuria no quería la típica tienda de novias con suelos de moqueta y grandes espejos con molduras barrocas de color dorado. Su concepto era otro. Era moderno, innovador, pero a la vez acogedor. Sus diseños eran de todo tipo: clásicos, modernos, rompedores... todas las novias tenían su estilo particular y ella quería llegar a todas y cada una de ellas. Ese día era el más especial para ellas, y quería aportar su buen hacer para que todo saliera perfecto, por lo menos por su parte. La organización del evento completo sería más adelante, no lo descartaba, y si iba todo bien también llegaría ese nuevo proyecto, pero de momento quería centrarse en el que tenía entre manos, que no era otro que su atelier de novias, eso era lo más importante en esos instantes. Su gran sueño se iba a convertir en realidad. Casi lo tocaba con la punta de sus dedos.

Después de estar con Arturo en el local, fueron hasta una cafetería, allí siguieron hablando del proyecto en cuestión. Había varias opciones, pero hasta que Arturo no estuviera seguro del todo y consultara con Nuria hasta el más mínimo detalle, no se pondría manos a la obra, nunca mejor dicho. Él, además del proyecto técnico, sería el responsable de la obra, en el estudio de arquitectura hacían proyectos de todo tipo, desde el diseño hasta la ejecución. Así era perfecto para Nuria, un dos en uno, todo iría mucho mejor de esa manera. En vez de que fuera otra empresa externa la que hiciera la reforma, que lo hiciera la empresa de confianza de Arturo era una garantía. El arquitecto quería contemplar todas las opciones que tenía el local y elegir la que mejor se adaptaba a las necesidades que

demandaba Nuria. Eso lo haría de forma minuciosa en su estudio.

Aparte de hablar de todo ello, charlaron un poco de sus vidas. Para Nuria era fácil, María, su hermana, era el punto de conexión entre ellos, y empezaron por ahí; sin embargo, pronto el tema de María pasó a segundo plano. Comenzaron hablando de ella para después pasar a hablar de sus vidas personales, que resultaron ser excesivamente ordenadas. Ambos lo admitían sin problema. Arturo estaba bastante obsesionado con el orden, Nuria ya se había percatado de ello en el estudio. Se cuidaba, era muy disciplinado, todos los días salía a correr antes de ir al trabajo. Los gimnasios no le gustaban, el compartir un espacio cerrado con tantas personas no terminaba de convencerlo, era bastante escrupuloso. Ese detalle hizo reír a Nuria, a ella le pasaba un poco igual con las tazas y los vasos de los bares y restaurantes. En cuanto tomaron su café dieron por finalizada la reunión. En los próximos días, Arturo se pondría en contacto con ella para enseñarle las diferentes propuestas.

Más que satisfecha, Nuria abandonó la cafetería. Quería volver al local, allí estuvo haciendo alguna foto con la firme intención de intentar colocar el mobiliario, teniendo las fotografías delante era mucho mejor. Además quería que su hermana María lo viera, ella se iba a encargar de la decoración, se lo había insinuado, pero no se lo había confirmado todavía. María no lo sabía aún, pero así iba a ser. De camino a casa, Nuria iba ideando en su cabeza las diferentes posibilidades; unos chavales casi la tiran al pasar por su lado, ella iba ensimismada, pero ellos iban con sus monopatines y bicicletas a toda velocidad. Por un instante pensó que uno de ellos era Raúl, pero no. Quería apartarlo de su cabeza. Estaba enfadada con él, y el estar centrada en su nuevo proyecto era lo mejor que le podía pasar para desterrarlo de sus pensamientos definitivamente. Sabía que lo conseguiría, antes o después, si algo era ella, era obstinada y cabezota.

Capítulo 16

¿Por qué nadie me dice nada?

Raúl llevaba sin ver a Nuria desde el comienzo de la semana. El lunes no había tenido oportunidad de buscarla porque había estado muy ocupado con la visita inesperada que había recibido. Los siguientes días para él estaban resultando extraños. El martes fue hasta la tienda, estaba vacía y no veía a Nuria por ninguna parte, entró y alzó la voz para que oyera su saludo.

—Hola —dijo mirando distraído un vestido de fiesta que le parecía realmente hortera.

—Un momento, por favor —contestó una voz que provenía de la zona de probadores.

—Vale —contestó Raúl. Aquella voz no era la de Nuria, estaba convencido.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó una chica rubia, con cara de muñeca de porcelana y caderas anchas. Era joven, pero aparentaba más edad de la que realmente tenía, pensó Raúl.

—Hola, ¿Nuria? —preguntó impactado porque no estuviera allí.

—No lo sé —respondió la chica—. Hoy es mi primer día aquí, no puedo ayudarte —añadió cohibida.

—Ah, vale, pues nada entonces, ¡bienvenida! —dijo Raúl al irse—. Soy el vecino de la tienda de al lado, por si necesitas algo —se ofreció él de forma abierta.

—Gracias —contestó ella.

Raúl salió desencajado, quería saber de Nuria. No era tan difícil. Lo intentaría con Esther, su compañera de siempre. No se conocían demasiado, pero con ella podría hablar en el cambio de turno.

La mañana pasó lenta para él, demasiado lenta, miraba una y otra vez el reloj del ordenador, no llegaban las cuatro de la tarde nunca. Quería hablar con Esther con urgencia. Hizo el cambio de turno con su compañero rápidamente y se fue a la puerta de la tienda. No quería molestar, así que esperó fuera. Esther explicaba a la chica nueva algo de la caja, además de cosas referentes a la colocación de la ropa... Él se desesperaba, parecía que la chica nueva no iba a irse nunca. Decidió ir hasta el supermercado que había en el centro comercial. Compraría algo de comer y esperaría. A eso de las cuatro y media, vio que la chica nueva se iba. Sin pensárselo entró en la tienda.

—Hola, Esther —dijo sonriendo.

—Hola, Raúl, ¿qué tal?, ¿has cambiado el turno? —preguntó extrañada de que aún estuviera por allí.

—No. Nada de eso. Me gustaría hablar contigo —dijo serio.

—Adelante —contestó Esther inquieta.

—¿Nuria? —preguntó a bocajarro.

—Ya no trabaja aquí —musitó con pena.

—¿Y eso? —Quiso saber Raúl, extrañado porque así fuera.

—No lo sé. No me cuentan demasiado. Me llamaron el lunes para decirme que Nuria ya no iba a volver. Ni siquiera me he despedido de ella —dijo Esther compungida.

—Entiendo —comentó Raúl—. Si la localizas, por favor, dile que me gustaría hablar con ella. Es algo urgente.

—Vale, vale, no te preocupes, en cuanto sepa algo te digo —confirmó Esther.

—Gracias.

Raúl se fue con más interrogantes aún que cuando había entrado en la tienda. Todo era demasiado raro y precipitado. No quería pensarlo, pero ¿y si ella se había ido de la tienda por todo lo que había pasado entre ellos? Era poco factible, aunque conociendo a

Nuria, no sería descabellado de pensar.

Nuria estaba de verdad ocupada. Entre trámites, llamar a unos y a otros, hablar con sus socios y todo lo demás, no tenía ni un minuto libre. Estaba absolutamente entusiasmada con el giro que había dado su vida. Era lo que había deseado durante años, y al final lo iba a conseguir.

A la mañana siguiente volvió al local. Su hermana María había quedado con ella. Había reorganizado su agenda para poder ver el espacio juntas.

—¡Vaya, vaya, hermanita! ¡Esto es una pasada! —dijo María alucinada.

—Sí, ¿verdad? —confirmó Nuria.

—Ya lo creo. Tiene unas posibilidades infinitas, pero conociéndote seguro que ya lo tienes todo pensado —afirmó María mirando a su hermana.

—Más o menos, necesito ver el proyecto de Arturo, y en cuanto esté, empezamos —confirmó ella.

—¿Qué tal con Arturito? Es un cañón de tío, ehh —dijo María dando un codazo cariñoso a su hermana.

—No está mal. Nada mal —admitió ella sonriendo con timidez.

—Sabía que te iba a gustar. Es tu tipo —sentenció María.

—No me interesa como hombre, quiero que haga el proyecto de remodelación y nada más —apuntó ella seria.

—¡Ya!, la verdad es que creo que pocos hombres te interesan, ¿de verdad eres una mujer y no una ameba? —preguntó María riendo abiertamente por su ocurrencia.

—¡Pues claro que no soy una ameba! —dijo ella dolida.

—Pues tienes menos vida sexual que una de ellas —sentenció María moviéndose a sus anchas.

—¡Qué sabrás tú! —espetó Nuria acordándose de Raúl por un momento.

—No sé, no sé absolutamente nada, pero conociéndote a ti y a tus amigas, y mucho más a ti que a ellas, igual no mantienes contactos con los hombres porque, como eres tan maniática, quizá les pidas un

reconocimiento médico, el número de carnet, la talla de pantalón y hasta un certificado de nacimiento antes de acostarte con uno —dijo María del tirón en tono jocoso.

—No digas tonterías, ¡no soy así! —negó Nuria enfadada con su hermana.

—Si tú lo dices... —canturreó María poniendo los ojos en blanco.

Las hermanas, tras enzarzarse en una discusión inocente, se pusieron serias. Era mucho lo que había en juego. Nuria confiaba de pleno en las dotes de su hermana como decoradora, pero todo sería bajo su supervisión. María, captando la idea que tenía su hermana en mente, empezó a proponerle cosas por demás opuestas a lo que ella quería, estaba sacando de quicio a Nuria, lo sabía de sobra; y cuando se dio por satisfecha, se puso seria. No quería hacer pasar a su hermana un mal rato, aunque lo había conseguido durante un momento. Sorprendentemente estaban bastante compenetradas en lo que a decoración se refería. Las dos hermanas estuvieron durante varias horas intentando ver, en un local que estaba por completo vacío, cómo quedaría tal o cual cosa. Ambas eran muy imaginativas, y en sus cabezas estaba dibujado todo con exactitud.

A última hora de la tarde, Esther decidió llamar a su ex compañera. No eran amigas, pero habían conectado bien desde el principio.

—Hola, Nuria, ¿te pillo en mal momento? —preguntó Esther algo cortada.

—No, no. Dime —dijo Nuria extrañada por la llamada.

—¿Te pasa algo? —Quiso saber Esther.

—No. Nada de eso. Estoy perfectamente —afirmó Nuria seria.

—Ah. Es que de buenas a primeras no te veo en la tienda, nadie me dice nada y bueno... me he preocupado, pensé que estabas enferma o te había pasado algo grave —explicó Esther.

—Ya veo que no te han contado nada —confirmó Nuria.

—No, la verdad —dijo ella—. Antes de que se me olvide, Nuria, ha venido Raúl, el vecino de al lado, me ha dicho que quería hablar contigo de algo urgente.

—No sé qué será —mintió Nuria disimulando sus nervios.

—No lo sé —agregó Esther.

—Si quieres, te cuento un poco lo que ha pasado —sugirió Nuria para desviar la atención.

No quería pensar en nada que tuviera que ver con Raúl. Tampoco era ella de contar todo cuanto le ocurría en su vida, así era mejor.

Nuria le resumió a Esther un poco de los cambios que habían acontecido en su vida. Era tanta la ilusión que tenía puesta en todo aquello que contagiaba alegría solo con contarlo. Esther le confirmó que la echaba de menos. Eso hizo reír a Nuria, el sentirse apreciada siempre era gratificante. Nuria le explicó que, aunque se había desvinculado de la empresa, seguía siendo parte de ella, pero de otra manera. Esther estaba encantada con todo. Nuria le hizo prometer que no diría nada a nadie hasta que el proyecto no estuviera en marcha. Su compañera así lo hizo. Hasta que no tuviera la autorización, no saldría nada de su boca.

Capítulo 17

¡Empezamos ya!

A primera hora de la mañana, Nuria recibió la llamada de Arturo. Quería que se vieran. Era poco lo que tenía que cambiar del diseño original, pero quería que ella le diera el ok a sus ideas.

Quedaron a media mañana. Nuria llegó al estudio. Como siempre, a los pocos segundos apareció él.

—Buenos días, Nuria, tal y como te dije ya lo tengo. Necesito que lo supervises para empezar cuanto antes —dijo seguro de sí mismo.

—Perfecto —contestó ella encantada de oír esas palabras.

Juntos entraron en el despacho de Arturo. Él, solícito, le presentó las diferentes propuestas, entre los dos llegaron a un acuerdo sopesando pros y contras. El diseño elegido era el más conveniente, el más fácil de realizar y el que mejor se ajustaba a las necesidades exigidas.

—Estoy encantada con tu profesionalidad —dijo Nuria sincera.

—Me gustan las cosas bien hechas —admitió Arturo sonriendo.

—A mí también —confirmó ella con una sonrisa amplia en la cara.

—He visto que tenías todo muy claro desde el principio, así es mucho más fácil trabajar —apostilló él.

—Soy de la opinión de que las cosas, cuanto más claras, mejor. Todo sale mucho mejor cuando está planeado —dijo Nuria segura de sí misma.

—Lo comparto, además, en mi caso, para casi todo soy igual. Muy metódico y ordenado, la improvisación y el esperar a ver qué pasa no van conmigo —afirmó él serio.

—¡Exacto! Esa es mi filosofía de vida —corroboró Nuria encantada de sintonizar con alguien que la entendiera.

—Veo que estamos en la misma onda —afirmó Arturo sonriendo de nuevo.

—Eso parece —dijo ella contenta de que así fuera.

Continuaron un rato más charlando, lo profesional estaba prácticamente cerrado. Era cuestión de días para que la reforma empezara. Nuria no veía el momento de comenzar.

A los pocos días el local estaba atestado de gente, albañiles, pintores, fontaneros, cristaleros. Un montón de personas que hacían su trabajo bajo la mirada escrutadora de Nuria. Se estaba involucrando al cien por cien en ese proyecto, y por eso era la primera en llegar y la última en irse. Los obreros podían sentirse incómodos por su presencia, pero por nada del mundo iba a moverse de allí. Quería supervisar todo desde el principio. De vez en cuando, era visitada por Jaime o por Iván. Ellos le habían dado carta blanca para todo; y ella, responsable como era, estaba revisando todo al milímetro.

Los días eran realmente largos para Nuria, apenas tenía tiempo de nada, pero era tal la ilusión que tenía en ese proyecto que nada le importaba.

Iba de camino a casa a comer cuando su teléfono sonó.

—Hola, Nuria, soy Esther —dijo su ex compañera.

—Hola, Esther, ¿algún problema? —preguntó algo inquieta.

—Siento llamarte, pero es que me ha surgido un inconveniente en la tienda y no sé cómo solucionarlo —confesó con voz de pena.

—Cuéntame —pidió Nuria atenta a las explicaciones.

Esther le explicó el problema a Nuria, y esta, solícita, le indicó cómo tenía que proceder. Nada que no hubiera sufrido ella en sus carnes. Nuria notaba a Esther más tranquila a medida que iba explicándole todo.

—Muchas gracias, Nuria, te echo tanto de menos que... —dijo

Esther agradecida.

—Yo también, pero ahora mismo estoy tan metida en todo lo que te conté que el cansancio, las horas y las preocupaciones no me importan —confirmó sonriendo a pesar de todos los inconvenientes que estaba sufriendo.

—Ya te lo noto, solo con oírte hablar transmites mucha energía —admitió Esther.

—Sí, ¿verdad? Es lo que siempre he querido y creo que se va a cumplir, casi casi lo toco con la punta de los dedos —afirmó Nuria entusiasmada.

—Ya verás, va a ser un éxito. Por cierto, se está acercando Raúl, creo que quiere saber de ti, ha vuelto a insistir, le he dicho que no tenía información, pero vuelve a la carga —decía Esther mordiéndose el labio.

Nuria paró en seco en medio de la calle, inspiró y espiró profundo y tomó una determinación.

—Pásamelo —dijo arrepintiéndose en ese mismo momento.

—Hola, Nuria, ¿qué tal? —preguntó Raúl y añadió—: Me tenías preocupado, es como si la tierra te hubiera tragado —dijo en tono dulce.

—Nada de eso, estoy bien —afirmó ella recordando que Raúl era muy cariñoso.

—Me gustaría hablar contigo —dijo en tono tímido.

—Vale, mañana a las cuatro y media en la plaza del Carmen, en la Cafetería Ideal —sentenció Nuria sin dar lugar a réplica.

—De acuerdo, allí estaré —contestó Raúl muy contento por poder hablar con Nuria.

Ella colgó, tenía sensaciones contradictorias. Por un lado quería zanjar el asunto, no sabía muy bien qué era lo que quería Raúl, pero había sido tal su insistencia que no podía alargar más el momento. Por otro lado, seguía dolida con él, después de acostarse y del maravilloso fin de semana que habían pasado juntos, lo vio abrazarse a aquella chica de forma tan especial que..., no tenían nada, pero ese gesto le molestó y mucho. Al día siguiente se solucionaría todo; además, quería demostrarse a sí misma, y un poco a los demás, que no era tan estirada, maniática y poco sociable como se pensaban. Era una chica normal, con sus rarezas, y que le gustaba tener todo bajo control.

Nada más y nada menos.

Capítulo 18

Sin tregua, sin descanso

Las jornadas maratonianas que se exigía Nuria estaban empezando a pasarle factura. Había cambiado sus rutinas diarias por dedicarse en cuerpo y alma a su proyecto. Había adelgazado, pero era tal la impaciencia por verlo terminado que nada importaba. Apenas comía, y dormía más bien poco.

Llegaba a casa exhausta, se daba una ducha, cenaba lo que hubiera y se metía en la cama. Pocos días eran los que tardaba en quedarse dormida, estaba realmente cansada. Otros, en cambio, estaba tan agotada que era imposible conciliar el sueño. Así que iba al salón, abría su bloc y se ponía a dibujar. Siempre era una terapia para ella. No siempre eran vestidos, podía hacer tocados, zapatos, cinturones, broches, cualquier cosa relacionada con el maravilloso mundo de las novias. Cuando estaba inspirada todo fluía, el tiempo pasaba volando haciendo que una nueva creación estuviera plasmada en el papel. Tenía tantos diseños preparados y todos tan especiales que veía poco probable que llegaran a confeccionarse algún día. Disponía de varias colecciones listas, el volumen de nuevas creaciones era brutal.

«Otro día más», pensó al levantarse, iban quedando pocos para

terminar; todo había ido relativamente bien gracias al buen hacer de Arturo y los profesionales que estaban llevando a cabo la reforma, habían resultado ser muy eficientes. A primera hora de la mañana estaba allí. Pasó toda la mañana supervisando la obra, hablando por teléfono, cerrando cosas y avanzando. Comió ella sola en el local, rodeada de sacos de cemento, paletas, suciedad y polvo. No soportaba el desorden y la falta de limpieza, pero sabía que para que todo estuviera bien primero tenía que estar mal. No tenía tiempo de ir a casa ni a comer ni a asearse, había quedado con Raúl a las cuatro y media en una plaza cercana. Otro asunto que cerrar.

Limpió el polvo de sus pantalones, pasó una toallita por sus zapatos, se recogió de nuevo el pelo y salió del local. Una cosa era estar entre esas cuatro paredes encerrada llena de suciedad, y otra cosa el ir por la calle llena de polvo. No iba con ella, de buena gana hubiera ido a casa a ducharse, a cambiarse de ropa y a ponerse guapa, pero no tenía tiempo que perder.

Pidió una infusión mientras esperaba. Las cuatro y cuarto, las cuatro y veinte. Se estaba impacientando. Estaba esperando, sabía que aún era pronto, pero necesitaba que Raúl apareciera ya. Las cuatro y veinticinco, las cuatro y media. Nuria miraba a cada rato su reloj. Parecía que las manecillas se habían conjurado para ir más lentas. Miraba a un lado y a otro. Sin rastro de él. No tenía tiempo que perder, tenía muchas cosas que hacer en la tienda, estaba perdiendo un tiempo preciosísimo. Había tenido su oportunidad. No iba a esperar más. Antes de irse dio un trago a su infusión, le supo amargo. Quizá tenía que endulzar la infusión al igual que su vida, pensó como si aquello fuera una señal, pero esa no era la cuestión en ese momento. Fue al baño antes de irse, por arañar unos cuantos minutos al reloj, dar el tiempo de espera de cortesía y por demostrarse que no era una maniática empedernida. Salió del baño. Miró a un lado y al otro. No había nadie esperándola. «¡Se acabó!», se dijo. Se encaminaba hacia la puerta, cuando vio a Raúl llegar con la chica con la que lo vio en el centro comercial. No podía creerlo, ¿cómo era capaz de quedar con ella estando con otra? Ni siquiera se escondía, era increíble. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Para eso tenía tanto interés en verla? ¿Estaba con ella y aun así quería jugar a dos bandas? Nuria no entendía absolutamente nada. Estaba confundida. Desde donde estaba,

los vio abrazarse con mucho cariño, era evidente la complicidad entre ellos. No eran dos extraños. Raúl posó sus manos sobre las mejillas de ella, durante unos instantes se miraron a los ojos. Decían tanto con aquella mirada que era evidente que entre ellos existía un vínculo muy fuerte. Se decían algo, pero Nuria no lograba leer los labios de Raúl. Este le dio un beso en la punta de la nariz a la chica, ese gesto la hizo reír. Era un acto bello, pero a Nuria la enfadó, y mucho, lo que vio. Se fue de la cafetería sin que ellos se percataran de que la persona que salía a su lado era ella. Había tenido suficiente, y si ese hombre se pensaba que iba a estar de segundo plato para él estaba muy equivocado; además, solo se habían acostado una vez, más por demostrarse a sí misma que podía hacer cosas sin planearlas. ¿O se había dejado llevar realmente y había sentido algo especial? No tenía respuestas, y en ese momento no las buscaba ni las quería. Estaba claro que lo suyo no funcionaría. Ella era como era, la improvisación no era buena en su manera de ver la vida. Además, pensándolo bien, Raúl era un chico muy amable, muy cariñoso, pero para nada el hombre con el que tendría algo serio. Ella buscaba otro tipo de hombre, no sabía cuál, pero Raúl, no. Definitivamente, no.

Nuria apareció en el local, los obreros ya estaban allí. Saludó aunque estaba enfadada. Al final Raúl había cumplido y se había presentado en la cafetería, ella también, así que no le había dado plantón, pensó para justificarse a sí misma su modo de proceder. Lo que había visto después no le había gustado. Suficiente razón para acabar con aquello. Capítulo «Raúl» cerrado.

A última hora de la tarde, apareció Arturo en el local. De vez en cuando se acercaba para ver el progreso de la obra.

—Esto va viento en popa —dijo Arturo.

—Sí, la verdad es que va rapidísimo —admitió ella con una sonrisa en la cara.

—Al final de la semana estará —confirmó él escrutando con la mirada todo el local.

—Eso espero —dijo ella dando unos saltitos.

—Bueno, pues mi trabajo aquí habrá terminado —contestó él sonriendo.

—Te agradezco tu disposición y tu buen hacer. Me entendiste a la primera —dijo en un tono de agradecimiento Nuria.

—Gracias a ti por confiar en mí, da gusto trabajar con personas que tienen todo claro —contestó Arturo devolviendo el cumplido.

—Te espero en la inauguración —dijo ella.

—No lo dudes, aquí estaré, sabes cómo localizarme —añadió con una sonrisa arrebatadora.

—Sí, sí, no te preocupes —añadió Nuria, que ya tenía en su mente el formato de las invitaciones para la inauguración, la decoración adicional, los invitados... todo, absolutamente todo.

Capítulo 19

Rematando detalles

La siguiente semana, para Nuria, fue realmente dura. Tenía a toda la familia implicada en el proyecto. Ella y su hermana estaban enfrascadas con la decoración, buscando piezas especiales para el lugar, colocando, moviendo y reubicando todo con lo que contaban para lograr el mayor impacto, pero también la sensación de confort que buscaban. Incluso su padre aparecía por allí, era el chico de los recados, él iba a donde sus hijas lo mandaban para recoger tal o cual cosa para después volver a la tienda con el objeto en cuestión. El hombre estaba encantado. Desde que se había jubilado, su vida era bastante aburrida. Siempre había trabajado en una fábrica, con turnos alternativos. Su vida ordenada, veinticuatro horas ocupadas con su actividad correspondiente. Desde que ya no trabajaba se encontraba algo descentrado, el no tener una rutina diaria lo descolocaba. En eso, Nuria se parecía mucho a su padre.

Su madre había cogido vacaciones, era mala época, pero tanto Iván como Jaime entendían que estaba volcada en el proyecto de su hija. La mujer estaba cosiendo como una loca. Quería que para la inauguración hubiera algunos vestidos confeccionados, iba a ser algo

personalizado para cada novia, pero siempre venía bien tener una muestra. Nuria daba total libertad a su madre. Ella hacía los diseños, y Leonor sabía muy bien lo que tenía que hacer. Aún no había hablado con Iván y Jaime, pero quería que su madre fuera quien cosiera para ella. Nuria pensaba que Leonor quizá también necesitaba crecer en ese aspecto y no verse estancada metiendo bajos de pantalones, ciñendo sisas o cambiando cremalleras. Su madre valía para mucho más que para eso. De momento lo iba a dejar así. Todo iría paso a paso. Si el negocio iba bien, se lo propondría a sus socios.

Esther había vuelto a llamar a Nuria para decirle que Raúl había vuelto a hablar con ella, le había contado que él había ido a su cita, pero que ella nunca se presentó. Nuria mintió y dijo que se había olvidado, más que nada por hacer daño a Raúl, para que tomara de su propia medicina. Si ella no era lo suficientemente importante para él, él no lo sería para ella. ¿Estaba siendo injusta? ¿Estaba actuando cegada por unos celos infundados? No lo sabía. No era un asunto que le preocupara en absoluto. Su prioridad en esos momentos era su tienda.

Estaba todo listo. Faltaban horas para la inauguración. Nuria estaba muy nerviosa. Hacía días que había enviado las invitaciones, que ella misma había diseñado, a familiares, a amigos, a clientes de la boutique, era un acto prácticamente familiar. El tiempo de darse a conocer sería después.

Ella colocaba y recolocaba el jarrón de cristal con flores naturales de color blanco que tenía en la tienda. No podía dejar nada a la improvisación, todo tenía que estar perfecto.

Para la ocasión se había puesto un vestido que ella misma había diseñado, color champán, ajustado a su figura, con manga francesa. Era muy elegante. Quería estar bien, y desde que se había enfrascado en todo lo referente a su tienda, se había descuidado un poco. Pero ese día estaba especialmente guapa.

—Tranquilízate, hermanita —dijo María—, te va a dar algo.

—No puedo, tiene que estar perfecto —admitió Nuria moviendo por enésima vez el jarrón.

—Lo está —dijo alentando a su hermana—, déjate llevar. Disfruta de este día, es uno de los más importantes de tu vida —pidió María.

—Lo sé, pero es que no puedo evitarlo —confesó Nuria—. Espero que así sea, este día y el de mi boda —añadió pensativa.

—Como sigas así no te casarás en la vida —comentó María espoleándola.

—¿Se puede saber por qué dices eso? —preguntó dolida.

—Porque tienes menos sexo que un caracol —agregó ella riendo, era una manera de suavizar la tensión que estaba sufriendo su hermana.

—No tienes ni idea —dijo Nuria queriendo defenderse.

—Desde que has empezado con todo esto, no has salido, solo has vivido por y para la tienda, es evidente que hace demasiado que no... —explicó María moviéndose obscenamente.

—Deja de decir tonterías, ¡ya es hora de abrir! —dijo Nuria.

La inauguración estaba prevista a las siete de la tarde. Nuria, María y sus padres esperaban impacientes. Al poco rato de tener las puertas abiertas, empezaron a llegar invitados. Jaime e Iván conocían a mucha gente, ellos también habían hecho sus gestiones y habían actuado como relaciones públicas. La tienda se empezaba a llenar. Ellos presentaban a Nuria como la artífice de todo aquello. Ella saludaba a unos y a otros, al principio un poco avergonzada y tímida, sobre todo por los halagos de Iván y de Jaime; sin embargo, después se fue relajando. Todos los que estaban allí eran amigos y conocidos, así era más fácil. Todo estaba saliendo genial. El servicio de *catering* era estupendo, todo estaba delicioso y a la hora acordada. Las botellas de cava iban cayendo una a una mientras la gente se mezclaba, hablando en diferentes grupos.

—Nuria, ¿qué tal? —dijo Arturo acercándose a ella de forma segura.

—¡Arturo! ¡Qué alegría verte! —contestó con sinceridad.

—Te dije que vendría y aquí estoy —dijo dándole dos besos.

—Gracias, muy amable —expresó ella.

—Está todo perfecto —confirmó observando en derredor.

—Tú tienes mucho que ver —señaló ella coqueta.

—Me lo pusiste fácil, pero el mérito es tuyo y de tu hermana —añadió Arturo.

—Sí, María tiene un don especial —contestó Nuria orgullosa.

—Lástima que no lo use, podría llegar muy lejos —dijo él buscando entre los asistentes a María.

—¿Verdad? Yo también lo pienso, pero es una cabeza loca y no le gusta estancarse en lo mismo siempre, no sé cuánto le durará su trabajo actual —admitió Nuria fastidiada por la manera de enfocar la vida de su hermana.

—No hay manera de convencerla, yo lo he intentado, pero su forma de ser y de ver la vida es totalmente opuesta a como yo la veo —confirmó Arturo, que conocía muy bien a la hermana de Nuria.

—No lo intentes, yo ya desistí hace tiempo. Parece que cuanto más insisto, más se rebela haciendo lo contrario de lo que le propongo —explicaba Nuria.

—No tenéis nada que ver. Ella es tan... y tú tan... —dijo Arturo pensando en alto.

—Nada en absoluto. Yo soy más como tú, estricta, disciplinada, incluso ella dice que maniática —contestó Nuria sincerándose con Arturo.

—Yo lo prefiero así —dijo él mirándola con insistencia.

Se observaron fijamente a los ojos, ajenos a todas las personas que los rodeaban, aquellas personas se movían alrededor de ellos mientras su tiempo se había parado. ¿Estaban coqueteando el uno con el otro? ¿Se estaban proponiendo algo sin ni siquiera explicarse? Nuria no entendía nada. Estaba tan nerviosa por todo lo que estaba pasando que no acertaba a pensar con claridad. Ese instante se rompió cuando María se aproximó a ellos para saludar a Arturo.

—¡Arturo! ¡Cuánto tiempo! —dijo María dándole dos besos.

Era difícil no mirar a María, llevaba el pelo azul, grandes aros en sus orejas y un look que nada tenía que ver con el tipo de tienda, de prendas que allí se exponían y más tarde se venderían. Ella era el punto de color y extravagancia del lugar. Todo era tan romántico, dulce y sosegado que María era el contrapunto a todo aquello. Porque Nuria era su hermana, si no, seguramente nunca habría estado allí, o en una tienda como aquella.

—Pues sí, veo que estás estupenda —indicó con cierta familiaridad.

—No me puedo quejar, ya sabes —admitió guiñando un ojo.

—Me parece muy bien, la tienda ha quedado maravillosa —confirmó Arturo halagándola.

—Tenía muy claro lo que quería mi hermana, llevo años sufriendo su sueño, así que… —dijo levantando los hombros.

—¡¿Perdona?! —exclamó Nuria ofendida.

—¡Es broma, hermanita!, lo digo para picarte. Te conozco bien y sé de sobra tus gustos, ¡ha sido fácil! —dijo María—. Voy a por una copita, ahora mismo os acerco una.

María se fue dejando de nuevo a Arturo y a Nuria solos. Los dos observaban como se desenvolvía María. No tenía vergüenza ninguna, bromeaba con cualquier persona. Tenía cierta familiaridad con otros. En definitiva, era extrovertida y abierta. Arturo y Nuria permanecieron callados mientras tanto, hasta que María volvió con una copa para cada uno iniciando una conversación con ambos.

Capítulo 20

Hagamos las cosas bien

La inauguración terminó cerca de las diez de la noche. Los asistentes se iban yendo poco a poco, despidiéndose de Iván, de Jaime o de Nuria, dependiendo de a quién conocieran más. Todo había salido genial. Empezaba un nuevo proyecto al que parecía que le vendrían grandes éxitos. Nuria estaba exultante.

Sus padres se habían ido hacía bastante tiempo. María también, ese sarao, como ella decía, era demasiado serio, ella era más de otro tipo de fiestas. Con menos formalismos y personas más similares a ella. Jaime e Iván se iban a seguir la fiesta por otro lado. Y conociéndolos como Nuria los conocía, acabarían a altas horas de la mañana. La invitaron, pero ella declinó la oferta. Estaba en verdad cansada. Habían sido semanas de mucho trabajo, de mucho estrés. Necesitaba quitarse de encima ese comecome que se había instalado en su cuerpo hasta el momento de la inauguración. Estaba más tranquila, pero de repente se sentía extremadamente cansada.

Sin saber cómo ni por qué, al final de la noche solo quedaban Arturo y Nuria en la tienda.

—Nuria —dijo él solícito—. Te ayudo a recoger.

—No te molestes, no hace falta —declinó ella recogiendo en una bolsa de basura los restos de canapés y servilletas que veía diseminados por la tienda.

—Acabaremos antes si así es —insistió.

—Como quieras. —Cedió ella.

Cuando todo estaba relativamente recogido, Nuria fue apagando las luces, miró por última vez a la que era su tienda y suspiró. Se quedó observando a las dos «enes» que estaban en la pared, era su marca, su nombre y apellidos, su distintivo. Era algo suyo. Al fin lo había conseguido. Su sueño se había convertido en realidad. No estaba soñando, lo estaba viviendo en sus propias carnes. Tenía su propia tienda de novias. ¿Podía ser más feliz? En esos momentos era imposible.

—Te acompaño a casa —se ofreció Arturo.

—No es necesario, de verdad —dijo ella.

—No voy a dejarte ir sola, tengo el coche en el aparcamiento de al lado —confirmó él cediéndole el paso.

—La verdad es que estoy cansadísima —admitió mientras se dirigían al lugar donde estaba el coche de Arturo.

—Han sido varias semanas de mucho ajetreo, es normal —dijo él comprensivo.

—Sí, pero ahora empieza lo realmente duro. Es una carrera de fondo —afirmó Nuria conocedora de la realidad que conllevaba todo aquello.

—Podrás con ello —dijo Arturo convencido de que así sería.

—Eso espero —contestó ella suspirando. Había sido un alivio el inaugurar, pero la lucha del día a día aún no había comenzado.

—Aquí es —dijo Arturo accionando el mando que hizo que se iluminaran las luces de un coche.

Fueron hasta este, en cuanto Nuria se montó notó un aroma ligero a ambientador, todo muy suave, el coche estaba impoluto, ni una mota de polvo, impecable. Era un modelo en color negro. De líneas elegantes y modernas. Lo que en realidad le pegaba a Arturo. El coche perfecto para él y para Nuria.

Con las indicaciones de Nuria llegaron, en pocos minutos, a su casa. Arturo estacionó, bajó del coche y le abrió la puerta.

—Gracias —dijo ella coqueta.

—De nada —contestó.

—Es ahí —indicó Nuria. Arturo la siguió sin decir nada—. ¿Quieres entrar? —preguntó ella algo cortada.

—Un minuto nada más, para despedirme de ti —confirmó él.

La contestación pilló a Nuria desprevenida. No sabía lo que esperaba, pero eso no, desde luego.

Arturo cerró tras de sí la puerta, siguió a Nuria hasta el salón y se quedó de pie, parado, mirándola. Él fue el primero en hablar.

—Hagamos las cosas bien, ¿de acuerdo? —dijo Arturo.

Nuria no sabía bien cómo encajar todo aquello ni a lo que se refería.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella confundida.

—Ahora me voy a despedir de ti con un beso y me voy a ir, hablaremos mañana —dijo Arturo serio.

—Vale —contestó ella confundida.

Arturo se aproximó hasta donde estaba Nuria, la agarró por la cintura con su mano izquierda y de la nuca con la derecha. Le dio un beso en los labios, corto y sin lengua. Algo prácticamente infantil. Nuria se quedó algo cortada, pero respondió a su gesto.

El beso finalizó. A Nuria no le hubiera importado que ese hombre hubiera seguido. Era placentero sentirse entre los brazos de un hombre como Arturo, y mucho más siendo besada por él, pero tal y como había prometido, Arturo se iba.

—Mañana te llamo y hablamos —dijo.

—Vale —musitó Nuria algo atontada.

En cuanto oyó cerrarse la puerta, se quitó los zapatos y se tiró en el sofá. ¿Qué significaba todo aquello? Ese beso, casi infantil. Tanta delicadeza y respeto. Arturo era un hombre muy comedido con sus actos. Todo era realmente raro. Nuria estaba algo tocada, en parte era el alcohol, no estaba acostumbrada a beber, y el mero hecho de brindar con unos y con otros la había afectado. Los nervios vividos por la inauguración y la reacción de Arturo... todo era muy extraño. No entendía muy bien todo aquello. Al día siguiente lo vería desde otra perspectiva, estaría más calmada y descansada. Iba a irse a la cama, necesitaba descansar de tantas emociones. Había sido el mejor día de su vida, quería quedarse con eso. Ese día no lo olvidaría jamás. Era el principio de su nueva vida. Era su proyecto hecho realidad.

Capítulo 21

Al día siguiente

Al día siguiente bien temprano, Nuria fue hasta la tienda, quería tener todo en orden para cuando el público comenzara a llegar. Era solo ese día y tendría el fin de semana para descansar. Realmente lo necesitaba.

Entró, la tienda olía a flores frescas, pero también a algo extraño, mezcla de perfume y de comida. Sin dudarlo abrió de par en par la puerta que daba a la calle, necesitaba que todo estuviera en perfecto estado para cuando recibiera a sus clientas. De momento estaba ella sola, así que sería la encargada del primer contacto con la clienta, hablaría de su vestido, de sus gustos, y una vez llegado a un acuerdo, se pondría con el diseño. Para la confección contaría con su madre, si era posible, y si no, con otra amiga, Elvira. Habían estudiado juntas, y al igual que le estaba pasando a ella en esos momentos, había probado suerte en ese duro mundo de la moda, pero al no tener mucho éxito como diseñadora, se dedicaba a confeccionar lo que otros diseñaban. No podía dejar nada en el aire, de nada servía tener unos diseños únicos y buenos si después la confección, y por tanto el resultado final, no eran los esperados.

Nuria todavía no se podía creer que tuviera su propia tienda, era más, a veces se encontraba acariciando los muebles o alguno de los vestidos que tenía de exposición, como si el simple hecho de tocarlo le asegurara que era realmente cierto lo que estaba viviendo.

Hasta media mañana no entró nadie en el local. Su primera clienta fue una chica de unos treinta años, que iba acompañada por su madre. Por lo que la chica relató, llevaba tiempo buscando vestidos de novia, y nada era de su agrado. Quería algo diferente, algo poco visto. No era una novia al uso, por eso estaba allí. Nuria consideraba que la comunicación entre la clienta potencial y ella era muy importante. Aparte de lo que quería en un vestido, era la historia que había detrás. Todos esos detalles eran muy significativos, y cuanta más confianza hubiera entre ellas para poder decidir, mucho mejor. Nuria pensaba que su trabajo, aparte del diseño, era un poco de psicóloga. Escuchaba e intentaba tranquilizar a las novias, los miedos de unas y de otras eran distintos, pero el vestido que llevarían en un día tan especial era algo muy importante y sus dudas eran recurrentes. Normalmente, cuando acudían a una tienda como la suya, era o bien porque querían algo muy exclusivo, o bien porque habían dado tantas vueltas por otros lugares y estaban tan desesperadas que ella era su último recurso. Era consciente de ello, pero cada una de sus novias era un reto para ella y una nueva ilusión. Además solían estar tan contentas que ese estado de euforia era contagioso.

Nuria escuchó atenta la idea que su primera clienta tenía. Era algo difuso y no lo tenía muy claro, lo que sí sabía era lo que no le apetecía llevar en un día tan especial. No quería encaje, ni pedrería, no quería un vestido de princesa, no quería ir disfrazada. Quería algo que fuera muy «ella». Sencillo, romántico y con el que se sintiera segura de sí misma. Se sentía incómoda llevando vestidos que no terminaban de encajarla. Nuria conectó al instante con la idea que esa chica tenía. Iba anotando de forma meticulosa lo que no quería y lo que sí podía encajar con esa clienta. Sin dudarlo, le mostró su bloc de notas, era algo íntimo, pero si quería que esa muchacha confiara en ella, tenía que mostrarle su trabajo. Allí había un poco de todo, desde lo más moderno a lo más clásico. No tenía una colección definida a excepción de la que hizo del tirón acordándose del fin de semana pasado con Raúl, su colección *Estrellas*. Esa era realmente muy especial. De hecho,

la chica que tenía delante se quedó maravillada con aquellos vestidos. El suyo no sería ninguno de ellos, pero sería parecido. La idea, la inspiración y el estilo que ella quería estaban entre todos esos diseños que había creado Nuria. Con las ideas un poco más claras, madre e hija se fueron satisfechas. En cuanto Nuria tuviera su diseño, se lo enseñaría, modificaría lo que fuera necesario y se pondría a ello. Toma de medidas, elección de la tela... todo eso era lo que realmente quería y le gustaba. Por fin alguien iba a llevar uno de sus diseños. Era algo increíble para ella. Tuvo más clientas a lo largo del día. Algunas, por curiosidad, se adentraban en la tienda de Nuria, otras directamente querían probarse vestidos y más vestidos sin importar muy bien lo que se ponían. Esa no era la idea de Nuria, y enseguida las clientas sabían que ese no era su lugar. Ella quería que fuera algo muy especial, que recordaran siempre, una parte muy importante de ese día tan maravilloso que se supone que es una boda. Además, la atención personalizada que ofrecía Nuria era muy bien acogida. En otras tiendas de novias, el trato sería también así, pero el estar hablando en persona y directamente con la diseñadora ocurría en pocas.

Se puso con el diseño de su primera clienta, incluso le temblaban las manos al enfrentarse al papel en blanco, pero eso fue al principio. Nuria revisaba las anotaciones que tenía e iba perfilando de forma somera lo que sería finalmente un vestido de novia muy especial.

Llegaron las ocho de la tarde, estaba agotada. Necesitaba descansar. Habían sido muchas emociones durante toda la semana. No tenía noticias de Arturo y eso le había molestado. Pensaba que era un hombre diferente, o por lo menos en el aspecto laboral era serio, responsable y consecuente. Pero parecía que en el plano personal, todas esas cualidades desaparecían.

Cerró la tienda, y en un segundo apareció Arturo a su lado. Iba de verdad impecable, pantalón vaquero oscuro, polo azul marino y una chaqueta de punto fina.

—Buenas tardes, Nuria. ¿Cómo ha ido la jornada? —preguntó acercándose a ella para darle dos besos.

—Hola —respondió algo cortada—, un poco flojo, pero supongo que es normal, hasta que me vayan conociendo.

—Así es, además no es nada convencional, hasta que sepan

realmente lo que haces y se decidan —dijo él parado mirando cómo Nuria cerraba la verja de seguridad.

—Prefiero pocas clientas y satisfechas que un montón a las que les dé igual lo que llevan puesto —admitió ella incorporándose.

—Calidad antes que cantidad —confirmó él.

—Exactamente —dijo ella sonriendo. Con Arturo era fácil hablar, tenían el mismo punto de vista para casi todo.

—Venía a invitarte a tomar algo o a cenar, si te apetece y no estás muy cansada —añadió Arturo serio.

—La verdad es que estoy rendida, pero podemos tomar algo —aceptó con una sonrisa en los labios.

—De acuerdo, ¿algún sitio en especial? O prefieres ir a mi casa o a la tuya... tú decides —dijo él encaminándose hacia donde tenía el coche.

—Me da lo mismo —contestó Nuria.

—Vale, pues a mi casa, entonces, allí estaremos mucho más tranquilos —dijo el hombre seguro de sí mismo.

Nuria y Arturo montaron en el coche de él. El leve olor a ambientador y la limpieza de su vehículo agradaron de nuevo a Nuria. Él conducía atento al tráfico. En media hora estaban en la casa de Arturo. Vivía en una urbanización cercana a la ciudad, casas más o menos grandes, chalets adosados, bloques de pisos de pocas alturas. Un poco de todo. La casa de Arturo estaba aislada en una parcela rodeada de unas verjas en hierro forjado que impedían las miradas indiscretas debido, principalmente, al entramado de estas. La edificación ocupaba la parte central de la parcela, era de una sola planta, líneas rectas y minimalistas. Era un diseño propio del arquitecto, y así se lo contó a Nuria. En realidad esa casa, al menos por fuera, era muy del estilo de Arturo. Entraron en la casa. Nuria estaba maravillada. Era una vivienda prácticamente diáfana, en tonos blancos y grises. Pocas piezas, pero elegantes y caras. Se asemejaba bastante al despacho de Arturo en el estudio de arquitectura donde trabajaba. La sensación de orden y limpieza era algo que Nuria valoraba mucho, y en ese lugar eso primaba por encima de todo lo demás.

—Bienvenida a mi casa —dijo él.

—Gracias —contestó Nuria sonriendo.

La casa no era demasiado grande, pero era perfecta. Estaba muy ordenada y se respiraba limpieza y pulcritud. Nuria estaba alucinada con lo que veía. Daba hasta pena tocar nada por miedo a descolocarlo. En el salón tenía un gran ventanal que daba al jardín, un jardín muy cuidado e igualmente ordenado. Césped en perfecto estado y varios árboles. Cipreses, en su mayoría, que, con su forma ovalada y su gran altura, daban sensación de orden, dibujaban unas líneas rectas muy bien definidas. Parecía que en el jardín solo primaba el color verde. Todos los árboles eran de hoja perenne, hecho que provocaba que ese espacio fuera exactamente igual a lo largo de todo el año. No se notaba la estacionalidad en él. Todo iba en consonancia. El exterior y el interior funcionaban como un todo.

Con mucha amabilidad, Arturo le enseñó la casa a Nuria. Era muy fácil de ver. Líneas sencillas, decoración muy cuidada. La cocina encantó a la diseñadora. Los muebles eran muy modernos, todo en líneas rectas, muy estructurado. No había nada fuera de lugar. No era un espacio muy grande, pero sí muy útil. Estaba muy bien diseñado. Además del salón y la habitación en la que dormía Arturo, tenía otro cuarto. Ese era un estudio de pequeñas dimensiones. La luz era importante, y allí podía trabajar sin problema. La habitación de Arturo era sencilla también, pero algo más grande que el resto de las estancias, ya que tenía el baño incorporado y un vestidor que maravilló a Nuria. Y más que eso, la delicadeza en la colocación y el orden que veía en todas las prendas. Perfectamente situadas. De eso Nuria sabía bastante, los años en la boutique hacían que fuera muy observadora, y allí estaba todo ordenado de manera meticulosa.

Capítulo 22

Despejando dudas

Arturo invitó a Nuria a tomar asiento en el sofá que tenía en el salón. Era un sillón muy acogedor, en color rojo pasión. Era el único punto de color en toda la estancia, ya que las paredes y los muebles tenían tonos blancos o grises. La verdad era que Arturo tenía muy buen gusto, definitivamente la arquitectura era lo suyo, pensó Nuria. Ella se sentó y esperó a que Arturo volviera. Se giró al oír cristales chocando entre sí. En la bandeja que llevaba Arturo había dos botellines de cerveza, dos copas y una botella de vino. Nuria no solía beber, pero en ese momento tenía bastante sed. Su boca se le había secado. Estaba nerviosa y expectante. Todo era tan nuevo para ella...

—Como no sabía qué te apetecía, he traído vino y cerveza —dijo Arturo solícito.

—No suelo beber —afirmó tímida—, pero me tomaré una cerveza.

Necesitaba beber lo que fuera, se sentía deshidratada.

—Tengo agua si lo prefieres —ofreció él incómodo.

—No, no te preocupes, la cerveza está bien —dijo ella también incómoda por la situación.

—Verás, Nuria, ayer me hubiera gustado quedarme contigo —

comenzó a decir Arturo de forma directa, sentándose a su lado.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó ella extrañada.

—Porque creo que no eres ese tipo de mujer —contestó él mirando fijo a los ojos de Nuria.

—Creo que no hay tipos de mujeres, cada una somos como somos y decidimos lo que queremos en uno u otro momento, nada más —dijo un poco molesta por las insinuaciones de Arturo.

—No me malinterpretes, ha sonado un poco machista, lo sé, pero lo que he querido decir es que creo que no sueles acostarte con un hombre en la primera cita —explicó Arturo, tendiéndole el botellín de cerveza a Nuria y una copa para que ella misma se sirviera.

—Eso no lo sabes, y además no creo que sea de tu incumbencia —dijo ella un poco altanera—. Además, si así fuera, ¿tendrías algún inconveniente? —preguntó un poco chula.

En realidad, Arturo había dado en el clavo, ella no se acostaba la primera noche con un hombre, a excepción de la noche que pasó con Raúl, pero ese era un capítulo que quería borrar de su mente. No quería reconocer que era bastante clásica en ese aspecto, y no entendía muy bien por qué. Tampoco lo pensaba demasiado. Era como era. Lo había admitido así. El acostarse con un hombre antes o después no tenía por qué indicar nada en absoluto. Pero el caso era que ella no lo hacía a la primera de cambio.

—No me gustaría si no es conmigo —dijo Arturo sonriendo.

—Pues eso ya no podrá ser. Hoy es nuestra segunda cita —confirmó Nuria mordiéndose los labios.

No controlar esa conversación le costaba, y hablar tan explícitamente de sexo, también. No era un tema cómodo para ella.

—Tienes razón —dijo Arturo bebiendo de su cerveza. A él tampoco le estaba gustando hacia donde iba la conversación.

—Escúchame, Arturo —habló Nuria intentando ser franca, no quería ser maleducada, y a veces, la forma que tenía de decir las cosas hacía que la gente pensara lo que no era. Estaba intentando guardar la compostura.

—Espera un minuto, Nuria —dijo él cortando el alegato de Nuria —. No soy bueno en esto, suelo ser bastante directo en todo, y eso a veces, pues... no se encaja bien —explicó admitiendo su forma de ser.

—Prefiero las cosas claras y directas —contestó ella entendiendo

perfectamente a lo que se refería Arturo. A ella le pasaba igual.

—De acuerdo. —Arturo tomó aire y comenzó a hablar—: Me gustas, Nuria, creo que somos bastante parecidos y noto cierta conexión entre tú y yo —dijo expulsando todo el aire de sus pulmones.

—Lo mismo me pasa a mí, creo que nos vemos reflejados el uno en el otro, porque somos muy similares —admitió ella sonriendo.

—Menos mal que me has entendido, pensé que no iba a saber explicar mi postura —dijo él resoplando.

—Sí, sí, creo que tienes razón en todo lo que has dicho; además, tú también me gustas —confirmó Nuria ruborizándose como una adolescente.

En ese momento, Arturo se aproximó a Nuria y la besó. Todo estaba claro entre ellos, sus dudas se habían disipado y el camino estaba libre. Tenían las cosas meridianamente claras y eso era lo que necesitaban. Arturo era muy cuidadoso, Nuria lo había intuido cuando se despidió de ella la noche anterior. Era un hombre tranquilo que se tomaba las cosas con calma. Ese beso fue corto, duró el tiempo justo para saborearse por primera vez. En cuanto terminó, los dos se miraron a los ojos y se sonrieron. Empezaba una historia en la que ellos eran los protagonistas.

Hasta que se hizo la hora de cenar, Nuria y Arturo estuvieron en el sofá, intercalaban besos con conversaciones. Se estaban conociendo, y compartir su experiencia vital era importante para ambos. En realidad, la vida de cada uno de ellos había sido siempre bastante ordenada y convencional. No había capítulos a resaltar por su extravagancia o peculiaridad. Nuria venía de una familia normal, su padre había trabajado durante años en la misma empresa y su madre seguía haciéndolo en la boutique en la que ella había estado hasta no hacía demasiado tiempo. Su infancia, como la recordaba, había sido feliz, había estudiado, y nada más terminar sus estudios, se puso a trabajar en la boutique en la que su madre trabajaba como modista desde siempre. En esos momentos, Nuria estaba inmersa en su nuevo proyecto en solitario, tenía intención de, más adelante, dar un paso más allá, pero de momento se conformaba con lo que estaba viviendo. Todo eso Arturo lo sabía, porque él había formado parte de ese proyecto, por lo menos en lo concerniente a la ejecución de la obra de reforma del local.

El caso de Arturo era parecido. Él provenía de una familia acomodada, era hijo único, había estudiado Arquitectura y no tenía nada que resaltar. Nunca le había faltado nada, y también pensaba que su vida, en general, era buena. Se había dedicado a su trabajo casi en exclusiva apartando de sí otros intereses, era verdad que tenía su vida muy estructurada, hacía deporte con amigos tres veces por semana, una tarde a la semana iba donde sus padres y el resto lo dedicaba a sí mismo. Era coqueto, le gustaba comprarse ropa, iba con asiduidad a la peluquería y se hacía algún tratamiento facial, le gustaba verse bien.

Ninguno de los dos había tenido relaciones serias y estables. En el caso de Nuria, porque era muy exigente y tampoco sentía la necesidad de estar junto a un hombre si no le apetecía. Seguía pensando que el sexo estaba sobrevalorado y no le importaba demasiado. Para Arturo era diferente, había intentado mantener relaciones serias con varias mujeres, pero era extremadamente puntilloso con según qué cosas y no soportaba otras, por lo que las chicas con las que empezaba algo salían huyendo al poco tiempo. Él sabía que era un maniático del orden, de la limpieza, incluso había llegado, a veces, a irse a su casa porque su camisa estaba un poco arrugada. Ese tipo de comportamiento no era bien aceptado por nadie, a no ser que fueran iguales a él. Era difícil, él era consciente de ello, sobre todo en la convivencia. Parecía que en Nuria había encontrado a la persona que podría entender o aceptar sus manías. Él notaba que ella tenía su misma forma de pensar, era bastante meticulosa y eso, en vez de ser un problema, a él lo beneficiaba. Sabiendo qué era lo que le molestaba al otro, era fácil de llevar una relación, y por lo poco o mucho que conocía a Nuria, solían ser las mismas cosas. Ninguno de los dos soportaba ver comer chicle a otra persona, y menos aún con la boca abierta. Los ruidos repetitivos y martilleantes, no los aguantaban. Todo tenía que estar recto, ya fuera un cuadro, como un cubierto, daba igual lo que fuera, pero recto. La ropa siempre bien planchada y combinada entre sí. Pero no todo era eso. A Arturo realmente le gustaba Nuria, podría decirse que era una mujer que no le pasaba desapercibida, en la que se fijaría si pasaba a su lado. Parecía que ella tenía todos los ingredientes para poder llegar a ser alguien importante en su vida e iniciar algo serio.

Capítulo 23

Noche inspiradora

Nuria y Arturo decidieron quedarse en casa a cenar. A ninguno de los dos les gustaba demasiado la noche: a Nuria porque no bebía, no era excesivamente bailarina y solía aburrirse; y a Arturo porque no veía nada motivador en perder horas de sueño por estar metido en un bar. Prefería dormir y levantarse pronto para salir a correr. Era una rutina que no abandonaba nunca. Era muy disciplinado y salía todos los días a hacer unos kilómetros antes de ir a trabajar. Era ejercicio que no necesitaba más que unas buenas zapatillas, nada de aparataje ni un lugar específico para estar. Lo hacía en solitario, era su momento de desconexión, de probarse a sí mismo, de comprobar su resistencia y su disciplina. Los gimnasios no le gustaban, por el lugar cerrado, porque se respiraba un aire enrarecido y porque necesitaba desconectar y no le gustaba demasiado socializar allí.

Arturo preparó la cena. Al igual que Nuria, le gustaba comer bien y sano, por eso se decantó por unos filetes de ternera a la plancha y una ensalada. La conversación entre ellos era fluida. Congeniaban, en general, en todo; y el ver la vida de la misma manera hacía todo mucho más fácil. Llegó la hora de acostarse, no habían hablado de

ello, pero Nuria se encontraba lo suficientemente cómoda como para compartir la cama con Arturo.

Arturo le enseñó la habitación con más detenimiento, seguía la misma tónica que el resto de la casa, tonos grises y blancos. Nada estridente. Una cama mullida y confortable con un cabecero que hacía formas circulares en hierro forjado, espirales más o menos grandes que le daban un aire un poco psicodélico a la estancia. Se metieron en la cama, Nuria no tenía pijama, pero Arturo, atento como estaba, le cedió una camiseta y unos pantalones cortos suyos. Eran bastante grandes, pero aun así Nuria se los puso. Ella se desmaquilló, se lavó los dientes con un cepillo que siempre llevaba en su bolso y salió de nuevo a la habitación. Se acomodaron en la cama y apagaron la luz. Todo era de una naturalidad y cotidianeidad increíble. Parecía que se conocían desde hacía años y que esa misma rutina la habían repetido un millón de veces.

Arturo se aproximó a Nuria, empezó a besarla. Ella respondía a sus besos. Eran cálidos y delicados. Él le quitó la camiseta dejando su torso desnudo, ella hizo lo mismo con la de él. Sus pieles se tocaban sintiendo el calor que emanaba el otro. Las caricias siguieron al igual que los besos. Se estaban excitando poco a poco. No tenían prisa, a Nuria le estaba gustando cómo Arturo se tomaba su tiempo. Nada más importaba en esos momentos. Arturo terminó de desnudarse, se giró dejando a Nuria a un lado, se puso un condón, la invitó a que se colocara en el centro de la cama, se puso sobre ella y la penetró lentamente. Estaba preparada, aunque un poco de lubricación extra no hubiera venido mal. Arturo era cuidadoso, entraba y salía de ella de forma enérgica, pero siempre pendiente de que todo fuera bien.

Los embates de Arturo iban acelerándose, ella movía sus manos acariciando la espalda del arquitecto, él friccionaba su pelvis contra el pubis de ella. Ese masaje tan sensual despertó en Nuria el ansia de más, era lo que necesitaba, esas caricias además de la penetración para llegar a explotar. Se besaban, pero a medida que Arturo imprimía más y más ritmo, los besos dejaron de existir. Nuria estaba prácticamente a punto de correrse, Arturo aceleró más y más el ritmo hasta que se corrió dentro de ella. Ella estaba comenzando a desmoronarse en un orgasmo maravilloso, pero no llegó a culminar del todo, justo cuando necesitaba un par de movimientos certeros más

por parte de Arturo, este se retiró de su interior poniéndose a su lado. No podía decir que estaba descontenta, había disfrutado, pero le había faltado poco para terminar en condiciones. Él se levantó entonces, dio la luz y se metió directo al baño. Nuria se encontraba un poco violenta, no sabía muy bien qué hacer, si ir tras él y meterse en la ducha o quedarse en la cama. No sabía cómo reaccionar. Había sido todo estupendo, y de repente, no sabía qué era lo que había pasado, era como si la magia del momento hubiera desaparecido.

Con el sonido del agua al caer, ella se quedó dormida. Arturo volvió a la cama tras darse una ducha rápida. No le gustaba el olor a sexo ni estar sudado, así que esa era una práctica habitual en él. Cuando se metió en la cama, Nuria dormía con placidez.

A las tres de la mañana, ella se despertó, fue al baño y se metió de nuevo en la cama. No conseguía conciliar el sueño por más que lo intentaba. Daba vueltas a un lado y a otro y no había forma. Quizá se debía a que no estaba acostumbrada a dormir acompañada, o que esa cama no era la suya, pero había algo que no la dejaba descansar. La velada con Arturo había ido bien, parecía que conectaban, y por ese lado no había ninguna pega. Su trabajo no la preocupaba, era maravilloso todo lo que estaba viviendo. No sabía por qué no dormía.

Sin intentar comprender, se levantó, buscó en su bolso su bloc de dibujo. Se sentó en el sofá de la casa de Arturo y se puso a dibujar. Eso era lo que necesitaba, evadirse y hacer lo que mejor se le daba. El diseño. Estuvo dibujando durante horas, a las seis de la mañana se quedó dormida en el sofá.

Al día siguiente, Arturo se levantó a las siete como siempre. Estaba algo confundido, sabía que había estado con Nuria, pero no había rastro de ella en el dormitorio. No era la primera vez que se encontraba en la cama solo. Alguna de sus conquistas había huido durante la noche o incluso nada más terminar de follar. Nada lo sorprendía, aunque estaba convencido de que Nuria no era así, no creía que fuera de ese tipo de mujer. Se vistió con ropa de deporte y salió de la habitación. En el sofá encontró a Nuria, sonrió al verla allí. La arropó un poco y salió con el mayor sigilo posible a correr. No quería interrumpir su sueño ni molestarla en absoluto.

El tiempo que dedicó Arturo a correr fue esclarecedor para él. Estaba ilusionado con Nuria. La noche anterior había sido perfecta. Se

habían entendido desde el primer momento, y en las distancias cortas era mucho mejor. Si todo iba bien, y parecía que así era, Arturo lucharía por esa relación. Nuria valía la pena, era la mujer ideal para su proyecto de vida. Más, no podía pedir.

Capítulo 24

Viento en popa

Los días pasaban sin mucha novedad. Nuria estaba encantada en la tienda. Cada vez tenía más encargos y clientas satisfechas. Era un camino de largo recorrido, y desde el primer encuentro con la clienta hasta que el vestido estaba totalmente terminado transcurrían meses, pero las visitas periódicas y las modificaciones de última hora hacían que fuera todo más dinámico de lo que en apariencia podría parecer. Nuria conseguía que salieran con una sonrisa en la cara y sintiéndose las mujeres más felices del mundo. Era un trabajo a largo plazo, porque con excepción de alguna novia que necesitaba el vestido para una fecha muy próxima, el resto se lo tomaban con bastante tiempo. Así era más fácil hacer las cosas bien.

La relación entre Arturo y ella iba a las mil maravillas, sin sobresaltos, sin sorpresas de ningún tipo y sin malos entendidos. Llevaban unos meses saliendo y no habían discutido por nada. Eran bastante ordenados y sus agendas estaban perfectamente sintonizadas, los lunes, miércoles y viernes no solían verse hasta muy tarde debido a que Arturo quedaba con sus amigos a jugar un partido de pádel. No siempre quedaban, así que Nuria tenía tiempo para estar en casa,

dibujar o tener todo en perfecto estado. Los martes, Arturo iba a visitar a sus padres, coyuntura que también aprovechaba Nuria para hacer exactamente lo mismo con los suyos, incluso había días que cenaban todos juntos. A su padre lo veía a menudo, solía ir a la tienda a visitar a su hija, con su madre los encuentros eran más esporádicos, las dos trabajaban y era difícil coincidir. Los jueves, Arturo y Nuria solían verse, bien en casa de Nuria, o bien en casa de Arturo.

—Nuria, ¿una infusión? —dijo Arturo desde la cocina.

—Sí, por favor —contestó ella recostada en el sofá de color rojo de la casa de él.

Arturo y ella solían cenar juntos los jueves. Pasaban una noche agradable comentando la semana, aún quedaban días de trabajo, sobre todo para Nuria, que también trabajaba la mañana de los sábados y algunas tardes, pero esa rutina y quietud era muy valorada por ambos.

Arturo llegó con la infusión para Nuria.

—Gracias —dijo ella tendiendo la mano para coger el plato con la taza humeante que le ofrecía el arquitecto.

—De nada —contestó él acomodándose a su lado—. Quería comentarte algo, Nuria —añadió Arturo dejando su café sobre la mesa.

—Dime —dijo ella mientras soplaba.

—¿Qué te parece si te vienes a vivir aquí?, la verdad es que, prácticamente, pasas más tiempo aquí o en la tienda que en tu casa —afirmó Arturo sonriendo.

—¡Uff! —resopló—, no me esperaba esto —dijo Nuria removiéndose incómoda.

—Es una sugerencia, piénsalo y vamos viendo, no tiene por qué ser ahora mismo —añadió él comprendiendo el apuro de ella.

—En realidad tienes razón, no estaría mal probar, aunque sabes que soy muy maniática con la limpieza, el orden y todo lo demás —admitió Nuria mirando fijo a Arturo.

—Creo que tanto o más que yo, así que por ese lado no tendremos problemas —confirmó sonriendo.

—De acuerdo —dijo Nuria—. Voy a pensar en ello y en cuanto decida algo, te lo digo.

—Confío en que así sea —confirmó él apurando el café y yendo a la cocina a meter la taza, el plato y la cucharilla en el lavavajillas.

Nuria, como tantas otras noches, durmió en la cama de Arturo. Esa vez no hicieron el amor. Sus encuentros sexuales eran satisfactorios, frecuentes y convencionales. Nada del otro mundo. Ambos disfrutaban de esos instantes, era una necesidad que cubrían y poco más que reseñar.

Esa misma noche, Nuria pensaba detenidamente en la proposición que le había hecho Arturo. Él tenía razón en todo, pasaba más tiempo en la tienda o en esa casa que en la suya propia. Se podía decir que su casa se había convertido en un lugar donde dormir nada más, y no todas las noches, como esa misma en concreto.

El viernes por la mañana, Arturo salió a correr como todos los días, Nuria lo esperaba en casa con el desayuno preparado, desayunaban juntos y juntos se iban a trabajar. Esa rutina les gustaba a ambos. Todo estaba en orden, todo estaba bien. Llevar su vida ordenada les daba tranquilidad a los dos.

A los pocos días, Nuria se trasladó a la casa de Arturo, dejó el piso donde había vivido su independencia por primera vez para emprender un nuevo camino con él. Estaba segura de que ese hombre era el hombre de su vida. Era perfecto. El prototipo de hombre en el que siempre se había fijado. Guapo, amable, educado, con un puesto de trabajo estable, podría pensarse que solo se dejaba influenciar por las apariencias, pero no era así. De verdad estaba convencida de que él era perfecto para ella. Entendía su forma de ver la vida y era tan parecido a ella que sabía perfectamente interpretar sus intenciones en cualquier momento.

La mudanza no fue traumática ni pesada. Al ser tan ordenada fue fácil. Nada más cambiar de un armario a una caja todas sus pertenencias. Nuria tenía todo empaquetado en cajas de cartón rotuladas, así era mucho más fácil desembalar lo que contenían para colocarlo en su lugar adecuado. Por su parte, Arturo le había facilitado las cosas. Su vestidor era lo suficientemente grande para albergar la ropa de Nuria. Todo colocado con mimo y precisión milimétrica. Aquella sala parecía más una exposición que un armario que se usara.

En casa de Nuria, la mudanza no los había pillado por sorpresa, si ella se había decidido a dar ese paso era porque en verdad lo tenía meditado, estaba segura de lo que iba a hacer y porque ella pensaba que Arturo era el hombre ideal.

Nuria estaba muy contenta con la vida que llevaba. Podría considerarse monótona y rutinaria, pero eso era lo que buscaba. Estabilidad, sosiego, tranquilidad. Parecía que su vida en los últimos meses había tomado un rumbo mucho más recto que en el mejor de sus sueños.

Arturo y ella, como en casi todo, se comprendían y se entendían. La convivencia entre ellos era fácil. Los dos eran muy escrupulosos con sus cosas y mantenían todo perfectamente ordenado. Sin problemas.

Capítulo 25

Secretos

Todo el mundo guarda secretos confesables o inconfesables. Secretos más o menos trascendentales que pueden variar el rumbo de las cosas. Dependiendo de cómo sean, las consecuencias que traigan la ocultación, la omisión parcial o la revelación de esos secretos pueden ser muy dispares. A menudo dolorosas, aunque no siempre es así.

Un día de otoño en el que la lluvia caía y llevaba consigo las hojas secas de los árboles, Nuria estaba preparando la cena. Arturo estaba con sus amigos jugando al pádel, así que ella estaba sola. Valoraba mucho esa soledad, se sentía a gusto consigo misma, y a menudo necesitaba ese espacio para sí. Mientras removía y miraba ensimismada a un punto fijo a través del vapor que salía de la cazuela, recibió la llamada de su hermana.

—Hola, hermanita, ¿qué haces? —preguntó María al otro lado del teléfono.

—La cena —contestó ella sin dejar de mover la cuchara que tenía metida en la cazuela.

—Estoy por aquí cerca, ¿me invitas a tomar algo? —dijo María.

—Ven —aceptó.

Su hermana siempre era así de imprevisible. Lo raro era que hubiera llamado para decir que estaba cerca, si Nuria hubiera vivido en su casa, seguramente se hubiera presentado allí sin previo aviso, la diferencia era que esa era la casa de Arturo. Al cuarto de hora apareció María. La última locura que había hecho en su pelo era teñirlo de un color extraño, no estaba muy claro si era azul o verde, pero el caso era que le sentaba fantásticamente bien. María tenía una piel exquisita, blanca y sin un ápice de manchas o erupciones. Parecía una muñeca de porcelana. Ese color de pelo hacía resaltar esa blancura, que junto con sus grandes ojos maquillados a la perfección mostraba una imagen muy bella. Ella, como nadie, sabía sacarse partido, no le importaba innovar y cambiaba a menudo de imagen. Nada que ver con su hermana, que era clásica y pocas veces se prestaba a cambios tan radicales. Cualquiera que las viera juntas podría decir que una era la antítesis de la otra.

—¡Menuda noche! —dijo María.

—Sí, se está poniendo muy triste —confirmó Nuria mirando por la ventana.

—¿Arturito? —preguntó María con sorna.

—Arturo —rectificó Nuria, a la que no le gustaba nada que su hermana llamara «Arturito» a Arturo— está con los amigos jugando al pádel.

—Lo había olvidado, él y su disciplina. ¡No ha cambiado nada! —dijo más para sí misma que para su hermana.

María tomó asiento en una de las sillas de la cocina, antes había abierto el frigorífico sin pudor ninguno y había sacado una cerveza. El abrir aquel frigorífico era como estar en un supermercado. Estaba todo tan organizado que daba hasta pena romper esa cuidada disposición de los productos. Los yogures ordenados, la verdura en su cajón correspondiente. El *brick* de leche, el *brick* de zumo, el *brick* de vino para cocinar, uno al lado del otro. Todo, absolutamente todo en orden. Incluso los huevos parecían todos iguales, del mismo tamaño, del mismo color... la perfección más absoluta en cuanto a la colocación de los productos en un frigorífico. «Increíble», pensó María.

A los pocos minutos apareció Arturo. Saludó a Nuria y a María. Fue directo a la ducha. Con un aroma muy fresco y ya cambiado de ropa, volvió a la cocina donde las dos hermanas estaban discutiendo

acerca de la vida de la una y de la otra.

—¿Te quedas a cenar, María? —preguntó Arturo acercándose al frigorífico para sacar una cerveza para él.

—Dame a mí una —pidió María sin vergüenza alguna, sería la segunda que se tomaba en poco tiempo—. ¡Vale! Eso huele fenomenal, hermanita —dijo halagando las dotes culinarias de su hermana.

—¡Mejor sabrá! —confirmó Nuria que ya tenía puesto un servicio más en la mesa.

Los tres cenaron. María era la que llevaba la voz cantante, ella era muy expresiva y no sentía pudor en hablar de nada. Daba igual que fuera de política, de deporte, de sexo... cualquier tema era abordado por ella con naturalidad. Arturo estaba cómodo con las dos chicas, y Nuria estaba encantada con la visita de su hermana. Eran muy distintas, pero se adoraban.

A media noche, María se fue de la casa de Arturo. Nuria estaba cansada, pero también contenta por la visita inesperada de su hermana, siempre aportaba un aire fresco y distinto a su ordenada vida, pero en pequeñas dosis. Demasiada intensidad no agradaba a Nuria.

Ella se estaba lavando los dientes mientras Arturo abría la cama.

—¿De qué conoces a mi hermana? —preguntó Nuria curiosa.

—Pues, de una noche —dijo él algo cortado.

—¿Una noche? —preguntó extrañada Nuria.

—Sí, la conocí en una fiesta, y bueno, pues, ya sabes... —confirmó él de forma distraída.

—¡¿Te has acostado con mi hermana?! —preguntó Nuria irritada.

—Sí —dijo Arturo—, pensé que tu hermana te lo había contado —añadió él percatándose de que había metido la pata.

—¡Pues no!, ¡no me lo ha contado! —espetó ella dolida.

—Lo siento —expresó Arturo cabizbajo—, si lo hubiera sabido no te hubiera dicho nada.

—Ya es tarde ¿no crees? —contestó ella dolida—. Creo que es un detalle que debería haber sabido antes, ¿no te parece? —dijo de forma inquisitiva Nuria.

—No fue importante, además, no funcionó —explicó Arturo.

—¿Qué me quieres dar a entender?—preguntó Nuria cada vez más indignada.

—No lo sé, no conectamos, estábamos en diferente punto. Creo que también demasiado bebidos, y por eso nos dejamos llevar —explicó él volviendo la vista atrás.

—¡Qué bonito! ¡Es tan fácil echar la culpa al alcohol! —agregó Nuria ofendida.

—No es echar la culpa al alcohol, sucedió, nada más —apuntó Arturo como si nada le importara.

—¡Perfecto!

Nuria salió de la habitación como un huracán, se sentó en el sofá de mala gana, de hecho su cuerpo había rebotado al hacerlo con tanto ímpetu. No iba a poder dormir y no quería estar al lado de Arturo. Estaba enfadada, muy enfadada. No podía entender cómo ninguno de los dos había tenido el suficiente coraje como para contar aquello. ¿Era tan difícil de entender que ella quisiera saber ese «pequeño detalle»? Con su hermana ya ajustaría cuentas, la conocía y muy bien, y era probable que ni siquiera tuviera en cuenta aquel detalle, si es que se acordaba. Pero merecía alguna explicación, y como tal se la iba a exigir. Pudiera ser que ese encuentro con Arturo no hubiera tenido importancia para ella o cualquier otra cosa, pero Nuria quería oírlo de su propia boca. Con Arturo se había abierto una brecha que iba a tardar tiempo en cerrar, lo sabía de sobra. Su vida antes de conocerse era la que era, pero en este caso en particular, y estando involucrada su hermana, hubiera sido importante que lo hubieran hablado antes de comenzar algo más serio.

Nuria estaba cada vez más enfadada. Su cabreo iba en aumento. Se sentía traicionada, no era exactamente una traición lo que había sufrido, pero era evidente que se sentía humillada. Se había acostado con el mismo hombre que su hermana, ¿cómo era posible aquello? Con los hombres que hay, ¿cómo habían coincidido en eso?, pensó. Además eran por completo opuestas, y ¿eso era impedimento para que tuvieran los mismos gustos en cuanto a hombres se refería? Nuria pensaba que Arturo no era el prototipo de hombre en el que María se fijaría, pero teniendo en cuenta cómo era, nunca se sabía. Ella era bastante peculiar en todo. Aunque Arturo no fuera para nada su tipo, tal vez el probar lo radicalmente opuesto a sus preferencias pudiera resultar motivador para ella. Nuria no entendía nada por más que lo intentara.

Capítulo 26

Asimilarlo no es fácil

A la mañana siguiente, Nuria ni siquiera esperó a que Arturo volviera de su entreno matutino. Se fue directamente a trabajar sin aguardar a que él la acercara hasta la tienda. No quería estar a su lado. Sentía un poderoso deseo de estar lo más lejos posible de él. Sería algo muy radical, pero no lo podía evitar, era así y, por más que lo intentara, no podía remediarlo.

Necesitaba su tiempo, tiempo para pensar y asimilar la situación. No era algo usual, pero tampoco era tan difícil que ocurriera. También necesitaba aclarar la situación con su hermana. Era inconcebible para ella que María hubiera obviado aquel hecho. Arturo había intentado explicarle a Nuria esa misma noche las circunstancias que envolvieron todo aquello, pero ella se cerró en banda y no quiso escuchar nada en absoluto. No quería excusas, ni explicaciones, no quería saber absolutamente nada de todo aquello, pero en realidad necesitaba esas respuestas, ¿no era todo contradictorio y paradójico? Posiblemente.

Estaba enfrascada en su lucha interior, trataba de distraerse intentando diseñar algo en el pequeño estudio que tenía en la tienda, pero nada salía como ella quería, en verdad estaba mal. Toda aquella

historia la había afectado más de lo que hubiera querido.

Sonó el timbre, con más desgana que otra cosa fue a abrir. Al otro lado de la puerta había una chica con el pelo castaño claro, un poco más baja que ella y con una sonrisa en los labios. En cuanto la vio, Nuria pensó que esa chica se había equivocado de lugar; además, iba sola. No era lo normal; casi siempre, las chicas que se acercaban a su tienda solían ir acompañadas por sus madres o hermanas. Por alguien, una referencia que les ayudara a diseñar de alguna manera su vestido. No siempre la compañía suponía una ayuda como tal. Más bien todo lo contrario. Muchas madres no entendían que sus gustos no eran para nada los de sus hijas, que no tenían que tratar de imponer su criterio, que podrían opinar y dar consejo, pero hasta ahí. En alguna ocasión, y no había sido agradable precisamente, Nuria había tenido alguna palabra con alguna madre. Intentaba que entendieran que la que iba a llevar ese vestido era su hija y no ella. Que al menos la dejara explicarse y entre todas llegar a la mejor opción para la novia. Era ella y solo ella la protagonista de ese día.

—Buenos días —dijo Nuria abriendo la puerta—. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó con amabilidad, aunque en realidad no le apetecía hablar con nadie.

—Hola, buenos días, quería hablar con la persona que se encarga del diseño de los vestidos —explicó ella con voz cantarina.

—Soy yo —contestó Nuria algo desconcertada.

—Ah, vale —dijo la chica avanzando.

—¿Qué es lo que buscabas? —preguntó Nuria cautelosa. No era maleducada, pero pensaba que esa chica no sabía muy bien dónde estaba.

—Bueno, pues busco algo especial. Quiero un vestido de novia para mí, de manga larga, ligero, que me siente bien, con una inspiración determinada y con el que me sienta la más bonita del lugar —explicó la chica del tirón, tenía tanto entusiasmo en sus palabras que al instante Nuria sucumbió a su ilusión.

Pasaron gran parte de la mañana solas, hablando. La muchacha se casaría en los próximos meses. Quería un vestido de manga larga porque la boda sería en Oslo, vivía allí. Su novio era noruego, y se casarían en aquel país. Buscaba algo muy concreto y especial. Como siempre, Nuria tomaba notas, sabía lo que esa chica quería y lo que

no. Le parecía demasiado joven para casarse, estaba tan entusiasmada e ilusionada sin embargo, no sería ella la que le dijera nada acerca del gran paso que iba a dar. Además, se la veía total y absolutamente enamorada. Esa alegría por los acontecimientos venideros hizo que Nuria se reactivara. Iba a hacer el vestido a aquella muchacha e iba a conseguir que de verdad fuera la más bonita del lugar, como ella deseaba.

La chica en cuestión, que se llamaba Paula, le contó, además de lo que deseaba para su gran día, que no tenía madre y que en el vestido quería algún detalle que le recordara a ella. Esa petición por parte de Paula tocó el corazón de Nuria. Sería un gesto muy bonito. En ese momento, Nuria entendió muchas cosas, por qué ella iba sola era una de estas. Paula acordó con Nuria que, cuando volviera para ver el diseño, le llevaría una foto del día de la boda de sus padres para que ella pudiera captar la idea y, de alguna manera, incluir detalles que hicieran ese guiño. El encargo era difícil más que nada por el poco tiempo del que disponía. Paula volvía a Noruega en los próximos días y quería tener todo un poco adelantado para que la confección del vestido fuera avanzando. Tendrían que tomarle medidas y tener el modelo cerrado para que pudieran ponerse manos a la obra. El duro trabajo para Nuria nunca había sido un problema. Se crecía ante la adversidad e iba a poner todo su empeño en que Paula tuviera el vestido que ella quería para su gran día.

La visita de aquella muchacha alegró el día de Nuria. Quedó con ella en verse pasados dos días para concretar aspectos importantes y para tomarle las medidas correspondientes. Se tenía que poner con ese proyecto de inmediato, no tenía tiempo que perder. Si la inspiración y las musas estaban de su lado, todo surgiría fácilmente, pero estando como estaba, bastante tocada y distraída, quizá la cosa se le complicara, y no podía permitirse ese lujo.

—Sería conveniente que vinieras con alguien que te dé su opinión —sugirió Nuria.

El tema era complicado, ya que Paula le había dicho que no tenía madre.

—Vale, buscaré a alguien —dijo ella sin un ápice de tristeza.

—Un familiar o alguna amiga, más que nada para que refuercen tu idea —añadió Nuria acompañando a su nueva clienta hasta la

puerta.

—En dos días me tienes aquí, ¡a alguien engañaré para que me acompañe! —dijo despidiéndose de Nuria.

Tenía un duro trabajo por delante. Eso era más que motivador para ella. Así no pensaría en otras cuestiones.

Esa misma tarde había quedado con su hermana. El asunto no podía esperar más. Tenía que aclarar el tema que ocupaba su cabeza para centrarse en otros. Nuria necesitaba saber, aclarar la situación. Poner todas las cartas sobre la mesa para así intentar asimilar el secreto guardado por dos de las personas que más quería en el mundo.

—Hola, hermanita —dijo María nada más llegar a la tienda—, ¿a qué se debe tanta urgencia? O no nos vemos o estamos juntas día sí, día también —afirmó María sentándose pesadamente en la silla del estudio de diseño de Nuria.

—Quería preguntarte algo —cortó seria Nuria.

—¡Dispara! —respondió María poniendo su mano como si fuera un arma.

—¿Te has acostado con Arturo? —preguntó a bocajarro.

—Ehhh... —dijo dudando María—, se podría decir que sí; aunque, siendo sincera, no me acuerdo demasiado —afirmó moviendo los hombros.

—Y si así ha sido —continuó seria—, ¡¡¿se puede saber a qué esperabas para contármelo?!! —preguntó furiosa, levantando la voz y poniéndose en pie. No podía reprimir su enfado.

—No te pongas así, Nuria. No fue nada importante; además, de aquello han pasado años —explicó María moviendo las manos en un gesto que denotaba algo insignificante para ella.

—Me parece genial, pero ¿no crees que era un detalle importante para mí? —preguntó apretando los dientes.

—Hermanita, lo que tuvimos Arturo y yo fue una especie de calentón —decía gesticulando—, habíamos bebido, y bueno... nos dejamos llevar —añadió María—. Además, una cosa te voy a decir, creo que ni me corrí —concluyó riendo.

María hablaba de sexo de forma natural, pero a Nuria le daba pudor. Incluso a veces se avergonzaba del comportamiento de su hermana. Poco le importaba quién estuviera delante, le contaba a cualquiera lo que quisiera oír.

—¡No quiero saber los detalles! —dijo Nuria avergonzada—. Quiero saber por qué no me has contado nada. Ninguno de los dos, en realidad —pidió Nuria abatida volviendo a sentarse. Esa tensión no le venía bien; además, no le gustaba discutir con su hermana. Lo hacían, pero por cosas sin importancia, ahora era diferente.

—Por qué no lo ha hecho Arturito, no lo sé —empezó a explicar María.

—¡Arturo! Se llama Arturo, ¿cuántas veces te voy a repetir que no lo llames Arturito? —decía cada vez más fuera de sí. Todo la sacaba de quicio en esos momentos.

—Como quieras —admitió María intentando aplacar la ira que había poseído a su hermana—, las razones de Arturo no las sé; y en cuanto a las mías, pues no las sé tampoco. Te lo presenté para que te llevara el proyecto de reforma, jamás se me ocurrió que ibais a tener algo más, aunque... —agregó pensativa—, pensándolo bien, sois los dos igualitos. Extremadamente maniáticos y cuadriculados —sentenció María.

Cada cosa que iba diciendo María iba enfadando más y más a Nuria.

—¡Es suficiente! —dijo Nuria—. ¡No quiero oír más! —concluyó levantándose de forma impetuosa.

—Hermanita, asimílalo. Ha pasado y punto. ¡Ya está! No me acuerdo de nada, no fue nada especial. No ha sido mi mejor experiencia sexual, como comprenderás, si lo hubiera sido, no lo habría dejado escapar por muy hermana mía que seas —decía riendo.

¿A María no le importaba absolutamente nada?, pensó Nuria dolida. Ella estaba pasándolo mal, y su hermana se reía de la situación. No era eso lo que necesitaba ella en esos momentos.

—¡Vete! —dijo Nuria furiosa.

—Cuando se te pase hablamos —pidió María, que sabía que al final su hermana volvería a hablarle como si tal cosa. Aunque eso fuera dentro de mucho tiempo.

En cuanto María desapareció de la vista de Nuria, ella suspiró, no aliviada, porque no era eso, pero ya tenía la confirmación de todo aquello. Las dos versiones habían coincidido, ni Arturo ni María mentían. Se habían acostado, el alcohol estuvo presente y parecía que para ninguno de los dos aquel hecho había significado nada. ¿Podría

sentirse por ello más tranquila? Podría, pero el caso era que no lo estaba. Cada vez estaba más enfadada. No sabía canalizar su furia y eso la frustraba enormemente.

Nuria cerró la tienda y volvió a casa. Todavía le esperaba otra discusión con Arturo. Si con su hermana había sido dura, con él no iba a ser menos.

Debería asimilar lo ocurrido, pero eso no le iba a resultar nada fácil.

Capítulo 27

¿Con este también?...

Ese mismo día, la discusión entre Arturo y Nuria fue muy dura. Ambos se conocían, eran prácticamente iguales y sabían dar donde más dolía. Nuria no conseguía entender, por más que lo intentaba. Era obvio que había ocurrido, pero no entendía cómo no se lo habían contado antes; si así hubiera sido, desde luego que la relación con Arturo nunca habría empezado. O si lo hubiera hecho, siempre tendría ese punto oscuro. Estaba segura de ello. Era como una barrera, algo que se interpondría entre ellos para siempre.

Al día siguiente, las cosas no empezaron mucho mejor. Desde primera hora de la mañana habían vuelto a discutir. Las discusiones que no habían surgido nunca entre ellos se habían concentrado todas en unos pocos días.

Nuria recogía la ropa que estaba en el tendedero desde el día anterior. Solo el ver las pinzas de distintos colores puestas en la misma prenda la enervaba, era muy maniática, y si la camiseta en cuestión estaba sujeta por una pinza amarilla, la otra tenía que serlo también. ¡Pues no!, una era amarilla y la otra verde. Eso era algo con lo que no podía lidiar. Seguramente, y conociendo a Arturo como lo hacía, él

habría puesto una pinza de cada color con toda la mala intención del mundo. No era malpensada, nada más era algo que ella también habría hecho para molestar. La discusión que empezó por una simple pinza terminó con reproches acerca del tema recurrente: María y Arturo acostándose.

María podría tener razón y lo que hubo entre ellos no fue más allá, pero para Nuria algo se había roto. Quizá la falta de confianza para contárselo por parte del uno y del otro podría ser lo peor para ella, más que el hecho en sí. Todos tenían la culpa de que ella estuviera así, y nadie la tenía, en realidad. Era algo contradictorio. Menos mal que aún le quedaba el consuelo de su trabajo, allí se evadía de todo. Además, tenía un diseño entre manos realmente bello, por la historia que llevaba detrás, por el entusiasmo de Paula, y por el sentimiento de acercarse un poco más a su madre con los detalles que quería incluir. Ese mismo día vería lo que Nuria le tenía preparado. Había puesto mucho cariño en todo ello. La historia era tan conmovedora que no podía ser de otra manera.

A las cinco de la tarde había quedado con Paula. Eran las cinco y diez y nadie había aparecido por la tienda. Esperaría, algo habría pasado para que no estuviera allí, a simple vista Paula no le había resultado una chica irresponsable para nada, aunque teniendo en cuenta los acontecimientos de su vida privada, ya no podía fiarse de nadie. Durante el tiempo de espera, Nuria aprovechó para rematar algunos detalles. Llamaron al timbre. Nuria se levantó como un resorte. Fue a abrir. Allí estaba Paula con un chico que daba la espalda a la puerta. Hablaban de forma distendida entre ellos.

—Hola, Paula —dijo sonriente Nuria.

—Hola —contestó ella con la misma efusividad—. He engañado a mi hermano para que me acompañe, pero como siempre, llega tarde —dijo Paula haciendo entrar al chico que le acompañaba.

Cuál fue su sorpresa al ver que delante de ella estaba Raúl. Su compañero de la tienda de al lado en el centro comercial. Llevaban meses sin verse, pero el estómago de Nuria dio un vuelco y su corazón se puso a latir desbocado. Ambos se quedaron estáticos, mirándose fijamente sin saber qué decir. Era obvio que se habían reconocido, pero ninguno de los dos hizo el amago de saludarse. Como pudo, Nuria tragó saliva y tomó la iniciativa. El encuentro había sido

extraño. Ninguno de los dos se había dado a conocer, así que debería seguir disimulando, pensó.

—Me parece muy bien, cualquier ayuda es buena —dijo yendo hacia su estudio.

Nuria necesitaba recobrar el aliento. Raúl estaba exactamente igual a como lo recordaba el último día que lo vio. Con su aspecto desaliñado, su pelo revuelto, su ropa, la expresión de su cara.

Mostrando su profesionalidad y haciendo de tripas corazón, Nuria se centró en Paula, ella era la persona de verdad importante allí, más allá de lo que hubiera habido entre ella y Raúl en su día.

El diseño de Nuria encantó a Paula. Como casi siempre, había conseguido captar la idea de la novia. La chica le entregó una foto de su madre vestida de novia. Ella la miró, sosteniéndola con extremo cuidado. Todo era realmente emocionante. Los detalles del vestido de la madre de Paula poco o nada tenían que ver con el aire que le había dado Nuria al diseño. Lo que sí podrían recuperar sería el tocado del pelo y una especie de cinturón que ella llevaba. A mano alzada, Nuria dibujó algo parecido para el vestido de Paula. Los hermanos se miraron emocionados. Sería un bonito recuerdo para ellos, una manera de honrar a su madre fallecida.

Cuando todo quedó más o menos claro entre ellas, Nuria tomó las medidas de la novia. Quería tener todo muy bien anotado para ponerse cuanto antes a hacer patrones, cortar y confeccionar el vestido. Raúl permanecía callado, observaba, nada más contestaba a las preguntas de su hermana. Miraba a Nuria trabajar, realmente se volcaba en lo que hacía. Recordaba cómo trabajaba en la boutique, y siempre era amable y atenta con las clientas, pero cuando la veía hablando con Paula de algún detalle del vestido, la manera de explicar las cosas para que ella entendiera que la confección tenía que ser de cierta manera y no de otra, Nuria se desenvolvía a las mil maravillas en ese mundo. Realmente allí encajaba a la perfección, pensó Raúl.

Dieron por terminada la reunión cuando sonó el timbre. Nuria fue hacia la puerta seguida por Raúl y Paula. Iban hablando distendidamente.

—Muchas gracias por todo, Nuria —decía Paula sincera.

—De nada, en cuanto tenga todo un poco avanzado, yo te mando fotos para que vayas viendo, estará a tiempo —confirmó Nuria, que

sabía que tendría que trabajar duro.

—Vale, sabes que en mes y medio vuelvo, cualquier cosa que necesites, pídemela y te la puede acercar Raúl —dijo Paula.

—No te preocupes por nada —contestó Nuria intentando tranquilizarla.

Llegaron a la puerta, Nuria abrió. Era María, su hermana.

—¡Hola, hermanita! —saludó al entrar—. ¡Vaya! —exclamó riendo—. ¡A quién tenemos por aquí! —añadió abriendo los brazos para saludar a Raúl—. ¡No me digas que te vas a casar! —continuó riendo y abrazando con cariño a Raúl.

Nuria no daba crédito. Estaba impactada. Su hermana conocía a tanta gente que era imposible ir a algún sitio y no encontrarse con alguien al que saludar. Pero esto ya era el colmo ¿también conocía a Raúl? Tenía cierta familiaridad con él, así que era probable que hubiera pasado lo mismo que con Arturo, pensó cada vez más enfadada. El solo hecho de pensarlo hizo que un sabor amargo apareciera en la boca de Nuria.

—¡Nada de eso, María! Sabes que yo no soy de casarme —decía Raúl riendo—. Mi hermana, que se ha empeñado, así que aquí estoy... —afirmó abrazando con afecto a Paula.

—Ya veo. Pues Nuria es mi hermana —confirmó henchida de orgullo—. Os presento —dijo María como si tal cosa.

María presentó a Raúl a su hermana. Ellos se dieron dos besos disimulando en todo momento. Llevaban haciéndolo durante un par de horas, un poco más no era problema; además, ninguno de los dos había dicho que se conocían. Ese pequeño detalle quedaría entre ellos. Cuando Raúl se acercó a Nuria, esta sintió un escalofrío por su espalda. De nuevo volvían a encontrarse y a estar cerca el uno del otro. Continuaron con su pantomima hasta el final. Paula y Raúl abandonaron la tienda tras despedirse de Nuria y su hermana.

—Hermanita, venía a ver si se te había pasado el cabreo —dijo María sonriendo.

—No quiero hablar de eso —negó enfadada. De repente volvía al mismo estado con el que se había levantado por la mañana.

—Ya veo que no —afirmó María—. ¡Qué casualidad encontrarme con Raúl aquí! —añadió de forma distraída. Nuria no pudo evitarlo y explotó.

—¿Con ese también te has acostado? —preguntó en tono despectivo.

—¡Pues no! ¡Lista! ¡Que eres una lista! —dijo girándose sobre sí misma.

María sabía de sobra que Nuria seguía enfadada, pero eso no era ningún impedimento para contestarle y discutir con ella. Chocaban en ese aspecto, y María no se callaba nunca. Y si además su hermana la estaba buscando, la iba a encontrar. Ese ataque había sido gratuito.

—Raúl es un chico que conozco desde hace años, y ya podemos estar tiempo sin vernos que las cosas siguen igual entre nosotros —confirmó queriendo explicarse.

—Sí, ya, como con Arturo —dijo volviendo a la carga.

—Arturo no es mi amigo —contestó seria—. Nos acostamos una vez y punto, nada más —sentenció.

—Sí, ¡claro! —espetó chula Nuria.

—Mira, no te lo quería decir, pero aunque no me acuerdo muy bien, sé que no me lo pasé bien con él, ¡es un soso! —añadió atacando a su hermana como ella lo estaba haciendo. Estaba siendo una contienda dura.

—¡Qué sabrás tú! —dijo Nuria.

—Pues más que tú y de lejos, Arturo es flojito en la cama, para qué engañarnos —decía María cabreada también—, muy clásico, no te hace vibrar, no saca de ti la bestia que llevas dentro... —empezó a enumerar María moviéndose de un lado a otro de la tienda.

—¡Calla, por favor! —pidió Nuria, que le incomodaban esas conversaciones.

—Me callaré, pero sabes que todo lo que he dicho es cierto. ¡No sé cómo no te aburres con él! —dijo María seria. Ya lo había soltado y se había quedado muy a gusto.

—Nos entendemos a la perfección —confirmó Nuria para defenderse.

—Porque sois los dos igual de maniáticos y cuadriculados, yo no podría vivir con alguien así —apuntó María moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—Pues te recuerdo que has vivido conmigo durante muchos años —recriminó Nuria con una sonrisita en la cara. Esa sonrisa siempre le salía cuando se sentía victoriosa.

—¡Ya! Pero eres mi hermana, y a la familia no se la elige, pero a los amigos y a los ligues, sí, así que, hermanita, voy a buscar a un hombre que me haga disfrutar como me merezco —dijo saliendo de la tienda.

La reunión entre María y Nuria no había terminado como ella esperaba. María sabía que su hermana tardaría en perdonar ese desliz entre ella y Arturo, pero al final lo haría. Aunque estaba convencida de que jamás lo olvidaría. En alguna ocasión más saldría a relucir ese episodio del que no tenía muy buenos recuerdos. María había suavizado bastante las cosas para no herir más aún el orgullo de Nuria y humillarla de forma gratuita. Se había acostado con Arturo, ambos habían bebido, pero no tanto como para no darse cuenta de las cosas, Arturo buscaba su propio desahogo sin pensar en la otra persona. Si todo seguía igual, y, tal como parecía, así era, su hermana se estaba quedando a las puertas del orgasmo día sí y día también. «¡Qué pena!», pensó María. No entendía cómo en los tiempos que corrían siguieran ocurriendo esas cosas. Cuando Nuria se diera cuenta de ello reaccionaría, o por lo menos ella así lo esperaba. María no iba a decir absolutamente nada. Ella vivía su vida como su hermana debía vivir la suya. Si ella era feliz así, adelante.

Capítulo 28

De mal en peor

Nuria volvió a casa rendida. Había tenido trabajo, pero no tanto como para estar así. Realmente estaba exhausta de pensar y de dar vueltas a las cosas. La discusión con Arturo a primera hora de la mañana, el encuentro con Raúl después de meses sin verse, la discusión con su hermana. Todos esos acontecimientos habían hecho que estuviera agotada.

Se había equivocado cuando pensaba que el capítulo vivido con Raúl estaba cerrado y enterrado en sus recuerdos. Al verlo de nuevo, había vuelto a surgir en ella algo que no sabía explicar. Un vuelco de corazón, el estómago encogido, el escalofrío que había recorrido su espalda cuando Raúl se aproximó para darle dos besos, esos habían sido los síntomas físicos, pero había otros que también se habían manifestado, eran los síntomas psicológicos. De hecho no dejaba de pensar en Raúl desde que lo había visto. No paraba de recordar momentos vividos con él. Tenía un runrún de continuo en su cabeza, no lo podía apartar con tanta facilidad.

Nuria hubiera esperado una reacción diferente por parte de Raúl. Él podría haberle echado en cara que no se presentó el día que habían

quedado en la cafetería, que no había dado señales de vida... muchas cosas; sin embargo, nada de eso había ocurrido. Y quizá eso era lo que más la había molestado. La indiferencia mostrada por Raúl. Si hubiera sido atacada por él, habría podido defenderse, pero en esas circunstancias poco podía hacer. Había sido azotada por el látigo de la indiferencia, y eso era aún más duro.

Llegó a casa. Arturo no estaba allí. Como siempre, tenía la semana organizada. O bien estaba practicando deporte con sus amigos, o la visita de rigor a sus padres, o salón de belleza. Nuria ni siquiera se paró a pensar qué día era para saber qué actividad estaría realizando. No lo esperó para cenar. Estaba dolida, y aunque deseara no estar así, ceder y pasar página era imposible para ella. No quería estar mal, quería olvidar, continuar con su vida de antes, pero era imposible. No lo podía evitar. No estaba bien, pero tampoco sabía cuál era la manera de mejorar su estado anímico.

Nuria se metió a la cama más pronto que ningún día. Al poco rato notó que la cama se hundía. Era Arturo. Se hizo la dormida. No quería intercambiar con él ni una sola palabra. Aunque estaban uno al lado del otro de forma física, estaban a miles de kilómetros emocionalmente hablando. La distancia entre ellos se había hecho abismal. Arturo se aproximó a ella.

—Nuria, no quiero que estemos así —decía Arturo en un susurro.

—Yo tampoco, pero no puedo evitarlo —contestó Nuria en voz baja.

—No significó nada para mí; además, ya no se puede remediar —continuó.

—Lo sé —dijo Nuria y, sin pensarlo, se aproximó para besar los labios de Arturo.

Él era cuidadoso, besaba a Nuria con tranquilidad, sin prisa. Esos besos le gustaban, eran cálidos y la estaban reconfortando de alguna manera, pero siempre era la misma rutina. Sabía que tras unos cuantos besos seguiría el deshacerse de la ropa, ponerse un condón y penetrarla. A eso se veían reducidos sus encuentros sexuales. Siempre era lo mismo, no había innovación, un «algo» distinto en cada encuentro. Ella no era muy atrevida para según qué cosas, pero Arturo siempre llevaba la voz cantante, ella ni siquiera tomaba la iniciativa. No era que no le gustaran los encuentros sexuales con Arturo, sí le

agradaban, pero por un instante pensó en lo que su hermana le había contado de vibrar, sentirse salvaje... todas esas cosas que con Arturo, por más que lo intentara, no aparecían. Quizá la culpable de todo aquello era ella, que no se excitaba lo suficiente o no tenía la capacidad que tenía su hermana para disfrutar del sexo de forma salvaje. No lo sabía.

Era triste pensar en otras cosas que le podían ocurrir con ese u otro hombre mientras tenía a uno encima de ella, pero así era. Tampoco pudo evitar pensar en Raúl, con él creía haber sentido todo lo que su hermana buscaba en una relación. ¿Por qué no podía pasarle eso a ella en esos instantes? Con determinación movió a Arturo, cambió la posición ante los ojos desorbitados de él, que no esperaba eso para nada, y se encajó en él. Comenzó a moverse de forma pausada, iba cogiendo ritmo poco a poco. Se sentía una auténtica amazona. Le gustaba esa sensación. Se sentía muy bien consigo misma. Siguió con lo que estaba haciendo durante un tiempo, y por raro que pareciera, no pensó ni por un momento en Arturo. Cerró los ojos e hizo lo que quiso, buscar su placer lo primero, si Arturo disfrutaba o no, no era su problema en ese instante. Buscaba su propio desahogo y lo encontró, se deshizo en un orgasmo como hacía tiempo no sentía. En cuanto se desplomó sobre el pecho de Arturo, este se removió incómodo, cambió de nuevo de posición y terminó con rapidez. Nuria sabía que en cuanto eso sucediera, él se iría a duchar dejándola sola en la cama. ¿Por qué no podía abrazarla? Eso habría sido un gesto muy bonito. Pero no estaba en los planes de Arturo. No era tanto lo que había sudado como para tener que ducharse sin demora. Nuria permaneció con los ojos cerrados hasta que oyó a Arturo meterse en la cama de nuevo. Estaba helado, la ducha había bajado la temperatura de su cuerpo de forma considerable, ese frío llegó hasta Nuria, esa misma sensación era la que sentía en su interior. El frío más helador se había instalado en su corazón. Ella permaneció quieta hasta que notó la respiración tranquila de Arturo. Esa era la señal para saber que dormía. Sin pensárselo se levantó. Iba a ser una noche larga.

Estaba claro que no iba a pegar ojo. Algo estaba mal, se habían sumado varias circunstancias que hacían tambalearse su mundo, más que nada, plantearse algo. Algo que no quería admitir. Su relación con

Arturo no iba a ser la misma nunca más. Eso estaba claro, pero además de eso, ella quería despertar, sentirse encendida estando con un hombre, experimentar todas esas cosas que decía su hermana, no ser una mera espectadora, sino alguien necesario, imprescindible. Aún no era tarde. Pensaba que el sexo estaba sobrevalorado y quizá fuera porque el suyo era nefasto. Una serie de movimientos acompasados que desenlazaban en el desahogo. Fin. Sin pasión, sin arrebatos, sin lujuria, sin lascivia, sin un calor abrasador. No tenía nada de eso. ¿Era tanto pedir? Si había por ahí hombres que podían hacerle ver las estrellas y darle lo que en cada momento necesitara sin necesidad de pedir, ella aún no los había encontrado, pero... sería maravilloso hacerlo algún día. Nuria no se engañaba, no iba a ir de flor en flor buscando eso. Ella era como era. Lo que no quería era verse atada a una relación que aparentemente era muy buena, pero que estaba sumida en la rutina y la monotonía. Algo se estaba formando en su cabeza. No le gustaba, pero estaba ahí, rondándole.

Una infusión después y arropada entre la manta mullida que tenía sobre sí, Nuria lloró. Lloró como una niña, como hacía años no lo hacía. Tenía todo para ser feliz. El sueño de su vida se había cumplido, su trabajo era maravilloso, era algo que la llenaba y con lo que se sentía plena. Tenía una familia que siempre la había apoyado en todo, incluso su hermana, aunque a veces chocaran, y tenía a Arturo. Un hombre estupendo, porque lo era, se involucraba en todo lo concerniente a la casa al igual que ella, era atento y educado. Buena persona, pero no era apasionado, era, como bien decía María, soso, aburrido, monótono; y Nuria, hasta ese momento, se había conformado con eso. No había necesitado más hasta entonces, pero... algo había cambiado en ella, necesitaba más y sabía que con Arturo no podía ser. A partir de ese momento todo iba a ir de mal en peor. Le iban a empezar a molestar cosas que antes no lo hacían. Cosas insignificantes tomarían una dimensión gigantesca, y simples inconvenientes se iban a convertir en grandes problemas. Se iba a sentir incómoda a su lado, de hecho ya lo hacía.

Capítulo 29

Decisión firme

Por la mañana, cuando Arturo despertó, estaba solo en su cama. Salió de la habitación y se encontró a Nuria, que estaba hecha un ovillo en el sofá. Haciendo el menor ruido posible y ya vestido con su ropa de deporte, salió a correr. Trotó como un poseso. Las cosas en casa no estaban bien, y eso hacía que necesitara de alguna manera evadirse, y esa manera era exigirse más a sí mismo, a su resistencia y a su disciplina. Cuando volvió a casa, Nuria seguía en la misma posición que cuando se había ido.

—Nuria, despierta, llegarás tarde a trabajar —dijo Arturo—. No sé cómo puedes dormir aquí, te tiene que doler todo —añadió yéndose a la ducha y dejándola allí sola, desperezándose.

—Donde mejor estoy... —contestó en un susurro, siguió diciendo —: y lo que me duele no es el cuerpo. —Un sabor amargo bajaba por su garganta y sentía un picor en el interior de la nariz que era el presagio de que podría comenzar a llorar si no ponía remedio.

Nuria desayunó y fue a arreglarse. Salió de la ducha y, en cuanto estuvo lista, fue con Arturo hasta la tienda, él iría al estudio a empezar su jornada laboral. Esa misma rutina la habían seguido desde el

primer día que fueron a vivir juntos, y parecía que nada había cambiado, seguían haciéndolo, pero... la realidad era otra. Ese «algo» que Nuria no sabía explicar la había hecho reaccionar y ser consciente de que todo era diferente.

La mañana estuvo entretenida para ella, dos posibles clientas se habían interesado por sus diseños. Además, tenía que ponerse con el vestido de Paula sin demora. Oír hablar a las novias de la ilusión con la que esperaban ese día era para ella música celestial. Nuria quería casarse, había sido así desde que era una niña, lo que no tenía tan claro era con quién. Hasta hacía no demasiado tiempo, sabía que era Arturo, ese era su hombre ideal, el hombre perfecto, el ser con el que compartir el resto de su vida. Pero desde que se había enterado del *affaire* que tuvo con su hermana, desde ese mismo momento, no lo tenía tan claro. Podría deberse a que aún no había digerido la noticia, pero ella, que no era tonta y se conocía muy bien, sabía que había algo más.

Terminó su jornada y volvió a casa. Era un día como otro cualquiera, pero había algo en su interior que no la dejaba seguir para adelante. Tenía una presión en el pecho, una zozobra constante que la hacía estar intranquila de un modo continuo. Quizá era que estaba lastrada por una relación que podría durar muchos años, ya había caído en la monotonía y el hastío, así que si eran capaces de aguantar todo aquello, sería una relación eterna. El hecho de que Arturo fuera tan igual a ella había tenido sus ventajas al principio, pero ahora no veía tantas. Si el ser tan iguales significaba algo, ese algo podría indicar que los mismos pensamientos que pasaban por la cabeza de ella pasaban por la de Arturo. Tenían la misma manera de ver la vida, ninguno de los dos era tonto y podían intuir que algo no funcionaba como al principio.

Nuria fue hasta la habitación, entró en el vestidor y, sin pensárselo mucho —en realidad, era algo que estaba claro en su interior—, comenzó a meter su ropa en las cajas de embalaje que aún conservaba. Todo fue rápido y fácil. El ser tan ordenada tenía esas ventajas. Nada más consistía en meter la ropa en la caja adecuada, estaban rotuladas, así que era coser y cantar. Cuando Arturo llegó a casa, vio un montón de cajas en el salón. No habían vuelto a discutir, ni siquiera se llevaban mal, pero era obvio que el fin era ese.

—Nuria, ¿qué es todo esto? —preguntó Arturo entrando en el vestidor donde ella seguía guardando sus cosas.

—Me voy —confirmó la muchacha, con una mueca de dolor en la cara—. No me veo capaz de seguir —dijo soltando un suspiro.

—Pero... pero, Nuria... tú y yo nos entendemos a las mil maravillas... —decía Arturo sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Eso es verdad, Arturo, siempre hemos conectado, nos hemos comprendido porque somos iguales, pero... —Nuria cogió aire y continuó—: Eso no significa que nos vaya bien.

—¿Ya no me quieres? ¿Ya no sientes nada por mí? —preguntó él dolido.

—Sabes que eso no es cierto. Te quiero, pero creo que hay un abismo entre nosotros ahora mismo y es insalvable —dijo Nuria triste.

—¿Es por lo que pasó con tu hermana? ¿Es eso? —volvió a preguntar Arturo un poco fuera de sí.

—Sí y no. No lo sé. Eso me ha tocado bastante, no te quiero engañar, pero no sé si es realmente por eso... —dudó Nuria que no sabía explicarse.

—¡No te conocía, Nuria! ¡Ha sido una puta casualidad del destino! —gritaba Arturo furioso.

—Está claro, Arturo. Pero no puedo evitar sentirme mal, y como no estoy bien... pues me voy a ir, quizá cuando se me pase, entonces... podamos intentarlo de nuevo... no lo sé. Me siento impotente por no saber explicar lo que siento... —argumentó Nuria agotada. Era un cansancio psicológico más que físico.

—No vas a volver —dijo él serio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella curiosa. Era claro que pensaban igual, pero tanta certeza había desconcertado a Nuria.

—No lo sé, pero sé que esto es el final, Nuria. Tú y yo nunca más volveremos a estar juntos —sentenció Arturo totalmente abatido.

Él salió del vestidor dejando a Nuria allí, rodeada de ropa, de cajas y de la más absoluta de las soledades.

Ella no lo estaba pasando bien, pero Arturo no estaba mucho mejor. Lo inevitable había pasado; y aunque no hubiera estado seguro al cien por cien de que aquello iba a ocurrir, sabía que algo pasaba por la cabeza de Nuria, lo que no esperaba era que esa decisión fuera firme, tan rápida y tan dolorosa para él.

Esa noche Nuria durmió en un hotel. Las cajas seguían en casa de Arturo, en cuanto tuviera un lugar donde llevarlas iría a recogerlas. Podía volver a casa de sus padres, pero no quería perder su independencia ni quería volver a vivir con su hermana. Chocarían de continuo. Necesitaba un piso ¡ya!

Al día siguiente, a la hora de comer, Nuria estaba viendo un piso para alquilar. No era lo que le gustaba, pero tenía que salir de la casa de Arturo cuanto antes. Se ahogaba allí dentro y no quería pasar más noches en un hotel. Cuanto antes rehiciera su vida, mucho mejor. Lo suyo con Arturo no había podido ser, pero eso no era impedimento para seguir viviendo. Tendría una época mala, pero la superaría. Tenía agallas para eso y para más. Se sentía un poco frustrada por no haber conseguido que aquello funcionara, pero no había sido por ella, las circunstancias externas habían hecho que esa relación fracasara.

Capítulo 30

Vida desordenada

A partir de ese momento, la vida ordenada y plena que había llevado Nuria se había esfumado. La comodidad de vivir con Arturo era mucha, y en ese momento miraba el montón de cajas que tenía sin abrir delante de ella. No sabía ni por dónde empezar. Ella nunca había tenido problemas con eso, pero de repente estaba cansada, volver a empezar de cero, nueva casa, nueva mudanza, acostumbrarse a su nuevo hogar, la misma rutina... era agotador. Miró de nuevo las cajas y salió de su nueva vivienda. También necesitaba salir de allí, de su nuevo hogar, ¿no era eso paradójico? ¿Sentirse fuera de lugar en un sitio que se suponía que era donde quería vivir? En otras circunstancias se hubiera puesto a ordenar todo, ilusionada por tener un lugar nuevo donde estar, nueva casa a la que transformar como algo un poco suyo y todo lo que eso conllevaba, pero la verdad era que estaba descontenta, frustrada y apática. No tenía ganas de hacer absolutamente nada.

Decidió ir a la tienda, quedaban horas para abrir, pero el no dormir hacía que llevara horas levantada, tenía que ocupar su tiempo en algo porque si no se volvería loca. Se había duchado y desayunado,

y como no tenía intención de ordenar nada de su ropa y enseres personales que seguían metidos en las cajas, salió de esa casa que ya la estaba agobiando. No la sentía como un verdadero hogar. Sería al principio, hasta que se acostumbrara, pensó. Pero tenía que ser su hogar, no tenía otro sitio donde ir. En realidad lo tenía, porque sus padres estaban ahí, pero no quería eso. Sería muy difícil para todos que ella volviera allí. Tenía demasiadas manías como para poder convivir de nuevo con alguien. Además necesitaba estar sola, disfrutar de su soledad. Una soledad elegida, que le daba cierta distancia y perspectiva de todo.

El aire de la mañana arrastraba las lágrimas que brotaban de sus ojos. Había llorado más en esos pocos días que en toda su vida. Lloraba y no sabía muy bien por qué. Estaba triste, decaída y melancólica. No recordaba jamás haber estado así. Llegó a la tienda, sin encender las luces se fue hasta el taller donde se confeccionaban sus vestidos. Allí tenía colgados un par de trajes prácticamente terminados, los acarició, los miraba con auténtica admiración, y era más, admiraba a las mujeres que se los iban a poner para un día tan especial. ¿Sabían, de verdad, si el hombre con el que se iban a casar era el adecuado? ¿Cómo se sentían al respecto? ¿Tenían dudas o solo era ella la que dudaba de todo, de sus sentimientos, de la vida que llevaba, hasta de ella misma? Volvió a llorar desconsoladamente. Eso era lo único que le apetecía, llorar, llorar en la más absoluta soledad. Eso la desahogaba. Era un acto biológico, pero también emocional. La ruptura con Arturo la había afectado más de lo que en un principio podía intuir. No se llevaban mal, se entendían, se hacían compañía, incluso se querían, pero... algo fallaba. Estaba claro. Pensó que con cortar aquella relación desaparecerían algunas de las sensaciones tan raras que sentía y que no sabía definir, pero nada de eso había ocurrido. Seguían instaladas en su cuerpo esa desazón continua, esa falta de ilusión, esa profunda tristeza. A todas estas se habían unido otras. Su vida estaba totalmente desordenada. Ella, que era una amante del orden, de la disciplina, de la paz y de la armonía, se veía ante una situación que no dominaba. Realmente se sentía mal consigo misma. No estaba contenta con nada de lo que hacía, de lo que pensaba y de lo que vivía. Su vida se había convertido en un desastre.

Abrió la tienda a su hora, ya recompuesta de su bajón, al menos

en lo externo, internamente seguía igual o incluso peor. Llegaron las modistas que estaban en el taller ayudando a que sus diseños se hicieran realidad, y en esos momentos se le olvidó todo un poco. El trabajar con ellas mano a mano y sumergirse en sus proyectos era un bálsamo para ella. Una terapia muy útil. Con un poco de suerte tendría cosas que hacer, además de las cosas que fueran surgiendo a lo largo del día. Llamaron al timbre. «¡Bien!», pensó. Nuevas clientas y nuevos proyectos que le hicieran no recrearse en su pena.

Nuria fue a abrir, cuál fue su sorpresa cuando vio a Raúl en la puerta. Se quedó helada al contemplarlo.

—Buenos días —dijo amablemente.

—Buenos días, Nuria, ¿qué tal? —contestó por cortesía.

—Bien, adelante —indicó ella abriendo la puerta para que accediera a la tienda.

—Te traigo esto —añadió mostrándole una bolsa.

—Pasa a mi estudio —contestó Nuria expectante por lo que contenía la bolsa.

—Mi hermana me ha pedido que te lo trajera —aclaró Raúl.

—Déjame ver —dijo ella—. ¡Ohh! Es precioso —exclamó Nuria impactada por lo que tenía entre manos.

—Sí, sí que lo es —confirmó Raúl.

Nuria sostenía en sus manos temblorosas un tocado que había llevado la madre de Paula, estaba hecho en plata vieja, simulaba unas hojas con florecillas intercaladas entre estas, realmente era espectacular. Una pieza muy especial que ya no se veía en las novias actuales, de un gusto exquisito; joyas como aquellas ya no se usaban y era realmente una pena. Además era desmontable, se podían obtener dos horquillas más pequeñas de la pieza grande. Nuria miraba aquello fascinada.

—Teniéndolo delante es mucho más impactante que en la foto —confirmó Nuria.

—Bueno, ya que lo tienes, yo me voy —dijo Raúl incómodo.

—¿Ya te vas? —preguntó Nuria sin saber por qué.

—No tengo nada más que hacer aquí —sentenció él serio. Su voz denotaba decepción—. Y si estoy aquí no es por gusto, ha sido por la insistencia de mi hermana —añadió para rematar, mirándola de forma dura.

—Me imagino —expresó ella mordiéndose el labio—. No me quieres ni ver, ¿no? —preguntó conociendo la respuesta de sobra.

—No es eso, Nuria, ahora mismo siento indiferencia por ti —dijo sincero. A veces la sinceridad hacía demasiado daño, y esa era una de esas veces—. Me ha costado mucho conseguir que me seas indiferente, y si puedo elegir entre verte y no, pues elijo la segunda opción —afirmó Raúl. Sus palabras eran muy duras, quizá demasiado.

—¡Vaya! —soltó Nuria pensando en todo lo que acababa de escuchar.

—Duele la indiferencia, ¿verdad? Sobre todo si alguien te importa —afirmó mirando fijo a los ojos de Nuria.

—Raúl, escúchame, no creo que... —Nuria titubeaba, no sabía muy bien qué decir ni cómo defenderse.

—Era más fácil haberme dicho que no querías verme a tenerme como un pelele esperando en la cafetería —dijo sin poder reprimirse más.

—Sí que fui —afirmó Nuria en un susurro.

—Pues estuve allí durante dos horas y nadie apareció —confirmó Raúl enfadado.

—Me fui antes de que entraras en la cafetería —explicó Nuria.

—Y eso ¿por qué? —Quiso saber, pero al instante rectificó—. En realidad, ya no me importa, ahórrate la explicación —expuso Raúl yendo hacia la puerta—. Adiós, Nuria —concluyó sin mirar atrás.

—Adiós —dijo ella poniéndose a llorar de nuevo.

Cuando iba a empezar a llorar siempre la pasaba lo mismo, sentía un picor dentro de su nariz, y acto seguido empezaban a brotar lágrimas de sus ojos. Raúl se había ido, ni siquiera había sido consciente de cómo la dejaba. Sola, llorando y triste. Otro golpe duro que se llevaba y que tendría que encajar, el día no estaba siendo bueno para ella. Tal vez, se lo merecía, se merecía todo lo que Raúl le había dicho, se merecía que su relación con Arturo hubiera terminado, se merecía no estar bien con su hermana... era probable; sin embargo, le venía todo a la vez, cuando no terminaba de encajar un golpe ya tenía otro encima. Todo estaba siendo demasiado bonito, demasiado perfecto. El ver cumplido su sueño de diseñar trajes de novia era una realidad, pero esa bella realidad se estaba viendo empañada por el resto de circunstancias que rodeaban su vida en esos momentos. ¿Era

tan difícil ser feliz? ¿Era tan difícil volver a su vida de antes? Esa vida ordenada y sin sobresaltos. «Definitivamente sí», pensó Nuria. Nada iba a ser como antes, y eso la molestaba y la decepcionaba en extremo.

Capítulo 31

Lamiéndose las heridas

Los días iban pasando, y aunque Nuria no estaba del todo bien, poco a poco iba remontando el vuelo. Se iba notando más animada. Tenía que seguir para adelante como fuera. El trabajo ayudaba mucho, ella se sumergía en sus diseños y en sus novias y se olvidaba de todo absolutamente. Echaba horas en la tienda como la que más. No le importaba ir pronto por las mañanas e irse la última por las tardes. No tenía nada más que hacer. En su nueva casa no tenía a nadie que la esperara, y seguía sin encontrar ese punto de comodidad y confort allí. Todavía no se había adaptado a esta, y eso se notaba.

María, su hermana, insistía en que saliera con ella a tomar algo, a divertirse, pero Nuria no estaba por la labor. Estaba en una época de introspección, poco comunicativa y muy reservada. Ni siquiera sus amigas de siempre conseguían animarla. Tampoco salía con ellas. No inventaba excusas, directamente decía que no tenía ganas de salir, y esa era la realidad. No sentía esa necesidad de socializar, de ver a otras personas, de pasárselo bien. Se había vuelto casi ermitaña y una persona más maniática, si era posible. En su nueva casa estaba todo ordenado al milímetro. Era un estudio mucho más pequeño que el

primero que tuvo, la falta de espacio y su practicidad habían hecho que aquella casa pareciera la celda de una novicia. Nada superfluo, todo guardado en su lugar. No había nada fuera de sitio. Parecía un piso piloto para enseñar a posibles compradores. No parecía que nadie viviera allí y de hecho eso era lo que sucedía. Nuria dormía en esa cama, no hacía vida en esa casa. Era solo un lugar donde cobijarse y tener sus cosas.

Miró a su agenda, esa misma tarde tenía la visita de Paula. Nuria suspiró. Era posible que Raúl fuera con ella. Verlo otra vez iba a suponer para ella un duro trago. La indiferencia con la que la había tratado y sus duras palabras la habían hecho reflexionar. Siempre, desde que conocía a Raúl, sus dichos habían desordenado su conciencia. Paula era una clienta más, así que tendría que admitir al acompañante que ella decidiera llevar aunque tuviera que hacer de tripas corazón, comerse su rabia y sus ganas de explicar, aunque fuera de forma somera, por qué ella había actuado así. ¿Merecía la pena intentarlo? ¿Cambiarían las cosas en algo si así era? Nuria, como siempre, daba vueltas y más vueltas al asunto, pero no llegaba a una solución.

La hora llegó, unos nervios que no creía haber sentido nunca se instalaron en su estómago. Estaba expectante, acelerada, nerviosa...

—Hola, Nuria —dijo Paula al entrar.

Venía sola, así que Nuria relajó su posición, estaba verdaderamente rígida, también sintió algo de pena y decepción, en el fondo estaba deseando ver a Raúl. Esta no sería la ocasión.

—Hola, Paula, ¿cómo estás? —preguntó con una sonrisa en la cara.

—Pues la verdad es que nerviosa, expectante... ¡no sé! Con ganas de ver el vestido —dijo moviendo las manos con mucha efusividad.

—Vente para acá, ya verás cómo está perfecto.

Nuria y Paula fueron hasta el probador. Mientras ella se desnudaba, Nuria fue hasta el taller, el vestido estaba prácticamente rematado. En cuanto lo vio, Paula puso las manos en su boca, estaba al borde del llanto.

—¡Ohhh! ¿Este es mi vestido?... ¡Ohhh! No sé qué decir, es... es... es perfecto —tartamudeaba emocionada.

—Gracias, ¡venga, pruébatelo! —dijo Nuria para animarla.

Paula se puso el vestido con la ayuda de Nuria. Estaba espectacular. El vestido le sentaba como un guante, ella tenía un cuerpo menudo, y el diseño de Nuria había potenciado su feminidad, ese era su vestido. No habría otro que le sentara igual que ese, nunca. Nuria salió un momento, llevó el tocado que en su día le había entregado Raúl para que lo tuviera de referencia para el cinturón que llevaba el vestido. Se lo colocó en la cabeza, haciéndole un recogido improvisado. Estaba maravillosa.

—¡Estás preciosa! —dijo Nuria observando el reflejo del espejo.

—Gracias, la verdad es que has hecho un trabajo magnífico —confirmó mientras acariciaba el cinturón que llevaba las mismas flores que el tocado.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti —señaló Nuria al ver el gesto de Paula.

—La echo tanto de menos... —admitió mirando fijamente a los ojos a Nuria.

—Me lo puedo imaginar —dijo Nuria molesta consigo misma por haber sacado un tema tan delicado.

—Murió cuando yo era muy joven, tenía diez años. Con esa edad notas su ausencia, pero esta ha ido creciendo y creciendo a medida que yo lo hacía —explicaba Paula serena.

—Es duro —afirmó Nuria entendiendo la situación—. Aunque siempre se cuenta con otros apoyos —añadió intentando que el ambiente se aligerara.

—Sí, la verdad es que mi hermano siempre ha sido mi gran apoyo. Aun en la distancia, siempre ha estado ahí, me conoce como nadie y me da un cariño extra. Me ha cuidado como mi hermano y como mi madre, o al menos eso me ha parecido siempre —decía Paula sonriendo por primera vez.

—Y tú seguro que también a él —afirmó Nuria. Quería zanjar el tema, no estaba cómoda hablando de Raúl.

—La verdad es que sí. Nunca lo había entendido así, pero cuando tuvo un problema con una chica, él se apoyó en mí —dijo Paula suspirando—. Raúl pensaba que él era importante para esa chica, pero se ve que ella no lo veía igual. Mi hermano se derrumbó y se refugió en mí. Cogió el primer vuelo que pudo para Oslo y me fue a visitar —explicó Paula.

—Eso es que necesitaba tu ayuda —añadió Nuria molesta por enterarse de todo aquello. No sabía quién era esa chica, pero la molestó que hiciera daño a Raúl.

—La verdad es que apenas lo ayudé. No hablaba mucho, nada más lo acompañaba en silencio, pero se ve que eso fue suficiente —confesó Paula levantando los hombros.

—Voy a cogerte un poco aquí con los alfileres —dijo Nuria mostrándole la manga. Necesitaba desviar la atención, cambiar de conversación—, así te ajustará mejor, está un poco suelto —concluyó zanjando el asunto.

—De acuerdo —confirmó Paula extendiendo el brazo bajo las indicaciones de Nuria.

Tras hacer los ajustes pertinentes, la novia se quitó el vestido con mucho cuidado. Nuria le explicó qué era lo que faltaba, y en cuanto eso estuviera solventado, tendría su vestido terminado. Era muy fácil hablar con Paula, era una chica extrovertida que llevaba una conversación muy amena siempre. En eso los dos hermanos se parecían bastante. Paula insistió en tomar algo con Nuria, ella declinó la oferta. No quería abrirse ni socializar. Hacía demasiado tiempo que eso no ocurría, y aunque no estaba sintiéndose tan mal como al principio, aún no se creía con fuerzas para salir. Sin embargo, pensó que le vendría bien para distraerse. Al final cedió, no salieron de la tienda, porque Nuria estaba sola, pero invitó a Paula a una infusión allí mismo. En el estudio tenía una cafetera que lo mismo servía para hacer infusiones que café. Con sus propias tazas y todo lo necesario. En eso no había cambiado en absoluto. Seguía dándole repelús beber de las tazas que ponían en los bares y restaurantes.

Paula se fue a media tarde, cosa que hizo que el tiempo, para Nuria, pasara volando. Hablaron de todo un poco, pero sobre todo de la vida que llevaba Paula en Noruega. En Oslo, concretamente. Había ido allí para disfrutar de una beca Erasmus y nunca más había regresado. Se había enamorado de forma tan profunda de su prometido que lo dejó todo por él. Paula le confesó a Nuria que todos tenían la incertidumbre de saber qué era lo que iría a pasar, era demasiado joven para dar ese paso, pero ella estaba total y absolutamente convencida de que estaba haciendo lo que su corazón dictaba. Nuria escuchaba a Paula ensimismada. En ella vio lo que era

estar enamorada de verdad. La forma de hablar de su prometido, cómo de ilusionada estaba con los preparativos, todo en ella demostraba que ese amor era profundo y verdadero.

Capítulo 32

¡Necesitas salir!

El sábado a mediodía, María apareció en la tienda de Nuria. Estaba preocupada por su hermana. Apenas salía, aunque se lo había propuesto en incontables ocasiones. Nuria estaba cerrada a todo. Se había vuelto más apática, fría y pasota. Nada la motivaba para hacer cosas distintas. Se limitaba a ir a trabajar y ya. Esa era toda su rutina. Nunca antes había estado así de tocada, y ese estado se prolongaba demasiado en el tiempo. María había dejado espacio a su hermana porque la conocía bien, tenía que asimilar todo lo que había ocurrido y eso llevaba su proceso, pero también sabía que ese tiempo había sido suficiente. No quería que su hermana se marchitara siendo tan joven.

—Hola, hermanita —dijo María en tono efusivo.

—Hola, María, ¿qué tal? —contestó Nuria sin esperarla, volvía a su estudio.

—¿Qué tienes entre manos? —preguntó María que veía a su hermana centrada en lo que tenía delante.

—Pues estoy rematando un diseño, ¿quieres verlo? —preguntó Nuria seria.

—¡Por supuesto! —contestó María poniéndose a su lado—. ¡Es bueno! Cada vez lo haces mejor —confirmó sincera.

—Lo intento —dijo ella agradeciendo el cumplido.

—Esta noche a las diez paso por tu casa —confirmó María sin dar opción a su hermana.

—Te lo agradezco, María, pero no me apetece salir —dijo cansada de repetir a su hermana, por activa y por pasiva, que no quería alternar.

—No es una opción, hermanita, sales conmigo y punto. Como sigas así te vas a volver monja —añadió en tono serio, aunque estaba bromeando.

—¡No te pases! —espetó de forma airosa Nuria.

—Lo de Arturo pasó, ya le has guardado el luto suficiente; además, mira si eres rara que cuando alguien rompe su relación lo primero que hace es despendolarse, y ¿tú? Enclaustrada como si tuvieras arresto domiciliario, si estás hasta pálida —explicaba María a modo de reprimenda.

—No me apetece discutir contigo, María. Pasa por casa y ya. Si así me vas a dejar tranquila, saldré un rato, pero que sepas que no soy la mejor compañía —admitió Nuria cediendo.

—No te preocupes, ya me encargo yo de todo —dijo María contentísima por haber conseguido su propósito.

Nuria estaba lista antes de las diez, aún no entendía cómo había cedido a la petición de su hermana. Bueno, sí que lo sabía, quería terminar cuanto antes con aquello. De esa manera la dejaría tranquila durante algún tiempo.

Estaba empezando a desesperarse, era la hora y María no aparecía. A las diez y veinte sonó el timbre en la casa de Nuria. Estuvo a punto de no abrir, más por el retraso que por otra cosa. Su hermana era incorregible. María entró como un ciclón en su casa, revisó el aspecto externo de Nuria, dio su visto bueno y salieron. Juntas fueron a cenar, algo ligero, María no quería tensar la cuerda. Sabía que su hermana tenía un límite y un aguante más bajo de lo común. La cena estuvo bien, correcta, conversación banal, sobre todo de temas laborales, pero a María eso no le importaba, lo que realmente sí que lo hacía era que su hermana se distrajera de algún modo, aunque fuera hablando de trabajo. Después fueron hasta un bar de copas. Nuria no

bebía alcohol, pero su hermana, haciéndose la loca, pidió por las dos un par de cervezas. En alguna ocasión había visto a su hermana beber cerveza, así que esa era la mejor opción. Quería que se desmelenara un poco. Volvía a estar en el mercado, tenía que demostrar lo que valía, y eso era mucho.

—¡Uy!, no me he dado cuenta de que no bebes alcohol, es la costumbre —dijo María haciéndose la inocente.

—Está bien, esta y nada más —contestó Nuria, que se había propuesto llevar esa noche de la mejor manera. No tenía otra opción.

La noche fue divertida, María continuamente saludaba a unos y a otros, siempre encontraban a alguien. Conocía a mucha gente, saludaba rápido e intercambiaba alguna palabra con ellos y volvía de nuevo con su hermana, no quería que Nuria se sintiera incómoda. En cuanto se iban, María le contaba a su hermana quiénes eran cada uno de ellos. En realidad, casi siempre eran hombres, aunque también había alguna mujer. Nuria alucinaba, María los trataba por su trabajo a algunos, otros eran conocidos desde su época estudiantil, con otros coincidió en un viaje y solamente se habían visto una vez, encuentros en la cola del súper, otros eran parte de su larga lista de conquistas... Historias variopintas que hacían su vida más amena. ¡Qué vidas tan distintas llevaban la una y la otra siendo hermanas!, pensó Nuria. No tenían nada que ver. El caso era que María parecía llevarse bien con todo el mundo. Con alguno habría tenido sus roces o discusiones, pero parecía que eso no lo tenía en cuenta, aceptaba todo, y como tal, actuaba.

En uno de los bares, Nuria esperaba a que María volviera del baño. Estaba distraída, mirando a uno y otro lado, cuando alguien le dio un pequeño toque por la espalda. Ella se giró pensando que era su hermana. No le gustaban ese tipo de bromas.

—¡Hola, Nuria! —dijo Paula sonriendo.

—Hola, Paula, ¡qué coincidencia! —contestó ella con el estómago contraído.

—Sí, la verdad. Tengo que aprovechar cada vez que vengo, en Oslo no salgo demasiado; así que cuando vuelvo aquí, entre mis amigas y mi hermano, pues... —explicó ella levantando los hombros.

En ese instante llegó María. Con su habitual forma de ser, saludó a Paula como si la conociera de toda la vida. María siempre actuaba

igual. Volvería a verla pasado un tiempo y volvería a saludar de la misma manera. Otra más en su lista de conocidos.

—¿Qué tal, Paula? ¿Qué haces por aquí? —preguntó acordándose de su nombre. Era un hacha con los nombres, fechas, cumpleaños...

—Bien, muy bien. Aprovechando que he venido a probarme el vestido para después salir por ahí —dijo riendo.

—Seguro que estás preciosa —afirmó María.

—Sí, tu hermana es maravillosa. Ha sabido crear lo que yo quería exactamente —admitió Paula alabando a Nuria, como si ella no estuviera allí.

—¡Eso es verdad! —confirmó María.

En ese instante apareció Raúl. Nuria se lo quedó mirando sin disimular, ya que María le estaba dando dos besos para saludarlo.

—¿Qué tal, Raúl? —preguntó María.

—Bien, bien, venía a buscar a Paula, nos vamos a otro sitio —dijo apurado.

—¡Vale! —contestó Paula.

—Te acuerdas de mi hermana, ¿verdad? —inquirió María con toda la intención del mundo. Quería que su hermana se activara, lo que no sabía era que se conocían más de lo que ella pensaba.

—Sí, hola, Nuria —expresó acercándose a ella para darle dos besos.

—Hola, Raúl —contestó Nuria avergonzada.

—Nosotros nos íbamos, es que nos están esperando —dijo a continuación Raúl, queriendo irse cuanto antes de allí.

—Sí, sí, idos —agregó María.

Nuria se había dado perfecta cuenta de aquello. Ella se había convertido en un ser hostil para Raúl y eso le dolía. Seguramente si ella no hubiera estado en ese bar, Raúl, María y Paula habrían estado charlando o incluso tomando una copa juntos, pero estaba claro que el elemento discordante era ella. No era tan mala persona, ¿no?, pensaba para sí misma. Él estaba dolido y es posible que no la viera como realmente era, sino como él quería creer. Tenía sus fallos y sus manías, como todo el mundo, pero no era mala persona, aunque se sintiera un poco así en esos momentos.

Se despidieron de ellos, quedándose, de nuevo, a solas las hermanas.

—¡Espabila, hija! —dijo María—. Te has quedado como un pasmarote cuando ha llegado Raúl —reprendió a su hermana.

—No tengo ganas de estar aquí —contestó ella omitiendo el comentario.

—Escúchame, Nuria, tienes que reaccionar. La vida no se acaba con Arturo. Te salió mal, de acuerdo, pero hay muchas más cosas que pueden hacerte feliz y no tiene que ser necesariamente un hombre —aconsejó María en tono fraternal.

—¿Cómo cuáles? —preguntó altanera.

—No lo sé, salir, disfrutar de una buena comida, de un buen vino, un viaje, un concierto, ir al museo, comprarte un capricho... ¡no lo sé! —enumeró casi sin respirar—. Lo que no puedes hacer es encerrarte en ti misma. Necesitas hablar con otras personas, ¿por qué no le has dicho nada a Raúl? Es un chico encantador —dijo ella dándole un codazo.

—No empieces, por favor —pidió Nuria. Había llegado a su límite —. Quiero irme a casa.

María sabía que ya no podía hacer más. Había logrado sacar a su hermana de casa durante unas horas, pero hasta ahí había durado la noche. Ese era el primer paso, no quería forzar la maquinaria. Nuria siempre necesitaba sus tiempos. María ya había conseguido más de lo que pensaba. Todo iría poco a poco. Con Nuria, las prisas nunca habían resultado. Al igual que la improvisación. Eso no entraba en su cabeza. Todo debía seguir su curso y llegar de forma ordenada.

María acompañó a Nuria a su casa. Ella iba a seguir de juerga, lo vivido con su hermana había sido el precalentamiento para una noche que tal vez acabara de día.

Mientras Nuria se desmaquillaba, pensó en Raúl. Realmente había hecho daño a ese chico. Atando cabos, se dio cuenta de que era ella la que había provocado en él su malestar y por eso tuvo que ir a Oslo y acudir a Paula para que le prestara su apoyo. ¿Tan importante había sido ella para él? Apenas se conocían, habían pasado un fin de semana juntos, nada más. Además, eran por completo diferentes, no habrían congeniado en absoluto. Seguramente habrían chocado más que otra

cosa. Era un poco como ella y María. Eran hermanas, pero no tenían nada que ver. Con frecuencia sus puntos de vista eran opuestos, y eso hacía que discutieran. Nuria intentaba recordar la conversación mantenida con Paula, en esa charla había salido ella sin saberlo, había sido la protagonista. Intentaba recordar algún matiz, alguna frase, algo que le aportara nuevos datos. Podría parecer presuntuoso por su parte el creer que ella era la mujer por la que Raúl había estado tocado anímicamente, podría no ser así en absoluto; ser un producto de su imaginación que le hacía ver las cosas que no eran, quizá el deseo de sentirse querida por alguien le había jugado una mala pasada. No. Nuria lo sabía en su interior, y no entendía muy bien por qué razón sabía que ella era la chica que había hecho daño a Raúl. De verdad se sentía decepcionada consigo misma. Ella no era de ir haciendo daño gratuito a nadie, o por lo menos lo intentaba. Sin duda era peor de lo que pensaba.

En sus pensamientos también apareció Arturo. Con él había conseguido la mayor estabilidad de su vida, pero tampoco había sido feliz, ¿qué estaba buscando? ¿Qué necesitaba para ser feliz? No tenía ni idea, y aunque estaba un poco más animada y podía tener esperanza en su futuro, no sabía qué camino tenía que seguir.

Capítulo 33

Demostrando que eres capaz

Otra vez María lo había vuelto a conseguir. Hacía semanas que habían salido ella y su hermana, así que de nuevo iba tocando una escapadita. Nuria se recomponía poco a poco. No hacía nada extraordinario, pero su estado de ánimo iba cambiando. Nunca había sido la alegría de la huerta, pero ya no estaba enfadada continuamente consigo misma. Eso era un gran paso. Su salud mental iba siendo mejor día a día. El estar enfadada siempre, dándole vueltas a todo y sin dormir había sacado lo peor de ella. Suerte que se había dado cuenta a tiempo y había conseguido rectificar ese comportamiento. No la beneficiaba en absoluto, ni a ella ni a su entorno. Estaba logrando controlar esos ataques, cuando eso ocurría cambiaba de actividad para minimizar las consecuencias de sus pensamientos en sus actos.

El día en la tienda no había ido todo lo bien que hubiera querido. Normalmente sus novias salían más que satisfechas, pero ese mismo día había ido una novia con unas cuantas acompañantes que, en vez de ayudar y alabar su elección, hicieron que un millón de dudas aparecieran en la cabeza de la chica. No era fácil elegir el vestido de novia que una quería llevar en un día tan especial, era una apuesta

particular de cada una de ellas, pero si además la compañía no aportaba nada positivo, la cosa se complicaba. Nuria tuvo que ponerse seria ante el llanto incontrolado de la novia y el ataque de nervios que le habían provocado. Si esas personas que estaban allí la querían un poco no deberían haber hecho eso. Todo eran críticas al vestido. Nada les cuadraba: una decía que era soso; otra, que iba disfrazada; otra, que le sentaba mal. Nuria observaba en silencio hasta que no pudo más. Pidió con mucha amabilidad que abandonaran la tienda, quería hablar a solas con la novia. Como pudo la tranquilizó, hizo que recapacitara y pensara bien las cosas. En las citas previas habían hablado mucho acerca del vestido, y ese era realmente el que ella quería llevar ese día. Las ideas preconcebidas que tuvieran sus acompañantes eran otra historia. Nuria se sentía muy mal, la chica en cuestión tenía bastantes complejos y era insegura y la actitud de esas arpías no ayudaba en absoluto. Nuria le aconsejó a la novia que se volviera a probar el vestido y que entre las dos fueran revisando punto por punto lo que veían bien o mal. Nunca antes había hecho aquello; además, Nuria había diseñado aquel vestido con las indicaciones de ella, ella había dado su visto bueno, y esa prenda era el resultado de todo aquello. Juntas modificaron pequeños detalles. Nuria hizo que esa chica confiara en sí misma y que defendiera ese vestido hasta las últimas consecuencias; en definitiva, era ella la que quería ese diseño y no otro. Esa experiencia dejó a Nuria con un mal sabor de boca. No había tenido un día así en la tienda desde que había abierto. Eso no ayudaba para que su estado de ánimo fuera el mejor. Además, había quedado con su hermana. Le daba pereza el solo hecho de pensarlo.

Como siempre, María llegaba tarde. Habían quedado en un restaurante, Nuria no sabía ni qué hacer, había reservado, la hora había llegado y su hermana seguía sin aparecer. No sabía si cenar sola o irse, estaba muerta de vergüenza. Y es que cuando quedaba con su hermana, era frecuente que el horario no se cumpliera. María entró con tal parsimonia que hizo que Nuria se enfadara más y más.

—¿Se puede saber por qué llegas tarde? Hace más de media hora que teníamos que estar cenando. He estado a nada de irme —gruñó Nuria enfadada.

—¡Mal empezamos! —afirmó María riendo.

Esa actitud sacaba de quicio a Nuria. Parecía que a su hermana

nada le importaba. Todo pasaba por alguna razón, decía ella, pero era tan impuntual que Nuria no podía con aquello. Sentía vergüenza ajena de su hermana. Durante la cena, los ánimos se apaciguaron un poco, sobre todo por la actitud de María que facilitaba las cosas. Ella era divertida por naturaleza, y eso hacía que cualquiera riera con sus comentarios y anécdotas. Incluso el camarero que estaba molesto por la tardanza sucumbió a sus encantos. Otro amigo más a añadir a la larga lista que tenía María.

Bebieron vino en la cena. Nuria era reacia, pero al final y por no discutir con su hermana, porque si no iba a ser una noche insufrible, accedió. Lo cierto era que ese vino era muy afrutado y dulce. A Nuria le resultó fácil de beber. Tras la cena fueron a un bar de copas. María ni siquiera preguntó, le pidió a su hermana una cerveza.

Como siempre, María saludaba a unos y a otros. Se hacían corrillos a su alrededor que se deshacían para formarse de nuevo otros con otras personas distintas. Nuria se enteraba de cosas de su hermana de las que no tenía ni la menor idea, como que había hecho *rafting*, que tenía un tatuaje en un lugar que no era accesible para todo el mundo, que se había ido a Amsterdam siendo menor de edad... miles de detalles que dejaban alucinada a Nuria. La vida de María era muy divertida y apasionada. Nunca dejaría de sorprenderla. Después de la primera cerveza llegó la segunda, junto con un chupito que había puesto el camarero, que conocía a María, como era obvio. Nuria no tuvo más remedio que bebérselo. La garganta le ardía, era fuego, pero aguantó como pudo las ganas de toser. Estaba bastante afectada por el alcohol. No era tanta la cantidad como la mezcla. Vino para cenar; cervezas, después; chupitos y eso sin estar acostumbrada era bastante.

—Hermanita, déjate llevar —decía María bailando.

—No me apetece bailar —contestó ella afianzando su posición en la banqueta.

—¡De verdad! ¡Llegas a desesperarme! —espetó María.

—Pues vete —afirmó Nuria enfadada.

—¡Sí, claro! Te hago un favor si lo hago, ¡mira que eres lista! No, bonita; tú, aquí conmigo, ¡castigada! —dijo riéndose.

—Pfff —Nuria resoplaba.

María bailaba y bebía. Hablaba con unos y con otros. Intercambiaba números de teléfono sin problema o incluso concertaba

alguna cita para más entrada la noche. Nuria jamás había hecho tal cosa y no lo iba a hacer. Fueron a otro bar, estaba muy concurrido. Otra cerveza. Nuria cada vez estaba más animada. No llegaba a soltarse del todo, pero no estaba tan cohibida. A eso se sumaba que María la espoleaba.

—Nuria, hija, date un paseíto, muestra la mercancía, que vean que estás en el mercado —decía de forma maliciosa moviendo sus pechos de forma cómica.

—¡No digas tonterías! —recriminó Nuria muerta de vergüenza.

—Eso sí, tú decides con quién sí y con quién no —afirmó riendo mientras movía la mano con el dedo índice extendido señalando a unos y a otros sin importarle nada.

—Deja de hacer eso —pedía Nuria molesta.

—¿El quéééé? —decía María inocentemente, aunque era todo fingido.

—Eso que haces, me pones nerviosa —contestó seria.

—Nuria, lánzate, no tienes que casarte con él. Si te apetece, pues te apetece, es algo natural. Que no te gusta ese —dijo señalando de forma descarada a un chico que estaba bastante cerca de ellas y que incluso podría oírlas—, pues te vas con aquel —añadió con naturalidad.

Nuria no podía más, su hermana era increíble. La ponía en aprietos cada dos por tres. Se fue al baño, necesitaba huir de forma momentánea. Su hermana veía la vida de una forma totalmente opuesta a ella. ¿Y cuál de las dos formas era la válida?, pensaba Nuria mientras estaba esperando la larga cola que había en el diminuto baño. Las dos, en realidad, eran igual de respetables. María no hacía daño a nadie, en tal caso a sí misma, si es que era así, aunque también tenía sus dudas al respecto. ¿Y ella? Quizá también se hacía daño a sí misma por negarse algo tan natural. Infundiéndose ánimos, hinchando el pecho con la decisión que le faltaba y más erguida si era posible, llegó hasta donde estaba María. Se había autoinfundido fuerzas para demostrarse que ella era capaz de hacer lo que le viniera en gana sin pensar más allá. En ninguna consecuencia más allá de la provocada por sus actos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó María sorprendida.

—Nada —contestó Nuria.

—Te veo más segura y más guerrera —dijo espoleándola de nuevo.

—Te voy a hacer caso por una vez —afirmó Nuria arrepintiéndose en ese mismo instante.

—¡No me lo creo! —negó realmente incrédula.

—Ya lo verás —sentenció Nuria.

La noche pasaba, y Nuria no tomaba la iniciativa para nada. María dejaba el espacio suficiente a su hermana, no quería agobiarla, la conocía muy bien.

Fueron a otro bar. Las cervezas ya hacían que Nuria estuviera más que desinhibida. Allí, Nuria vio a Arturo. María no se había percatado de su presencia, estaba entretenida hablando con un grupo de amigos. Nuria llamó la atención de su hermana para que la siguiera con la vista. Esta abría los ojos como platos, no daba crédito a lo que estaba viendo. Una Nuria segura de sí misma, con paso firme aunque un poco tambaleante, se aproximaba sin importarle nada hacia el grupo de amigos en los que se encontraba Arturo. Sin mediar palabra le dio un morreo allí mismo. Ni María ni Arturo entendían nada. Esa no era Nuria. Era otra persona. Nuria dio la mano a Arturo y pasó por el lado de María.

—Nos vamos —dijo sin mirar a su hermana. Se sentía traviesa e incluso algo malvada.

María reía, estaba alucinada. Solo esperaba una cosa, que su hermana no le diera demasiadas vueltas al asunto cuando todo terminara. Estaba feliz por ella. Por fin se había decidido. Arturo había sido la opción fácil, se conocían; pero sabiendo cómo era Nuria y su forma de ser, eso era mucho, demasiado, incluso. Si en vez de con Arturo se hubiera ido con un desconocido, María se habría arrodillado allí mismo, delante de su hermana y de todo el bar.

Capítulo 34

Esto no se hace así

Nuria arrastraba a Arturo hasta la salida. Él se dejaba llevar. Quería hablar con Nuria, pero entre la música y la gente era muy difícil. En cuanto estuvieron en la calle, Arturo se frenó. Necesitaba saber qué significaba todo aquello.

—Nuria, ¿qué te pasa? —preguntó él alucinado.

Desde que Nuria había abandonado su casa, no se habían vuelto a ver. Hacía meses de aquello, pero el arquitecto no creía que esos meses fueran tantos como para hacer cambiar a Nuria de tal modo.

—Nada —dijo ella con una sonrisa floja—. Vamos a pasarlo bien —confirmó de forma sensual y directa.

—¿Estás segura? —preguntó Arturo.

—¡Claro! —respondió ella tirándose a los hombros de Arturo. Empezó a besarle el cuello y el lóbulo de la oreja.

—Espera, espera, Nuria, las cosas no se hacen así —dijo él retirándola de su cuerpo.

Nuria se sintió un poco violenta por el rechazo, podía entender que estaban en medio de la calle y que todo el mundo observaba, pero ya no podía rectificar, tenía que seguir con aquello hasta las últimas

consecuencias. Sobre todo por demostrarse a sí misma que podría hacerlo. Arturo y Nuria fueron hasta el coche de él en silencio y subieron. Como siempre, olía muy bien, pero el verse encerrada allí hizo que Nuria se mareara, bajó la ventanilla. Necesitaba aire. En poco tiempo llegaron a la casa de Arturo. Nuria observaba, todo estaba tal cual lo recordaba. Nada había cambiado, pero notaba aquel sitio como algo ajeno a ella. En realidad nunca había sido su hogar, fue un lugar en el que vivir, como le ocurría con su nueva casa. Con más prisa que otra cosa, Nuria se volvió a lanzar a por Arturo nada más cerrar la puerta. Este no encajaba bien esa efusividad. No era a lo que estaba acostumbrado. Nuria, tal y como estaba, podría haberlo hecho allí mismo, pero, como pudo, Arturo la arrastró a la habitación. Empezaron a besarse, ella estaba más apasionada que nunca, más por demostrarse a sí misma que lo podía hacer que por el hombre que tenía encima. Arturo estaba muy bien, pero no le provocaba esa excitación abrasadora que siempre decía María que se tenía que sentir. La lengua de Arturo jugaba con la de Nuria. Ella se sentía tremendamente pequeña con ese hombre encima de ella, se estaba empezando a agobiar, se removía incómoda, no estaba bien, le faltaba el aire, quería respirar y no podía. Estaba entrando en pánico, y en un ataque de fuerza consiguió quitarse de encima a Arturo. No podía hacer aquello, no se sentía capaz. Salió corriendo al baño como pudo, y en cuanto lo hizo, vomitó. Había bebido, seguro que la cantidad de alcohol ingerida había provocado esa reacción; sin embargo, Nuria sabía que era más poderosa la mente que todo el alcohol. Su cuerpo había dicho «basta», no estaba siendo ella. Estaba representando un papel. ¿A quién quería engañar? Ella no era así. Se había prestado a un juego para intentar demostrarse a sí misma que podía ser como su hermana. Nada de eso era verdad. Ella no podía acostarse con un hombre sin más, y mucho menos sin pensar en las consecuencias. Tal vez fuera que era una romántica empedernida y que aún creía en los príncipes azules, como decía María. En su interior sabía que nadie, ningún hombre aparecería montado en un caballo blanco de largas crines a rescatarla del castillo encantado. Eso solo pasaba en los cuentos de hadas. Ella creía en su historia particular de fantasías. Ya era mayor, pero así seguía siendo.

—Nuria, ¿estás bien? —preguntó Arturo tras de sí.

Nuria levantó la mano. No podía dejar de vomitar, aparte de la vergüenza que tenía. No se atrevía ni mirar a Arturo a la cara.

En cuanto terminó de vomitar, se incorporó, tiró de la cisterna del inodoro y, sin mirar a Arturo, se lavó la cara. Su maquillaje estaba arruinado, pero eso no importaba.

—Será mejor que te tomes una manzanilla —sugirió Arturo.

—No te preocupes —negó ella mirándolo por primera vez a través del espejo, no podía hacerlo directamente—, será mejor que me vaya a casa —susurró encaminándose hacia la puerta.

—Yo te acerco si quieres, o si lo prefieres quédate aquí —dijo Arturo con amabilidad.

Nuria ni siquiera contestó. Salió por la puerta sin nada que decir. En realidad tenía mucho que agradecer a Arturo. Se había vuelto a portar con ella de forma galante, pero no sabía ni cómo decírselo. ¿Qué había sentido con Arturo? Nada. Además, estaba pensando que ya ni siquiera lo quería. Un poco de cariño, sí, pero nada más. Había sido importante en su vida, pero en esos momentos ya no. Tendría un bonito recuerdo de esa relación y se seguiría sintiendo culpable porque no funcionó. Como decía María, con el tiempo todo se diluiría, ella no se sentiría frustrada por aquello y todo seguramente sería porque tenía otra nueva ilusión, o porque nada le importaba tanto.

La noche había sido un desastre, se había humillado y, lo peor de todo, sentía una profunda decepción por cómo había actuado. Percibía una profunda tristeza, se sentía sucia y mal. No entendía muy bien los motivos, pero era evidente que algo no estaba bien en su cabeza. Cuando parecía que empezaba a remontar el vuelo, volvía a caer de forma estrepitosa.

Capítulo 35

Alguien que no eres

Nuria se montó en el taxi que Arturo había pedido para ella. Sabía que Arturo observaba desde la puerta a que ella se fuera. Indudablemente era un auténtico caballero. Estaba a punto de llorar, pero contendría las lágrimas hasta que llegara a su casa, quería desahogarse en la más absoluta intimidad y soledad. No quería espectadores. El camino se le hizo interminable. El taxista tenía ganas de hablar, pero ella no estaba por la labor. Contestaba con monosílabos por mantener la educación, no porque lo quisiera hacer. Aún se sentía mareada, y si el trayecto hubiera durado un poco más, seguro que habría vomitado de nuevo. Pagó el viaje y bajó. El aire de la noche volvió a espabilarla. No le venía mal, pero sentía frío. Subió hasta su casa. Fue al baño. Se miró al espejo. Tenía una pinta realmente horrible. En otro momento de su vida, si le hubieran dicho que tenía que salir así a la calle, se habría negado, pero por alguna extraña razón no le importaba lo más mínimo. Con sumo cuidado y con mimo se quitaba lo poco que quedaba de maquillaje en su cara. La crema desmaquillante se mezclaba con sus lágrimas. Era imposible para ella dejar de llorar. Se sentía mal. Había representado a alguien

que no era. ¿Por qué buscaba esa aceptación? Tal vez no se sentía tan cómoda con su forma de ser y actuar y quería buscar otras alternativas mejores. No lo sabía. Hacía cosas que hasta entonces no se había planteado, ni siquiera se le habían pasado por su mente. Tenía tantas dudas en la cabeza que era incapaz de disiparlas. Se tomó una infusión una vez que se cambió de ropa y se desmaquilló del todo. Inexplicablemente había dejado toda su ropa, los zapatos y el bolso tirados en el suelo. En otras ocasiones lo acomodaba sobre la silla o incluso lo guardaba en el armario o lo metía en la lavadora, pero no tenía fuerzas para hacer todo eso. Miró el reloj de la cocina, las cinco de la mañana. No recordaba cuándo fue la última vez que se había acostado tan tarde. Muchos días a esas horas ya estaba en pie, en cambio, ese día aún no se había ido a la cama. Su mundo estaba por completo del revés. Su teléfono sonó. Nuria miraba la pantalla, era su hermana. Eso la alertó, pasaba algo, si no, no llamaría a esas horas. María era una loca, pero para ese caso en particular no llamaba si no era absolutamente necesario.

—¡Nuria!—dijo en un tono chillón.

—Dime —contestó en tono cansino.

—¿Estás en casa? —preguntó.

—Sí —contestó sin dar explicaciones.

—En quince minutos estoy allí —confirmó María.

No era lo que más le apetecía, pero sabía que no había opción, con María siempre era así. Igual tenía plan e iba a montárselo con el chico de turno en el sofá. ¡Qué paradojas! Ella, que tenía sitio donde estar con un hombre, no tenía ninguno; y su hermana, que vivía con sus padres, podía tener plan siempre que quería.

Puntual como había prometido, María entró en casa de Nuria. Eso la sorprendió, María no llegaba a tiempo nunca. Llevaba en la mano una bolsa con chocolate y churros. Nuria los miró con asco, pero al final se animó. Peor no podía estar. El chocolate y, sobre todo, la masa y la grasa de los churros serían una bomba para su estómago, pero o bien volvía a vomitar, o bien su estómago se asentaba.

—¿Estás bien? —preguntó María alarmada por la cara que tenía Nuria.

—Te miento o te digo la verdad —dijo Nuria.

—La verdad, siempre —confirmó María tomándose la libertad de

servir el chocolate en dos tazas.

—Lo he intentado, pero no ha salido bien —confirmó al borde del llanto.

—Hermanita, esto no funciona así. No tienes que demostrar nada a nadie ni fingir ser alguien que no eres —dijo María, que sabía que su hermana sufría una lucha interna.

—Ni siquiera a mí misma —admitió Nuria. Expresaba sus pensamientos en voz alta.

—Ni siquiera —confirmó María haciendo una caricia a su hermana.

—Raúl y yo tuvimos algo —empezó a contar Nuria. Ella era muy reservada y, al contrario que María, no solía contar nada de su vida privada.

—¿Raúl? ¿El hermano de Paula? —preguntó María incrédula.

—Sí. Él. Éramos vecinos de tienda en el centro comercial. Y bueno, pues, surgió así. Él no era mi tipo de hombre, ya sabes —dijo Nuria arrugando la boca.

—Ya. Te decantas por tipos como Arturo —apostilló María.

—Se ve que ese tampoco es mi tipo —admitió Nuria desolada.

—¿Por qué no funcionó lo vuestro? —preguntó María.

—Bueno. En realidad no lo sé. Al día siguiente de estar juntos, lo vi abrazarse a una chica, y eso pues... me molestó —explicaba Nuria.

—Pero eso no quiere decir nada —dijo María esperanzada.

—Ya. Pero sabes cómo soy. Me hice una idea equivocada. Insistió en verme y quedamos, pero lo volví a ver con esa chica y ahí fue cuando decidí zanjar el asunto —confesó Nuria.

—Entiendo. Y esa chica... —animó María para que su hermana siguiera hablando.

—No lo sé seguro, pero creo que era Paula, y yo lo enfoqué de otra manera. Los veía tan cariñosos, se entendían tan bien que... sentí celos —admitió Nuria llorando. Se estaba abriendo en cuerpo y alma a su hermana. Era la primera vez que María la veía así.

María pringaba churros en el chocolate e iba comiendo. Nuria nada más revolvía con un churro el espeso líquido, pero no llegaba a probar bocado.

—Bueno, pues si fue así, puedes solucionar las cosas —dijo María optimista.

—No lo creo. Paula me contó que su hermano lo había pasado muy mal por una chica, y por los datos que me ha dado, creo que era yo —confirmó seria.

—¡Vaya! Esto se pone interesante —dijo María risueña.

—No hagas nada, que te conozco —espetó Nuria alertada por el tono de voz de su hermana.

—Tranquila. No voy a hacer nada —admitió María tranquilizándola.

—Eso espero —dijo Nuria—. Me voy a la cama, estoy agotada —añadió dirigiéndose al dormitorio.

—¿Me puedo quedar? —preguntó María.

Nuria no contestó, movió la mano en señal de aceptación No era la primera vez que María dormía en la casa de Nuria, lo hacía en ciertas ocasiones, o bien sola, o bien acompañada. A Nuria no le gustaba que llevara a chicos diferentes cada dos por tres a su casa, le incomodaba ese hecho, pero sobre todo que estuvieran en su hogar. Era muy suya con sus cosas y a veces no le apetecía que fisgonearan o vieran su hogar. Todo solía estar en perfecto orden y limpio, sin embargo, no quería intrusos en su vida.

Capítulo 36

Recapacitando

La mañana del domingo fue muy corta para las dos hermanas. Se levantaron casi a la hora de la comida. A Nuria le había costado dormirse, al final lo consiguió tras dar muchas vueltas en la cama y a sus pensamientos. Estaba agotada. Durante el resto del día, María acompañó a Nuria. Hablaron mucho, más que en toda su vida. Nuria necesitaba desahogarse, que alguien le diera consejo, que le dijera lo que estaba bien y lo que estaba mal. Nunca antes había necesitado esa ayuda, pero su hermana estaba con ella en esos momentos tan duros. Ella tenía todo muy claro en su cabeza, pero en cuestiones amorosas estaba en pañales. No sabía nada de las relaciones afectivas. Era un terreno hostil para ella. Cabría la posibilidad de que nunca antes se hubiera adentrado en ese mundo porque era algo desconocido para ella, y eso solía echarla para atrás, o podría ser que nunca antes hubiera encontrado a alguien lo suficientemente interesante como para hacerlo. Eso no era difícil de pensar dado que era bastante reacia a lo nuevo y su forma de ser no ayudaba para nada.

María notaba a su hermana de verdad decepcionada consigo misma. Siempre se había exigido mucho y en ese momento estaba

bastante perdida. Necesitaba una guía para seguir adelante.

Las conclusiones a las que habían llegado las dos hermanas, después de mucho hablar, fueron las siguientes: estaba claro que no sentía nada por Arturo. Gratitud, sí. Él se había portado muy bien hasta el último minuto con ella. Otro, en esas mismas circunstancias, no habría reaccionado así, quizá hubiera aprovechado la coyuntura de otra forma. Era un hombre elegante donde los hubiera. El caso de Raúl era diferente. Nuria no lo reconocía, pero su hermana intuía que le gustaba bastante, aunque ella se empeñara en ver defectos en lo que para María eran cosas normales e incluso cualidades. María pensaba que su hermana, al ser tan maniáticamente ordenada, tenía una idea en su cabeza acerca de los hombres que le gustaban, tenían que ser de determinada manera y no de otra. De ese patrón no se salía. Pero ¿para qué estaban las normas si no era para romperlas? Como siempre, le daría su espacio. No quería atosigarla con sus pensamientos, quería que ella misma se diera cuenta de lo que sentía y, sobre todo, que se diera una oportunidad. No conocía lo que pensaba Raúl, en qué punto estaba. No iba a averiguarlo, aunque podría. Quería que todo siguiera su curso. Y si tenía que darles un empujoncito lo haría, pero solo si lo veía claro. No quería perjudicar a su hermana por nada del mundo.

Por la tarde, las dos hermanas fueron a casa de sus padres. Nuria estaba más animada, el desahogarse por primera vez en su vida le había sentado a las mil maravillas.

Pasaron la tarde los cuatro juntos. Hacía demasiado tiempo que no hacían algo así. Nadie decía nada, pero todos sabían que algo estaba pasando. Los padres de Nuria y de María eran muy discretos y no interferían en la vida de sus hijas. Las respetaban y aceptaban las particularidades de cada una de ellas, como tenía que ser. Sin embargo, por alguna extraña razón, sabían que en esos momentos tenían que arropar a Nuria. Ella siempre había sido fuerte e independiente, pero había algo en su mirada que indicaba que estaba un poco triste. Todos la hicieron sentirse feliz y afortunada de tener la familia que tenía. Por un momento Nuria, que se daba cuenta de todo, pensó en Paula, en lo sola que se tenía que haber sentido al quedarse sin madre tan pronto. Y en Raúl, a él también le habría hecho falta su madre en ciertos momentos. La vida era bastante injusta. Esos dos

hermanos eran muy buenos chicos, no se merecían haber crecido sin una madre a su lado.

Capítulo 37

Pidiendo explicaciones
Dando explicaciones

La semana comenzó. Nuria estaba algo más tranquila, no excesivamente contenta, pero más tranquila. Todo parecía que volvía a su orden, a excepción de su comportamiento del fin de semana, su rutina seguía siendo la misma.

Los lunes eran algo flojos en la tienda, pero ella los aprovechaba al máximo. Intentaba hacer gestiones que el resto de la semana no podía, se ponía a rematar diseños o cualquier cosa que tuviera pendiente. A las ocho de la tarde cerraba la tienda. Lo estaba haciendo cuando vio a Arturo acercarse. Esperó a que él llegara, no sabía ni cómo mirarlo. Aún sentía vergüenza por lo ocurrido la noche del sábado.

—Hola —dijo Nuria tímida.

—Buenas tardes —contestó él en tono frío. Eso extrañó a Nuria. Arturo siempre la había saludado con dos besos o con uno, dependiendo del estado de su relación—. ¿Podemos hablar? —pidió.

—Sí, claro —expresó Nuria—. Entremos, si quieres —añadió Nuria abriendo la tienda de nuevo.

—Perfecto.

—Tú dirás —dijo Nuria sin saber qué más hacer.

—Me gustaría que me aclararas algo —reclamó Arturo manteniendo su semblante serio.

—Lo intentaré —indicó Nuria creyendo saber por dónde iban los tiros.

—¿Me puedes explicar a qué vino el numerito del sábado por la noche? —preguntó cruzándose de brazos.

—Bueno... —empezó Nuria resoplando—. La verdad es que no lo sé muy bien —dijo excusándose.

—No puedes hacer eso, Nuria —espetó indignado—, llevamos meses sin vernos porque tú me dejaste —apostilló—, y de buenas a primeras vuelves, me besas, y nos íbamos a acostar, ¡por el amor de Dios, Nuria! —sentenció él alzando la voz.

—Lo siento de verdad, Arturo —decía Nuria sin encontrar las palabras que expresaran todo su arrepentimiento.

—¿Qué es lo que quieres, Nuria? ¿Qué pretendes? —preguntó Arturo guardando las formas que había perdido momentos antes.

—Nada... yo... perdóname de verdad —volvía a repetir Nuria.

—Entre tú y yo nunca ha habido secretos —dijo Arturo.

—Bueno, eso no es del todo cierto —confirmó Nuria defendiéndose.

—A lo que te refieres no era un secreto, fue algo que no te conté, nada más —explicó Arturo.

Los dos se conocían, eran iguales y tiraban a matar. Una contienda entre pares.

—Ya no importa —confirmó ella, más para sí misma que para que lo oyera Arturo.

—A lo que iba, Nuria, siempre hemos sido claros el uno con el otro y no he llegado a entender tu comportamiento —insistió Arturo.

—Sí. Eso es verdad. Fue una especie de arrebato que me dio —confirmó Nuria improvisando.

—¿Y eso qué significa, Nuria? —repreguntó Arturo—. ¿Acaso quieres volver conmigo?

—Ehh... no, no es eso —dijo Nuria tardando en reaccionar.

—Está claro, entonces —afirmó Arturo poniéndose más erguido—. En ese caso, no me molestes más; si no te intereso, no te intereso. Y

espero que el show del sábado no se vuelva a repetir —dijo encaminándose hacia la puerta. Salió y dejó a Nuria sola en la oscuridad.

En cuanto ella oyó la puerta cerrarse, se derrumbó de nuevo. Le daba la sensación de que todo cuanto tocaba se estaba desmoronando. Primero fue Raúl, a él le hizo tanto daño sin ser consciente de ello, y por eso apenas se hablaban; con Arturo había pasado algo parecido, también estaba despechado y era lógica su reacción. Temía que con su tienda ocurriera lo mismo y, de buenas a primeras, ese proyecto tan especial para ella se fuera al garete.

Se lo merecía, la bronca de Arturo, sobre todo, por intentar ser alguien que no era. Por una vez en su vida había intentado no pensar en las consecuencias de sus actos y el resultado era ese. Toda causa tiene su efecto y todo acto, sus consecuencias.

De nada servía tener una mente tan milimétrica y ordenada si al final su vida era un auténtico caos. Nuria estuvo llorando bastante tiempo. Cuando logró recomponerse, volvió a su casa. Se desmaquilló, se puso el pijama y se metió en la cama. Le daba igual que aún fuera de día. Quería desaparecer por momentos.

Capítulo 38

Despedida de soltera

Tras el amargo encuentro con Arturo, Nuria se iba animando, o por lo menos lo intentaba. No le gustaba estar inmersa en esa espiral de tristeza, de cabreo continuo y de culpabilidad. Necesitaba acabar con todo ello. Reaccionar y tomar las riendas de su vida. Estaba volviendo a ser ella misma. Había vuelto a conectar con sus amigas. Habían salido algunos días, recobrando su rutina. Esa era una de esas noches. Tenían un encuentro como en los viejos tiempos, habían quedado Cecilia, Matilde y Nuria. Como casi siempre, iban a un sitio nuevo a cenar y después a tomar algo. Lo cierto era que desde que la vida de Nuria se había transformado con la ruptura de Arturo y su retiro voluntario, poco o nada sabía de sus amigas. Tenían que ponerse al día, contarse sus cosas y compartir experiencias. La velada fue genial para las tres. Parecía que no había pasado el tiempo. Sus vidas eran prácticamente las mismas, a excepción de la de Nuria, que había sufrido altibajos importantes, aunque parecía que todo volvía a su cauce. La complicidad y confianza que sentían las tres estaba intacta. Eso alegró a Nuria. Algo de normalidad en su vida, por fin.

Después de cenar fueron a un bar cercano. No estaba muy

concurrido, se debía a que era demasiado temprano. Así pudieron estar tranquilas con su amena conversación. Después de ese, fueron a otro. El ambiente se iba animando a medida que transcurrían las horas. De repente, el bar se vio inundado por un grupo de gente que llevaba sombrero de fieltro de color rojo, azul y blanco haciendo referencia clara a algún país. No era la bandera estadounidense ni la británica, aunque tuviera los mismos colores. Sin duda era una despedida de soltero o de soltera. Matilde, Cecilia y Nuria siguieron a lo suyo, aunque era inevitable no fijarse en ese grupo de chicos y chicas. Eran ruidosos, bailaban y gritaban. Se lo estaban pasando muy bien.

—¡Viva la diseñadora de mi vestido de novia! —Se oyó por encima incluso de la música del bar.

—¡Vivaaa! —Cantaron en un coro multitudinario. Nuria no sabía dónde meterse, esos vítores eran claramente para ella.

Como pudo se camufló entre la gente, quería pasar desapercibida, pero esa estrategia no le sirvió. Un sombrero de colores azul, rojo y blanco se aproximaba hacia ella sin remedio. Nuria quería que se la tragara la tierra. Todo el mundo miraba a la propietaria de ese sombrero y, por ende, a ella.

—¡Hola, Nuria! —dijo Paula.

—Hola —contestó ella tímida.

—¿No has oído que te estaba llamando? —preguntó Paula con voz pastosa. Estaba borracha.

—No. No me he dado cuenta —mintió Nuria queriendo pasar desapercibida.

—Es mi despedida de soltera y me han montado una fiesta increíble, ¡así estamos todos! —dijo riendo y pensando en su propio estado.

—Ya veo, ya —confirmó Nuria. No sabía muy bien qué más decir.

—Antes de irte, te tomas una copa con nosotros, ¡yo invito! —ordenó Paula yéndose.

—No te preocupes —afirmó Nuria.

No tenía ninguna intención de tomarse nada con ella. Una cosa era que le hubiera diseñado su vestido de novia y otra que tuviera tanta confianza como para tomarse algo juntas. Si hubiera sido María, otro gallo habría cantado. Tal vez se hubiera unido a la fiesta sin

pensarlo. Pero ella no era así. No volvería a cometer un atrevimiento de ese tipo en su vida. Con el episodio de Arturo, había tenido más que suficiente.

Las tres amigas querían cambiar de bar. Habían ideado un plan para salir del local sin ser vistas por el grupo de Paula. Cecilia, que era la más alta, iría la primera, abriendo la comitiva, en el medio estaría Nuria, y Matilde cerraría el paso. Era fácil, además el bar estaba bastante lleno y pasarían desapercibidas. Iniciaron la maniobra. Todo iba bien, el momento delicado estaba a punto de llegar, Cecilia iba con decisión, todo marchaba. Nuria miraba al suelo, no quería ser descubierta, hasta que una mano la sacó de la fila que formaba junto con sus dos amigas.

—¡Viva la diseñadora de mi traje de novia! —Paula volvió a repetir más alto, si era posible.

—¡Vivaaaa! —contestaron todos.

—No te me escapas —dijo la novia.

—Es que me voy, es tarde; además estás con tus amigos, y yo no pinto nada aquí —explicó Nuria de corrido, miraba alternativamente a Paula y a sus amigas, que esperaban expectantes los acontecimientos.

—Una y te dejo ir —pidió Paula poniendo morritos.

—De verdad, Paula, creo que no es buena idea —insistió Nuria.

—¡Vengaaaaa! —dijo Paula, como si fuera una niña pequeña.

Nuria asintió, cuanto antes acabara con aquello, antes se iría a casa. Se despidió de Cecilia y Matilde, que ya se iban a sus casas también, y se quedó al lado de Paula sin saber muy bien qué hacer.

Alguien dio una copa a Nuria, una chica del grupo de amigas de Paula que estaba en las mismas condiciones o peores que la novia. Ni siquiera le habían preguntado qué era lo que bebía, nadie lo sabía, pero aun así le dieron esa copa. Paula agradeció el gesto, brindó con ellas y lo probó, no estaba malo, así que le dio otro sorbo. Se sentía fuera de lugar. Todos bailaban y reían, todos tenían sus gorros puestos con la bandera noruega, había captado el detalle perfectamente.

—Mira, Raúl, está aquí Nuria, ¿te acuerdas de ella? —preguntó Paula a su hermano intentando que Nuria socializara con alguien de los que estaban allí.

—¡Cómo olvidarla! —dijo airoso. El tono empleado por Raúl no le pasó desapercibido a Nuria—. ¿Qué tal estás? —preguntó acercándose

a ella para darle dos besos.

—Más o menos —contestó Nuria sin saber qué más añadir. Un escalofrío había subido por su columna vertebral. No se había percatado de que uno de los componentes de la despedida de soltera de Paula era él. Estaba distinto con aquel gorro puesto.

—Me alegro. Yo estoy muy bien. Contento de celebrar con mi hermana su despedida de soltera —afirmó trabándosele un poco la lengua.

—De eso se trata, de pasarlo bien —dijo ella.

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? ¿Eres amiga de mi hermana? —preguntó cavilando. Tampoco pasó para Nuria desapercibido el tono que había empleado. Estaba claro que todos los hombres la atacaban, si así era, se debía a algo.

—No, en realidad nos hemos encontrado y me ha invitado a una copa. En cuanto termine, me voy —explicó Nuria.

—Ahhh, entiendo, pero tú no bebes, ¿no? —Volvió a la carga de forma irónica.

—No. Pero no he podido negarme —dijo Nuria cada vez más incómoda.

—Tú bebe, no te preocupes, yo me encargo de llevarte a tu casa sana y salva —confirmó envalentonado por el alcohol.

—No es necesario, en cuanto termine me voy —repitió.

—¿Quién se va? —preguntó Paula.

—Yo, Paula, me termino la copa y me voy, como te he dicho antes —respondió Nuria remarcando las últimas palabras. Cada vez se sentía más fuera de lugar.

—De eso nada. Te quedas con nosotros. Tú diviértete, que luego ya veremos cómo volvemos a casa —insistió Paula dándole otra copa llena a Nuria—. Además, mi hermano puede acompañarte sin problema —agregó como si tal cosa.

Aquello no tenía visos de terminar tan pronto. Nuria quería huir, irse de allí, estaba fuera de sitio. No estaba cómoda y mucho menos con Raúl al lado. No controlaba la situación, y eso le molestaba.

Capítulo 39

¿Y ahora qué?

La noche transcurría, y aunque Nuria seguía igual de incómoda, no veía la manera de marcharse. Intentó hablar en un par de ocasiones con Paula, comentarle que no se encontraba bien y que quería irse a casa, pero cada vez que lo hacía, esta volvía con una nueva copa para ella. Llevaba cuatro. No estaba acostumbrada a beber y ya se sentía algo mareada. Debía bajar el ritmo si no quería terminar vomitando. El grupo se iba haciendo cada vez más pequeño. Iban desapareciendo miembros poco a poco. Los que quedaban estaban bastante borrachos, y los que se habían ido, seguramente estaban en peores condiciones. Nuria ya no podía más. Se armó de valor y fue a hablar con Paula.

—Paula, ¡me voy! —dijo con determinación. No había lugar a réplica. Se había puesto seria. Quería irse.

—¡La última! —pidió lloriqueando.

—De verdad, no puedo más —exclamó Nuria en tono cariñoso—. Me voy, pásatelo muy bien el día de la boda y disfruta de tu día —deseó de forma sincera.

Paula se abrazó a ella dándole muchos besos y agradeciéndole por enésima vez el gran trabajo que había hecho con su vestido. En cuanto

el abrazo terminó, Nuria se fue hacia la puerta. Raúl entraba de la calle. Se cruzaron, se miraron. Raúl se puso delante de Nuria para interceptarle el paso.

—¿Dónde vas? —preguntó él.

—A casa —contestó ella. Estaba deseando salir.

—¿Lo sabe Paula? —preguntó.

—Sí, me acabo de despedir de ella —dijo Nuria.

—Me alegro, como eres tan dada a irte sin decir «adiós», o a no presentarte a las citas, igual habías hecho lo mismo con mi hermana —comentó de forma irónica. Raúl estaba dolido, así lo denotaban sus palabras.

—He intentado explicarte lo sucedido y no me dejaste, así que... —aclaró Nuria, que no quería discutir, pero ya estaba harta de aguantar las indirectas muy directas que le lanzaban.

—Es verdad, no me acordaba —dijo Raúl cavilando—. ¿Te vas sola a casa? —volvió a preguntar.

—Sí —contestó ella.

—Te acompaño —dijo Raúl ofreciéndose.

—No es necesario —añadió Nuria, cada vez más arrepentida de estar allí.

—He prometido que te acompañaba a casa y lo haré —aseveró Raúl de forma seria.

Nuria ni siquiera se atrevió a replicar. Era evidente que Raúl estaba tocado por el alcohol, ella no estaba mucho mejor. Cuanto antes llegara a casa, antes terminaría con esa pesadilla. No era algo terrible, pero no estaba a gusto.

El camino de ida a casa de Nuria fue prácticamente en silencio. Los dos iban rumiando sus pensamientos. Llegaron al portal, Nuria metió la llave en la cerradura ante la atenta mirada de Raúl. Él comenzó a hablar.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—Ahora voy a subir, me voy a quitar la ropa, el maquillaje y a la cama —explicó ella más espabilada que cuando había salido del bar. El aire frío había servido para eso.

—Siempre tan ordenada y metódica —dijo Raúl.

—Ya sabes cómo soy —contestó ella algo dolida, no quería comenzar una discusión. Aguantaba los puñales que Raúl tiraba, pero

no quería entrar al trapo. Tenía que acabar esa noche, y cuanto antes mucho mejor.

—¿Por qué no te dejas llevar, Nuria? ¿Por qué no dejas que todo surja sin pensar más allá? —le preguntó él muy cerca de su boca. El aliento de Raúl olía a alcohol, pero también hizo que el estómago de Nuria diera un vuelco. No era debido a las copas que se había tomado, era otra cosa.

—No creo que pueda —admitió ella. No sabía qué decir, ni cómo actuar, por un instante pensó en el episodio vivido con Arturo. Todo había salido tan mal por dejarse llevar que no quería volver a pasar por eso de nuevo.

—Ya te dejaste llevar una vez y fue especial. Lo sentí igual que tú lo sentiste, ¿verdad? —dijo Raúl posando un beso en sus labios. Otra vez había dado en el clavo y la había hecho reflexionar. Los dos lo habían sentido. Era evidente.

Nuria creía arder de deseo por besar a Raúl. Sabía que no debía, pero algo en su interior hizo que se olvidara de todo y respondió a ese beso. Él, sin pensárselo, agarró a Nuria por su cintura y comenzó a besarla. Estaban en el medio de la calle. La gente pasaba, pero ni siquiera eso importaba. El beso terminó. Los dos se miraron y se sonrieron. Nuria giró la llave y abrió la puerta. Subieron en el ascensor sin decir nada, ni siquiera se besaban. Nuria estaba sumida en sus pensamientos, se sentía levitar. Estaba ilusionada, excitada y borracha. Todo se había conjurado para que tuviera a su lado a Raúl, ¿debería aprovechar la oportunidad? ¿O, en cambio, debía rectificar y terminar de una vez por todas con aquella historia inacabada?

Llegaron hasta el piso de Nuria. Raúl no se sorprendió al ver todo tan limpio y ordenado. La llevó hasta su habitación, la tendió en la cama con cuidado y comenzó a besarla de nuevo. Los besos cada vez se hacían más morbosos y lascivos. Nuria se estaba dejando llevar. Hacía tanto que un hombre no la besaba así que estaba encendida. Las manos de Raúl volaban por su cuerpo, acariciaba la suave piel de Nuria. Y ella se dejaba, se sentía tan amada que no quería que eso se terminara nunca. Con maestría, Raúl la desnudó y comenzó a tocarle su sexo. Nuria estaba receptiva, ávida de caricias, estaba encantada con lo que estaba sintiendo. Raúl provocaba en ella, y solamente con sus dedos, oleadas de calor inmenso, tal fue así que en poco tiempo se

corrió. Fue algo inevitable para ella, además Raúl la excitaba de una manera tan natural y cariñosa que era imposible no hacerlo. Jugaron durante mucho tiempo, parecía que Raúl no tenía prisa por meterse en ella. Antes de hacerlo, Nuria había sucumbido a un nuevo orgasmo. Se había desmoronado en sendos orgasmos en poco tiempo. Parecía como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Cuando Raúl se puso sobre ella y se vio invadida por él, creyó morir. Morir de pasión, estaba incendiada, quería eso siempre. Como decía su hermana María, ese era un hombre que desataba en ella sus más profundos instintos, su lado más salvaje, y vaya si lo logró. Sintiéndose poderosa, Nuria hizo que cambiaran de posición. Ahora era ella la que estaba sobre Raúl, lo montó con desesperación, haciendo que se corrieran juntos en un orgasmo brutal. Cuando todo terminó y Nuria cayó rendida sobre el pecho sudoroso de Raúl, este la abrazó, haciendo que ella sintiera de repente una paz absoluta. Nuria se movió un poco, se bajó de él y se acurrucó a su lado para quedarse dormida de inmediato. Al fin sabía lo que era que la persona con la que acababa de compartir su intimidad no se fuera a darse una ducha, además de comprobar que podía dejarse llevar, sentirse salvaje y ver las estrellas, como decía siempre María.

A la mañana siguiente, Nuria amaneció sola. Era extraño, lo que había pasado la noche anterior no había sido un sueño. Lo tenía claro. Raúl había estado con ella. Lo buscó por toda la casa, pero él no estaba. Esa reacción era rara, pero si no estaba allí sería por algo. Todo tendría una explicación lógica. Pensó en llamarlo por teléfono, pero no tenía su número. No sabía cómo localizarlo. Quería verlo de nuevo, quedar, hablar, darle, de alguna manera, las gracias por todo, y es que la intimidad entre ellos había sido mágica. Había vuelto a sentir esa conexión que sintió la primera vez que estuvieron juntos, y si además confirmaba que él también lo había sentido sería maravilloso.

El resto del día, Nuria lo pasó tirada en el sofá, sumida en una resaca horrorosa unida a los recuerdos que rememoraba una y otra vez en su cabeza de la noche vivida con Raúl. Recordaba la primera y la última noche pasadas con él. Era, de alguna manera, mantener la esperanza de que lo que tenían entre ellos era especial y podía ser duradero.

Se estaba planteando todo aquello por primera vez, y eso que Raúl no era el candidato perfecto para nada. Tenía cosas que la sacaban de quicio, no era su prototipo de hombre, pero todo aquello ¿importaba? Estaba segura de que no tanto como para no intentarlo.

Capítulo 40

Sinceridad ante todo

Nuria encaraba su semana de mejor humor. El fin de semana había sido bastante movido emocionalmente hablando, eso la había hecho reflexionar y sentirse más ligera. Se había quitado un peso de encima, sentía que todo iba bien. No había vuelto a tener noticias de Raúl, aunque sabía que en breve lo vería. Estaba ilusionada con todo, y eso se notaba en su humor, que había cambiado de forma apreciable. Si ella misma se sentía mucho mejor, con seguridad los que la rodeaban también lo hicieran.

El miércoles por la tarde tenía anotado en su agenda que irían a recoger el vestido de novia de Paula. Nuria sabía que el encargado de hacerlo sería Raúl, ya que ella había vuelto a Oslo. Esa sería una prueba para Nuria. La relación con Raúl había sido fría y distante hasta la misma noche de la despedida de soltera de Paula, pero las cosas parecían haber cambiado entre ellos. No se conocían apenas, aunque se notaba que él se había sentido realmente dolido en el pasado por el comportamiento de Nuria, y ella no lo culpaba, podría incluso llegar a entenderlo, pero la noche que habían pasado juntos parecía haber hecho olvidar todo eso. Le hubiera gustado que las cosas

entre ellos no hubieran sido así, pero nada más podía hacer. El malentendido que hubo entre ellos ya no se podía eliminar, lo único que podía hacer Nuria era sincerarse con él, intentar explicarle todo y zanjar de una vez por todas el asunto. Raúl ni siquiera le había dado la oportunidad de hacerlo, pero eso podía cambiar ahora que entre ellos había vuelto a haber un encuentro.

El timbre sonó. El corazón de Nuria empezó a latir desbocado, su estómago se había dado la vuelta y su sexo se había contraído. Era una suerte para ella estar sola, si hubiera habido alguien más en la tienda, seguramente se hubiera dado cuenta de su reacción y eso habría hecho que Nuria muriera de vergüenza. Las modistas no tenían trabajo esa tarde, y les había dado ese tiempo libre. Nuria inspiró profundo y se dirigió hacia la puerta. En efecto, Raúl estaba allí. El corazón de Nuria seguía latiendo con fuerza, parecía que no podía bombear más sangre ni con más potencia.

—Buenas tardes, Raúl —dijo ella con una sonrisa en la cara.

—Hola, Nuria, vengo a por el vestido de Paula —confirmó él.

—Lo sé, lo tengo allí. Ven y te lo doy —dijo solícita.

Los dos llegaron hasta la zona donde estaba el vestido. Estaba listo. Colgado de una percha, en un soporte lo suficientemente alto para que no arrastrara ni se arrugara. Esa misma mañana lo habían planchado de nuevo para que estuviera en las mejores condiciones. Estaba perfecto para el gran día. Nuria esperó a que Raúl dejara de mirarlo, para meterlo en su funda correspondiente.

—Paula estará guapísima —aseguró Nuria para romper el silencio que había surgido entre ellos.

—Seguro —confirmó él—. Has hecho un diseño precioso —dijo agradeciendo un poco el trabajo de Nuria.

—Nada más he seguido sus indicaciones. Ella lo tenía bastante claro —comentó ella sin más.

—Lo del detalle del cinturón en honor a mi madre ha sido un gesto muy bonito —admitió sincero.

—Bueno, se me ocurrió cuando me contó un poco la historia, y no ha quedado nada mal. Además, así aprovechamos el tocado. Es una pieza muy especial que merece ser utilizada y no creo que haya una mejor ocasión —explicó ella sonriendo.

—Gracias, Nuria —dijo encaminándose hacia la puerta.

—¿Cuándo te vas? —preguntó. Nuria quería retener a Raúl un poco más, no sabía por qué, pero quería seguir hablando con él, necesitaba desahogarse, comentar lo ocurrido entre los dos.

—Mañana. La boda es el sábado, quiero estar allí con un poco de antelación —dijo con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

—Raúl, quizá no sea el momento, pero me gustaría hablar contigo de lo que pasó. Por lo menos pedirte disculpas por no haberme presentado a nuestra cita —explicó Nuria lanzada.

Las conclusiones a las que había llegado y las reflexiones que había tenido durante el fin de semana la habían hecho recapacitar. Quería hacer las cosas bien, aunque no supiera cuál era el siguiente paso. Ya había tenido una mala experiencia con Arturo y no quería que se volviera a repetir. Tenía que ser consecuente con sus actos, como había sido siempre, pero esta vez más que nunca. Raúl se lo merecía, y ella, también.

Al oír aquello, Raúl se paró en seco. Resopló y volvió tras sus pasos. Escucharía a Nuria, aunque el daño estaba hecho y no había desaparecido.

—Te escucho —dijo él.

—Mejor pasa a mi estudio, estaremos mejor —contestó quitándole el vestido de la mano y colgándolo de nuevo en el perchero.

Se acomodaron y Nuria empezó a hablar. Nada más era pedir perdón. No era tan difícil, pero el caso era que le estaba costando.

—Lo primero de todo es pedirte perdón por darte plantón en la cafetería —comentó seria.

—Eso ya lo hemos hablado, Nuria. Hubiera sido más fácil decirme que no querías saber nada de mí. Lo hubiera asimilado mejor, o por lo menos más pronto —confirmó dolido.

—Verás, sí que fui, pero te vi abrazado a Paula y pensé lo que no era —admitió agachando la cabeza.

—Creo que ese ha sido tu problema desde hace tiempo, te adelantas a los acontecimientos y te formas ideas que no son ciertas. Y con los hombres, creo que actúas de una forma parecida —manifestó Raúl.

—Explícate, por favor —pidió Nuria, que no terminaba de comprender.

—Para ti somos como los libros que están en el escaparate de una

librería, los juzgas por la portada y no valoras lo que tienen dentro —dijo él. Esa afirmación hizo pensar a Nuria. Eran unas palabras duras, pero quizá fueran ciertas. Raúl raras veces se equivocaba en lo que decía.

—Puede ser —admitió ella.

—Desde el principio, yo no he sido para ti la mejor portada, me atrevo a decir que ni siquiera me habrías elegido, pero lo que ocurrió después me hizo pensar que igual tenía mis posibilidades —dijo mirando seriamente a Nuria.

—Raúl, yo... bueno... no sé ni cómo explicar esto. Me conoces un poco y ya sabes que soy muy racional y metódica, y tus formas hacían que mis esquemas se rompieran continuamente... —explicaba Nuria intentando justificarse.

—Te lo dije en su día, la vida está llena de imprevistos y no siempre salen las cosas como uno quiere —comentaba él—. Apuesto que si hoy me hubiera negado a hablar contigo, te habrías enfadado porque era una cosa que tenías planificada en tu cabeza —concluyó Raúl.

—Bueno, un poco sí, la verdad —admitió Nuria agachando la cabeza de nuevo, sentía mucha vergüenza.

—¡Lo ves!, no siempre las cosas salen como uno quiere, y hay que admitirlo. No sé qué es lo que pretendes hablando conmigo ahora y pidiéndome perdón —dijo Raúl sincero.

—Bueno, pues hacer las cosas bien —confesó Nuria. Estaba siendo incómoda la conversación, pero lo tenía que hacer. Se lo debía a ella misma y a Raúl. Sobre todo a él.

—Eso te honra, pero yo ahora mismo no estoy para relaciones. Lo que pasó el sábado pasó. Te dejaste llevar, yo también, pero en su día me decepcionaste mucho, Nuria, y no quiero volver a ilusionarme —respondió moviendo las manos en señal de rendición—. No quiero nada con nadie. Ahora mismo estoy a gusto así —concluyó levantándose. La conversación había terminado.

—Ya me doy cuenta —dijo ella en un susurro—. Siento haberte causado ese dolor, pero en estos momentos yo no estoy mucho mejor, y menos con lo que me acabas de decir —confirmó Nuria realmente afectada—. Lo del sábado fue especial —admitió en voz baja, confirmando lo que ella misma se había negado a admitir.

—Es cierto, pero me temo que ahí se va a quedar —dijo Raúl seguro de lo que decía.

—Ahora, el que me estás decepcionando eres tú —contestó ella.

—Cosas que pasan —afirmó él descolgando el vestido de su hermana del perchero donde estaba.

—Que vaya todo bien —dijo Nuria con un nudo en la garganta. Su deseo de que todo fuera bien para Raúl y Paula era sincero, a pesar de todo.

En cuanto se cerró la puerta, Nuria se puso a llorar. El picor que notó en el interior de su nariz no fallaba. Le había costado sincerarse con Raúl y al final lo había conseguido. Se sentía aliviada, pero también era consciente de que todo el daño que le había infligido a él le era devuelto y con creces. Se puso por un momento en su pellejo y lo entendió todo. La indiferencia era lo que más dolía, de lejos era lo peor. Se sentía mal consigo misma, a veces deseaba no ser como era. Raúl le había enseñado su peor yo, demostrando que él no era ajeno a la forma de ser de ella, y aun así sintió algo muy fuerte. Nuria nunca hubiera imaginado que Raúl se consideraba un patito feo para ella, y a pesar de eso se vio con esperanzas de tener algo juntos. ¿Tan especial había sido su primer encuentro para él? Parecía que sí. Nuria había tocado el corazón de su vecino de tienda. Y en esos instantes, él también le había tocado el suyo. Él le había hecho abrir los ojos en cuanto a las apariencias. Era bien cierto el dicho de «las apariencias engañan». Arturo era aparentemente perfecto para ella y aun así no consiguió ser feliz a su lado más que unos pocos meses. Había que dar oportunidad al amor, pensó. Este no entendía de aspecto físico, ni de ropa, ni de estudios ni de empleos. Eso era una lección que acababa de aprender. Era demasiado tarde para rectificar. Ella era como era, pero algo estaba empezando a cambiar en su interior. No se sentía orgullosa de lo que había hecho. Debería haber escuchado a Raúl y darle la oportunidad de explicarse, pero no lo hizo. Cuando todo ocurrió, ella solo sacó sus propias conclusiones viendo el cuento que quería ver. Eso en realidad fue lo más cómodo para ella. Se apartaba el problema de encima. Encontrando a un culpable, no asumía lo que se le venía. En parte, porque no sabía cómo enfrentarse a ello, y en parte, por el miedo a lo desconocido que siempre la asolaba.

Ahora la que estaba como Raúl no hacía tantos meses era ella. El

amor no correspondido era duro, para el que lo da y para el que no lo recibe. Sentirse rechazada de forma directa no era agradable. Ni siquiera le había propuesto a Raúl comenzar algo, o ¿sí lo había hecho y no lo sabía? Quería estar bien con él, ir despacio, pero parecía que eso no iba a poder ser. Le daba la sensación de que Raúl la había utilizado la noche del sábado, que había jugado con sus sentimientos y había aprovechado la ocasión para tener un encuentro sexual, nada más y nada menos. Tal vez fuera lo que se merecía, tomar un poco de su misma medicina. Si hubiera sabido cómo se iban a desarrollar los acontecimientos después, sin dudarlo se habría quedado en la cafetería, habrían arreglado las cosas o definitivamente se hubieran roto aprovechando así el tiempo. Llevaban meses con una historia inacabada. Esa historia parecía haber llegado a su final. No era el que Nuria hubiera deseado, pero había que admitirlo. En los últimos tiempos le daba la impresión de que tenía que admitir demasiadas cosas. En otras ocasiones, cuando no era de su agrado, intentaba cambiarlo, pero en cuestiones amorosas no se podía, no había que forzar la máquina y mucho menos cuando las personas implicadas eran dos. Ella podía ser la dueña de sus actos y la que sufriera sus consecuencias, pero también estaba la parte contraria que sufría de forma indirecta. Tenía que admitirlo cuanto antes. Volvía a estar sola, en este caso no por elección propia, sino porque Raúl así lo había decidido. Se había lanzado a la piscina, pero ni siquiera eso había servido. Como había dicho Raúl en la conversación mantenida: «Cosas que pasan». Cuanto antes pasara página y pensara en otra cosa, mucho mejor.

Capítulo 41

Decepción

«Decepción», esa era la palabra que definía el estado de ánimo de Nuria. Era un pesar desgarrador que se le había instalado en lo más profundo de su ser. El desengaño que había sufrido era doblemente doloroso para ella. Lo primero, por saber cómo se había sentido Raúl; y lo segundo, por Raúl. Él no había sentido ningún tipo de pena al decirle que esa relación no iba a seguir. Ella se había hecho otra idea, pensaba que después de lo del sábado por la noche todo iba a volver a ser como antes, pero se equivocaba. Era una ilusa, lo sabía, además de una soñadora. Pensaba que Raúl podría ser ese príncipe azul que ella esperaba, incluso podría prescindir del caballo blanco de largas crines onduladas que se movían a medida que el animal galopaba. Había aceptado a Raúl aun no siendo su prototipo de hombre, él era desgarbado, no vestía como a Nuria le gustaba, era impuntual y despistado, pero aun así se sentía atraída por él. Tenía una baza a su favor que la hacía ser sabedora de que podía sentir cosas muy especiales, era lo único bueno que sacaba de toda esa desgracia. Él era el hombre que la había hecho vibrar, sentirse querida y capaz de amar, no un autómata que se limitaba a seguir los pasos establecidos.

Pero ni por esas iban a estar juntos. Se tenía que ir haciendo a la idea. Tampoco con Raúl sería feliz. Sabía, porque así lo quería creer, que algún hombre, en algún momento de su vida, sería el adecuado; no tenía ni la más remota idea de cuándo aparecería, pero estaría por llegar, seguro, pensó para infundirse las fuerzas necesarias para seguir adelante con su vida.

No quería pensar más en ello. Todo era doloroso, demasiado. Dejaría que el tiempo pasara, todo se diluyera, como decía su hermana María, y el dolor desapareciera o directamente ya no importara el porqué de ese dolor. Pero hasta que todo eso pasara, iba a estar más de una noche llorando, recordando a Raúl, sus besos y su forma de amar. Eran recuerdos dolorosos que no hacían más que recrearse en su pesar, pero lo necesitaba. Necesitaba sufrir para empezar una nueva etapa.

No se sentía contenta consigo misma. Había decepcionado a más personas en esos últimos meses que en toda su vida. Era como si de repente ella misma se hubiera convertido en un ciclón que arrasaba todo por donde iba. No había sido consciente de ello hasta ese momento, también era cierto que no lo había hecho con esa intención. Eso no la eximía de su culpa, obviamente, pero de alguna manera aligeraba la carga que se había echado sobre sus hombros. A Raúl lo había decepcionado el primero, y él había estado muy mal. A Arturo, también, dos veces, cuando lo dejó y cuando intentó acostarse con él. Las tornas habían cambiado, y era ella la que estaba profundamente decepcionada con ellos, pero lo peor era la decepción que sentía consigo misma por ser como era y haber actuado de la forma que lo había hecho. No se lo perdonaría jamás. Siempre había sido muy exigente consigo misma, y no tenía la menor idea de en lo que había estado pensando para hacer las cosas tan mal como las había hecho.

Capítulo 42

¡Desesperación!

El jueves a mediodía, el teléfono de la tienda sonó. Nuria lo cogió sin saber lo que esa llamada iba a suponer.

—Nuria Noriega Novias, dígame —contestó con voz cantarina.

—Hola, Nuria, soy Raúl —dijo serio. El cuerpo de ella se tensó al oír aquella voz.

—Hola, Raúl —saludó de nuevo con la boca seca. No se esperaba para nada esa llamada.

—Escúchame, no te llamaría si no fuera importante, y mucho menos después de la conversación que mantuvimos el otro día —afirmó con voz descompuesta.

—Dime, no me asustes —dijo Nuria expectante.

—Estoy en Oslo; como sabes, he venido a la boda de Paula —comentó él poniendo en antecedentes a Nuria.

—Lo sé —dijo ella sin saber a dónde quería llegar.

—He tenido un problema con su vestido. Ella no lo sabe y no sé cómo arreglarlo —explicaba desesperado.

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema? —preguntó Nuria presa del pánico, ¡su vestido no podía estar estropeado!

—Verás, en el aeropuerto me perdieron el equipaje, entre todas mis cosas estaba el vestido. Acabo de recuperarlo, la funda del vestido estaba abierta y el vestido tiene una parte que está rasgada, creo que Paula me matará cuando lo vea, por favor —pedía Raúl suplicando—. ¡Tienes que ayudarme! —decía desesperado.

—¿Cómo quieres que lo haga? Busca una modista allí y le explicas el problema, quizá pueda ayudarte —decía Nuria intentando encontrar la mejor solución, aunque algo le decía que su vestido era inservible. Tanto trabajo, tiempo y esfuerzo tirados a la basura, pensó.

—No conozco a nadie aquí, y si le pregunto a Paula va a sospechar, sabes que es el vestido de su vida. Me ha confiado esto a mí, y si no le llevo lo único que me ha pedido, se va a sentir decepcionada, y yo le habré fallado... —señalaba Raúl realmente desesperado.

—No sé qué decirte, Raúl. Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo puedo hacerlo desde aquí —reconocía Nuria impotente.

—Vente aquí, Nuria, no te preocupes por nada, yo te pago el vuelo, el hotel... todo, de verdad, si no lo haces por mí, hazlo por Paula, por favor —suplicaba agotando su último recurso.

—No lo sé, Raúl. No es por desanimarte, pero igual el vestido no tiene solución. ¿Has pensado en comprar otro allí? —sugirió Nuria.

—Es muy precipitado, no tengo ni idea de dónde ir ni de qué hacer, estoy desesperado, Nuria, de verdad, ¡no sé qué hacer! —volvía a repetir una y otra vez.

—Es difícil. No se me ocurre otra cosa —expresaba ella maquinando.

—Vente, de verdad, no tendré vida para pagarte el favor, ayúdame. ¡Te necesito! —decía como si fuera un náufrago.

—Está bien —contestó Nuria cediendo.

—Muchísimas gracias, Nuria, me pongo con el vuelo ahora mismo; en cuanto lo tenga, te vuelvo a llamar, no te preocupes por nada, de verdad.

—Solo espero poder estar a tiempo y ayudarte. De todas maneras, llevaré otro vestido por si el suyo no tiene solución —dijo Nuria para tranquilizar a Raúl.

—Gracias, de verdad. No sabes lo que esto significa para mí —agradecía Raúl con la voz más calmada.

Nuria se puso a organizar todo, o iba a tener que cerrar la tienda, o le pediría a su hermana que se quedara para evitarlo, eso lo decidiría más adelante. Tenía que preparar todo lo necesario, no sabía el alcance de la catástrofe del vestido de Paula, decidió que llevaría otro de su talla que, aunque no tuviera nada que ver con el diseñado para ella, resolvería la situación en el caso de no poder arreglarlo. A última hora de la tarde, Raúl volvió a llamar. El viernes a primera hora salía el vuelo con destino a Oslo. Era la cosa más imprevista que había hecho Nuria en su vida y aún no se creía lo que iba a hacer, pero estaba orgullosa de su repentina decisión. Por sus novias lo que fuera. No lo hacía por Raúl. Lo hacía por Paula y su gran ilusión de casarse con un vestido diseñado por ella. No quería pensar mucho en las consecuencias personales que todo aquello acarrearía, su misión era otra, era ayudar a Paula. Como siempre que podía, lo tenía todo planeado, iría, arreglaría el desaguisado y volvería. Si Paula no se enteraba de nada, mucho mejor. Sería como que ella nunca había estado allí.

Esa noche, Nuria apenas durmió. No hacía más que darle vueltas al asunto. No se reconocía. No había pensado en las consecuencias de sus actos y eso era demasiado hasta para ella. La voz desesperada de Raúl, la decepción y la desilusión que se llevaría Paula si su vestido no estaba listo eran más fuertes que todo lo demás. Nuria lo hacía por ella, porque no quería que tuviera un mal recuerdo de ese día tan especial y porque, al igual que Paula, ella tenía tanta ilusión que haría todo lo que estuviera en su mano para que saliera todo bien.

Preparó una maleta con algo de ropa, lo mínimo imprescindible, ya que arreglaría el vestido y regresaría. Si Paula no se enteraba de que ella estaba allí, mucho mejor, así evitaba dar explicaciones. En la maleta también metió un vestido de novia de la colección *Estrellas*, la primera colección completa que dibujó inspirada en el fin de semana que pasó con Raúl. Al guardarlo con extrema delicadeza, no pudo evitar sonreír por todo lo que significó en su día. Era un vestido que se parecía un poco al que había diseñado para Paula. Conocía sus preferencias y gustos y quería que, si finalmente tenía que ponérselo, se encontrara cómoda. Era lo más similar que tenía. Con tan poca antelación era imposible hacerse con otro vestido. Metió su set de costura, dejando las tijeras en casa, porque seguro que en el

aeropuerto se las requisarían, un trozo de retal que tenía de la misma tela que el vestido de Paula, por si tenía que realizar un parche de emergencia, su bolsa de aseo y poco más.

Capítulo 43

En Noruega

Nuria tuvo que hacer malabares para llegar a tiempo. Había dormido realmente mal y por poco no llega al aeropuerto. Embarcó sin problema y se subió al avión que en aproximadamente cuatro horas la llevaría a Noruega. El viaje no fue malo, pero Nuria cada vez se impacientaba más y más. Se le ocurrió sacar su bloc, intentaría dibujar algo para relajarse y olvidarse de que aún tenía unas cuantas horas de vuelo por delante.

Buscando una hoja limpia para comenzar su boceto, vio el dibujo que en su día le había hecho Raúl. Un dibujo de cómic que era ella. No entendía cómo ese retrato seguía allí, había estado tentada muchas veces a romperlo, pero al final nunca lo hacía. Se quedó observando el dibujo. No tenía nada que ver con los suyos, pero reconocía que Raúl tenía talento. Recordó que en alguna ocasión él le había confesado que le gustaría ser ilustrador, dibujante de cómics o algo así. Si él hubiera perseguido su sueño como había hecho ella, quizá ya estaría en la misma situación laboral que ella, haciendo realmente lo que le gustaba. Pero ella no sería la que le dijera que persiguiera sus sueños. Muchas personas tenían sueños inalcanzables, sabían que lo eran y por

eso no luchaban por conseguirlos, era un aliciente para seguir adelante, pero nada más. Ella no pensaba así para nada. Los sueños serían sueños, pero siempre y cuando no fueran muy descabellados o estrambóticos se podían conseguir, y si no, que se lo preguntaran a ella.

El vuelo llegó al aeropuerto de Oslo sin retraso. Nuria solo esperaba que Raúl estuviera allí. No conocía el lugar, ni el idioma, ni a nadie más que a él. Estaba empezando a entrar en pánico solo de imaginar todo lo que podría pasar si Raúl no iba a buscarla. Se había fiado de su palabra sin realmente pensar en nada más. Esperaba que aquello no fuera una broma macabra.

Nuria recogió su maleta sana y salva. Se giró. No había nadie esperándola. Los muchos desconocidos que la habían acompañado durante el vuelo se iban disipando, se iba quedando sola. No los conocía de nada, pero se había sentido arropada por ellos durante al menos cuatro horas. En esos momentos se iba sintiendo cada vez más desvalida. Los nervios se apoderaron de su estómago. No podía creerlo. No había nadie para recogerla. ¿Cuál sería el siguiente paso? Matar a Raúl si lo volvía a ver alguna vez en su vida.

Vio a Raúl llegar corriendo. Iba muy apurado.

—Gracias, gracias, gracias —decía sin aliento abrazando a Nuria desesperadamente.

—De nada —contestó ella abrazándose a él.

Ese abrazo, aunque sabía que no significaba más que la gratitud porque estaba allí ayudándolo con el problema del vestido, Nuria lo recibió como algo más. Sería sufrir innecesariamente e imaginar que significaba otra cosa, en definitiva engañarse a sí misma, pero se quedaba con eso. Con esa sensación reconfortante de estar rodeada por los brazos de Raúl. Nuria suspiró y se tranquilizó, sus nervios habían desaparecido de su estómago.

—Perdona el retraso, no podía deshacerme de mi hermana —confirmó Raúl excusándose por la tardanza.

—No pasa nada —contestó Nuria siguiendo la dirección marcada por los pasos de Raúl.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? Ha sido todo tan precipitado que... —comentaba Raúl resoplando.

—Bien. Ayer organicé todo con mi hermana. Ella se queda en la

tienda, para no cerrar —explicó Nuria.

—Pues no sé si habrá sido buena idea —afirmó Raúl, metiendo a Nuria el miedo en el cuerpo.

—¿Por qué dices eso? —lo inquirió.

—Imagínate que va una novia muy clásica a buscar un diseño exclusivo para su día y abre tu hermana la puerta, con su pelo azul y su ropa extravagante —explicaba Raúl riendo.

—Y que me lo digas tú... tiene su gracia. Se supone que soy yo la que solo se deja llevar por las apariencias —dijo atacándolo de forma directa. No sabía por qué había reaccionado así, pero lo había hecho.

—Solo con los que no conoces, a tu hermana la conoces bien y confías en ella, aunque fuera vestida con un vestido de época y con una chupa de cuero encima, la querrías —aseguró Raúl evitando el enfrentamiento.

—Eso es verdad —dijo Nuria.

—Tengo el coche allí —señaló él—. Ha sido difícil explicarle a Paula por qué me iba y por qué no tenía aún su vestido en su casa. Tengo todo en el hotel —decía Raúl exponiéndole un poco la situación.

—Estará nerviosísima, es lógico que quiera saber —confirmó Nuria, que sabía cómo se ponían las novias las horas previas a su boda. Se volvían insoportablemente volubles, igual lloraban que reían, y todo debido a los nervios del momento.

De camino al hotel, Raúl intentó explicarle a Nuria cómo estaba el vestido. Ella estaba horrorizada por lo que oía, era mucho peor de lo que había imaginado. Hasta que no llegaron a la habitación, no pudo cerciorarse del alcance del desastre. Subieron al cuarto que tenía Raúl reservado. Nuria sintió miles de mariposas en su estómago. Esa habitación era como él. Estaba algo desordenada, olía a su perfume, pero había algo mágico en esta. Aunque en otro momento de su vida estaría horrorizada, estar allí le gustaba. No era más que una habitación de hotel, no difería mucho de otra habitación de hotel de otra ciudad, pero notaba algo allí que la atraía profundamente. Sería, tal vez, el toque de Raúl. Él había convertido ese espacio más o menos grande en algo acogedor y muy suyo. Podría decirse que lo había convertido en un hogar momentáneo, cosa que aún no había conseguido ella en su casa. Le seguía resultando fría y poco acogedora.

El vestido de Paula estaba colgado en la parte alta de la puerta que daba al baño. Era la mejor manera de que no se arrugara, aunque era inevitable que estuviera algo recogido en la parte baja. Nuria dejó su maleta y fue directa al vestido, como atraída por un imán. En apariencia, todo estaba bien. Lo iba revisando con cuidado, todas las costuras, los botones, el cinturón. Todo era todo, parecía como si estuviera buscando algo en extremo diminuto entre las costuras del vestido. Nuria se esperaba un traje hecho girones, deshilachado y sucio. Raúl, a su lado, le mostró la parte que estaba rasgada. La tenía perfectamente localizada. No era tan malo como ella había pensado. Se podría disimular, pensó Nuria; eso sí, iba a hacer que el vestido se ciñera más aún en la parte baja. No sería tan cómodo, pero no veía otra solución.

Descolgó la prenda y se puso manos a la obra. Para ello contó con la ayuda de Raúl, que asistía a Nuria como si fuera un enfermero y ella, la doctora. Nuria pidió alfileres mientras daba la vuelta al vestido. Necesitaba una máquina de coser, pero no disponía de ninguna, así que tendría que hacerlo a mano. Cuánto agradecía a su madre, en momentos como ese, haberle enseñado a coser y muchas tantas otras cosas útiles. Una cosa era diseñar la ropa y otra distinta confeccionarla. Nuria sabía hacer ambas cosas y reconocía que le resultaba mucho más fácil diseñar que confeccionar. Para ella, el diseño era algo que le salía de forma natural, su mano fluía sobre el papel. Era fácil. Hacer realidad esos dibujos era por completo diferente; las modistas y sastres no eran lo suficientemente valorados en sus profesiones, eso era algo que reivindicaba ella siempre que alguien se quejaba del precio de un vestido. Todo el trabajo que llevaba no era solo el diseñarlo, era muchísimo más. Sus vestidos costaban lo que costaban para poner en valor el trabajo suyo el primero, y el de sus compañeras. Sin ellas su trabajo no valía nada. Juntas formaban un equipo que hacía que todo saliera bien.

Raúl se fue a comprar unas tijeras, Nuria las necesitaba sí o sí. Algo de hilo —lo que ella había llevado no era suficiente— y una plancha. Quería dejar el vestido perfecto para el día siguiente. Ni siquiera pararon a comer. Nuria tenía mucho trabajo por delante. Arregló la parte desgarrada, pero tenía que compensar el tramo que había metido a mayores por el otro lado. Así que el trabajo se

multiplicaba por dos. La tela era extremadamente fina y delicada, por lo que las puntadas tenían que ser precisas e imperceptibles para que quedara lo mejor posible. Todo ello sin probar el vestido a Paula. Eso era un inconveniente, pero Nuria llevaba en sus anotaciones las medidas de la novia, comprobaba con el metro, cavilaba y continuaba cosiendo. Ella esperaba que le sirviera. Tenía el plan B que era el otro vestido, pero si podía evitarlo y llegar a tiempo, llevaría su diseño. Ese era perfecto para ella. Era su vestido.

Capítulo 44

No tendré vida para agradecerte

Nuria estaba terminando de planchar los dos vestidos cuando apareció Raúl en la habitación. Se había pasado todo el día entrando y saliendo. Comprando lo necesario para Nuria y acompañándola en silencio mientras ella hacía el trabajo duro. Llevaba una bandeja con comida. Nuria no había probado bocado y se la veía cansada.

—¡Ha quedado maravilloso! —decía observando el vestido recién planchado.

—La verdad es que parece que no ha pasado nada, pero me ha costado —confirmó moviendo el cuello de un lado a otro para intentar aligerar un poco la tensión de sus músculos cervicales.

—Muchas gracias, Nuria. Cuando pase todo esto, se lo contaré a Paula. Si se lo digo ahora me matará —dijo riendo nervioso.

—No es para menos —contestó ella más tranquila por saber que todo estaba solucionado.

—Vamos a cenar, no has probado bocado en todo el día —ordenó él.

—No tengo demasiada hambre, el ajetreo y los nervios de no saber si iba a poder tenerlo listo me han quitado el apetito —explicó

Nuria.

—Salmón marinado, no puedes estar en Noruega y no probarlo —decía él.

—Pues probemos —aceptó Nuria incómoda.

Había estado genial con Raúl durante todo el día, el trabajar juntos mano a mano había sido la prueba de fuego, pero cuando no había nada entre ellos que los mantuviera atentos era diferente. La situación había cambiado por completo. De repente no sabía cómo actuar, qué decir ni qué hacer. La confianza que había tenido con Raúl en las horas previas ya no existía. No quería dar pie a una nueva equivocación, quería mantener las distancias; sin embargo, tampoco sabía cómo hacerlo sin parecer una borde o una desagradecida.

Parecía que no, pero Nuria se dio cuenta de que tenía más hambre de lo que aparentaba. Comió el salmón, que estaba delicioso, acompañado por una cerveza, mientras intentaba llevar una conversación más o menos correcta con Raúl.

—Muchas gracias, Nuria, por lo que has hecho, no tendré vida para agradecerte esto —dijo él apartando su plato de delante.

—Lo he hecho por Paula. Sé lo que significaba esto para ella, no quería que recordara este día como algo triste si lo podía evitar —confesó ella moviendo los hombros. Estaba siendo sincera al cien por cien.

—Es fácil querer a Paula —admitió Raúl para sí mismo, aunque lo dijo en voz alta.

—Sí, la verdad. Vuestra historia, cómo echaba de menos a tu madre y que tú la cuidabas aunque fuera en la distancia... esas cosas me conmovieron —dijo Nuria sincera.

—A veces habla demasiado —gruñó tímido.

—Se desahogó, nada más —contestó Nuria excusándola.

—Supongo —dijo Raúl pensativo.

—Mañana todo saldrá genial —afirmó ella intentando animar el ambiente que se había vuelto demasiado emotivo.

—¡Eso espero! —espetó él.

—¿A qué hora sale mi vuelo? —preguntó distraída.

—No he cogido billete de vuelta —contestó Raúl cerrando los ojos y apretándolos como si así pudiera desaparecer. Sabía que había desatado la tormenta.

—¡¿Cómo?! —gritó Nuria fuera de sí.

—Se me ha pasado, de verdad, Nuria..., escucha, con todo esto del vestido, pues... me he centrado en que venías y no me he preocupado de nada más —empezó a justificarse Raúl muy nervioso.

—Ahora mismo te pones a buscarme un vuelo para volver a España, ¡cueste lo que cueste! —dijo ella levantándose de mala gana y yendo al baño.

El momento de tranquilidad vivido durante la cena se había esfumado. Nuria no entendía cómo Raúl era así, tan despistado, tan poco responsable. Definitivamente la sacaba de sus casillas. Tal y como había pedido Nuria, Raúl se puso a buscar vuelo, sobre todo si quería conservar su integridad física. Ella no había dicho nada más, pero Raúl se temía que, como no encontrara vuelo con rapidez, todos los invitados de la boda de su hermana iban a acudir a un funeral, y ese no iba a ser otro más que el suyo. Todo era demasiado precipitado. No iba a tener conexión posible, pero haría lo que estuviera en su mano. No le quería fallar a Nuria por nada del mundo y mucho menos después de todo lo que había hecho por él y por Paula.

—¿Y bien? —dijo Nuria poniéndose de brazos cruzados detrás de Raúl.

—Estoy en ello, Nuria, aunque no va a ser fácil. No es un destino muy común —afirmó con cautela.

—Tan pronto como se pueda —volvió a decir más enfadada cada vez.

—El primero disponible es el domingo a las once de la mañana —respondió Raúl.

—¡Pues ese, reserva ya! —sentenció Nuria.

—Casi lo tengo, déjame... listo, tu vuelo con destino a España sale el próximo domingo a las once de la mañana —confirmó Raúl.

—Muchas gracias, ahora dime cuál es mi habitación, quiero irme a dormir —pidió Nuria agarrando con determinación su maleta.

—Eh... bueno... me ha pasado un poco como con el vuelo... no he reservado... pero ahora mismo bajo a recepción y les digo que necesito otra habitación —dijo Raúl anticipándose a la petición de Nuria.

—Estás tardando —sentenció ella sentándose sobre la cama. No quería perder los nervios, pero todo se conjuraba para que así fuera.

Nuria se tiró sobre la cama a la espera de que Raúl volviera.

Estaba realmente cansada. Él volvió a los diez minutos. Estaba abatido. En cuanto Nuria vio su cara, supo que algo no iba bien.

—No hay habitaciones libres —confirmó—. Los invitados a la boda ocupamos casi todo el hotel. Ahora mismo me voy a otro y te dejo mi habitación —dijo Raúl preparando algo de ropa.

—Da igual —admitió Nuria cediendo. Estaba cansadísima. No quería tampoco que Raúl anduviera de un lado a otro.

—¿Qué? —preguntó él para confirmar que había oído bien.

—Que dormimos aquí, ya está. Tú mañana tienes que estar bien para la boda de tu hermana, no quiero que estés de acá para allá —dijo Nuria levantándose de la cama. Los cambios de planes nunca le habían gustado, pero tendría que lidiar con otro más. Parecía que era lo único que realizaba desde hacía algún tiempo.

—De verdad, Nuria, que no pasa nada, me voy.

—¡Ya! —espetó levantando la voz—. ¡No quiero discutir! Dormimos aquí. Asunto concluido —sentenció Nuria con voz autoritaria.

Nuria fue al baño, se puso el pijama y se metió en la cama. Poco le importaba lo que hiciera Raúl. Al rato notó cómo la cama se hundía a su lado. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Tener a Raúl cerca de ella había provocado esa reacción.

Capítulo 45

Noche muy larga. Día feliz

Nuria cayó en un sueño profundo casi de inmediato. Estaba cansada y no quería pensar que a su lado dormía Raúl. No tenía muy claro si lo había soñado, era realidad o lo había deseado tanto que parecía que Raúl la abrazaba. No tenía fuerzas para eso. Quería que terminara el sábado y que llegara el domingo para volver a casa y a su rutina diaria.

Durante la noche se dio la vuelta y notó alguien a su lado. Sin duda era Raúl. Pensó en dejarse llevar, como siempre le pedía su hermana y el propio Raúl en alguna ocasión, pero no se atrevió. Además sabía que si lo hacía se iba a sentir culpable e iba a sufrir más si era posible. Era como si acostarse otra vez con Raúl placara su deseo por él de forma momentánea; sin embargo, eso haría que su herida cada vez fuera más profunda. Era un tenerlo y no tenerlo. Así que, como casi siempre, su mente le dictó lo que era mejor. No debía hacerlo.

Raúl pasó casi toda la noche en vela. Para él era una tortura tener a su lado a Nuria sin que sucediera nada. El hecho de tenerla a su lado era reconfortante, pero sus instintos eran otros. Tampoco la quería

confundir, en la conversación que mantuvieron le dejó muy claro que no buscaba nada con nadie, que estaba muy bien como estaba; y por lo poco que conocía a Nuria, ella se pensaría lo que no era y eso acarrearía problemas. Pero también era un hombre, se sentía atraído por ella, tenía sus necesidades e iba a ser difícil controlarse. Se levantó varias veces, fue al baño, bebió agua, se volvió a acostar, daba vueltas, la abrazó en un acto involuntario, volvió a levantarse. No veía el momento de que sonara el despertador, y ocurrió cuando Raúl estaba en su mejor sueño. Se despertó. Nuria también lo hizo.

—Buenos días —dijo él levantándose.

—Buenos días —contestó Nuria.

—Me ducho y voy a llevarle el vestido a Paula, estará impaciente —confirmó él.

—Mejor llévale los dos por si acaso el suyo no le sirve —aconsejó Nuria de forma previsora.

—Sí, tienes razón, aunque me preguntará por qué tengo dos vestidos, es muy lista y no se le escapa una —dijo él pensativo.

—Te lo he regalado yo —improvisó Nuria en tono neutro—, no tienes por qué mentir. Será mi regalo de boda; así, si quiere, puede cambiar de vestido.

—Así lo haré. Muchas gracias —contestó Raúl yendo al baño.

Después de una ducha rápida, él entró de nuevo en la habitación, Nuria se había vuelto a quedar dormida. Le extrañaba, pero así era. Durante el tiempo que había durado la ducha, había pensado en llevarse a Nuria con él para que supervisara el vestido con Paula, pero ya no era posible. Dejaría que ella durmiera. Salió con sigilo de la habitación cargado con los dos vestidos de novia.

A las once de la mañana, Raúl apareció de nuevo en el hotel. Tenía el tiempo justo para cambiarse de ropa e ir a la boda de su hermana.

—¿Se puede saber qué haces así todavía? —preguntó Raúl al ver a Nuria sobre la cama mirando la televisión noruega.

—Así ¿cómo? —preguntó ella.

—No llegamos a tiempo a la boda —dijo él apurado.

—No llegarás tú —contestó ella.

—Nuria, no voy a dejarte sola y encerrada aquí todo el día. Vienes conmigo —sentenció Raúl quitándose sus zapatillas.

—No me han invitado, y además no pinto nada en esa boda. He venido a echarte una mano, nada más. Nadie sabe que estoy aquí y así va a seguir siendo —contestó ella muy segura de sí misma.

—¡Te invito yo! —dijo de repente—. No habrá problema; además, a mi hermana la encantará que estés aquí —continuó Raúl quitándose los pantalones.

Nuria miraba alucinada. Él no sentía ningún tipo de pudor. Se estaba desnudando delante de ella como si tal cosa. No sería la primera vez que lo veía desnudo, pero todo era tan natural que la abrumaba.

—Estaré bien, tú disfruta de la boda; además, aunque quisiera no podría ir. No tengo ropa adecuada para la ocasión —confirmó Nuria sabiendo que así se salía con la suya. Si algo la caracterizaba era su coquetería, no podía ir vestida de cualquier manera a una boda. Eso era inconcebible para ella.

—En eso te equivocas —respondió Raúl. Este le tendió una bolsa de papel. Dentro había algo—. Te lo he comprado para ti. Sabía que me ibas a poner esa excusa, ya te voy conociendo un poco —dijo devolviéndole la contestación de forma airosa.

Nuria abrió la bolsa de papel que tenía impreso el nombre de la boutique: dentro, y envuelto en un papel de seda delicadísimo de color azul celeste, había una prenda de un tejido precioso. Nuria la sacó con extrema delicadeza, ni siquiera llegó a romper el papel que la envolvía. La extendió y vio que era un vestido. Tenía un estampado de grandes flores sobre un fondo negro. Realmente era elegante y muy de su estilo. Cuerpo ceñido, un cinturón de la misma tela que el vestido, era un modelo sin mangas, falda abullonada hasta la rodilla, tela brillante y muy suave. Era un bonito diseño.

Mientras Nuria observaba el vestido, Raúl se iba vistiendo. Llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata. Ella lo miró. Nunca jamás se hubiera imaginado a Raúl vestido así, pero lo cierto era que estaba muy guapo.

—Me tendrás que ayudar con la corbata —pidió él tímido—. Es la primera vez que me pongo una —confirmó riendo.

—No hay problema —dijo ella.

Nuria se aproximó hasta Raúl. Saltaban chispas entre ellos. El leve aroma que él emanaba invadía las fosas nasales de ella. Nuria bajó la

mirada para centrarse en el nudo, era mucho mejor así. Si alzaba la vista no iba a poder contenerse, y eso no era bueno para ella. Raúl observaba a Nuria. No se hablaban, no se miraban, pero una corriente eléctrica corría a través de sus cuerpos cuando estaban tan cerca.

—¡Lo tienes! —confirmó ella.

—Cámbiate o llegaremos tarde, para una vez que voy a ser puntual en mi vida... —afirmó Raúl riendo.

Nuria entró al baño. Ya se había duchado, nada más era ponerse el vestido. Parecía que era de su talla. En efecto, Raúl había acertado de lleno. Se recogió el pelo en una coleta alta, se maquilló y salió. No tardó demasiado tiempo, estaba acostumbrada a hacerlo a diario, aunque se había esmerado un poco más con el maquillaje, la ocasión lo merecía. Raúl estaba mirando a su móvil cuando ella salió descalza pero perfectamente vestida.

—Estás preciosa, Nuria —dijo él con la boca abierta.

—Gracias —contestó Nuria ruborizándose.

—Te falta esto —agregó Raúl enseñándole una caja de zapatos.

Él había pensado en todo. No era tan despistado como parecía. Tenía unos detalles muy bonitos. Quería que ella se sintiera cómoda y bien. Si de alguna manera la obligaba a estar en la boda de su hermana, era lo menos que podía hacer.

Raúl se aproximó hasta donde estaba Nuria, se arrodilló. Sacó un zapato de la caja y con mucho mimo se lo ofreció para que ella metiera su pie en él. Ella así lo hizo. Se sentía como Cenicienta en esos momentos, como la protagonista de un cuento de hadas. La situación hizo que riera como una niña. Raúl repitió la operación con el otro zapato. Cuando todo terminó, él se levantó, sonrió a Nuria y habló.

—¿Nos vamos? —preguntó ofreciéndole su brazo.

—¡Nos vamos! —contestó ella.

Nuria estaba encantada, no sabía muy bien por qué, pero estaba contenta. Iba a ir a una boda a la que no estaba invitada, en un país del que solo conocía el aeropuerto y una habitación de hotel. Llevaba un vestido nuevo que ni siquiera se había probado antes y unos zapatos espectaculares que no le hacían daño, iba agarrada del brazo de un hombre que no correspondía su amor, pero parecía que nada le importaba. ¿Qué estaba sucediendo en su cabeza? Días antes, todas esas vivencias y circunstancias la habrían sacado de sus casillas. Ni

siquiera se habría prestado a ello, pero por alguna extraña razón allí estaba, y lo mejor de todo era que se sentía bien, se sentía viva.

A veces el no tener todo preparado y dejar que todo fluyera no era tan malo. Raúl así se lo había enseñado y no podía quitarle la razón. Todo aquello tenía su punto.

Capítulo 46

Boda noruega

A las doce de la mañana, Paula entraba en la iglesia después de que lo hubiera hecho Mats, su novio. Se habían conocido en la universidad. Lo suyo había sido amor a primera vista; y aunque eran muy jóvenes, lo tenían muy claro. Se casaban porque se querían, porque deseaban una vida juntos y tener muchos niños.

La iglesia era un pequeño edificio de madera de estilo sencillo y acogedor. Todo estaba muy limpio y adornado de forma cuidada y romántica.

Mats estaba nerviosísimo. Llevaba un traje de color gris oscuro, un chaleco en un tono gris perla al igual que la corbata. Iba acompañado por un muy buen amigo, el que hacía las veces de padrino. Paula lo hacía con Merche, amiga con la que había ido a Noruega a disfrutar de su beca Erasmus y que había vivido de primera mano toda esa historia de amor. Las dos amigas se miraban y se reían. Era una sonrisa pícara, pero también denotaba nervios.

Raúl estaba en la primera fila de bancos de la iglesia, acompañando a su padre y a su nueva pareja. Al otro lado del pasillo, y también en primera fila, estaban los padres de Mats y sus hermanas

con sus respectivas parejas. Todo era muy emotivo. El resto de los bancos estaban ocupados por familiares y amigos. Nuria se quedó en la parte trasera. No quería figurar en ningún sitio especial. Las flores elegidas por Paula para decorar con sencillez la iglesia eran unas que Nuria jamás había visto, parecían peonías, pero no estaba segura. Tenían tonos blanco y rosa pálido en pequeños *bouquets*. Algo muy sencillo.

Paula iba espectacular, el vestido que había diseñado Nuria no dejó indiferente a nadie. Además, ella lo sabía, en cuanto Paula salió del coche oyó suspiros de admiración. Sabía que su trabajo era bueno, pero también era gratificante oír que a personas ajenas a todo aquello y a ella les gustara. Como pidió Paula, el vestido era de manga larga, tenía una inspiración medieval o incluso nórdica, ese era un guiño al país donde vivía y a su novio, se ceñía a su cuerpo más aún con los retoques de última hora que tuvo que hacer Nuria. El cinturón se ajustaba a su cintura, era estrecho y llevaba una tira vertical más ancha en el centro que llegaba hasta el suelo. El dibujo del cinturón tenía la misma filigrana de hojas y flores bordadas en hilo de plata que el tocado que llevaba Paula en la cabeza y que había pertenecido a su madre. Nuria lo había modificado para que fuera más actual, había desmontado el original haciendo que dos horquillas fueran el resultado de aquello. La novia llevaba una colocada a cada lado de su recogido. Estaba realmente bella. En las manos sostenía un ramillete de flores parecidas a las que había en la iglesia. No era demasiado grande y combinaba a la perfección con el vestido.

La boda fue muy alegre, había música de violines, y todo fue muy emotivo. Nuria no entendía el idioma, pero notó que lo que allí se respiraba era verdadero amor. Todo era tan romántico que sintió un poco de envidia. Eso quería para ella. Algún día ella viviría esa misma situación. No sabía cuándo ocurriría todo eso, pero que se iba a casar lo tenía claro.

El momento en el que estuvo tentada de ir a abrazar o, por lo menos, a darle la mano a Raúl, fue cuando mencionaron a la madre de ambos. Paula lloraba desconsoladamente, miró a su hermano, que también lo hacía, pero le tiró un beso para animarla. Nuria no pudo evitar emocionarse también. Que las horquillas que llevaba en el pelo y el cinturón fueran un homenaje a su madre fallecida fue un gran

acierto, de alguna manera ella estaba presente en esos detalles. Después de tanta emoción contenida, llegó el intercambio de anillos. Ese era un momento muy especial para los novios. Era la manera de sellar su amor. De poner el broche final a toda la ceremonia. El ambiente se relajó, Mats no era capaz de encajar el anillo en el dedo de Paula y eso hizo que esta tuviera un ataque de risa, contagiando a todos los asistentes con su espontaneidad.

Los novios salieron de la iglesia convertidos en marido y mujer. Fueron recibidos por todos los asistentes que los esperaban soplando a través de un círculo impregnado en jabón para hacer burbujas. Nuria estaba encantada, y es que lo que se vivía en una boda eran momentos mágicos para ella.

Paula vio a Nuria entre los asistentes, la abrazó y le dio las gracias por asistir. La novia no sabía muy bien por qué estaba allí, pero se alegraba de que así fuera. Nuria no sabía qué decir, nada más la felicitó por su boda al igual que a Mats. En cuanto salieron de la iglesia, Raúl acudió a acompañar a Nuria. Ella no conocía a nadie y no quería que se sintiera fuera de lugar. El ambiente era más distendido, y el inconveniente del vestido había sido salvado. Todos estaban más tranquilos. Sobre todo Nuria, que hasta que no vio a Paula llegar vestida con su diseño perfectamente encajado en su cuerpo no suspiró aliviada.

El convite fue en un restaurante cercano. Todo el mundo comía y bebía; a diferencia de las bodas a las que Nuria había asistido, allí era bufet libre, cada uno elegía lo que quería comer, se levantaba de su sitio y cogía lo que quería. Había una mezcla entre comida noruega y española. No podía faltar el salmón, bacalao e incluso ballena y mariscos, quesos y carne. Por la parte española, el jamón, embutidos y, sobre todo, vino. Para sorpresa de Nuria, los noruegos eran personas muy alegres y divertidas, aunque el bullicio formado por los españoles era notorio. Todos hablaban en tono muy alto e incluso arrancaban a cantar en medio de la comida. Una costumbre que Nuria desconocía y que le pareció muy emotiva fueron los discursos. Quien quería se levantaba y empezaba a hablar a los novios. Les deseaban felicidad e incluso contaban anécdotas divertidas. Nuria no entendía, pero una amiga de Paula le estuvo traduciendo durante todo el tiempo lo que podía captar. Raúl se atrevió también a desear lo mejor a su

hermana. Habló de ella, de sus peleas cuando eran pequeños, no pudo evitar hacer un guiño a su madre, aunque de forma divertida, hubo también amenazas para el marido de Paula, ya que si no se portaba bien se las vería con él, dijo serio, aunque todo era una broma. Raúl terminó con un «lo más lejos a tu lado, hermanita. Te quiero». Nuria no pudo contener las lágrimas cuando escuchó aquello. Realmente el amor entre Raúl y Paula era infinito. Y él, muy valiente, lo había dicho en alto delante de todas esas personas. Pocos le habían entendido, pero solamente con el tono de voz, las miradas y el abrazo que se dieron los dos hermanos era suficiente.

El momento de la tarta fue increíble también, los novios cortaron la *kransekake,* que era la típica tarta que se servía en las bodas, estaba elaborada a base de crema, queso y sirope. Después, todos los invitados comieron un trozo.

El ambiente era muy distendido, la mayor parte de los invitados eran jóvenes de la misma edad que Paula y Mats, y los más mayores estaban bastante animados.

Después del convite, había organizado un baile, que lo abrieron los novios. Bailaron un tema de Michael Bublé, *Close Your Eyes*, era una canción tan romántica y llena de significado que a Nuria eso la emocionó. El cantante y la balada elegida eran maravillosos. Era uno de sus intérpretes favoritos, y más romántico no podía ser. Después del baile de los novios todo cambió, la música se volvió más movida y todos se animaron a bailar. Los invitados reían, bailaban y lo pasaban bien. Nuria observaba, se sentía, a veces, un poco fuera de lugar. Miraba la escena como fuera de ella. Cuando eso ocurría, rápidamente iban a su rescate, algún amigo de Mats o de Paula la sacaba a bailar. Ella no se atrevía a negarse, así que no tuvo más remedio que bailar con unos y con otros. No podía decir que se lo estuviera pasando mal.

En el restaurante había una zona en la que los invitados podían hacerse fotos para que los novios las vieran más adelante y tuvieran un recuerdo divertido de su día. Había sombreros, boas de plumas, bigotes postizos, gafas, marcos de diferentes temáticas... varios elementos para hacer las fotos más divertidas. Todos los invitados pasaban por esa zona en algún momento de la noche, incluso varias veces. Los novios, incluidos. Raúl cogió a Nuria de la mano y la llevó hasta allí.

—Vamos a tener un recuerdo de este día —dijo él. Raúl estaba bastante borracho. No había hecho mucho caso a Nuria durante todo el día, pero ella lo agradecía.

—Creo que no es buena idea —contestó ella.

—Mira, sí —añadió Raúl poniendo a Nuria una boa de plumas en su cuello. Era morada y no combinaba para nada con su vestido, pero de eso se trataba, de hacer un poco el ridículo. Él se puso un bombín, miraron a la cámara y el fotógrafo los inmortalizó haciendo el idiota.

Dejaron todo a un lado para que los siguientes en fotografiarse tuvieran su espacio. Esa zona era un continuo ir y venir de gente divirtiéndose. Sin duda, Paula y Mats pasarían un rato muy agradable viendo las fotos de su boda.

—Nuria —dijo Raúl sin soltarla de la mano.

—Dime —contestó ella suspirando.

Raúl ya no habló más, la agarró por la cintura y la besó. No pudo evitarlo, y ella se dejó. Llevaba tiempo deseando los besos de Raúl. No podía negarlo más. El estar tan cerca de él y no obtener su atención era un suplicio para ella. Prefería mantener las distancias con él por lo que pudiera pasar, pero en realidad estaba deseando que algo pasara entre ellos. Sin dudarlo ni un momento y ante la situación que estaba viviendo, Nuria entendió que Raúl era el hombre con el que quería estar, independientemente de todo lo que no encajaba en su ordenada vida. Siguieron besándose durante unos segundos más. Los dos estaban muy a gusto. Tenían conexión. Sin embargo, la cordura que siempre había tenido Nuria la devolvió a la cruel realidad al darse cuenta de que él no quería nada serio. Sería un juguete en sus brazos durante esa noche y sufriría después, pero no le importaba. Se conformaría con eso. Estaba disfrutando tanto de aquel beso que no quería que terminara nunca.

El beso continuó. Fue largo, prolongado y muy apasionado. Los que pasaban por allí silbaban o gritaban al verlos enredados el uno con el otro. Nuria jamás había estado tan expuesta, siempre había sido muy discreta, aunque tal vez el saber que nadie la conocía y que había bebido algo que no sabía muy bien lo que era facilitaba las cosas. Estaba haciendo justamente lo que quería hacer. Nadie podía negárselo. Ese momento era suyo. Lo atesoraría para siempre en su mente y en su corazón, aunque él desapareciera de su vida.

Raúl se desprendió de ella.

—Lo siento, Nuria, estoy muy borracho, me da todo vueltas si te sigo besando... —dijo sincero.

—No pasa nada —contestó ella un poco dolida.

Sentirse rechazada era duro, aunque era lo mejor, la verdad por delante. Las verdades cuanto antes mejor. Dolían en un instante, pero después se pasaba.

Él volvió a cogerla de la mano y la llevó al salón donde todos bailaban. Como si nada hubiera pasado, volvieron hasta donde estaba la mayor parte de los invitados. Nuria se puso a bailar, no podía hacer otra cosa. No era plan de apartarse y sentarse en una silla, aislada de todo como si fuera un ser inanimado. Ella sabía que no debía hacerlo, se amoldaba a la situación aunque le costara. No recordaba haber bailado tanto en su vida, y eso hacía que se lo estuviera pasando genial.

A las cinco de la mañana, Nuria quería volver al hotel, necesitaba dormir algo para después coger su vuelo. Buscaba a Raúl, pero no lo veía por ninguna parte. ¿Cómo volvería al hotel a recoger sus cosas? ¿A quién se lo pediría? Llamaría a un taxi. No tenía otra alternativa. Por fin vio a Raúl. Estaba descamisado, ni rastro de su americana ni de la corbata, bailaba con la nueva pareja de su padre. Nuria se acercó a él. No quería romper el momento, pero necesitaba irse. Raúl la vio acercarse, le sonrió. La canción terminó, y amarró a Nuria para bailar la siguiente con ella.

—Raúl, venía a decirte que me voy a ir al hotel. Quiero descansar un poco antes de coger el avión —dijo ella acomodándose en el pecho de Raúl. Se balanceaban al son de la música y estaba encantada de compartir ese momento tan íntimo con él. Se había sentido rechazada después del beso y se estaría conformando con las migajas que Raúl le daba, pero quería atesorar en su mente muchos pequeños momentos como esos vividos con Raúl. Así podría rememorarlos una y otra vez en su cabeza. Tantas veces como quisiera sin molestar a nadie.

—De eso nada. He dicho que yo te llevaba al aeropuerto y yo te llevo —confirmó serio, aunque era evidente su estado.

—Estás bastante borracho, Raúl, lo mejor es que me vaya sola —insistió Nuria.

—De aquí a que se haga la hora de llevarte al aeropuerto —dijo

intentando ver la hora que marcaba su reloj— se me habrá pasado, lo prrroooommmmeeeettttooo —expresaba con la lengua trabada.

—No me importa, de verdad, puedo ir sola —repetía Nuria.

—Que no insistas, yo te llevo. Ahora vamos a bailar, pero no me des muchas vueltas que me mareo —pedía él volviendo a amarrar a Nuria fuertemente.

El baile continuó, Raúl pisó unas cuantas veces a Nuria, pero ella reía. Los dos estaban bastante tocados y eso hacía que todo importara menos.

Sobre las siete de la mañana, Paula, que también iba demasiado afectada por el alcohol, se puso a repartir pedazos de queso a los invitados. Llegó el turno de Nuria.

—¿Qué significa esto? —preguntó Nuria intrigada.

—Es una tradición noruega, indica que es hora de irse —dijo ella como pudo.

—Ah, entiendo —contestó Nuria, que llevaba horas queriendo irse de allí. Temía perder el vuelo y quería descansar.

—Pero no te creas, la fiesta acaba aquí, pero la continuamos en mi casa —apuntó riendo y guiñando un ojo a Nuria.

—Yo ya no podré quedarme —confirmó Nuria.

—¿Por qué? —preguntó Paula.

—Mi vuelo sale en pocas horas. He de volver a casa, la tienda... ya sabes —especificó Nuria sin saber muy bien cómo explicarle a Paula el porqué de su presencia allí.

—Entiendo. ¡Muchas gracias por todo! —dijo Paula tirándose a los brazos de Nuria—. Has hecho el mejor vestido que jamás podría haber imaginado, me has hecho muy feliz, de verdad —afirmó seria. Nuria temía que ella se pusiera a llorar.

—Lo mejor para ti —agregó rápidamente.

—Voy a seguir con esto —continuó Paula, mostrando la bandeja llena de queso que aún le quedaba por repartir—. ¡Buen viaje! —dijo alejándose.

Nuria no contestó. Necesitaba irse cuanto antes o perdería el avión de regreso a casa. A la normalidad de su vida, más bien.

Capítulo 47

Despedida

A las ocho de la mañana, Raúl y Nuria volvían al hotel. Tenían el tiempo justo para darse una ducha e ir al aeropuerto. No habían dormido nada, Nuria aprovecharía el tiempo del trayecto en el avión para descansar. Después de la ducha, ella se cambió de ropa, hizo la maleta y esperó a Raúl.

Él no tardó demasiado, ya cambiado y con su ropa habitual la llevaría al aeropuerto. Parecía como si la ducha le hubiera bajado los grados de alcohol que tenía en sangre. Estaba mucho más espabilado y no se le trababa tanto la lengua. El camino de ida al aeropuerto no fue para nada tenso entre los dos. Hablaban, reían y comentaban anécdotas de la boda, sobre todo los momentos vividos entre los dos, los pisotones de Raúl, las fotos ridículas y el discurso dedicado a los novios. Los dos omitieron el capítulo del beso. Parecía como si no quisieran remover algo en su interior. Que no lo hubieran mencionado no significaba que Nuria se hubiera olvidado de aquello. Lo tendría muy presente en los próximos días, sobre todo a la hora de meterse en la cama e intentar conciliar el sueño.

Raúl aparcó su coche de alquiler, ayudó a Nuria con la maleta y

fue con ella hasta la puerta de embarque. La miró fijo, la agarró de las dos manos, le dio un beso a cada una de estas y habló:

—Muchas gracias por salvarme el pellejo, si no, a estas horas sería un hombre sin piel —dijo riendo.

—De nada, lo he hecho porque merecía la pena. Todo ha sido tan bonito que unos cuantos kilómetros no podían empañar ese día tan especial para tu hermana —contestó Nuria sincera.

—Gracias de nuevo. Tú lo has hecho más especial —afirmó Raúl.

Nuria no entendía muy bien sus palabras. Las entendía, pero no del todo su significado real. No quería hacerse ilusiones, ni formar en su cabeza una idea equivocada. Parecía que últimamente era lo único que hacía. Ilusionarse para después caer de golpe.

—Bueno, es hora de irse —confirmó Nuria, que estaba empezando a ponerse nerviosa.

—Sí. Que tengas buen viaje —le dijo dándole un abrazo.

—Eso espero —expresó ella empezando a caminar tras el abrazo —. Que todo vaya bien —deseó a modo de despedida.

Nuria se fue con un poco de desencanto, habría esperado un beso de despedida por parte de Raúl, un beso apasionado que significara un «pronto nos vemos» o un «estoy deseando volver a España para verte» o, en el mejor de los casos, un «¡cásate conmigo!», pero eso no había sucedido. También se hubiera conformado con dos besos, uno en cada mejilla, aunque eso significara que nada más eran amigos. Tal vez fuera mejor así. Si no había ocurrido sería por algo.

Raúl volvió al coche, se subió y condujo hasta la casa de su hermana. Sabía que la fiesta continuaría allí nada más que para los más degenerados, los amigos de uno y de otro, los que no querían irse a dormir, los que necesitaban aún más horas de fiesta, los que no se conformaban con nada, que bebían, bailaban y lo pasaban bien, como era su caso. Entró. La casa estaba llena de gente. Bebían, reían y cantaban. Era una suerte que su hermana y su cuñado vivieran en una casa aislada, si hubiera sido de otra manera, los vecinos habrían llamado a la policía. El ruido y el jolgorio eran audibles a varios metros de distancia. Raúl cogió una cerveza y salió al porche, ya no estaba en la misma sintonía que los que estaban allí dentro. Se había espabilado bastante. La ducha y la despedida de Nuria habían hecho que su estado de euforia bajara considerablemente. Se tomaría esa

cerveza y volvería al hotel a dormir.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó Paula arremangándose el vestido de novia y sentándose a su lado en las escaleras del porche. Ella también tenía una cerveza en la mano. Los dos brindaron haciendo sonar el cristal de las botellas.

—Nada —dijo él pensativo. Raúl miraba al frente sin distinguir nada. Estaba amaneciendo, pero no miraba a un punto fijo. Lo veía todo borroso.

—No sabía que ibas a venir acompañado a la boda —confesó ella dándole un codazo cómplice a su hermano.

—Yo tampoco —dijo mirándola a los ojos.

—Ya se ha ido, ¿verdad? —preguntó Paula.

—Ya estará prácticamente montada en un avión rumbo a España —confirmó él.

—¿Qué está pasando? —Quiso saber Paula.

—No lo sé ni yo —dijo Raúl resoplando—. Tengo un lío que no te puedo decir más —añadió agobiado.

—Entiendo, cuando quieras contármelo, aquí estoy —agregó Paula levantándose. Sabía que cuando su hermano estuviera preparado para contárselo, lo haría. Raúl no la dejó ir, tiró de su brazo para que permaneciera un rato más con él.

—Nuria fue la chica que me decepcionó y que pensé que era especial —admitió con un nudo en la garganta.

—¿Y ya no lo es? —preguntó Paula, que no entendía nada. Los había visto relativamente bien y ahora no estaban juntos. Algo pasaba.

—Pues no lo sé —contestó él pensativo.

Los dos hermanos continuaron hablando. Raúl abrió su corazón, le contó la peripecia del vestido y por qué Nuria había estado en la boda. Paula jamás hubiera pensado que su presencia había sido por ella y no por su hermano, pero aun así se alegró de que todo se hubiera solucionado, sobre todo el tema de su vestido. Si no hubiera estado listo a tiempo, se habría llevado un disgusto terrible. Durante horas los hermanos hablaron mientras seguían bebiendo cerveza. En más de una ocasión, Mats salió a ver qué ocurría, por qué no estaba la novia en su propia fiesta, pero él, en cuanto vio a Raúl y a Paula conversando, entendió que algo serio estaba pasando. Era Raúl el que hablaba, Paula escuchaba y daba su opinión, pero el que tenía que

actuar en consecuencia era él. Ella le dio su opinión al respecto, le abrió un poco los ojos y en parte entendió a Nuria. Si ella hubiera visto a Mats abrazarse con otra chica, seguramente habría reaccionado igual. Quizá fuera la reacción de toda mujer. Raúl no sabía ni qué pensar. Estaban surgiendo muchos interrogantes en su cabeza, sobre todo después de esa conversación. Estaba más confuso aún, aunque se había desahogado no estaba del todo bien. Tenía mucho en lo que pensar.

A las diez de la mañana la fiesta finalizó. Mats y Paula se despidieron de todos los invitados que estaban en su casa. Invitaron a Raúl a que se quedara allí a dormir, pero él declinó la oferta. Quería volver al hotel y meterse en la cama. Con un poco de suerte, las sábanas aún conservarían el olor de Nuria impregnado en ellas. Sin dudarlo, dormiría de ese lado de la cama.

Y así lo hizo, llegó al hotel, se desnudó y se acurrucó en la cama. De inmediato se quedó dormido recordando que no hacía demasiadas horas Nuria había estado allí. Había desaprovechado una muy buena ocasión. ¿Habría hecho lo correcto? Ya se estaba arrepintiendo de no haberse acostado con ella. Quizá esa hubiera sido su última noche juntos. Nunca lo sabría.

Capítulo 48

De vuelta

En cuanto el avión inició el ascenso, Nuria se durmió. El verse liberada de la presión de estar al lado de Raúl y que todo hubiera acabado bien hizo que se relajara y cerrara los ojos. Estaba realmente exhausta, habían pasado muchas cosas desde que había salido de casa el viernes a primera hora. Entre estas, el dormir más bien poco. Su cuerpo necesitaba ese descanso físico y mental. Las emociones habían sido fuertes también. La boda había sido muy emotiva, y los momentos vividos con Raúl, mucho más. Estuvo dormida hasta que la azafata la despertó. Un leve movimiento y unas dulces palabras sacaron a Nuria de su estado de letargo. Abrió los ojos lentamente. No se ubicaba, no sabía muy bien dónde estaba ni quién era la mujer que con una sonrisa en la cara le pedía que se despertara. Durante cuatro horas había desconectado de todo. No había pensado en nada, y su cabeza había estado sin darle vueltas al mismo tema, que no era otro que Raúl. Era como si su cerebro se hubiera desenchufado.

Llegó a casa a media tarde. Estaba realmente agotada, pero, por raro que pareciera, estaba feliz. Sentía que había hecho una buena acción, había contribuido a que Paula, en ese caso, hubiera cumplido

su sueño. El verla radiante y tan ilusionada era un regalo para ella. Estaba orgullosa de haber sido un poco inconsciente, de haber cogido el primer vuelo y haberse presentado allí. Era la primera vez que había hecho tal cosa y, por raro que pareciera, no se arrepentía para nada.

En cuanto llegó a casa, no pudo evitar pensar en Raúl. En realidad, desde que había despertado en el avión no había dejado de pensar en él. En todo, en su sonrisa, en sus besos, en el discurso que le hizo a su hermana, en él borracho, bailando; él, vestido con traje y corbata. Él, él y él. Solamente tenía la mente ocupada por Raúl. Una sonrisa amarga se había instalado en su cara. Era una sonrisa al recordar, pero la amargura se debía a que esas vivencias u otras no las iba a volver a experimentar.

Lo tenía casi asumido. Su historia estaba acabada aun sin haber comenzado. Era extraño pensar que cuando él había estado decidido a empezar algo con ella, ella no estuvo en su mismo punto, y ahora que era ella la decidida, él no lo estaba. Sus caminos parecían la figura sinuosa de dos movimientos armónicos simples inversos, ondas que se repetían cada cierto tiempo, se unían en un instante infinitamente pequeño para separarse durante un tiempo más prolongado. Se unían y se separaban, pero permanecían más tiempo separados que unidos. En esos instantes, Raúl era un hombre importante para ella, pero no le daría demasiadas vueltas. Si no estaban juntos, nada más podía hacer. No iba a obligarlo. Si algo había aprendido era que en el amor no se podían forzar las cosas. Cuando estuvo con Arturo, por más que lo intentó, algo no funcionaba. En esos momentos no lo entendió muy bien ni lo terminó de encajar, pero era obvio que entre ellos la sintonía había dejado de existir. En el caso de Raúl, y aunque no quería comparar, ocurría un poco lo mismo. La sintonía parecía que la tenían, pero sus momentos eran distintos.

Al día siguiente, Raúl hizo el mismo trayecto que había hecho Nuria horas antes. Tampoco había dejado de pensar en ella, pero no tenía las cosas claras. Tenía mucho en lo que meditar, y por más que lo hacía, no encontraba la mejor solución. ¿Quería estar con Nuria? ¿Seguía

siendo alguien especial para él como había sugerido su hermana? ¿Si lo volvía a intentar volvería a decepcionarse? Mil y un interrogantes que no tenían respuesta. Él no solía obsesionarse con las cosas. Lo que tuviera que ser sería. No se podía modificar el destino que cada uno tiene marcado, pero había algo que lo irritaba. Por una vez en su vida le hubiera gustado saber si en su futuro estaría Nuria o no. Nunca cerraba las puertas a nada, pero con ella no lo tenía claro.

La ayuda de Paula había sido inestimable para él. Su hermana lo conocía y le había dado sabios consejos, nunca imposiciones. Ahora era él el que debía decidirse. Estaba reticente. Seguramente dejaría pasar la oportunidad. No quería volver a ilusionarse en vano. Había encontrado un estado de paz que no quería que se perturbara. Casi lo tenía decidido. Nuria fue importante en su vida. Ahora no tenía claro lo que significaba. Todo lo ocurrido en los últimos días solo había hecho una cosa, confundirlo más aún. El tiempo contribuiría a que todos los sentimientos encontrados se aclararan, o por lo menos eso esperaba.

Capítulo 49

Consejos de hermana (I)

María esperó hasta el martes. Sabía que Nuria había vuelto el domingo, y aunque tenía interés en saber todo lo que había pasado, también sabía que ella necesitaba su espacio para digerir todo lo que fuera que le hubiera ocurrido en Noruega. Estaba loca por cotillear y enterarse. Si todo hubiera ido bien, quizá Nuria habría encontrado a su príncipe azul allí, podría ser Raúl o un noruego estupendo. Cualquiera serviría siempre y cuando hiciera feliz a su hermana. María consideraba que Nuria no había tenido suerte en el amor. Era difícil de tratar y era muy maniática, pero no era mala persona. Lo que le ocurría era que no había encontrado al hombre ideal que compensara todas sus manías, que le parara los pies de vez en cuando y que, por supuesto, la hiciera vibrar como se merecía. María sentía cierto aprecio por Raúl, le parecía un chico muy agradable, de buen corazón, y aunque era consciente de que no tenía nada que ver con su hermana, quizá esas diferencias podrían ser una ventaja para ellos y hacer que unieran sus vidas. No sabía nada de nada y estaba deseosa de ponerse al día de todo.

A media tarde apareció por la tienda.

—¡Hola, hermanita! —dijo alegremente María a la vez que entraba. Nuria se la quedó mirando alucinada, otra vez se había vuelto a cambiar el color de pelo, ¡ahora lo llevaba verde!—. ¿Qué tal todo? —preguntó sin ser demasiado directa.

—Bien, ¿y tú? Ya veo que has cambiado de color de pelo, ¿por qué has hecho eso? —inquirió Nuria horrorizada por la nueva idea diabólica de su hermana.

—El azul ya no estaba de moda, así que... —dijo levantando los hombros.

—El verde es tendencia, entonces —afirmó Nuria intentando ponerse en la piel de su hermana, aunque eso era imposible.

—¡Eso parece! Aunque ya sabes, lo mismo mañana me da y me lo pongo rosa —espetó María de forma natural.

—Conociéndote, ¡cualquier cosa! —contestó Nuria, que ya se sorprendía poco con los cambios de su hermana.

—¿Qué estás diseñando? —preguntó María interesándose por su trabajo.

—Un vestido de novia —contestó ella diciendo una verdad de Perogrullo.

—Ya, eso ya lo veo. Quiero decir que si es para alguien especial —dijo María curiosa.

—Sí, para mí —confirmó Nuria algo avergonzada.

—¡¿Te casas?! —preguntó su hermana asustada.

María casi se cae de culo en la silla que tenía tras de sí. Su viaje a Noruega la había transformado por completo o se había vuelto totalmente loca, y eso, conociendo a Nuria como la conocía, era poco probable. Tenía que enterarse de inmediato. Su hermana no tomaba decisiones así a la ligera, y esta parecía que la tenía más que pensada.

—¡Algún día!, supongo —añadió Nuria con voz tristona.

—Ahhh, ¡qué susto! —dijo María expulsando de forma rápida todo el aire de sus pulmones.

—¿No quieres que me case? —preguntó Nuria dolida.

—Sí, hermanita, pero no me esperaba que me dijeras que te estás diseñando tu vestido de novia —aclaró María—. Por un momento había pensado que un vikingo noruego te había enamorado y era inminente que te fueras a las tierras de Odín, ¡no lo sé! —dijo gesticulando y riendo por la película que se había montado en la

cabeza.

—Nada de eso, no me voy a ir a ninguna parte —explicó Nuria sonriendo por la imaginación que tenía su hermana—. En realidad, lleva en mi cabeza años, y me he decidido a plasmarlo en papel; cuando lo tenga, lo confeccionaré. No tendré hombre con el que casarme, pero el vestido no me va a faltar —confirmó segura de sí misma, aunque un poco apesadumbrada por todo lo que significaba tener un vestido de novia y no con quién casarse.

—No ha ido bien lo de Raúl, ¿verdad? —preguntó María con cautela.

—Ni bien ni mal, María. Fui a arreglar el vestido de Paula, y ya está —sentenció Nuria, que, aunque se había soltado bastante con su hermana en los últimos tiempos, aún le costaba mostrar sus sentimientos.

—¡Cuánto lo siento! Raúl es un chico encantador —dijo María mirando a su hermana.

—Sí, lo es, pero... se ve que estamos en distinto momento —admitió Nuria seria—. No quiero obsesionarme con eso.

—Ya verás, hermanita, cómo aparecerá tu príncipe azul montado en su corcel blanco con una flor olorosa para ti, te pedirá que te cases con él y seréis felices y comeréis perdices —recitaba María dando vueltas sobre sí misma, poniendo cara de estar profundamente enamorada, como si fuera una actriz de película de cuentos de hadas.

—¡Deja de decir tonterías! —pidió Nuria—. Creo que no tengo edad para cuento de hadas.

—Pero, hermanita, ¡eso no puede ser!, siempre has querido tu boda, con tu vestido. ¡Tu ilusión se ha mantenido intacta durante años! —explicaba María, que no reconocía a su hermana. Parecía que no hablaba ella.

—El vestido lo tengo, cuándo lo usaré será otra historia. ¿Quieres que te lo enseñe? —sugirió Nuria queriendo cortar la conversación.

María accedió, el diseño era precioso. Muy sencillo, corte entre sirena y campana. Líneas sutiles, manga corta, cuello pico, ningún adorno. Nada más una botonadura en la parte media de la espalda hasta la cintura. Era una pieza delicada, sofisticada y muy actual. María se había hecho a la idea de que su hermana, el día que se casara, optaría por un vestido muy pomposo, como si fuera una

princesa, pero se había equivocado. La verdad era que ese vestido era muy ella. Sencillo, bello y muy romántico. Porque Nuria podría renegar de su buscado príncipe azul, pero en realidad era una romántica empedernida. Aunque no tuviera con quién estrenar ese vestido, tanto Nuria como María estaban convencidas de que ese día llegaría. El hombre elegido sería el adecuado y sería un día inolvidable, sobre todo para Nuria.

Capítulo 50

Consejos de hermana (II)

—Hola, Raúl, ¿qué tal estás? —preguntó Paula al otro lado de la línea telefónica.

—Aquí —dijo él.

—Estás peor de lo que pensaba —sentenció Paula.

—Estoy bien, de verdad —rectificó él no queriendo preocupar a su hermana.

—Si tú lo dices... pero a mí no me engañas —insistió ella.

—¿Tú no te tenías que ir de luna de miel? —preguntó él malhumorado por las insinuaciones de su hermana.

—Estoy en el aeropuerto. Ya me he despedido de papá y ahora me tocaba despedirme de ti, aunque veo que no estás de humor —confirmó Paula.

—No estoy enfadado, es solo que consigues sacarme de quicio —saltó Raúl.

—¿Yooo? Si no te he dicho nada —dijo Paula enfadándose con su hermano.

—Bueno, vamos a dejarlo, no tengo ganas de discutir —contestó Raúl queriendo cortar la comunicación. Desde la vuelta de Noruega,

estaba más irascible que nunca.

—Vale, vale, entendido, pero una cosa te voy a decir, si estás así por alguien que yo me sé... La solución es fácil, si merece la pena, ¡hazlo! —dijo Paula intentando animar a su hermano.

—No es fácil, y no quiero hablar. Pasadlo bien, recuerdos a Mats —cortó Raúl colgando.

En cuanto colgó, Raúl tiró el teléfono sobre la cama. Su hermana había conseguido sacarlo de sus casillas. En realidad llevaba así desde su vuelta a España, no quería ser injusto con Paula, ella no había hecho más que darle buenos consejos cuando se los había pedido. Ella sabía toda su historia, y aunque no habían llegado a una solución, siempre intentaba animarlo. Era algo recíproco entre los hermanos, se ayudaban mutuamente siempre que tenían problemas. Raúl cogió el teléfono y, sin pensárselo mucho, marcó.

—Hola —dijo avergonzado.

—¡Hola! —contestó Paula extrañada de que su hermano volviera a llamarla.

—Siento cómo te he tratado —reconoció pareciendo él el hermano pequeño y no el mayor.

—No pasa nada, estás mal —dijo ella.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó Raúl.

—¿El qué? —contestó Paula.

—Que estoy verdaderamente mal —aclaró Raúl, que paseaba de un lado a otro de la habitación.

—No lo sé, Raúl. Te noto raro, irascible, enfadado, y tú no eres así —dudó ella, que no quería que su hermano se tomara las cosas como no eran; sin embargo, era mejor decirle la verdad aunque doliera.

—Ya —admitió él—. ¡No sé qué me pasa! —confesó frustrado.

—Estás así por Nuria, ¿verdad? —preguntó Paula.

—No lo sé, supongo que sí. Pensé que era un tema cerrado, pero desde el día de tu boda, algo ha pasado y no me la puedo quitar de la cabeza —dijo Raúl del tirón.

—Eso se llama estar enamorado hasta las trancas, hermano, ¡que te tenga yo que decir estas cosas se las trae! —contestó Paula riendo.

—¿Tú crees? —preguntó él incrédulo. Que sentía algo por Nuria era evidente, pero tanto como estar enamorado hasta las trancas, no lo creía.

—Siento decirte que sí —confirmó Paula.

Un silencio se hizo entre los dos hermanos. Era posible que se hubiera cortado la conexión. En realidad, Raúl se había quedado cavilando. Pensaba, callado, en todo lo que su hermana le había dicho. Quizá tuviera razón.

—Paula —dijo en un tono de voz más bajo.

—Pensé que se había cortado —confirmó ella.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Raúl avergonzado. Se sentía como un niño pequeño que le pide a su madre que hable por él porque es muy tímido y él mismo no tiene agallas para hacerlo.

—Eso lo debes decidir tú, Raúl —dijo Paula enternecida por las palabras de su hermano.

—Ya —dijo él chafado—. Esperaba que me dieras la solución —añadió.

—Solo te diré una cosa, y ya te lo he dicho antes: si merece la pena, ¡adelante! —dijo Paula animando a su hermano—. Te tengo que dejar, Raúl, estamos ya en el avión y tengo que apagar el móvil —añadió apurada.

—Sí, sí, que tengáis buen viaje. Ya me contarás qué tal en Bali —dijo Raúl despidiéndose de su hermana.

—¡Desde ya, te digo que fenomenal! —contestó entusiasmada—. Cuídate.

Raúl colgó más tranquilo. Seguía sin estar decidido, pero su mal humor y su irritación parecían haber desaparecido. Paula sabía cómo llevarlo. Siempre le daba buenos consejos y lo animaba. Era la mejor hermana que jamás pudiera haber elegido.

Capítulo 51

Maquinando

Los siguientes días, Raúl los pasó indeciso. Por una parte estaba deseando acercarse de nuevo a Nuria, decirle todo lo que sentía por ella y lanzarse al vacío, pero, por otro lado, había algo que lo frenaba. Era como una barrera invisible que le impedía avanzar.

Uno de los días en los que estaba trabajando en el centro comercial, vio que la verja de la boutique en la que había trabajado Nuria se cerraba, la nueva dependienta iba a por su café. Eso le hizo recordar que, no hacía demasiado tiempo atrás, esa misma escena la había vivido, pero con otra protagonista, que no era otra que Nuria. Sería algo infantil por su parte, pero eso lo hizo reaccionar. Le quería dar una oportunidad al amor, más bien a sí mismo, y quería hacer las cosas en condiciones con Nuria, tenía que idear algo realmente especial para ella. Si se la iba a jugar tenía que ser para ganar.

Había pensado mucho en las palabras de Paula, le hubiera gustado hablar más sobre el tema de Nuria con ella, pero no quería molestarla en su luna de miel. Además, era algo que tenía que hacer él. Podría contar con su ayuda, pero la decisión final era suya.

Pasaban los días y en la cabeza de Raúl iba surgiendo algo. Debía

ser espectacular y tenía que salir bien. Había contactado con María, y ella se prestó a aquella locura sin pensárselo. Cuando Paula volvió de su luna de miel, pasó unos días en España. Visitó a su padre y a Raúl. Este se sinceró con ella, le contó sus planes; y Paula, entusiasmada con todo, le dio su aprobación e incluso se prestó a ayudarlo también, aunque fuera en la distancia.

Tenía mucho trabajo por delante, pero estaba tan ilusionado que no le importaba en absoluto. Debía organizar todo de acuerdo con las preferencias de Nuria. Si ella quería un príncipe azul, él lo sería. El cuento de hadas con el que siempre había soñado se iba a cumplir.

Capítulo 52

¡Nos casamos!

Los días pasaban. Nuria cada vez estaba mejor. Se notaba con más fuerzas. Su rutina y su disciplina imperaban en su día a día. Tenía nuevos diseños preparados para sus clientas, además de estar confeccionando personalmente su vestido. No había vuelto a tener noticias de Raúl, eso era bueno y malo al mismo tiempo. Bueno, porque así se olvidaba de él y no volvía a resurgir en su interior ese sentimiento; y malo, porque sufría por no saber. Estaba resignada a no tenerlo junto a ella, aunque siempre quedaba una última esperanza. Un ápice de algo que estaba ahí y que la hacía seguir con la ilusión intacta.

Esa semana terminaría su vestido, estaba ansiosa por probárselo. Lo haría cuando cerrara la tienda, era algo íntimo. Incluso se sentía un poco avergonzada por hacer aquello. Ahora entendía a la perfección a las novias que iban a su tienda. Esa sensación de apreciar el vestido sobre su piel, todo lo que suponía ese trozo de tela, era la ilusión, la emoción y la convicción de que ahí empezaba algo nuevo y precioso. Una nueva vida con una persona especial al lado. Nuevos proyectos e ilusiones comunes a ambos.

Cerró la tienda y, nerviosa como estaba, se desnudó, se deslizó el vestido sobre su cuerpo y como pudo subió la cremallera. La botonadura no la podría cerrar, para ello siempre se necesitaba ayuda, pero para ver el efecto era más que suficiente. Se subió al estrado y se miró en el espejo. Realmente era bello. No pudo evitarlo, y el picor que sintió en su nariz le hizo saber lo que iba a ocurrir: lloró amargamente. Era precioso. Su emoción se debía a tantas cosas... las lágrimas caían por sus mejillas, veía una imagen distorsionada en el espejo. Era ella, vestida de novia con un traje diseñado y confeccionado por ella misma. Su gran sueño cumplido. Una prenda que guardaría en un armario hasta no sabía cuándo. En cuanto se calmó, volvió a mirarse, no necesitaba arreglos. Era perfecto. Un vestido para una ocasión inexistente, pero perfecto. Se ajustaba estupendamente a su cuerpo, el escote de pico le hacía un pecho magnífico, esa misma forma se dibujaba en su espalda, dejando la mitad de esta al aire; los diminutos botones le llegaban hasta la cintura, estilizando más aún su figura. Ese era el vestido que siempre había soñado y que tantas y tantas veces había dibujado en su cabeza. Al fin era una realidad.

Se miró por última vez y se lo quitó, lo guardó con mimo en su funda y lo metió en un armario dentro del taller. Allí estaría esperado su momento. No quería volver a verlo. Era, para ella, algo parecido a la decepción. Había pensado que cuando lo tuviera diseñado y confeccionado se iba a sentir mejor, pero no era así. De repente odiaba ese vestido. Quería deshacerse de él, pero también tenerlo. Sentía cosas contradictorias que no sabía cómo encajar. Era extraña su sensación. Demasiado rara como para interpretarla, incluso para ella, que se conocía a sí misma muy bien. Se vistió rápidamente y se fue a casa. Era como si estuviera huyendo de algo. De su futuro. De su destino. De ella misma.

Al día siguiente fue a trabajar. Era sábado, y el horario de la tienda se extendía hasta el mediodía nada más. Fue al armario del taller para comprobar que el vestido seguía allí. En efecto. No había sido un mal sueño. Su traje de novia continuaba en el mismo lugar. La sensación

fue diferente a la del día anterior. En esos momentos era cariño lo que sentía por esa pieza única. Lo vivido el día anterior podría haber sido algo puntual, desagradable y feo. No quería darle más vueltas al asunto.

La mañana estuvo tranquila. A las dos menos cinco llamaron a la puerta. Siempre ocurría igual, cuando era la hora del cierre, siempre aparecía alguien. Ese día en especial quería irse pronto a casa. Había pasado una mala noche soñando con su vestido de novia. Quería echarse un rato la siesta, y si tenía una clienta tardaría en irse a casa.

Nuria fue a abrir. Se quedó petrificada, anclada en el suelo sin saber qué hacer cuando vio quién estaba al otro lado de la puerta. Era Raúl. Su estómago dio un vuelco y su corazón se le subió a la garganta. Iba vestido de traje, un traje azul marino, llevaba una rosa de un suave tono rosado en su mano. Sonreía. Nuria no daba crédito a lo que veía, ¿qué significaba todo aquello? No entendía nada.

—Hola, Nuria —dijo cortado.

—Hola, Raúl —contestó ella con la boca seca.

—Me ha costado demasiado tiempo darme cuenta de que te quiero, Nuria, pero ya me he decidido a dar el paso —confesó Raúl del tirón, ofreciéndole la rosa de color empolvado. Ella la cogió. Raúl se arrodilló en el suelo y continuó hablando—: Nuria, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó mostrándole un anillo.

—Yo... yo... Raúl... ¿esto es una broma? —preguntó ella alucinada.

—No. Es real. Nunca he hablado más en serio, Nuria —afirmó incorporándose.

—Sí —contestó Nuria en un susurro.

Raúl abrazó a Nuria y dio vueltas con ella en brazos. Nuria reía como una niña pequeña. No lograba entender lo que estaba pasando, pero era feliz. ¿De verdad Raúl le había pedido matrimonio? Parecía que sí, porque estaba dando vueltas en el aire como si fuera un tiovivo. Estaba mareada, pero de la emoción que sentía. En cuanto terminó de dar vueltas sobre sí mismo, la soltó y le puso el anillo.

—¡Venga, ponte el vestido! —dijo Raúl.

—¿Qué vestido? —preguntó Nuria acalorada por el momento vivido.

—El de novia, ¿qué vestido va a ser? —cuestionó él incrédulo

porque Nuria no entendiera.

—Si piensas que me voy a casar contigo ahora mismo, ¡estás muy equivocado! —sentenció Nuria alzando la voz.

Estaba siendo presa de los nervios. La situación era tan surrealista y extraña que era hasta graciosa.

—¿Y cuándo, si no? —preguntó él impaciente.

—Pues esto requiere unos preparativos, hay que pensar todo muy bien, buscar una fecha, un lugar, las invitaciones, el restaurante, las flores, los anillos... —empezó Nuria a enumerar. Si algo tenía claro era que los preparativos eran muchos y el tener todo dispuesto llevaba su tiempo.

—Tú no te preocupes. Está todo solucionado —dijo Raúl riendo.

—¡Imposible! —añadió ella molesta.

—¡Déjate llevar, Nuria! Confía en mí —pidió Raúl con una sonrisa que la desarmó.

Raúl acompañó a Nuria hasta el taller. Ella se giró de repente.

—No pensarás que me vas a ver vestida de novia —dijo ella airosa.

—¿Por qué no? —preguntaba Raúl, que no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Porque da mala suerte, tú tienes que estar fuera y... ¡que no me caso, Raúl! —confirmó ella entrando en pánico.

—Pero... si me has dicho que sí —contestó confundido.

—Ya lo sé, pero..., es que no sé..., no puedo pensar, estoy muy nerviosa —decía Nuria moviéndose de un lado para otro como si fuera un animal enjaulado.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él abriendo los ojos como platos.

—¡Sí! ¡No! —rectificó de inmediato—. No sé ni lo que digo, Raúl. Es que llevo tanto tiempo deseando esto que creo que me va a dar un infarto —expresaba resoplando.

—Espera un minuto —dijo Raúl al ver el estado de nervios en el que estaba Nuria. Le tendió el teléfono móvil y la invitó a que hablara con quien fuera que estaba al otro lado.

—Nuria. —Se oyó al otro lado.

—¿Sí? —dijo ella al borde del llanto.

—Escúchame —pidió María al otro lado.

—Sí —contestó Nuria con la voz entrecortada.

—Tu príncipe azul ya ha llegado —confirmó María con todo el amor del mundo—. No desaproveches tu oportunidad —añadió.

—Es que... es que... todo es tan bonito que no me lo creo, y... además, esto es muy rápido... hay que preparar muchas cosas y... ¡ay, María, me va a dar algo! —decía Nuria temblando.

—Déjate llevar. —María repitió las palabras de Raúl para dar el último empujón a su hermana.

—Vale —dijo ella un poco más tranquila.

—Te estamos esperando, no tardéis —confirmó María despidiéndose de su hermana.

Raúl llevaba observando la escena unos minutos. Vio cómo Nuria iba tranquilizándose poco a poco. Ella le sonrió devolviéndole el teléfono. Raúl le dio un leve beso en los labios que los hizo sonreír a ambos. Era el primer beso que se daban desde la boda de Paula. Un escalofrío recorrió el cuerpo de ambos cuando juntaron sus bocas.

Raúl observó cómo Nuria se desnudaba. Parecía que el temor de ella por la mala suerte que podía provocar ese hecho había desaparecido. El cuerpo de Raúl reaccionó irremediablemente al verla semidesnuda. Observó cómo se deslizaba el vestido en su cuerpo y se ponía unos zapatos que tenían de muestra para las novias. Estaba realmente preciosa. Su peinado era sencillo. El pelo suelto con una horquilla en la nuca, que recogía parte de este. Para Raúl no habría jamás una novia más preciosa.

—Estás bellísima —dijo él cegado de amor.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —afirmó ella resoplando y sonriendo al hombre que tenía delante—. Aún no sé cómo me he prestado a esto —agregó reticente.

—Porque quieres hacerlo, Nuria, porque es nuestro día y porque nos queremos —confirmó Raúl infundiéndole la confianza necesaria.

Ambos se encaminaron a la salida. Nuria se paró en seco cuando vio lo que había delante de la tienda. Era un coche blanco, descapotable, esperando a los novios. Tenía unas flores en los agarraderos de las puertas. Un chófer con gorra de plato esperaba para abrirle la puerta a la novia. Nuria no podía creer aquello. Estaba alucinada.

—No es un corcel blanco con las crines rizadas ondeando al

viento, pero es lo más parecido que he encontrado —dijo Raúl haciendo referencia al coche.

—Es perfecto —expresaba Nuria encantada de la vida—. Y tú ¿cómo sabes todo eso del corcel blanco? —preguntó extrañada.

—Tengo mis informadores, si tú eres mi princesa y yo soy tu príncipe azul... —dijo Raúl riendo y moviendo los hombros indicando a Nuria que no estaba solo en todo aquel evento.

Al poco tiempo llegaron a un restaurante. Estaba alejado de la ciudad. Tenía unos jardines amplios, nada formales. Pinos, cipreses, césped, rosales con rosas de muchos colores. Raúl ayudó a Nuria a bajar del coche encaminándola hacia la zona de césped. En el centro había una alfombra en color blanco, a los lados de esta, sillas forradas en blanco también donde esperaban varios invitados; todo estaba decorado con rosas en tonos blancos y rosados. Nuria, al ir caminando por el centro de la alfombra, divisó a María, a Paula y a Mats, a sus amigas Cecilia y Matilde... todos sonreían al verla pasar. Nuria no daba crédito, ¿en serio se iba a casar? Parecía que sí. Por lo menos iba andando por un camino que indicaba que así iba a ser. Miraba a Raúl, que le devolvía con una sonrisa sus miradas. Al final de la alfombra, un arco con flores naturales en tonos iguales a toda la decoración enmarcaba un atril en el que un cura esperaba para oficiar la ceremonia. Nuria miraba a medida que avanzaba. Su padre apareció entre los invitados ofreciendo a su hija el brazo para que ella se apoyara en él. Realmente lo necesitaba, estaba temblando. Raúl hizo lo mismo con su hermana, que lo acompañó hasta el altar. Paula estaba ilusionadísima por poder conducir a su hermano hasta allí. El cura ofició la misa. Un acto íntimo y corto en el que los dos novios estaban pendientes el uno del otro. Para Nuria en esos instantes no existía nada más. Se había olvidado de todo. Estaba viviendo su sueño y lo estaba haciendo con el hombre ideal. Con el hombre más maravilloso con el que se podía casar. Raúl no era perfecto, como tampoco lo era ella. Nuria había sabido convivir con sus manías y había aprendido a convivir con las de los demás. Eso, para ella, había sido una de las enseñanzas más fuertes que había aprendido.

El intercambio de anillos fue precioso. Se juraron amor eterno mirándose a los ojos. Nuria estaba feliz. Cuando fueron declarados marido y mujer, todos aplaudieron haciendo que Nuria se percatara de

que no estaban solos, que estaban rodeados de personas que realmente los querían. Los invitados les lanzaban pétalos blancos y rosas a medida que pasaban por su lado. Esa había sido la boda más bonita a la que jamás Nuria había acudido, y si la hubiera organizado ella no habría sido ni la mitad de mágica y emotiva. Estaba pletórica y orgullosa de sí misma por haberse dejado llevar. Raúl no la soltaba en ningún momento. Se besaban a cada paso. Los dos estaban entregados al cien por cien.

Todos comieron en el restaurante, bailaron y disfrutaron de la noche. Incluso Nuria se había lanzado, había bailado como nunca y se estaba divirtiendo como una niña pequeña.

—¡Hermanita! —dijo María abrazando y besando a su hermana.

—María, estoy que no me creo todo lo que ha pasado —confirmó Nuria alucinada.

—Pues ya has cumplido tu sueño —dijo María riendo.

—No me lo creo. Me parece todo irreal —insistía incrédula.

—Pues siento decirte que no. Que estamos todos aquí y que es real —confirmó su hermana.

—No sé cómo habéis organizado todo, pero no ha podido ser mejor —decía Nuria que miraba en derredor.

—Pues un poco, Raúl; un poco, Paula; un poco, yo; ¡ya sabes! —contestó María manteniendo la intriga.

—¡No sé nada! —dijo ella.

—Todos los príncipes azules tienen su séquito y asistentes para ayudar, así que podría decirse que somos los asistentes de Raúl —afirmó ella.

—¿Quién osa arrebatarme a mi mujer? —preguntó Raúl haciendo una reverencia.

—Lo siento, mi señor —contestó María siguiendo la broma de él —, pido permiso para retirarme a mis aposentos —continuó.

—Permiso concedido —dijo Raúl moviendo la mano como si fuera un rey.

Nuria miraba embelesada a su hermana y a su marido. Eran los dos igual de payasos, pero estaba encantada.

Capítulo 53

Cuento de hadas

Todo había sido tan caóticamente perfecto que Nuria aún no se creía que fuera la mujer de Raúl.

—¿Estás contenta? —preguntó Raúl mientras bailaban una canción lenta.

—Estoy alucinada —dijo cobijándose en el pecho de él.

—Nuria, ¿estás enamorada? —preguntó Raúl con una sonrisa irresistible en la cara.

—Maniáticamente enamorada —contestó ella.

—Ufff, tengo mucho trabajo por delante —dijo Raúl bromeando.

—Si piensas que me vas a cambiar, estás muy equivocado —confirmó ella sonriendo.

—No lo voy a hacer, Nuria. Me gustas tal y como eres —dijo él mirándola con auténtica devoción.

—¿En serio estás seguro de lo que has hecho? —preguntaba Nuria seria—. Mira que soy muy difícil de llevar, y no todo el mundo me entiende.

—Nuria, estoy total y absolutamente enamorado de ti —confirmó Raúl sin dejar de bailar con ella.

—Ohh —suspiró Nuria—, ¡no quiero llorar! Y al final, entre todos lo vais a conseguir.

—No, milady —dijo Raúl—, hoy es nuestro día y tiene que ser perfecto.

—Te quiero —afirmó Nuria abrazando a Raúl.

—Yo también te quiero —contestó él mirándola a los ojos.

—¡Venga, Nuria! —intervino Paula, que en ese momento llegaba hasta donde estaban los novios.

—¿Qué pasa? —preguntó Nuria asustada.

—Tienes que tirar el ramo, a quien le toque, ya sabes, será la próxima en caer —dijo riendo.

Todas las amigas de Nuria y familiares femeninos se pusieron detrás de ella. Nuria estaba en el centro de la pista de baile. Todos estaban expectantes para ver quién se hacía con el ramo de la novia. Nuria miraba para atrás y gritaba.

—¿Preparadas, chicas? —preguntaba haciendo amago de tirar el ramo.

—¡Síííííííí! —contestaron todas.

—¿Estáis preparadas, chicas? —volvió a preguntar gritando.

—¡Síííííííí! —Se volvió a oír cada vez más fuerte.

—A la de una, a la de dos y a la de ¡tres! —dijo Nuria tirando el ramo.

Todos miraban la trayectoria que dibujaba el ramo de flores. Fue a caer en las manos de Paula. Ella ya estaba casada, así que salió corriendo, se colocó al lado de Nuria y repitió la operación.

—¿Estáis preparadas? —preguntó como había hecho Nuria unos segundos antes.

—¡Síííííííí! —contestaron todas.

—¡Allá va! —dijo Paula lanzando el ramo.

De nuevo, todos seguían la trayectoria del ramo. Esta vez fue a caer en las manos de María, la hermana de Nuria.

—¡Ni de coña! —espetó horrorizada por lo que eso significaba.

María salió corriendo e hizo lo mismo que Nuria y Paula.

—Allá va, esto me quema en las manos —gritó haciendo reír a todos.

María lanzó de nuevo el ramo, cayéndole en las manos a la pareja del padre de Raúl y Paula. En ese instante, todos se dieron por

conformes. Pronto habría otra boda.

La fiesta terminó a altas horas de la madrugada. Todos estaban cansados y contentos al mismo tiempo. Para Nuria había sido un día mágico. Todo tan inesperado y a la vez tan bonito. La mejor boda que podría tener y todo gracias a su hermana, a su cuñada y a su marido.

María había pensado en todo y les había regalado una noche de hotel. Era un lugar de alto lujo. Allí había alquilado la suite para los novios. La ocasión lo merecía. Raúl llevó a Nuria hasta la habitación. Antes de traspasar el umbral de la puerta, la cogió en brazos. Entraron los dos al tiempo.

—¡Ohhh! —decía Nuria alucinada—. Es una preciosidad —agregó al ver todo aquello.

—Tu hermanita, que tiene un gusto... —dijo Raúl.

Los dos se adentraron hasta la zona del dormitorio. Una cama con dosel los esperaba. Era todo mágico para Nuria. Ni en el mejor de sus sueños habría ocurrido todo lo que estaba pasando.

Raúl se puso enfrente de ella. Le colocó sus manos sobre las mejillas, la acercó hasta él y depositó un beso en sus labios. Los dos habían cerrado los ojos; cuando el beso finalizó, se miraron y sonrieron.

—Este es el día más feliz de mi vida —dijo Nuria de forma sincera.

—Nos quedan muchos como estos, cariño —confirmó él sin dejar de tocarla.

—Eso espero —deseó Nuria muerta de la vergüenza.

—Ahora, mi señora... —dijo Raúl—, es hora de meterse en la cama.

Nuria se giró, necesitaba que Raúl le quitara todos los botones de los ojales. Eran unos cuantos y llevaría su tiempo. En cuanto lo hizo, deslizó la cremallera. Nuria se giró y, de forma sensual y coqueta, deslizó el vestido por su cuerpo hasta que cayó de forma automática a sus pies. Raúl no dejaba de mirarla con auténtica devoción. Ella se aproximó a él, le quitó la americana y, uno a uno, fue desabrochando los botones de su camisa. Raúl miraba a Nuria. Esa situación le recordó a la vivida en el hotel de Oslo. Pero el final iba a ser muy distinto. No iba a desaprovechar la oportunidad. Ella le quitó la camisa, acariciaba su pecho como si tuviera que reconocer cada

centímetro de su piel. Se aproximaron hasta la cama. Raúl retiró las sábanas e hizo que Nuria se tumbara. Ella seguía con su ropa interior, y él, con sus pantalones. Se echó a su lado. Empezó a besarla. Los besos de Raúl eran calmados al principio. Los dos habían deseado tanto eso que estaban saboreándose como si no lo hubieran hecho nunca. Nuria acariciaba la espalda de Raúl. Él hacía lo mismo con los pechos de Nuria. Se dejaron llevar. Deseaban tanto que ocurriera eso que apenas podían contener las ganas. Nuria se quitó el sujetador y sus braguitas. Raúl hizo lo mismo con su pantalón y su bóxer. Sin pensarlo en absoluto, Nuria se montó encima de él. Quería ser ella la dueña y señora de la situación. Quería gozar, quería amar y que la amaran, quería sentirse deseada, quería sucumbir a una arrebatadora pasión que la dejara sin aliento. Montaba a Raúl acelerando el ritmo. Estaba muy excitada. Quería explotar de placer. Ese placer lo encontró cuando Raúl se incorporó un poco y le lamió los pezones. El calor que sintió fue abrasador. Explotó sin importarle nada en absoluto. Seguía moviéndose de forma errática sobre Raúl, él la agarraba por su culo, o la acariciaba. Cambiaron de posición. Raúl se puso de rodillas sobre la cama, encajó a Nuria en su verga y comenzó a moverse. Ella estaba absolutamente cegada, se dejaba llevar por Raúl. Él la manejaba a su antojo. Nuria volvió a correrse cuando Raúl comenzó a acelerar. Él lo hizo segundos más tarde derramándose en el interior de ella. Cuando todo terminó se abrazaron. No les importaba nada más. Se besaron y se quedaron dormidos mientras en la calle amanecía.

Capítulo 54

Maniáticamente puntual

Raúl y Nuria volvían de luna de miel. El viaje no había sido malo, pero tantas horas de diferencia y el tipo de comida hacían que Nuria no se sintiera bien.

—Métete en la cama y descansa —dijo Raúl.

—Son las once de la mañana, no son horas de dormir —sentenció ella frustrada.

—Aquí sí, son las once de la mañana, pero de donde venimos, las once de la noche. Duerme un rato, poco a poco irás acostumbrándote de nuevo —insistió Raúl.

—Te voy a hacer caso porque me siento fatal —aceptó ella.

Nuria se acostó dejando solo a Raúl. Su luna de miel había sido genial. Todo era maravilloso. Venía entusiasmado por todo lo que había vivido con Nuria. Un par de horas después, Raúl la despertó. Le había hecho la comida.

—Venga, dormilona —dijo él.

—Un poco más —pidió Nuria, a la que nunca le había dado pereza levantarse.

—No. Que luego por la noche no dormirás —insistió Raúl

quitándole las sábanas de encima.

A regañadientes, Nuria fue hasta la cocina. Desde que se habían casado no habían decidido dónde iban a vivir. Tendrían que buscar un sitio mejor, pero de momento lo harían en el estudio donde vivía ella. Olía fenomenal, Raúl tenía un don para la cocina. Nuria moría de hambre. Se sentaron y empezaron a comer. El primer bocado que se metió Nuria en su cuerpo le cayó como una bomba, tanto fue así que salió corriendo para el baño. Vomitó como nunca. No tenía nada en el estómago, pero este no le daba tregua.

—Milady —dijo Raúl en tono cariñoso—, la comida está bien —afirmó confundido.

—La que no estoy bien soy yo —dijo Nuria con lágrimas en los ojos.

—Acuéstate, te llevo una infusión —pidió Raúl solícito.

A los pocos minutos, apareció con la taza humeante. Nuria dio unos cuantos sorbos y dejó la taza sobre la mesilla. No quería abusar. Se volvió a recostar. Al poco tiempo, se quedó dormida de nuevo.

Se despertó a la hora. Raúl estaba sentado a su lado, le dio un beso en la frente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como si hubiera comido siete platos de garbanzos —decía arrugando la cara.

—Toma —dijo Raúl dándole una bolsa pequeña.

—¿Qué es esto? —preguntó ella. Raúl no contestó.

Nuria abrió la bolsa y vio un test de embarazo.

—¡Estás loco! —espetó ella enfadadísima.

—Nuria, cabe la posibilidad —contestó Raúl.

—No puedo estar embarazada —dijo segura de sí misma.

—¿Y eso por qué? —preguntó Raúl extrañado.

—Pues porque no..., porque no lo hemos planeado..., porque no tenemos un sitio en condiciones donde vivir..., porque no estoy preparada para ser madre... —empezó a enumerar.

—Serás la mejor mamá del mundo —dijo Raúl contentísimo.

—¡No digas tonterías! —contestó Nuria levantándose de mala gana.

Raúl la siguió hasta el baño con el test de embarazo de la mano.

—No pensarás que me lo voy a hacer, ¿no? Y mucho menos

delante de ti —dijo airosa.

—Venga, mamita —acotó Raúl para hacerla rabiar.

—¡Fuera! —exigió Nuria extendiendo el brazo y apuntando con su dedo a la puerta.

Ella se encerró en el baño. Miraba aquella caja sin saber qué hacer. Era obvio que algo pasaba, pero no podía estar embarazada. Era imposible. Raúl estaba impaciente y cada poco tocaba con los nudillos en la puerta. Él también quería su respuesta. Nuria abrió la caja, contenía la respiración. Leyó con detenimiento las instrucciones, hizo todo tal cual ponía y esperó. Esos minutos se le hicieron años. A Raúl, más aún, que no sabía lo que estaba pasando al otro lado de la puerta. La espera se agotó. En efecto, las sospechas de Raúl se habían confirmado. Nuria no podía creerlo. No estaba preparada. No podía ser verdad.

Abrió la puerta y salió. Raúl la miraba, no sabía qué hacer. No sabía si preguntarle a Nuria o acudir al baño. Finalmente entró, sobre la encimera estaba la prueba de embarazo, él miró y no entendía. Buscó las instrucciones y comprobó lo que aquello significaba. Corriendo, y con lágrimas en los ojos, fue hasta la habitación donde estaba Nuria. Ella alzó la vista y vio a Raúl llorar. Se levantó de la cama y fue a abrazarlo. Ninguno de los dos decía nada. No podían hablar. Se abrazaban y sollozaban al mismo tiempo.

—No sé si voy a poder —confesó Nuria manifestando sus miedos.

—Podremos —dijo él encantado.

—Creo que no seré buena madre —insistió ella.

—¿Y eso por qué? —preguntó Raúl retirándose un poco para mirar a los ojos a Nuria.

—Pues porque soy muy maniática..., tengo muchas manías..., seré una madre obsesiva compulsiva, ¡no lo sé! —decía frustrada.

—Nuria, mírame, por favor —dijo Raúl en el tono más cariñoso del mundo.

—¿Qué? —preguntó ella levantando la mirada.

—Vas a ser la mejor mamá del mundo —confirmó él.

—Soy muy maniática —volvió a repetir.

—Vas a ser la mamá más maniáticamente perfecta del mundo —rectificó Raúl besando, si cabía, con más amor a Nuria.

Fin

Si te ha gustado

Maniáticamente enamorada

te recomendamos comenzar a leer

Nueve manzadas y media

de *Ana Álvarez*

Capítulo 1

El aniversario

Qué bonito es cumplir años de casados. Celebrar el amor, la pasión y la felicidad. A mi marido y a mí nos encantaba. Y lo digo en pasado, porque ya nos gusta menos, sobre todo a él. De hecho, éramos de los que lo celebrábamos todo, y no de la forma tradicional. Nada de irnos a un spa, o de cena romántica y ni siquiera a una cabañita con chimenea a morrearnos y hacer el amor a todas horas. Eso ya lo hacíamos a menudo, en casa. Los aniversarios tenían que ser sonados. Para recordarlos siempre. Y estoy segura de que jamás, por muchos años que vivamos, olvidaremos el tercero.

Para empezar, nos hicimos un regalo por todo lo alto para los dos. ¡Un coche nuevo! Porque nos apasiona viajar, siempre que teníamos unos días libres nos íbamos por ahí en busca de aventuras. En esta ocasión la aventura nos encontró a nosotros.

Sabiendo que me encantan los animales, llegó a casa dos días antes con la cara que pone cuando quiere darme una sorpresa. Se me acercó meloso mientras preparaba la cena y me rodeó la cintura desde atrás, besándome en el cuello como sabía que me gustaba.

—Hummm —ronroneé mimosa—. ¿Alguien está buscando algo?

—Siempre busco «algo», ya lo sabes. Pero en esta ocasión mi intención es otra. Voy a darte tu regalo de aniversario.

—Pensaba que el regalo este año sería el coche, para los dos.

—¿Un aniversario sin sorpresa?' ¿Tan mal me conoces?

Reí bajito. Por supuesto que esperaba algo más, a Armando le encantaba sorprenderme y, aunque nos habíamos gastado un dineral en el coche, estaba segura de que aún no había terminado con los regalos.

Me giré dispuesta a recibir lo que fuera que me hubiera comprado, y depositó un sobre blanco en mis manos.

—¿Un viaje? —No era la primera vez que nos obsequiaba con un fin de semana fuera de casa.

—Ábrelo.

Dentro encontré una reserva para una noche de hotel, de esos con encanto que tanto nos gustaban, en un paraje de ensueño, y dos entradas para un parque natural en el que los animales están en semilibertad. Sabía cuánto me gustaban y que nunca he querido una mascota por no tenerla en un piso.

Cuando me llevaban de pequeña al zoo de mi ciudad, sufría lo indecible al ver a los pobres animalitos encerrados, a menudo sucios y rodeados de sus propios excrementos de varios días. Sus miradas tristes me llegaban al alma, me imaginaba a mí misma, espíritu inquieto y libre donde los haya, metida en una jaula viendo el mundo a mi alrededor y sin poder disfrutarlo.

En el folleto observé que podría ver jirafas, monos de diversas especies, y toda suerte de fauna salvaje en una recreación de su entorno natural.

—Algún día te llevaré a verlos en sus países de origen, te debo un safari en toda regla. Pero este año, cariño… nos tenemos que conformar con esto

—Me encanta, Armando —respondí colgándome entusiasmada de su cuello y besándolo apasionadamente, y deseosa de mostrarle mi entusiasmo en el dormitorio más tarde.

***

El viernes a mediodía salimos eufóricos, dispuestos a pasar un fin de semana memorable y, de paso, estrenar nuestro flamante coche en su primer viaje largo: un Ford Puma equipado con todos los adelantos y accesorios que la tecnología puede ofrecer.

Armando era muy aficionado a las pijadas y cuando compraba algo, no le importaba aguardar para tener exactamente lo que quería. El vehículo tuvo que esperar dos años a que nuestro presupuesto se lo pudiera permitir, pero una vez llegado el momento le añadió todo lo que se le puede añadir a un coche: asientos reclinables hasta convertirse en cama, con ajuste de reposacabezas y zona lumbar, un sensible mecanismo de apertura y cierre de ventanillas que, según me explicó, ofrecía una seguridad poco común, y un sin fin de cosas más

que escuché sin demasiado interés. Para mí bastaba con que tuviera un buen motor y fuera cómodo. Y no había duda de que lo era.

Él, sin embargo, estaba tan feliz como un niño el día de Reyes con el nuevo juguetito o como un padre contemplando a su retoño. Tanto que llegué a sentirme celosa, porque los primeros días su atención era casi en exclusiva para el «nuevo miembro de la familia», como empezó a llamarlo.

Bajaba con frecuencia al garaje a verlo; por supuesto teníamos plaza de garaje, no pensaba dejar a «su bebé» en la calle. A pesar de tenerlo a cubierto, le pasaba una bayeta especial atrapapolvo que compró por Internet y, como ya he dicho, pasaba por el garaje varias veces al día para asegurarse de que nadie lo había rayado o ensuciado.

Llegamos al hotel casi anochecido, y nos instalamos en la preciosa habitación reservada días atrás. Nuestro Puma aparcado debajo del balcón, para tenerlo a la vista. Una buena cena acorde al acontecimiento que celebrábamos y nuestro amor, que no había hecho más que crecer y afianzarse en los tres años de matrimonio.

Yo me pongo muy tierna y muy moña en los momentos especiales y aquella noche no faltó un detalle. Cena de lujo a base de las especialidades de la zona, buen vino, y miradas llenas de promesas. Una botella de cava en la habitación y sexo apasionado hasta la madrugada.

Todo ello nos hizo levantarnos de un excelente humor y, tras un buen desayuno, decidimos emprender la segunda parte de nuestra celebración.

Capítulo 2

El elefante

Habíamos pedido que nos preparasen un picnic para tomarlo en el coche, pues nuestra idea era pasar el día entero en el parque para ver el mayor número de animales posible y tomar algo en el coche cuando nos entrase hambre. Nos entregaron bocadillos, agua y una bolsa con una docena de manzanas, fruta que pedimos de forma explícita pues nos gusta mucho a los dos.

Armando, previsor, guardaba en el maletero una pequeña aspiradora, por si caía alguna miga en la tapicería o las alfombrillas poder eliminarla de inmediato. También un espray quitamanchas. Quería conservar el interior del coche tan impoluto como llegó de fábrica.

En estas condiciones nos dirigimos al parque natural. Yo estaba feliz como una cría; sí, los polvos nocturnos influían bastante en mi euforia, pero la idea de ver animales en un estado muy parecido a su entorno real, me entusiasmaba.

Entramos al parque y mostramos nuestra reserva. En la recepción nos dieron una larga lista de recomendaciones: velocidad máxima de veinte kilómetros por hora, seguir las indicaciones de los carteles, no acercarnos a los animales, y una en la que nos hicieron más hincapié fue la de no bajarnos del coche en las zonas donde están sueltos. ¡Desde luego ni loca se me iba a ocurrir! Los aminales salvajes me causaban un gran respeto, por mucho que me encantara verlos. Sin embargo, la protección que nos ofrecía el automóvil me daba cierta seguridad.

Habíamos elegido la opción de la visita en nuestro propio vehículo, porque los viajes organizados no nos gustaban en demasía. La idea de adaptarnos a los tiempos establecidos por otros nos frenaba. Además… ¡cualquiera privaba a Armando del placer de conducir su coche!

Nunca le he visto la diversión a eso de conducir, hace años intenté sacarme el carné pero decidí dejarlo al poco tiempo. Me estresaba el

tráfico, los otros conductores, las marchas, el freno, el embrague. ¡Todo! Y para colmo no me podía tomar una copa sin arriesgarme a una multa. Cuando viajo me gusta disfrutar del paisaje, y también de una buena comida con su vino o su copa después. Por suerte a mi marido le encanta conducir, con lo que estoy más feliz que una perdiz. ¡Todos contentos! Él hace de chófer y yo disfruto del paseo.

Entramos al parque sobre las diez de la mañana. Pasamos por varios de los enclaves más visitados: jirafas, hipopótamos gorilas, vimos los leones marinos y el espectáculo de las rapaces. Armando me miraba consciente de lo mucho que estaba disfrutando. A veces soltaba el volante con mucho cuidado y me acariciaba la rodilla durante unos segundos.

Al final, cerca del mediodía, y antes de parar a comer, le pedí que nos acercáramos al recinto de los elefantes. ¡Eran preciosos! Se veían tan adaptados, tan grandes… tan fuertes… moviéndose con ese andar que los caracterizaba, mirando hacia nosotros con relativa curiosidad, aunque supongo que deben estar acostumbrados a la presencia humana.

Teníamos el coche parado a bastante distancia de la cerca de piedra y la mayoría de ellos se mantenían lejos. Solo uno se acercó despacio y se detuvo a una distancia prudencial.

—Acércate más —le pedí a mi marido—. A ver si puedo darle de comer a ese grandote que está cerca.

—Sonia —me dijo cauteloso—. Nos han recomendado que no bajemos del coche ni nos acerquemos a los animales salvajes.

—No nos vamos a bajar, sacaré la mano por la ventanilla y le pondré un poco de comida en la valla. Con suerte vendrá a cogerlo y lo grabo mientras come. ¡Lo que voy a presumir el lunes en el trabajo! No hay peligro, Armando, además tiene pinta de ser bastante pacífico. ¿No ves cómo nos mira? ¿No sientes que te está pidiendo algo de comer? Seguro que con ese corpachón siempre está hambriento.

—De acuerdo; pero no demasiado, no quiero rozar la carrocería.

—No lo harás, eres un conductor estupendo.

Era cierto. Había visto a Armando meter el coche por sitios increíbles. Estrechos, elevados. Si decía que pasaba, es que pasaba. El viejo, claro. Con este era más cuidadoso, o al menos lo sería durante un tiempo.

Nos acercamos a la valla de piedra de media altura. Yo bajé el cristal, me solté el cinturón de seguridad y me aupé para sacar un poco el cuerpo por la ventanilla. Alargué el brazo y coloqué sobre la cerca dos de las manzanas de las que llevaba por si nos entraba hambre a lo largo del día. No tenía muy claro qué comen esos enormes animales, solo que son herbívoros, y pensé que, al igual que a los caballos, podía gustarles la fruta dulce y jugosa. En verdad todo el coche olía a manzanas.

Coloqué la fruta en equilibrio y vi como el gigante gris se acercaba a ella, la cogía con la trompa y las engullía, una detrás de otra, en cuestión de pocos minutos.

Yo saqué el móvil y comencé a grabar, llena de entusiasmo.

—¡Mira, Armando, le gusta!

—Eso parece.

El animal me dirigió una mirada que se me antojó lastimera y suplicante. Seguro que con tan exiguo bocado no había satisfecho el hambre que podía tener. ¡Debía ser casi imposible llenar un estómago de semejante calibre!

—¡Voy a darle otra! Pobrecito, parece famélico. Seguro que no le dan suficiente comida.

—Se ha acercado mucho… ten cuidado.

—No me bajaré, estamos en el coche… Solo voy a alargar el brazo, como antes.

Abrí de nuevo la bolsa de las manzanas para coger una, o quizás dos más, y aquel animal enorme y que parecía tan torpe, en cuestión de segundos introdujo la trompa por la ventanilla en busca de la bolsa de plástico, fuente de su alimento. No me dio casi tiempo a percatarme de su movimiento y, de repente, me encontré con la enorme trompa agitándose delante de mi cara.

—¡Sonia, cuidado! —gritó Armando, demasiado tarde.

—¡Ayyy! —lo secundé yo, aterrada. Me recosté contra el respaldo tratando de evitar el contacto y con gesto mecánico pulsé el botón de cierre automático de la ventanilla, ese tan sofisticado, imaginando que el elefante, al verlo, sacaría la trompa de inmediato. No fue así. El animal, al verse atrapado lanzó un sonoro barrito que me estremeció entera, alzó la trompa y… el coche comenzó a moverse.

—¡¡Está levantando el coche!! —gritó mi marido, más asustado

por el vehículo que por mí, que tenía el apéndice a escasos centímetros de la cara, agitándose con movimientos convulsos—. ¡Abre la ventanilla!

Nerviosa, atiné a pulsar el botón de bajada… o el de subida. En aquel momento de pánico no lo tuve claro, ver aquello tan cerca me tenía aterrada. Me gustaban los animales, pero no tanto. Sobre todo, no tan cerca. El caso es que el cristal no descendió, y el elefante barritó de nuevo, como si le estuviera haciendo daño. Mucho daño, y yo solo pensaba en el que podía causarme a mí, a mi cara.

—No, no, bonito… No pasa nada —trataba de calmarlo yo como si fuera un animalillo doméstico que se hubiera lastimado. Los ojos de gruesos párpados me miraban con expresión asesina. Volví a pulsar el botón, esta vez asegurándome de que era el de bajada, pero el mecanismo parecía atascado.

Entonces encogió la trompa tratando de soltarse, pero en vez de eso arrastró el coche consigo. Contra la valla de piedra. Sentí el estruendo y el impacto de la chapa abollándose en el costado de la pierna, y el sonido cada vez más fuerte del animal, barritando desesperado. Contemplé de reojo la cara más pálida que le había visto nunca a Armando. Y su mirada más asesina aún que la del elefante.

—¡¡Abre la puta ventanilla de una vez!! Se va a cargar el coche.

No quise decirle que ya se lo había cargado. Que contra mi rodilla podía sentir algo que antes no había.

—No puedo. Se ha atascado el mecanismo. ¡No sé qué hacer!

Se soltó a su vez el cinturón de seguridad y se tiró sobre mí, en plancha, para evitar la trompa y tratar de llegar hasta el botón de apertura. Justo en el momento en que el elefante alzó el coche de nuevo del suelo y lo golpeó otra vez, en esta ocasión ya no de forma lateral, sino implicando también la parte delantera y haciendo saltar el faro derecho, cuyos cristales se esparcieron en minúsculas astillas por el pavimento.

Libre del cinturón de seguridad, Armando se precipitó contra el salpicadero, golpeándose la mejilla y el hombro, y de paso el apéndice atrapado del pobre animal, que se enfureció más, golpeando de forma repetida la carrocería contra la piedra.

—¡Para, hijo de puta, para! ¡Sonia, sujétale la trompa, a ver si me deja abrir el cristal y liberarlo!

—¿La trompa? ¿Quieres que le toque eso? No puedooo.

El coche seguía moviéndose, Armando y yo gritándonos uno al otro, el elefante barritando y la chapa del coche abollándose contra la piedra.

Al fin, tras pulsar muchas veces el botón conseguí que el cristal bajara hasta perderse en la puerta con un chasquido extraño, que me hizo suponer que no volvería a subir sin pasar por el taller.

El elefante sacó la magullada trompa y se alejó a toda prisa, entre fuertes barritos. Las grandes patas pisoteaban el suelo y yo solo pude pensar que la frase «como un elefante en una cacharrería», ahora siempre sería para mí «como un elefante en una carrocería».

Armando se sentó en el asiento de nuevo y comenzó a llorar, presa de un histérico ataque de nervios. En el pómulo se le empezaba a formar un feo moretón a consecuencia del golpe y un arañazo le surcaba la frente a la altura de la sien.

—¡Mi coche! —gemía aferrado al volante—. Mi coche nuevo…

Yo me sentía paralizada por el miedo y la incredulidad, aunque ilesa. ¿De verdad nos había atacado un elefante y había destrozado nuestro vehículo? ¿Y de verdad mi marido estaba más preocupado por este que por la posibilidad de que el enorme animal me hubiera atacado a mí, a quien tenía a escasos centímetros?

En aquel momento un automóvil del personal del parque se acercaba a nosotros a mucha más velocidad de la permitida. Dos hombres salieron del mismo de forma apresurada, y con las caras lívidas.

—¿Están bien? —preguntó uno de ellos a través de la ventanilla de Armando—. Hemos visto lo sucedido por las cámaras de seguridad y hemos venido en seguida.

—Mi coche…

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunté sintiendo la histeria apoderarse de mí por momentos. No es que antes hubiera estado tranquila, pero había podido controlarme un poco más. Temblaba de pies a cabeza, y la ansiedad se empezó a manifestar.

—Solo han pasado unos minutos —aseguró uno de ellos. Pude comprobar en el reloj del salpicadero que era cierto, que la escena había durado apenas seis minutos exactos.

—¿No se les advirtió que no se cercaran a los animales?

—Pensé que dentro del coche no existía peligro. Él estaba al otro lado de la valla Solo quería darle de comer. No imaginaba que…

—Podía haberle hecho daño. La trompa es muy musculosa

—¡Mi coche…! —Seguía gimiendo mi marido, como si le fuera la vida en ello.

Me empecé a enfadar al ser consciente de que el empleado tenía razón, que podía haber resultado herida de gravedad y que parecía no importarle. Ni siquiera se quejaba del golpe que se había dado en la mejilla.

—Será mejor que nos alejemos de aquí, el animal puede volver y en este momento tanto a ustedes como a nosotros nos considera una amenaza. Vengan al puesto de recepción para tranquilizarse.

Armando arrancó hecho un manojo de nervios, las manos le temblaban y yo no me encontraba en mejor estado. Seguimos a los empleados hasta el aparcamiento de la entrada. Nos bajamos, yo tuve que hacerlo por su portezuela porque la mía no se abrió debido a la chapa deformada, y con cara patética se acercó al lateral derecho. Una profunda abolladura en todo el costado que abarcaba las dos puertas, un faro reventado e inservible, el cristal de la ventanilla bajada y, por lo que parecía, imposible de subir de nuevo. Aunque no quise hacer el intento, por no alterarlo más de lo que ya estaba.

Acarició la pintura raspada con la palma de la mano, como si de un hijo magullado se tratara.

«¡Y a mí que me den morcilla! Ni siquiera me ha peguntado si estoy bien», pensé ofuscada. Esa trompa capaz de levantar un coche en peso me ha podido arrancar la cabeza y solo se preocupa de su precioso coche.

—Una semana… solo tiene una semana… —volvió a gimotear.

—Vengan con nosotros. Le conseguiré un poco de hielo para la cara y le desinfectaremos el arañazo de la frente.

Uno de los hombres nos acompañó a una habitación pequeña amueblada con unos cómodos butacones y una mesa.

—¿Quieren que avise a un médico? El parque solo tiene un botiquín para emergencias, pero hay un ambulatorio en el pueblo más cercano.

—No necesito un médico, sino un mecánico. Lo de la cara no es nada.

—Le traeré un poco de hielo antes de que se inflame más. Y algo para que se tranquilicen.

—No quiero pastillas —afirmó tajante.

Nos dejaron solos y uno de ellos regresó minutos después con una bolsa de hielo y dos generosas copas de coñac.

Armando se negó a que le embadurnaran la frente con un desinfectante yodado que dejara un rastro de color, por lo que se limitaron a ofrecerle un algodón empapado en alcohol puro que le dejó un fuerte olor en la cara a ginebra de garrafón.

Nos tomamos el coñac despacio, para calmarnos. No es una bebida que me guste mucho, pero debo reconocer que me ayudó a templar los nervios y la agitación que sentía. No así el enfado, pero no era el momento de recriminar ni discutir, delante de terceros, de modo que lo dejé compadecerse de sí mismo un rato más. No tenía la menor intención de consolarlo.

—La dirección del centro les devolverá el importe de las entradas —dijo el empleado del parque.

—Y el de la reparación el coche. Ha quedado hecho un desastre —impuso mi marido, algo más calmado por efectos del coñac.

—Eso no puedo garantizárselo. El incidente se ha debido a una negligencia por su parte. Puede tramitar una reclamación, pero no creo que consigan nada. Incluso pudiera ser que les demanden a ustedes por conducta temeraria y causar daño a uno de los animales. No olvide que ha atrapado la trompa de un elefante con la ventanilla de su coche y hay grabaciones que lo demuestran.

—Maldita sea… ¿A pesar del susto vamos a tener que pagar un elefante nuevo?

—Señor, un elefante es un ser vivo, no una máquina que se puede reponer como su coche. Comprendo que esté disgustado y que se hayan llevado un buen susto, pero aún tenemos que calibrar si el animal ha sufrido algún tipo de lesión, así que mejor acepten el importe de las entradas y dejen estar lo demás.

Indignado, Armando tomó un largo trago de su copa con tanto ímpetu que se atragantó y parte del contenido de su boca cayó sobre la camisa dejando una evidente mancha. Solo se me ocurrió pensar que me costaría quitarla y que tal vez él tuviera que renunciar a una de sus camias preferidas. Eso me produjo un regustillo perverso dentro

de mi creciente enfado.

—Vámonos, Sonia. —gruñó enfurruñado—. Ya hemos pasado demasiado tiempo en este espantoso lugar. ¡A saber qué más nos va a tocar vivir hoy! Atacados por un paquidermo, y encima con el riesgo de una denuncia sobre nuestras cabezas. ¡Maldita la hora en que se nos ocurrió venir!

Se puso de pie, airado, y soltó la bolsa de hielo sobre la mesa con gesto brusco. Yo musité una disculpa al contrito empleado y me levanté para seguirlo.

—Está muy nervioso todavía —me dijo este—. Quizás sería mejor que condujese usted.

—No sé hacerlo, y tampoco tengo carné.

—Trate de calmarlo entonces.

—No se preocupe, Armando es un experto conductor en cualquier estado de ánimo.

Era cierto. Era muy prudente y cuidadoso al volante, tanto en estado de euforia como enfadado o nervioso. Podía concentrarse sin problema en el tráfico aparcando cualquier otra cosa.

Maniáticamente enamorada

Nuria es una joven con las ideas muy claras, sabe lo que quiere y cómo lo quiere. Lleva una vida ordenada y planea todo cuanto acontece en ella. Los sobresaltos, los cambios de última hora, las sorpresas… no entran en su cabeza.

Su mundo sufre un revés cuando conoce a Raúl, el chico que trabaja en la tienda de al lado, es desordenado, impuntual e improvisa según le vengan las cosas.

Empiezan algo juntos, a pesar de las reticencias de Nuria. Parece que todo fluye, pero un malentendido entre ellos hace que todo se precipite.

El destino los volverá a juntar en la boda de la hermana de Raúl. De nuevo su historia les pilla en distintos puntos, pero ¿su amor será tan fuerte como para volver a intentarlo?

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.
Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.
De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.

Edición en formato digital: enero de 2021

© 2021, Vega Fountain
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Portada: Moreyba Martín
Banco de imágenes: Istock y Unsplash (autor Thomas Curryer)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-43-5

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Maniáticamente enamorada

Capítulo 1. Como todos los días
Capítulo 2. Tarde inspiradora
Capítulo 3. Planes
Capítulo 4. Nueva semana
Capítulo 5. Prácticas habituales
Capítulo 6. Viernes para olvidar
Capítulo 7. Déjate llevar
Capítulo 8. Comienzo de algo
Capítulo 9. Sin planearlo... magia
Capítulo 10. Muy considerado
Capítulo 11. Fin de la improvisación
Capítulo 12. Esto no me lo esperaba (I)
Capítulo 13. Esto no me lo esperaba (II)
Capítulo 14. Nuevo proyecto
Capítulo 15. Planificación
Capítulo 16. ¿Por qué nadie me dice nada?
Capítulo 17. ¡Empezamos ya!
Capítulo 18. Sin tregua, sin descanso
Capítulo 19. Rematando detalles
Capítulo 20. Hagamos las cosas bien
Capítulo 21. Al día siguiente
Capítulo 22. Despejando dudas
Capítulo 23. Noche inspiradora
Capítulo 24. Viento en popa
Capítulo 25. Secretos
Capítulo 26. Asimilarlo no es fácil
Capítulo 27. ¿Con este también?...
Capítulo 28. De mal en peor
Capítulo 29. Decisión firme
Capítulo 30. Vida desordenada
Capítulo 31. Lamiéndose las heridas
Capítulo 32. ¡Necesitas salir!
Capítulo 33. Demostrando que eres capaz
Capítulo 34. Esto no se hace así
Capítulo 35. Alguien que no eres
Capítulo 36. Recapacitando

Capítulo 37. Pidiendo explicaciones. Dando explicaciones
Capítulo 38. Despedida de soltera
Capítulo 39. ¿Y ahora qué?
Capítulo 40. Sinceridad ante todo
Capítulo 41. Decepción
Capítulo 42. ¡Desesperación!
Capítulo 43. En Noruega
Capítulo 44. No tendré vida para agradecerte
Capítulo 45. Noche muy larga. Día feliz
Capítulo 46. Boda noruega
Capítulo 47. Despedida
Capítulo 48. De vuelta
Capítulo 49. Consejos de hermana (I)
Capítulo 50. Consejos de hermana (II)
Capítulo 51. Maquinando
Capítulo 52. ¡Nos casamos!
Capítulo 53. Cuento de hadas
Capítulo 54. Maniáticamente puntual

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Vega Fountain
Créditos